

BLACK SPIRE

DELILAH S. DAWSON



Tras varias devastadoras pérdidas frente a la Primera Orden, la General Leia Organa envía a sus agentes a través de la galaxia en busca de aliados, asilo y armamento. Su mejor espía, Vi Moradi, quizá haya encontrado los tres en un planeta escondido en los confines de la galaxia.

Batuu se ubica en el extremo más alejado del mapa galáctico, el último mundo establecido antes del misterioso y vasto Espacio Salvaje, lleno de bosques exuberantes, peligrosas montañas e imponentes árboles petrificados. Aquí, estafadores, contrabandistas y aventureros subsisten en el asentamiento más grande del planeta, el puesto de avanzada de Black Spire, donde viven para evitar complicaciones innecesarias y miradas indiscretas. Vi, una espía de la Resistencia que huye de la Primera Orden, no es bienvenida. Cuando una nave aterriza ahí, rastreando sus pasos y cargada de stormtroopers determinados a acabar con ella, no sabe dónde buscar ayuda.

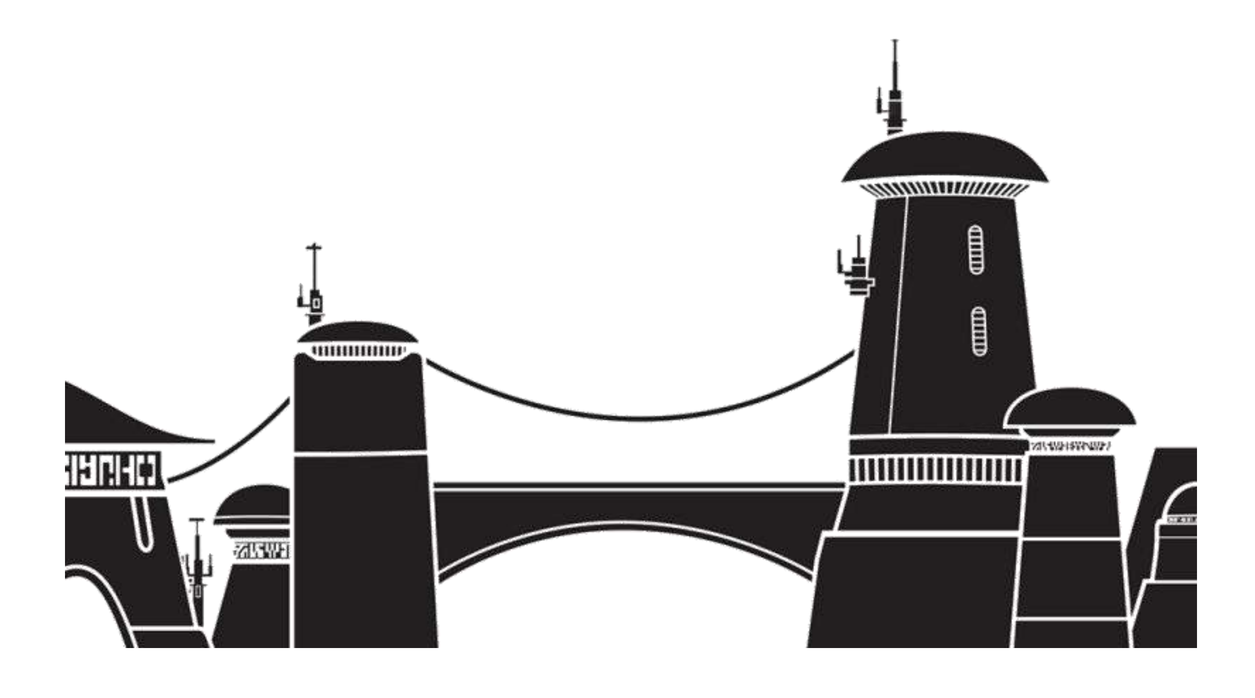
Para sobrevivir, Vi deberá encontrar héroes de buen corazón en un mundo que redefine las palabras escoria y maldad. Con la ayuda de un excapitán de la Primera Orden y su implacable droide, reúne a un extravagante grupo de marginados e inadaptados, quienes se aventuran en una misión que encenderá el fuego de la Resistencia en Batuu, antes de que la Primera Orden la apague por completo.



Black Spire

Delilah S. Dawson





NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Galaxy's Edge: Black Spire*

Autora: Delilah S. Dawson

Arte de portada: Darren Tan (Art) Scott Biel (Design)

Traducción: Yara Trevethan Gaxiola

Publicación del original: agosto 2019

34 años después de la batalla de Yavin

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.1

25.02.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de digitalización, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

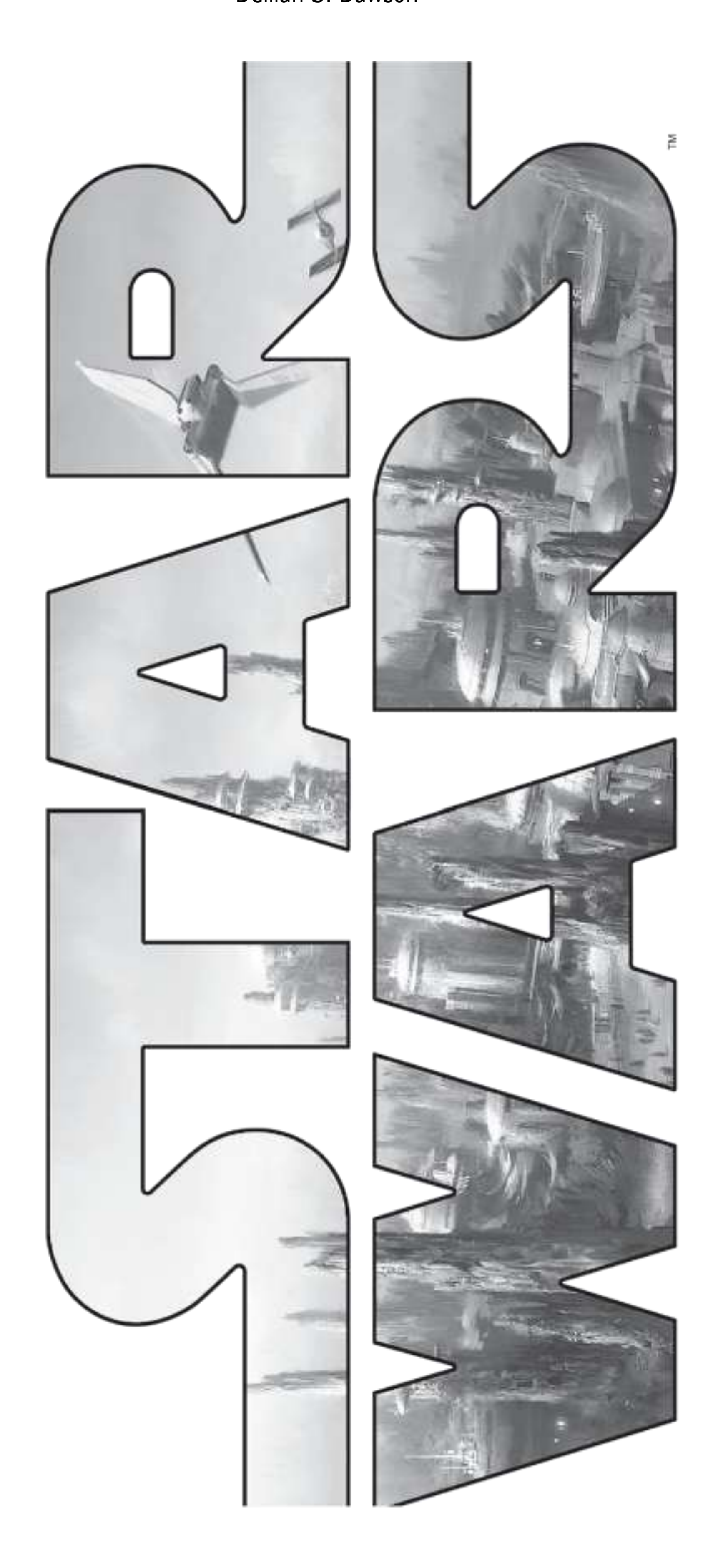
Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars


STAR
WARS

Para Rhys, quien nombró a Waba, y para Rex, quien inventó a los starmarks.

Me complace que *Star Wars* sea parte de ustedes, y que ahora ustedes sean, de manera oficial, parte de *Star Wars*.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana…

En los confines de la galaxia,
muy lejos,
negra era la aguja
que me invitaba a quedarme.
Un faro para los vagabundos,
los olvidados y los perdidos,
las agujas convocaban
a los destrozados y a los rechazados.
Vengan a quedarse aquí
o cuando solo estén de paso.
El espíritu de Black Spire
los cambiará para siempre.

Antigua balada batuuana



Capítulo uno

BASE OCULTA
DE LA RESISTENCIA, D'QAR

LA VIDA DE UN ESPÍA DE la Resistencia era muy emocionante, o al menos esa fue la razón por la que Vi Moradi se enlistó. Por eso y por la oportunidad de hacer el bien y pelear contra la tiranía. Mientras esperaba fuera de la oficina de la General Leia Organa, estaba ansiosa por saber cuál sería su siguiente misión. Comenzaba a sentir esa vieja inquietud y necesitaba hacer algo, algo real. Por órdenes de la Mayor Kalonia, pasó las últimas semanas recuperándose de su misión anterior, y se moría de ganas por entrar en acción, por dejar de hacer reportes para los pilotos y de recopilar información de sus droides sobre el armamento y las proezas de combate del enemigo. Sabían que la Primera Orden estaba ahí afuera y que al parecer era invencible. ¿Acaso necesitaban seguir corroborando esa situación con cifras? A Vi le gustaba el peligro, pero no necesariamente quería saber qué probabilidades tenía de sucumbir ante él.

—Entra, Urraca.

Vi sonrió al escuchar el alias con el que Leia siempre la llamaba; entró a la improvisada oficina y se sentó en una vieja caja roja.

—Es bueno verla, general.

Cada vez que estaba frente a la General Organa, otrora Princesa Leia Organa de Alderaan, se sentía como si estuviera en casa. Su presencia era tranquila y equilibrada, maternal pero tan dura como una roca; sin importar qué tan difíciles se pusieran las cosas, esa veterana valoraba a los miembros de la Resistencia como si cada uno fuera el héroe que podía hacer que la suerte se volviera contra el enemigo, la temible Primera Orden, que había surgido de las cenizas del Imperio. Leia le devolvió la sonrisa, sus ojos centelleaban.

—Tengo una misión para ti —anunció, dirigiendo su atención a varios holos y a Vi de manera alternada.

Como era habitual, su boca dibujó una línea adusta, lo que le indicó a Vi que quizá no le encantaría su misión. Estaba bien, la anterior tampoco le había gustado mucho. No se trataba de que le gustaran.

—Como sabes, nos superan en armamento por mucho. No sabemos lo que la Primera Orden está planeando, pero es grande. Algún tipo de ataque. Saldré de inmediato a Takodana para recoger información muy valiosa, así que quería hablar contigo en persona y subrayar la importancia de tu misión.

—Si me mandó llamar solo para decirme que es importante, quizá no lo sea tanto. Estoy lista para trabajar, general. La Mayor Kalonia lo autorizó. Ya estoy en forma.

La mirada de Leia era decidida.

—No te culparía si desaparecieras después de lo que te pasó en el *Absolution*. El enemigo te capturó, Vi. Te torturaron con descargas eléctricas, te golpearon, te lastimaron. Leí tu historial médico y tus reportes. Réstale importancia si quieres, pero una experiencia como esa cambia a la gente. Lo sé.

Vi sacudió la cabeza.

—Pero sigo siendo yo. Así que mándeme al destructor estelar y deje que…

—No —la interrumpió Leia, casi con pesar, y Vi cerró la boca enseguida—. Esta misión puede parecer como ir de vacaciones, pero te aseguro que su importancia estratégica es inmensa. Si estás lista.

Vi se movió sobre la caja, le dolía la espalda. Leia tenía razón: en su última misión le habían dado una golpiza y, aunque casi todas sus heridas habían sanado, su cuerpo ya no era joven. La había enviado a un planeta olvidado llamado Parnassos para recoger información sobre la Capitán Phasma, de la Primera Orden, algo que, en sí mismo, era un gran reto. Pero en el regreso a casa, otro oficial de la Primera Orden, el Capitán Cardinal, la había capturado.

En lugar de interrogarla por los canales oficiales o entregarla a Kylo Ren o al General Hux, Cardinal se la llevó en secreto a una habitación fría y húmeda en las profundidades de una nave y la torturó para sonsacarle la información que había obtenido sobre su rival en la Primera Orden, la Capitán Phasma. Al final, Vi pudo convencerlo de que la dejara ir y Cardinal salió a enfrentar a Phasma en combate. Vi se las arregló para salir de la nave enemiga y regresar a la flota. Durante las últimas semanas se había dedicado a procesar todo lo que le había sucedido y a sanar en cuerpo y alma. Sin embargo, a pesar de lo que les había asegurado a Kalonia y ahora a Leia, ¿en verdad estaba lista para regresar al trabajo?

Bueno, ¿alguna vez se estaba listo para dejar atrás un trauma?

Nunca la abandonaría, pero ya no podía seguir sin hacer nada por más tiempo. No estaba en su naturaleza.

—Estoy lista —afirmó, dotando a sus palabras de toda su fuerza de convicción.

—Bien. —Leia sonrió—. Si la Primera Orden tiene éxito en su ataque o si nos encuentran aquí, en D'Qar, sobre todo necesitamos dos cosas: aliados y escondites. Así que estoy buscando sugerencias sobre un lugar tan recóndito que la Primera Orden ni siquiera piense en él, un lugar donde podamos instalar el campamento y echar raíces. En específico, necesitamos un planeta deshabitado que tenga un puerto activo y recursos, que no sea grande y que la Primera Orden no pueda usar a su favor.

—Castilon ya no es seguro —pensó Vi en voz alta—. Ni Pantora. Ningún lugar en el Núcleo o el Borde Medio; tampoco los lugares donde ya hemos tenido una base. Sin duda, Parnassos no.

—Sin duda. Piensa, Urraca.

Vi arqueó una ceja; Leia no estaba de humor para ser paciente.

—¿Batuu, quizá? He escuchado hablar de él, pero nunca he estado ahí. Se ubica en la frontera del Espacio Salvaje. El asentamiento principal es el puesto de avanzada de Black Spire. Es hostil. Primitivo. Sórdido. Emocionante. Los contrabandistas lo consideran un buen lugar donde esconderse o abordar una nave que no se pueda rastrear.

La general asintió.

—Sabía que podía contar contigo. Batuu es perfecto. —Soltó una risita—. Han me contó sobre ese lugar.

Vi se inclinó hacia delante y le lanzó una mirada recelosa.

—Esta no puede ser la única razón por la que me mandó llamar, nada más para hacerme una pregunta. Ya tiene estrategas para eso.

—Pero no necesito estrategas. —Leia también se inclinó hacia delante—. Te necesito *a ti*, Urraca. Confío en ti. Necesito que vayas al puesto de avanzada de Black Spire, en el planeta Batuu, que establezcas ahí una avanzada para la Resistencia y reúnas tanto apoyo como sea posible entre los locales y los visitantes. Necesitamos sangre fresca. Necesitamos amigos. Necesitamos habilidades. Naves, comida y combustible. Ojos y oídos en el terreno. Un lugar al que podamos ir si todo se cae a pedazos, tan alejado del mapa que la Primera Orden haya olvidado su existencia. Para ellos, Batuu parecerá inútil a nivel estratégico. Pero para nosotros es otra chispa de esperanza. Necesito que cultives esa chispa, que alimentes el fuego.

Vi se echó hacia atrás y ladeó la cabeza.

—Entonces ¿por qué siento como si tratara de evitarme problemas? ¿Como si me protegiera? ¿Como si me consintiera? —Le sostuvo la mirada a Leia, cosa que nunca era fácil—. Úseme, general. Tengo habilidades que nadie más tiene, soy su mejor espía. ¿Por qué me envía, literalmente, al fin del mundo?

—Porque quizás el fin del mundo es lo que nos salvará. No eres la única persona valiosa que hemos enviado a lugares desconocidos. —Leia la miró de manera elocuente y suspiró con cierta urgencia, como si ya la hubiera perdonado—. Esa es tu misión. Tómala o déjala. Me necesitan en Takodana de inmediato. La nave me está esperando y ya no tengo tiempo para convencerte. Lo maravilloso de la Resistencia es que siempre puedes apelar al libre albedrío. Espero que confíes en mí cuando te digo que tu misión en Batuu es parte de un plan mayor. ¿Confías en mí, Urraca?

La general arqueó las cejas, su cabello encanecido formaba una corona perfecta. Sí, Vi confiaba en ella. Y no se alejaría, aunque sabía que eso siempre era una opción.

—Confío en usted, general —dijo al fin.

Leia asintió.

—Bien. Puedes irte. Repórtate al hangar mañana temprano. La Teniente Connix te dará más detalles y una lista del cargamento. Se te asignará un droide para ayudarte con la carga pesada y la logística. Te proporcionaremos el equipo. Necesitamos que encuentres el lugar ideal, que te pongas en contacto con la población local, que reclutes a nuevas facciones que se unan a la causa y que establezcas comunicación para que hablemos sobre los pasos que vamos a seguir.

Vi se puso de pie.

—Haré mi máximo esfuerzo, general.

Le ofreció a Leia una sonrisa resignada. Sí, cumpliría con su deber. En este caso en particular, pensaba que no le gustaría, pero era una soldado y haría todo lo posible para resistir a la Primera Orden y mantener a la galaxia a salvo.

Cuando se dirigía a la puerta, la general dijo:

—Ey, ¿Urraca? Una cosa más.

Vi no pudo evitar reír entre dientes y volteó.

—Claro. Siempre hay algo más, ¿no es cierto?

Leia se puso de pie. Seria, majestuosa y convencida. Vi se preparó para lo que, con toda seguridad, serían noticias desagradables.

—Para esta misión, te voy a asignar a un compañero; de nuevo, tienes que confiar en mí.

Vi se recargó en la puerta y cruzó los brazos.

—Oh, oh. Eso no augura nada bueno. Sabe que prefiero trabajar sola. Y si se hubiera tratado de alguien que me agradara, habría empezado por ahí.

—Tan perspicaz como siempre. —Leia puso los ojos en blanco como sugiriendo que Vi la había atrapado—. Antes de dirigirte a Batuu, quiero que hagas una breve parada en Cerea para recoger a alguien. Archex.

—¿Quién es Archex?

La mirada de la general se ensombreció.

—El hombre que conociste como el Capitán Cardinal decidió recuperar el nombre que le dieron en su infancia —dijo con seriedad.

«Cardinal».

Archex era Cardinal.

Vi se paralizó al notar las imágenes que pasaban por su mente, todas desagradables. Cardinal sacándola de su nave, amarrándola, sentándola en una silla de interrogación que ni siquiera sabía usar. Su rostro, cuando ella pudo convencerlo de que se quitara ese yelmo rojo brillante. La certeza en sus ojos, la fe inquebrantable en su vocación. Cómo se le nublaba la vista cada vez que él utilizaba la silla para electrocutarla, empujándola cada vez más al borde de la desolación, hacia la traición a todo lo que ella defendía.

Claro, Vi había logrado que se volviera en contra de la Primera Orden, pero a duras penas.

Cardinal se enfrentó a su rival, Phasma, quien por poco lo mata. Después Vi hizo algo extraordinario, algo que ella misma seguía sin comprender del todo: lo salvó. Arrastró el

cuerpo moribundo de Cardinal hasta el *Absolution*, robó la nave y regresó enseguida a D'Qar junto con su enemigo y torturador a su lado.

Había visto algo en el Capitán Cardinal, algo que pensó imposible: un hombre bueno que creía en la Primera Orden con todo su corazón. Y utilizó esa bondad para transformarlo, si no en un guerrero de la Resistencia, al menos en alguien alejado de las mentiras de la Primera Orden.

No lo había visto desde que aterrizaron en D'Qar y lo llevaron de inmediato al ala médica.

No había querido verlo.

—Archex —susurró sin emoción, quedándose sin palabras.

El nombre le supo a sangre en la boca, a la quemadura metálica que permanecía después de los repetidos choques eléctricos de la silla de interrogación.

Leia continuó como si no hubiera advertido el malestar de Vi.

—Lo envié a Cerea para… bueno, llamémosle un retiro para desprogramarlo con amabilidad al tiempo que vigilábamos su recuperación. Está tan recuperado como podría estar, y ya lo dieron de alta para trabajar. Aunque todavía no se compromete por completo con la causa y tiene que portar un monitor, necesita tener algo que hacer. Ustedes dos se parecen más de lo que crees.

Vi lanzó una risa amarga.

—Apuesto a que sí.

—Mira, necesito que esté con alguien en quien podamos confiar, alguien en quien él confíe. Después de todo, tú fuiste la primera que me sugirió que quizá valía la pena salvarlo.

—Sí, así fue. Y empiezo a arrepentirme.

Vi seguía sin comprender lo que estaba escuchando; no entendía por qué Leia hacía esto.

—¿Me están castigando por algo? —preguntó con voz ronca.

Leia rodeó el escritorio con rapidez y la tomó por los hombros.

—No. Por supuesto que no. Estoy haciendo lo que siempre he hecho: emplear al mejor agente para el trabajo. Tienes don de mando, los pies sobre la tierra. Tú hiciste que Cardinal cambiara de bando, estableciste esa relación. Creo que puedes usar esa habilidad para ayudar a nuestra causa. Eres una espía excelente, Vi, pero también eres una líder y sé que tendrás éxito. Necesitamos lugares como el que vas a construir en Batuu, y necesitamos a Archex. Por difícil que sea escucharlo, creo que Archex te necesita.

«¿Y qué hay de mí?», quiso preguntar Vi. «¿Qué hay de lo que yo necesito?».

Lo que necesitaba era una misión que le devolviera esa chispa de emoción tan deseada, la excitación de infiltrarse, de obtener información, de frustrar los planes de los tipos malos y regresar como heroína. En su lugar, la enviaban a los confines de la nada con su enemigo, el hombre cuyo rostro la acosaba cuando se despertaba en la noche gritando y cubierta en sudor.

—¿Vi?

Leia seguía sujetándola por los hombros, preocupada. Vi se deshizo de sus recelos, exhaló y miró a la general a los ojos.

Podía hacerlo. *Lo haría*. Por Leia, por la Resistencia, haría cualquier cosa.

—Sí, general —respondió—. Haré mi mejor esfuerzo.

Por fin, Leia sonrió con esa expresión que le hacía sentir que todo era posible.

—Sé que lo harás —aseguró—. Esa es la razón por la que te elegí. Buena suerte en Batuu, Urraca. Y que la Fuerza te acompañe.



Capítulo dos

BASE OCULTA
DE LA RESISTENCIA, D'QAR

A LA MAÑANA SIGUIENTE, ANTES DE ir al hangar, Vi fue al ala médica y preguntó por la Mayor Kalonia. Desde que regresó a D'Qar había visto a la doctora con frecuencia; sus heridas, internas y externas, habían sanado tanto como era posible. Sin embargo, la razón de esta visita era diferente.

—¿Tratando de huir de esta misión? —preguntó Kalonia, con su acostumbrada sonrisa irónica.

La humana, de mediana edad, tenía el cabello oscuro entreverado de gris y cortado al hombro con precisión; era conocida por sus aptitudes como médico y por la calidez con la que trataba a los pacientes.

—Como le dije a Leia, estás en perfectas condiciones para enfrentar tus habituales contratiempos.

—No me preocupo por mí —puntualizó Vi—. Es Archex. Entiendo que lo atendió cuando regresamos del *Absolution*, y que ha seguido su recuperación durante su estancia en Cerea, ¿cierto?

Kalonia ladeó la cabeza.

—Hablar de la privacidad de mis pacientes se considera una infracción al protocolo.

Vi abrió la boca para interrumpirla, pero Kalonia la detuvo con un gesto de la mano.

—Leia y yo imaginamos que querrías respuestas. No te culpo: si vas a estar encerrada en una nave con él, y después sola en un planeta, lejos de todo apoyo, mereces saber con qué estás lidiando. Teniendo en cuenta que, técnicamente, es un prisionero político que no se ha integrado de manera formal a la Resistencia, consideramos que es razonable compartir cualquier información que sea relevante para su colaboración.

«Colaboración». Vi resopló.

—Esa no es la palabra que yo usaría.

Kalonia se encogió de hombros.

—Participación, entonces. Déjame mostrarte.

La doctora la llevó hasta un grupo de pantallas y sacó un holo. Era Cardinal, tal como Vi lo había visto la última vez: en su armadura rojo brillante y la capa negra de capitán. Bajo las luces brillantes, Kalonia, unos droides médicos y demás personal se afanaban a su alrededor. Estaba recostado en una camilla, sin casco, inconsciente. Una cantidad alarmante de sangre manchaba su armadura, en particular en las dos zonas en las que Phasma lo había acuchillado con una navaja envenenada que había llevado desde su planeta.

—Cuando lo trajiste estaba en muy malas condiciones. Había perdido mucha sangre. El arma con la que lo hirieron tenía un compuesto orgánico que no habíamos visto nunca; nos tomó mucho tiempo encontrar… bueno, no un antídoto. No pudimos eliminarlo, pero pudimos combatirlo. Sin embargo, tenía un pulmón perforado y la herida de la pierna era profunda y estaba infectada. Hicimos lo que pudimos, pero a pesar de toda nuestra tecnología, como sabes, la medicina sigue siendo una ciencia imperfecta y complicada.

Kalonia sacó un nuevo holo; esta vez era Cardinal sin armadura, vestido con la bata blanca del centro médico. Estaba sentado en la cama, conectado a varias máquinas a través de tubos. Se veía tan diferente sin su voluminoso blindaje, más pequeño y humano; Vi se dio cuenta de que aquel no era el Capitán Cardinal, sino el hombre que ahora respondía al nombre de Archex. Su cabello negro había crecido un poco, pero su rostro era el que ella recordaba: su piel dorada y amarillenta, pecosa por su infancia bajo el sol de Jakku, y sus ojos castaños, arrugados y afligidos. No sonreía.

—Al principio era reservado y parecía… bueno, como si hubiera perdido las ganas de vivir.

—Me lo dijo —murmuró Vi—. Cuando empujaba su camilla al salir del *Absolution*. Repetía «Déjame morir» una y otra vez.

—Sí, bueno, mi trabajo no es dejar morir a la gente —continuó Kalonia, frunciendo los labios—, así que me esforcé en ayudar a que lo superara. A veces observamos este comportamiento en la guerra: los soldados se desilusionan. Pierden la fe. No saben cómo continuar. Pero él es diferente, ¿cierto? Es un sobreviviente, aunque no del tipo que se vuelve cruel debido a las pruebas que tuvo que superar. Parecía que no quería vivir; sin embargo, hizo la rehabilitación como si fuera su misión. Pudo caminar semanas antes de lo que esperábamos. Se ejercitaba en su tiempo libre, pese a que le advertí que su pulmón aún no estaba listo para eso.

Cambió la pantalla y puso un video de Archex en el que hacía lagartijas. El sudor perlaba su frente, era claro que le costaba trabajo. Sus brazos y piernas temblaban; se desplomó, pero volvió a incorporarse con rapidez y continuó. Vi observó que jadeaba como si hubiera corrido un kilómetro, su mirada era sombría y determinada.

—No se da por vencido con facilidad —comentó.

—No —confirmó Kalonia.

—¿Y su mente? ¿Está… débil?

Kalonia chascó la lengua.

—No más que tú, Leia o yo misma. Muchos de nosotros llegamos a la Resistencia como resultado de una tragedia. Se está curando, pero todavía le falta mucho. El programa en Cerea busca darle el espacio y el tiempo que necesita. Cuando te encuentras en medio de las cosas, en una base como esta o en una de nuestras naves, estás atrapado en un círculo. Todos necesitamos un descanso para resolver los problemas.

—Pero ¿es seguro?

—No nos engañemos, Moradi. Nada aquí es seguro. Pero no es violento. Es convincente y razonable, e incluso si no se ha unido a nosotros, ya no colabora con la Primera Orden. No te atacará mientras duermes, si eso es lo que te preocupa. Pero, al igual que tú, es probable que tenga pesadillas durante el resto de su vida.

Vi suspiró.

—Eso es lo que necesitaba saber.

—Puedo sanar huesos, pero no puedo sanar almas. Eso solo lo hace uno mismo.

Vi bajó la mirada, inquieta. Había descuidado esa parte; en su lugar, se enfocó en la acción. Quizás ella también sanaría en Batuu. Tal vez la vida sería más tranquila y ella… ¿Ella qué? ¿Viviría en armonía con la naturaleza?

Claro, ¿por qué no?

Bueno, porque había huido de Chaaktil y, desde entonces, no había parado de correr. Tal como resultaron las cosas, siempre había otra batalla.

—El trabajo primero, la terapia después —concluyó por fin—. Me concentraré en sanar cuando haya vencido a la Primera Orden. Entonces ¿qué…?

«Atención, todos». La voz de Leia resonó por el intercomunicador. Se escuchaba exhausta y triste, como si hubiera envejecido cincuenta años desde la última vez que Vi habló con ella, lo que había ocurrido tan solo el día anterior. La general ya debía estar en camino a Takodana. El sistema de comunicaciones crepitó y Vi contuvo el aliento, a la espera. «A sus estaciones. Un arma desconocida acaba de… No sé ni cómo decirlo. Creemos que… de alguna manera… estamos tratando de confirmarlo, pero parece que lo peor ya pasó. El Sistema Hosnian ha desaparecido. Sí, todos los planetas. Podemos asumir que todo el gobierno de la Nueva República pereció en este cataclismo». Y después, como última reflexión: «Que la Fuerza acompañe a quienes perdimos. Que nos acompañe a todos nosotros».

Se hizo un gran vacío en el pecho de Vi. Había estado ahí, en Hosnian Prime, Hosnian y Cardota. Había vivido, dormido y trabajado en esos lugares; había sentido la calidez de su sol sobre la piel. Y ahora solo habían… ¿desaparecido? Respiraba con dificultad, pensando en las personas que conocía y que estarían entre los muertos, recordando rostros y nombres. Por lo menos, su hermano seguía en Pantora, se dijo; trabajaba como becario en el Senado. De pronto, se preguntó si así se habría sentido Leia, hacía mucho tiempo, cuando vio cómo explotaba Alderaan, al saber con exactitud qué se había perdido.

—Un sistema completo —dijo Kalonia, casi como una pregunta, como si no pudiera comprenderlo, ¿quién podría hacerlo?—. Miles de millones de personas…

Vi puso una mano sobre su brazo.

—Concéntrate en quienes estamos aquí ahora. Te vamos a necesitar.

Kalonia asintió y Vi la vio sufrir la transformación que tantas veces había visto en sus compatriotas, ese círculo de emociones que ella misma había sentido. Las dudas desaparecían frente a la necesidad. Si la Primera Orden tenía un arma como esa, la respuesta no era detenerse, callar, esperar, llorar. La respuesta consistía en consolidar la voluntad, levantar la barbilla y concentrarse en el futuro y en lo que se podía hacer para combatir al enemigo, para evitar que un horror así volviera a suceder.

Su intercomunicador vibró. «¿Urraca? Tu misión a Batuu queda suspendida. Te necesitan en el hangar».

—Tengo que irme —anunció, y Kalonia asintió.

Vi corrió.

Quizá la Resistencia necesitaba a Batuu, pero Batuu podía esperar.



Capítulo tres

CEREA, CUATRO MESES DESPUÉS

DESPUÉS DEL CATACLISMO DE HOSNIAN, la Resistencia entró en un caos total; tras la batalla de Crait, quedó casi destruida. Sus naves y oficiales se habían ido, Leia estuvo a punto de morir y Luke Skywalker salvó lo que quedaba de la tripulación antes de volverse uno con la Fuerza y dejar a Rey, la carroñera de chatarra de Jakku, como su única esperanza. Con el *Halcón Milenario* como única nave de la flota y ningún aliado que acudiera en su ayuda, Leia se puso en contacto con todos sus espías y les dio nuevas órdenes.

«Escóndanse. Recluten aliados. Reúnan naves. Busquen combustible y armas. Reconstruyan. Aléjense de la diana que tengo sobre la espalda y encuentren la manera de ayudarnos a levantarnos de nuevo».

Para Vi, eso significaba que era el momento de viajar a Batuu.

Pero antes tenía que recoger a su compañero.

No. Esa palabra seguía siendo incorrecta.

Su *colaborador*.

Se dirigió despacio hacia Cerea en un carguero vetusto y repleto de basura. O, como Leia lo llamaría, los elementos básicos que Vi usaría para construir la nueva base de la Resistencia. Ese mundo que veía desde arriba le recordó a Vi cómo podía ser la vida cuando a los seres se les otorgaba libertad y no los hacían explotar ni los subyugaban regímenes crueles: maravillosos mares color turquesa, bosques milenarios, campos ondulantes de cereales dorados. Suspiró y dirigió su enorme y vieja nave hacia la nube de esmog que cubría Asphodar 3, una de las ciudadelas exteriores de Cerea. Los cereanos nativos hicieron grandes esfuerzos para preservar su planeta de la contaminación y la tecnología, por lo que estas estructuras del tamaño de ciudades eran la única entrada y el lugar de alojamiento para inmigrantes y visitantes. Vi aterrizó en un muelle de atraque de corta estancia y miró a su alrededor.

—¿Estás listo para esto, Pook?

Su droide de trabajo, PK-Ultra, varias veces reconstruido, lanzó un agudo y cómico quejido de desesperación desde la bodega, donde estaba reparando un droide de energía abollado.

—¿Listo para qué? ¿Para otro día de inconcebible tormento? ¿Con otro humano débil que me da órdenes absurdas? Con el doble de trabajo, es probable que se me zafe un brazo.

Pook medía el doble del tamaño normal de un droide PK, y estaba diseñado para ser tan fácil de olvidar y tan inofensivo como el original, pero robusto y capaz de levantar cargas pesadas. Su «cabeza», si se le podía llamar así, parecía una lámpara con luz negra, y su cuerpo era pesado en la base, con unos pies burdos y unas manos de tres dedos, todos de color plata nacarada.

—Me hubiera gustado tener tiempo para mejorar tu personalidad.

—Y a mí me hubiera gustado que me abandonaran en Naboo para oxidarme poco a poco, pero aquí estamos, víctimas de una suerte de gran broma cósmica.

Vi se pasó una mano por el rostro y murmuró:

—Si tan solo la PO no hubiera despedazado a Gigi.

—Escuché eso —advirtió Pook—. Soy muy superior a cualquier bote de basura astromecánico, si consideramos que yo tengo un verbocerebro JN mejorado, combinado con la capacidad de cargar a un ronto adulto. Seguramente en el lugar al que vamos sería de mucha ayuda un U5. Porquería de droides.

Vi se puso de pie y empujó su fleco hacia un lado. Se dejó crecer el cabello mientras se recuperaba, pero ahora tenía sus caireles aplastados debajo de una de sus pelucas favoritas, una melena negra que le llegaba a los hombros y cuyas puntas estaban teñidas de azul. En un estuche especial, en la bodega, había otras dos pelucas, en caso de que el puesto de avanzada de Black Spire no fuera un lugar muy a la moda.

De hecho, era un poco extraño comenzar una misión vestida como ella misma. Sin disfraz ni nombre falso, sin un pequeño y veloz starhopper. Solo Vi Moradi, que trabaja sin disimulo para la Resistencia, y una nave que alguna vez transportó minerales y combustible hacia y desde alguna luna polvorienta, pero cuya carga, ahora, era muy distinta. Había encontrado una chamarra que le sentaba casi tan bien como la que había perdido cuando la arrastraron al destructor estelar de Cardinal, de piel sintética, con el color anaranjado de la Resistencia y ribetes crema, con muchos bolsillos y el orgulloso emblema del ave estelar. Sus pantalones tipo cargo estaban llenos de tecnología útil y armas, incluido su bláster favorito, su segundo bláster favorito y un bastón táctico especial que le había salvado el pellejo más de una vez, cuando los rayos láser no eran la solución. Sus botas eran resistentes y sus guantes aún estaban nuevos y tiesos, listos para el trabajo pesado. Esta era una misión poco común para ella, y en un principio, era cierto, tuvo sus dudas. Pero con lo que quedaba de la Resistencia, que huía de la Primera Orden, haría con gusto cualquier cosa que Leia le pidiera. Después del cataclismo de Hosnian, estaba decidida. Ya no tenía ninguna duda, solo objetivos.

Esto significaba que tenía que dejar de postergar y dar el siguiente paso.

—Aquí vamos —exclamó al salir de la nave hacia el cuidado hangar.

Una mujer cereana de cráneo amplio y túnica gris avanzó con gracia hacia ella con un datapad en la mano.

—¿Ya hizo los arreglos para atracar? —preguntó la mujer, al tiempo que inclinaba la cabeza a manera de saludo.

Vi devolvió la cortesía.

—No. Me iré en una hora.

—¿Y su carga? —La mujer arqueó las cejas.

Vi lanzó una mirada a su nave y recordó que, en efecto, daba la impresión de requerir carga o descarga; la administradora cereana tenía que asegurarse de que no traía nada ilegal a sus muelles. Los cereanos tenían problemas para erradicar el crimen de sus ciudades, pero Vi no estaba ahí para traficar con armas ni obtener la valiosa droga cereana, la guilea. Sin embargo, la administradora no le creería hasta haber revisado la bodega de la nave o verla partir sin cargar o descargar nada, salvo…

—Solo vengo por una cosa —le aseguró Vi—. Y ahí está.

Una silueta familiar, aunque curiosamente diferente, se acercaba a ellas. Su cabello negro había crecido tanto que formaba una especie de melena y su cojera era evidente, pero seguía siendo Cardinal…

No.

Era *Archex*. Tendría que recordarlo.

Vi observó su sencillo atuendo: camisa blanca, chamarra café y pantalones negros. Se dio cuenta de que nunca antes lo había visto vestido de civil, aparte de en los holos de su estancia en el ala médica que le reveló la Mayor Kalonia. Sin la armadura, parecía más pequeño, vulnerable y sin propósito. Sin embargo, era un hombre de complexión sólida, según le había mostrado Kalonia; hizo grandes esfuerzos para conservar su fuerza y su condición física, a pesar de sus heridas. Eran sus ojos los que lo delataban. Los entrecerraba como mirando al horizonte, siempre preocupado por lo que sucedería. Vi advirtió dolor en ellos y supo con certeza que cualquier amabilidad por su parte agravaría las cosas.

—Sé que tengo algunos meses de retraso, pero te ves bien, Freno de Emergencia —gritó Vi en el concurrido puerto espacial.

Las comisuras de los labios de Archex cayeron; odiaba su cojera, supuso ella. Tal vez era exasperante para un hombre como él, que portó una armadura todos los días durante veinte años, sentirse de pronto tan desprotegido y… bueno, imperfecto.

—Según los estándares humanos, no parece tener muy buen aspecto —intervino Pook, asomándose por la escotilla abierta de la nave—. No me asombra que hayan incluido protocolos médicos avanzados en mi última actualización. Este es todo un caso.

—Cierra la boca —ordenó Vi.

Pook suspiró, como si lo hubieran programado para suspirar.

—El cuerpo de los humanos es una basura —opinó.

Cardinal… no. ¡Archex! Le era muy difícil considerarlo algo distinto al hombre que la había llevado a la caverna más oscura de su mente; un hombre al que, de manera inexplicable, pensó que valía la pena salvar, en parte porque Leia creía que la redención era posible. Él se apresuró hacia la nave; era claro que correr le provocaba mucho dolor y trataba de esconder su falta de aliento. Vi extendió una mano para ayudarlo a subir el pequeño escalón hasta la bodega, pero él la ignoró, se sujetó del borde de la escotilla y subió solo. Le costó trabajo, su rostro lo mostraba, pero Vi sabía muy bien que cualquier otro intento de ayudarlo solo haría que se molestara más.

—Bienvenido a la nave más rápida de la galaxia —lo saludó—. Es broma. Una absoluta mentira. Bienvenido a un carguero tosco, lleno de porquerías de segunda mano y un droide melancólico que, estoy segura, me dieron solo para deshacerse de él.

—Escuché eso —advirtió Pook—. Y no soy melancólico. Soy realista.

Archex llevaba una pequeña maleta café de piel que arrojó al piso antes de sentarse en un incómodo asiento diseñado para transportar a mineros.

—¿Ya nos podemos ir? —preguntó.

La administradora cereana seguía merodeando cerca de la puerta.

—¿Tengo que firmar algo? —preguntó a su vez Vi.

—Aunque los visitantes pueden atracar aquí de manera legal hasta una hora, es importante registrar las entradas y las salidas…

Archex presionó un botón que cerró la escotilla de golpe en la cara de la pobre mujer.

—No es necesario. Vámonos.

Vi le lanzó una mirada de reproche, como se hace con un niño pequeño que no comprende las normas de urbanidad.

—Es cierto —continuó—. Créeme. Llevo meses aquí. Siempre y cuando no cargues cuatro toneladas de guilea o dejes el cadáver de un hutt, todo es voluntario. Solo les gusta guardar las formas.

Vi siguió mirándolo con fijeza; él sacudió la cabeza y le hizo un ademán.

—Despeguemos. Estamos en una misión. Circunstancias extremas. Todo eso. —Como ella se quedó observándolo un poco más de lo necesario, añadió—: Por favor. Sácame de esta amable roca. Me resulta agotadora.

Vi cedió, porque lo necesitaba como aliado más de lo que necesitaba la aprobación de una burócrata cereana. Se acomodó en la silla del capitán, se aseguró de que la mujer no estuviera en su camino y despegó. Nunca se acostumbraría a la manera torpe en la que la nave se elevaba en la atmósfera; prefería las naves elegantes con cierto estilo o al menos con un poco de velocidad. Ese cacharro era feo y lento, sin mencionar que era casi imposible de maniobrar.

Archex guardó un silencio reprobador y resuelto; después de un momento, ella no pudo evitar volver al papel de su relación original: provocarlo.

—Entonces ¿pasaste unas buenas vacaciones en Cerea?

—No fueron vacaciones —espetó—. Fue un… ¿cómo lo llamaban? «Un protocolo de desprogramación pacífico y natural en los hermosos y milenarios bosques de Cerea».

Además de la meditación diaria, los molestos estiramientos y la práctica de la danza de los tres soles, mi dieta era por completo a base de plantas y desintoxicada de los males de la tecnología.

Vi no pudo evitar reírse.

—Claro, te oyes de veras tranquilo. ¿En qué estaría pensando Leia?

Archex suspiró y tuvo el buen gusto de parecer un poco avergonzado.

—Pensaba que necesitaba alejarme del campo de acción de la Primera Orden. Quizás en verdad quería ayudarme. Pero creo que sobrestimó mi interés por fabricar canastas con juncos.

—Por supuesto. Creo que tampoco me hubiera ido bien en un programa como ese. Al cuerpo le gusta moverse, es difícil dejar de trabajar.

Él asintió.

—Si consideramos que la mayor parte de lo que quieren que haga ahora implica tecnología, Cerea fue una mala elección.

—Yo me encargaré de la tecnología —los interrumpió Pook—. Sigo sin saber qué hace *él* aquí.

—Ignóralo —sugirió Vi. Luego, más fuerte, añadió—: Pook olvida que yo soy quien manda. La cuestión es que yo soy la acción, Pook el músculo y tú el cerebro.

Archex casi suelta una risita. Casi.

—Si yo soy el cerebro, estamos en problemas.

Vi quiso corregirlo: la cantidad de escáneres y pruebas que le hicieron en D’Qar probaron que era más inteligente que la mayoría, pero el lavado de cerebro de la Primera Orden lo había convencido hacía mucho tiempo de que él solo era la mano que empuñaba el arma, no el cerebro inteligente que podía fabricarla y decidir qué hacer con ella. La Primera Orden no quería que sus soldados pensaran mucho, porque entonces podrían cuestionar la maquinaria bélica. El pobre Archex no tenía idea de su propia inteligencia, y seguro que cualquier intento por hacérselo entender sería contraproducente.

—Está bien, entonces eres como el operador. Quédate quieto y encárgate de los intercomunicadores mientras yo recluto a gente. Tú eres la estrategia, la coordinación, la organización. Y dile a Pook lo que tiene que hacer, o trata de hacerlo. Solo recuerda que te eligieron para esta misión. Leia cree en ti. —Volteó para mirarlo a los ojos, lo que provocó que su sistema nervioso se sobresaltara al comprender algo—. Y yo también.

Archex echó la espalda hacia atrás cuando salieron de la atmósfera. Parecía que no podía acomodarse en los duros contornos de la silla, tan poco ergonómica, de la nave. ¿Quién hubiera podido? Estaban diseñadas para los trabajadores que arrastraban de aquí para allá materias primas que enriquecerían a seres más afortunados. Nadie pensaba en la comodidad del sirviente. Vi no podía esperar para aterrizar.

—Entonces ¿adónde vamos? —preguntó Archex—. Todo lo que me dijeron fue que te apoyaría en una misión ultrasecreta de la Resistencia. Para ser honesto, no puedo creer que ya me confíen información como esa.

—Ah, bueno, mira… Vamos a un lugar alejado del control de la Primera Orden. Nuestra misión es establecer una nueva base para la Resistencia en un planeta apartado y tratar de reclutar facciones para la causa. Elegí un lugar en el planeta Batuu, un puesto de avanzada llamado Black Spire. Es la última parada antes del Espacio Salvaje. Es una especie de intersección, el tipo de lugar en el que todos están muy ocupados en sus propios asuntos y secretos como para preocuparse por los tuyos.

El rostro de Archex se estrujó como si pensar tanto le causara mucho dolor. Quizás era cierto: Phasma lo había dañado en serio. La Mayor Kalonia mencionó que las migrañas eran recurrentes. Vi le dio un momento para considerar la información y verificó las coordenadas. Advirtió que Pook había alterado ligeramente el rumbo; borró estos cambios para adecuarlos a sus propias consideraciones y activó la hipervelocidad.

—Nunca has oído hablar de él, ¿verdad? —continuó Vi mientras la nave saltaba al hiperespacio—. Bueno, pues ese es el punto. Ahí no hay nada que tenga importancia estratégica para la Primera Orden. No hay grandes recursos, no hay industrias que tomar ni gobierno que comprar. Batuu está fuera del camino transitado y ha visto mejores días. Recuerda: la mayor parte de la galaxia no sabe que la Base Starkiller desapareció. Son presas fáciles para su querido nuevo Líder Supremo y ese pequeño y enjuto zorro que tiene como lacayo, lo que significa que los lugares que no tienen importancia importan menos ahora. —Observó a Archex con detenimiento para ver si se enfurecía con sus palabras—. Supongo que la desprogramación funcionó —masculló.

Él se encogió de hombros.

—Es difícil sentirse motivado por algo que no tiene importancia. Esto no parece una «misión ultrasecreta». Suena a un caso clásico de ascenso para sacar a la gente del camino. Además de asegurarse de que no me meteré en líos.

Vi negó con un dedo e ignoró el hecho de que, antes del cataclismo de Hosnian, ella había pensado en la misma posibilidad.

—Que algo no sea importante para la Primera Orden no significa que carezca de valor. La Resistencia se basa en la esperanza. La gente necesita algo en qué creer, un símbolo al cual respaldar. Así que vamos a lugares en los que la Primera Orden no tiene posiciones aseguradas, nos ganamos a la gente y construimos un lugar en el que cualquiera que defienda la libertad pueda encontrar un hogar o estacionar su caza X-Wing y esperar órdenes. Probablemente ya sabes que nos queda poca gente. Perdimos a la mayor parte de nuestra flota, miles de aliados. Cada guarida que podamos construir para escondernos y llenar los tanques de nuestras naves es un espacio más de esperanza. Ahora, si me disculpas.

Se inclinó hasta alcanzar su bolso y sacó un nuevo proyecto de tejido. Aquel era uno de los pequeños secretos de Vi: amaba el repiqueteo de las agujas mientras veía las frías líneas azules del hiperespacio, lo primitivo y lo futurista al mismo tiempo. Eso la tranquilizaba y la ayudaba a ordenar sus ideas cuando tenía que afrontar un trabajo complicado. Tenía un sombrero blando a medio terminar en sus agujas de tejer circulares, y el hermoso y grueso estambre de pelaje de bantha escondía sus puntadas imperfectas.

Archex la miró como si estuviera loca.

—¿Estás… tejiendo?

Vi arqueó una ceja.

—Sí. ¿Por qué? ¿Quieres aprender?

Hizo una mueca.

—¿No puedes comprar… lo que sea que se supone que es eso?

—Es un sombrero y sí, supongo que podría hacerlo. Pero hay algo en hacer las cosas con tus propias manos, a la antigua. Tener una evidencia física de tu esfuerzo para poder admirarla al final. ¿Tú nunca has hecho nada?

Fue lo suficientemente amable como para no mencionar que alguna vez ayudó a miles y miles de niños a convertirse en despiadados soldados de la Primera Orden.

Pero Archex solo suspiró, triste; parecía que su mente estaba en otro lado.

—He hecho cosas con las manos. Hace mucho tiempo. No recientemente. No tenía mucho tiempo libre para tallar juguetes en un destructor estelar.

—Pues la buena noticia es que la Resistencia te dejará tallar lo que quieras. Y cuando lleguemos a Batuu, tú y yo vamos a hacer algo bueno.

—Corrección —la interrumpió Pook desde la bodega de carga—. Ambos son especímenes dañados que ya no están en la flor de la vida humana, lo que significa que yo haré la mayor parte del trabajo físico con la ayuda de mi fuerza superior y el pensamiento espacial, al tiempo que soporto los vulgares abusos que decidan infligirme.

—Necesito tejer un tapabocas para droides —masculló ella.

Vi percibió por un segundo la mirada de Archex y se sintió satisfecha al verlo sonreír por primera vez. Se dio cuenta de que quizá sí tenía un poco de sentido del humor en el fondo. Al ver la ocasión, la aprovechó.

—Entonces ¿vamos a hablar de eso?

Él desvió la mirada.

—¿Hablar de qué?

Vi rio entre dientes.

—Nunca me pareciste un cobarde, Archex.

—No soy cobarde. Solo creo que las acciones hablan más fuerte que las palabras. Estoy aquí. Eso debería ser suficiente.

Vi arqueó una ceja.

—Bueno, yo creo en la honestidad. Ninguno de los dos escapó del destructor estelar en una sola pieza. Hiciste daño. Sigo recuperándome. Verte hace que mis terminales nerviosas salten como fathiers asustados. Pero tengo un trabajo que hacer y lo voy a llevar a cabo. Espero que podamos empezar de cero. Tú estabas haciendo tu trabajo y yo el mío. Te lo dije en esa nave y te lo digo ahora: creo que en algún lugar, debajo de esa armadura roja, sigue habiendo un buen tipo.

Él se miró las manos y flexionó los dedos.

—La armadura roja ya no existe.

—Entonces quizá podamos romper ese exterior de tipo duro. Ver cómo eres sin toda la programación, el protocolo y la propaganda. Apuesto a que eres divertido cuando no me estás torturando.

El suspiro que dejó escapar Archex fue un silbido. Ahora, cada respiración sería eso: una tortura en sí misma.

—Mira, sé lo que quieres en realidad y si piensas que me voy a unir a la Resistencia, que me haré un verdadero creyente, te equivocas. Puede que ya no crea en la Primera Orden, pero eso no significa que vaya a depositar mi fe en otra cosa de inmediato. Por ahora…

Su voz se fue apagando. Vi se saltó una puntada. Él observó con atención el apacible azul por la escotilla, aunque desprendía lo contrario a la calma.

—¿Por ahora? —preguntó.

—No sé qué creer. Pero eso no importa. Me enviaron aquí y no tuve elección, pero tengo algo que hacer, ya sea por castigo o por trabajo, así que bien puede ser esto. —Sus dedos golpeaban el duro descansabrazos de la silla—. Aunque extraño las naves de la Primera Orden. Esta silla es como…

—¿Como una silla de tortura? —lo interrumpió Vi con brusquedad—. ¿Nunca pensaste que estarías en el lado equivocado?

Archex bajó la mirada, un poco avergonzado, pero no mucho.

—Mala metáfora.

—Era un símil.

—¿Siempre eres así de molesta?

—Siempre.

—En verdad lo es —intervino Pook desde el fondo de la nave—. Los dos lo son. En realidad, todos los humanoides. Es una plaga.

Vi casi sonrió, pero se reprimió. Ella y Archex reñían casi como hermanos. No era mucho, pero era un principio.

—Sé que es difícil. Sé… bueno, que perdiste todo. Pero te prometo, Archex, que vas a convencerte y unirte a la Resistencia. Confía en mí, es genial ser de los buenos.

Él sacudió la cabeza, sin ningún rastro de sentido del humor.

—Los buenos. ¿Crees que ustedes son los buenos? Entonces ¿por qué llevo esto?

Se levantó el dobladillo del pantalón de la pierna derecha, la que no estaba herida, para mostrarle un monitor de tobillo.

Vi ya había visto antes ese tipo de aparatos. El delgado monitor de metal rastrearía cada uno de sus movimientos, su ritmo cardiaco, su sueño. Grabaría todas las conversaciones que tuviera. Básicamente, era un informante para que la Resistencia pudiera seguir al desertor de la Primera Orden hasta que demostrara que se podía confiar en él, si alguna vez decidía intentarlo.

—Que seamos altruistas no significa que seamos estúpidos —le recordó.

Sus ojos se posaron en los de Vi, lo que hizo que se le encogiera el corazón, que sintiera lástima por el que alguna vez fue su enemigo, el hombre que la encerró en una

habitación fría y húmeda, manchada de sangre, en el corazón de un destructor estelar, y la llevó hasta los límites de su propia cordura y lealtad.

—Tienes que darte cuenta, Archex. Viste los hologramas del cataclismo de Hosnian. Miles de millones de personas, familias, niños, bebés; todos están muertos. Una vez me dijiste que en la Primera Orden todo se trataba de orden, pero hasta tú tienes que reconocer que ahora se dedican a aniquilar a todos los que se oponen a ellos. La Primera Orden está equivocada por completo. Sé que comenzabas a comprenderlo, allá en tu nave. Phasma y Hux son solo síntomas de la enfermedad. Pero te atrapamos en buen momento y existe una cura.

Él puso los ojos en blanco ante la metáfora, pero Vi se dio cuenta de que le dolía.

—¿Y cuál es?

—Empatía. —Se inclinó hacia delante como si fuera a tocarle el brazo; él se crispó, adolorido, y ella volvió a tomar las agujas—. Comprensión. Ver la belleza en nuestras diferencias. Valorar la libertad y el derecho a fallar, levantarse y volver a intentarlo. Luchar juntos contra la opresión y la crueldad.

—Haces que parezca muy sencillo.

—*Es* sencillo.

Archex volteó a verla y se inclinó hacia delante, respirando con dificultad.

—No puedes forzar a las personas a creer en algo, Moradi. ¿No es ese todo el punto de tu Resistencia? ¿Resistir ante el control? ¿No creen todos ustedes que al eliminar a la Primera Orden serán libres de elegir su camino, incluso si eligen mal? —Ella asintió—. Entonces tienes que dejarme elegir no ser parte de la Resistencia.

Sonrió solo un instante, muy irónico, y después frunció el entrecejo de nuevo.

Vi se encogió de hombros sin dejar de tejer; parecía más fácil hablar con él cuando no se miraban directamente a los ojos, como lo habían hecho en el *Absolution*.

—Puedes escoger qué creer, Freno de Emergencia. Pero Leia y yo creemos en ti. Cambiarás de opinión. Siempre hay algo, una revelación, una epifanía, un reconocimiento, que hace que la gente común adopte una postura. Tenemos que averiguar, en tu caso, de qué se trata.

—Si fueras lista, no me habrías dejado vivir —susurró.

—Ya veremos —fue todo lo que Vi pudo replicar.

Archex volvió a mirar hacia el hiperespacio y guardó silencio, el único método de escape que tenía a su disposición en esa nave abarrotada. Vi conocía bien ese gesto, lo había usado durante su interrogatorio.

Lo observó un momento, antes de regresar a su tejido. Le tomaría tiempo sanar a un hombre tan fracturado. Tendría que reconstruir su vida entera, empezando por su corazón. Tendría que encontrar sus propias razones para continuar, su propio camino para salir del hoyo. El dolor, el arrepentimiento, la pérdida y, quizás, la vergüenza serían sus constantes compañeros.

Como lo eran para ella.

El camino sería largo.

Tiempo después, Archex se acercó cojeando hasta una de las literas que estaban soldadas a la nave, y muy pronto se quedó dormido. No era de extrañar: la Doctora Kalonia le había advertido que él aún estaba sanando y que necesitaría mucho tiempo, al igual que ella. Vi tenía lesiones neurológicas permanentes por la torpeza con que Archex usó la silla de interrogatorio y no sabía si alguna vez volvería a sentir dos de sus dedos. Por lo menos no era el dedo del gatillo, se dijo. Las rayas azules del hiperespacio le seguían pareciendo tranquilizadoras y, como los humanos guardaban silencio, Pook también estaba callado. Por desgracia, esa calma solo la preocupaba más.

Al principio, se sintió insultada por la misión de Leia, y después de la batalla de Crait esperó regresar al campo, olvidar esta tontería de Batuu. Vi era una espía, la mejor espía de la general, para ser honestos; se distinguía por sus disfraces, por ocultarse y escabullirse en territorio enemigo como un fantasma. Escuchó hablar de una futura misión en la que habría que infiltrarse en un destructor estelar, pero se la habían asignado a una unidad más nueva cuyo alias era Equipo Verde. Vi se introdujo al sistema y descubrió que la Mayor Kalonia en persona había recomendado que no enviaran a Vi, pues el lugar podría reactivar su trauma psicológico.

Lo que fuera que eso significara.

Así que ahora estaba aquí, camino a una ciudad en la nada, en un planeta alejado, para construir camastros y convencer a granjeros ingenuos y contrabandistas sospechosos de que se unieran a una lucha que aún no había llegado a sus fronteras. Seguía pensando que era un desperdicio de talento y probablemente una pérdida de tiempo, pese a lo que le había dicho a Archex sobre la importancia de la misión. Era demasiado sencillo. Le pidió que creyera en Leia, en la Resistencia, pero en momentos como este a Vi también le molestaban los grilletes de la obligación.

Respiró profundo y reconoció esa sensación de dolor, de presión, de que le faltaba el aliento: era tensión. Preocupación. Estrés. Tenía los hombros encorvados y los dedos entumecidos, como consecuencia de la compresión del nervio. Cuando se recargó en el respaldo de la dura silla y se forzó a relajarse, tuvo que enfrentar la verdad: quizá Kalonia tenía razón. Quizá también ella necesitaba tiempo para sanar. Quizás estar cerca de Archex le hacía recordar todo. Quizá no lo había superado. Quizá necesitaba una misión como esta, algo útil, casi unas vacaciones en un planeta tranquilo. Y quizá la Resistencia de veras necesitaba personas nuevas y camas en donde acostarlas, tanto como le urgía información sobre la Primera Orden.

Durante varios días de viaje, ella y Archex compartieron con tiento el mismo pequeño espacio; comían, dormían y se aburrían mientras trataban de aparentar que el otro no existía. Vi acababa de terminar de tejer el sombrero cuando la nave salió del

hiperespacio. Ya estaba casi acostumbrada a la rústica picazón del estambre. Claro que la fibra se sentía suave sobre la piel, pero era burda comparada con el lujoso estambre de hipoglás que perdió a bordo del *Absolution* cuando los hombres de Cardinal destruyeron el suéter que le estaba tejiendo a su hermano. Solo pensarlo la ponía furiosa, y tuvo que concentrarse en aflojar las mandíbulas cuando recordó el pitido nervioso de su droide y la sensación de sujeción en sus muñecas. Era extraña la manera en la que podía separar a Archex de Cardinal, pero no podía controlar su respuesta psicológica a la analepsis que se disparaba con esos pequeños detalles. Sí, claro, era probable que un destructor estelar no fuera el mejor lugar para ella en este momento.

Las estrellas volvieron a entrar en su campo de visión; Batuu brillaba más abajo, una joya que destacaba sobre la cortina añil del infinito, tan repleta de belleza natural y aburrida paz como Cerea. Más allá, el Espacio Salvaje se extendía tras la escotilla donde brillaban planetas misteriosos y estrellas sin cartografiar.

—Supongo que este es nuestro nuevo hogar —murmuró.

—Solo existiré aquí hasta que la General Organa me asigne a otro lugar —observó Pook—. Los niveles naturales de humedad causarán estragos en mis sensores.

Archex entró a la cabina de mando y, tras dejarse caer sobre su silla, movió su pierna mala de un lado a otro.

—¿Ya llegamos?

Vi sonrió y señaló la escotilla con un gesto.

—Bienvenido a Batuu. Iremos directo al puesto de avanzada de Black Spire.

Como si esperaran la señal, los sensores de la nave pitaron y aparecieron dos puntos rojos. Vi empujó su bolso de tejido hacia un lado con una patada y se inclinó hacia delante.

—¿Ataque de la Primera Orden? —preguntó Archex, inclinándose a su vez. Por un momento olvidó el dolor.

Ella sacudió la cabeza.

—No son TIE. Solo…

—Naves de contrabandistas fuera de control —intervino Pook—. Así es como funcionan los planetas distantes.

Cuando las dos naves que se acercaban pasaron de ser un parpadeo luminoso en la pantalla a ser objetos reales en el espacio, estallaron rayos láser. Una pequeña embarcación con enormes cañones perseguía a una nave más grande, como el ratón persiguiendo al gato.

—No nos persiguen a nosotros —señaló Vi, aunque no se sintió más relajada ni tranquila. Su nave era grande, visible y definitivamente no era una amenaza. Trató de calmarse, odiaba que los controles estuvieran pegajosos y fueran tan lentos.

—Este carguero no está equipado con deflectores —le recordó Pook desde la bodega—. Quizá deberían realizar maniobras de evasión. Aunque, como regla general, nunca escuchan nada de lo que digo.

—Tienen que vernos —murmuró Vi.

Pero las naves actuaban como si estuvieran solas en el espacio, como si el tosco carguero de Vi fuera intrascendente o tal vez invisible. Tiró de los controles con agresividad y se salió del camino justo en el momento en que la primera nave, la más grande y pesada, voló demasiado cerca.

—¿Nos está usando para cubrirse? —gritó Archex—. Ese completo…

—Es lo más inteligente —interrumpió Pook.

Vi giró hacia un lado de manera brusca cuando una nave más pequeña pasó a toda velocidad, de sus cañones salían estallidos de un fuego láser brillante. La embarcación suicida estaba determinada a continuar su camino y parecía decidida a explotar la nave de Vi si se obstinaba en bloquear a su objetivo.

Vi hizo que la parte delantera de su carguero descendiera, pero era demasiado grande y ella no fue lo suficientemente rápida. Al pasar junto a ellos, la pequeña nave los alcanzó con un estallido impaciente e impersonal de fuego láser; Vi sintió el impacto en cada hueso de su cuerpo. La nave se sacudió y profirió un lamento. Una luz roja inundó la cabina de mando, una alarma sonó y Archex gimió desde el piso, donde había caído.

—Prefiero el piloto automático —se quejó Pook—. Usted enredó mis cables.

Vi no tenía tiempo para ninguno de los dos. Sola en los confines de la galaxia, con la Resistencia aún resintiéndose y consciente de que esta nave era lo mejor que podía ofrecerle, no había nadie a quien pedir ayuda, ningún escuadrón útil de X-Wing a quien llamar para que la escoltaran hasta un lugar seguro. Y ahora su sistema de intercomunicación también se había dañado, aunque en los alrededores tampoco había ningún aliado de la Resistencia a quien recurrir. Tenía que aterrizar y mantener vivos y funcionales a todos sus tripulantes.

—¡Sujétense! —gritó—. Será un aterrizaje difícil.

—En general, la Teniente Moradi es una excelente piloto, para ser humana —se arriesgó a afirmar Pook—. Hoy no, pero casi siempre.

—Cállate o abro la escotilla —advirtió Vi—. ¡No me distraigas!

Vi concentró todo su esfuerzo en llevar la nave hacia la atmósfera y, aunque se estaba sobrecalentando, al menos se dirigían hacia el rumbo correcto. El sistema de navegación intentaba llevarlos directo a los muelles del puesto de avanzada de Black Spire, pero Vi, amable pero decididamente, se dirigió hacia un antiguo bosque al oeste, donde los análisis indicaban que había menos signos de vida. Unas imponentes agujas rocosas sobresalían de las copas de los árboles, que casi rozaban las nubes. Al menos el clima era agradable; si Vi moriría envuelta en una violenta bola de fuego mientras caía en picada hacia la superficie de un planeta en medio de la nada, prefería hacerlo con un hermoso cielo azul como telón de fondo.

—Parece un lugar bonito —comentó Archex; la blancura de sus nudillos al sujetar los reposabrazos de la silla desmentía la tranquilidad de su voz—. No me gustaría morir aquí.

—No lo harás —respondió Vi, apretando los dientes—. Pero quizá prefieras encontrar un lugar en donde puedas ponerte el cinturón de seguridad, en vez de sujetarte a una silla que no sirve para nada.

Archex estuvo a punto de hacer un comentario irónico, pero cerró la boca y se apresuró hacia el área de carga, donde Pook, con amabilidad, le habló acerca de las posibilidades que tenían de morir, que dependían del lugar que ocupara cuando la nave chocara.

—¡No vamos a chocar! —gritó Vi.

—Los humanos pueden creer cualquier cosa —murmuró el droide con tristeza.

Vi hizo que la nave ascendiera cuando se acercaban a las copas de los árboles. Iban muy rápido, pero ella no podía hacer mucho para evitarlo, así que trató de volar al ras de los árboles para perder un poco de velocidad. La vegetación no respondió bien a esta estrategia, y pronto la nave dejó de sobrevolar como una roca que salta sobre el agua y se estrelló con violencia contra las capas superiores del bosque, rompiendo ramas y quebrando viejos troncos conforme se desplomaba y perdía velocidad. Al golpear una aguja, derribaron su punta, pero valió la pena con tal de reducir la velocidad, en opinión de Vi.

Su arnés de seguridad seguía en su sitio, pero no sirvió para protegerla de los golpes, que casi le arrancan la cabeza del cuello. Por fortuna, tenía tanto pánico que no sintió el dolor, pero en lo más profundo de su mente sabía que lo sentiría después, como una venganza, si salía con vida.

Por último, la nave se estremeció y se detuvo, atrapada entre gruesas ramas y suaves espinas. Un ave curiosa se posó, parpadeó con alegría y, durante un brevísimo instante, miró a Vi fijamente a través de la escotilla. Después, el viejo carguero se inclinó, con la nariz hacia abajo, y cayó como flecha hasta el suelo.



Capítulo cuatro

BATUU

—TENIENTE MORADI, ES IMPRESCINDIBLE que permanezca despierta.

Vi respiró hondo y en su cabeza explotó un dolor sofocante, mientras una luz roja con estrellas centelleaba en la periferia de su campo de visión.

—¿Tengo que hacerlo? —se quejó.

Un metal frío recorrió despacio el cuello y la cabeza de Vi, y cuando abrió los ojos vio una pantalla negra circular sobre un fondo de hojas verdes.

—Quítate, Pook —murmuró—. Es de mala educación mirar fijamente.

Quienquiera que creó al droide PK no se esforzó en lo más mínimo en diseñarlo con un aspecto agradable. La cabeza de Pook no tenía características familiares, amigables ni antropomórficas, e incluso si ese gran círculo negro en el que debería estar su rostro era un escáner de alto nivel, Vi hubiera apreciado un mínimo indicio de ojos, quizás una boca sonriente. Por lo menos las unidades astromecánicas parecían alegres.

—Como dijo Archex de manera tan elegante, su cuello es un desastre —explicó Pook—. Tiene daño neurológico importante y un disco inflamado, junto con lesiones por esfuerzo repetitivo y estenosis espinal. Su columna vertebral es la de una mujer de noventa años.

—Dime algo que no sepa. —Vi trató de sentarse, pero los tres dedos de la mano de Pook le presionaron la parte superior del pecho, lo que ella sintió como si tuviera un enorme moretón.

—Permanezca de espaldas —le advirtió—. No he terminado mi examen. Archex está preocupado por los peligros que podría implicar la población local, pero ya es tarde para eso. El daño está hecho y, al parecer, todo está perdido.

Al oír esto, Vi se incorporó para sentarse y de inmediato se arrepintió; se llevó la mano al cuello e hizo un gesto de dolor.

—¿Qué quieres decir con que ya es tarde? ¿Nos hicieron prisioneros?

—Peor —contestó Archex. Se sentó sobre el suelo, cerca de ella, con las piernas extendidas hacia el frente. Tenía un moretón púrpura en la frente, pero al menos no había sangre—. Nos robaron los carroñeros de chatarra.

Vi miró a su alrededor. Su nave estaba derecha, como si hubieran aterrizado de la manera correcta, salvo que la punta estaba aplastada por completo, como si un exogorth se la hubiera comido, digerido y desechado. La puerta de la bodega de carga había desaparecido; no estaba abierta, sencillamente ya no existía, y el espacio cavernoso del interior estaba casi vacío.

—Pero ¡Pook debió detenerlos! —exclamó Vi, poniéndose de pie y tratando tanto de recobrar el aliento como de no caer por el mareo.

—Lamento informarle que no fui capaz de hacerlo, aunque la culpa no fue mía.

Cuando miró al droide, advirtió el problema: solo estaba la mitad de Pook. Tenía cabeza, cuello, torso y un brazo, pero el resto ya no estaba.

—¿Nos atacaron? ¿Te cortaron a la mitad?

Vi no podía creerlo. Su información sugería que los habitantes del puesto de avanzada de Black Spire no eran demasiado violentos; solo granjeros locales, comerciantes y los actores comunes del tipo de economía no precisamente agradable que tiende a proliferar alrededor de un puerto espacial. Después de su visita a Parnassos para desenterrar las sucias verdades de la Capitán Phasma, siempre que le daban una nueva misión Vi investigaba el comportamiento general y el grado de violencia letal de la población local.

—Protegía a Archex, de acuerdo con las órdenes de la general —explicó Pook, apenado—. Mi mitad inferior se desamarró durante el choque. Cuando llegaron los chatarreros, gritaron de júbilo por el valor de mis extremidades y se entusiasmaron ante la posibilidad de venderme a un ser llamado Mubo. Cuando Archex despertó, se retiraron con rapidez antes de terminar mi completo desmontaje. Ahora no sirvo para nada. Por favor, reinicie mi memoria central para que pueda olvidar qué se sentía estar completo.

—Lamento no haberme despertado antes —murmuró Archex; parecía un niño que había sacado una mala calificación en un examen importante.

Vi le lanzó una sonrisa irónica.

—Sí, bueno, no me culpes por estar inconsciente y yo no te culparé a ti.

Al observar el lugar en el que se ubicaba cada uno de ellos, se dio cuenta de que Archex debió sacarla de su arnés y arrastrarla hasta donde estaba Pook para que la escaneara, algo que debió costarle mucho trabajo. No se lo agradeció, pues se daba cuenta de que eso solo empeoraría las cosas.

Por fin, el mundo dejó de dar vueltas y Vi fue hasta la nave, tambaleándose, para confirmar lo que ya sabía: se habían llevado todo lo que había de valor. Incluso habían desatornillado del piso los incómodos asientos que ella maldijo tantas veces. Los paneles interiores mostraban áreas desnudas en donde habían arrancado los cables.

—Parece que nos golpeó un enjambre de langostas dardanellianas —señaló Vi, con una mano sobre la nave para evitar caerse—. ¡Esos pastores de nerfs se robaron hasta mi sombrero! ¡Y mi bolsa de tejido! —Se aventuró un poco más al interior, golpeó una de las paredes y se lastimó los nudillos—. ¡Y mis pelucas!

Por suerte, la que portaba se la había puesto muy bien antes de su viaje a Cerea.

Archex se puso de pie, un movimiento muy doloroso que mostró con exactitud qué tan inútil era su pierna izquierda, sobre todo sin los analgésicos que se habían robado junto con los botiquines médicos. Se acercó a ella cojeando, tratando sin éxito de esconder su discapacidad; ella se preguntó si intentaba sujetarla en caso de que se cayera, o si quizá solo quería hablar en voz baja por si el enemigo estaba cerca.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Puedes comunicarte con tu general para saber cuáles son sus órdenes?

Vi advirtió que no dijo *nuestra* general.

—Estamos muy lejos y apuesto a que se llevaron nuestro sistema de intercomunicación de largo alcance. —Se recargó en la nave, vio el estado de la cabina de mando e hizo una mueca de dolor—. Sí, no está, y el fuego amigo de la fiesta de bienvenida descompuso el sistema. Podríamos pagar para usar uno parecido en la ciudad, pero entonces cualquiera podría rastrearlo hasta la Resistencia, y la Primera Orden pagaría mucho por esa información. —Exhaló por la nariz—. Es increíble. Teníamos todo lo que necesitábamos para establecer un puesto de avanzada, y ahora ya no hay nada. Tengo algunos créditos que me dio la general para contingencias, pero no es suficiente. Tendremos que usar la mayor parte para comprar el trasero de Pook.

—Pensé que la Resistencia tenía fondos —replicó Archex.

Vi resopló.

—Teníamos. Después sucedió el cataclismo de Hosnian. Y luego, Crait. Ya no queda mucho. Mis propios ahorros nunca fueron, ¿cómo podríamos decirlo?, abundantes.

—Entonces ¿cómo nos comunicamos con la Resistencia?

—No lo hacemos. Nos quedamos aquí para completar la misión.

—Bien, entonces ¿cómo recuperamos nuestra carga?

Ella evitó reírse. Qué extraño, pasar tanto tiempo de tu vida en la Primera Orden y olvidar cómo funciona en realidad la galaxia.

—Supongo que tendremos que conseguir un trabajo como la gente normal. Por si no lo sabes, un trabajo es cuando…

Archex puso los ojos en blanco y se recargó en la nave.

—Nací en Jakku. Fui chatarrero. Sé qué es el trabajo. No soy la mascota consentida de alguien que después se volvió salvaje. Es solo que no estoy seguro de lo que podríamos hacer aquí. Soy bastante inútil para el trabajo manual.

—Véndanme, por favor —intervino Pook—. A personas sensatas.

—Si está en venta, ¡conozco a alguien que estaría interesado!

Esta nueva voz provenía de las sombras del bosque; de inmediato, Vi sacó su bláster, que seguía en su funda y por lo visto no había sido detectado por los ladrones. Aunque habían robado todo lo que no estaba atornillado a la nave (y algunas cosas que sí lo estaban), a ella la dejaron intacta.

—No nos queda mucho que puedan robar, pero pienso protegerlo —le dijo a Archex en voz baja—. ¿Seguiste con la práctica de tiro al blanco?

—No —susurró él—. En Cerea no había armas. Y todavía llevo mi tobillera, para que sepas que todo lo que me digas llegará a tus superiores. *Nuestros* superiores. Creo que aún no me permiten usar un bláster.

Vi alcanzó uno de los bolsillos de sus pantalones tipo cargo y puso un pequeño bláster en su mano.

—Considérate con permiso para usarlo. Este puede parecer insignificante, pero funciona.

Cuando apareció la silueta del bosque, ambos tenían la espalda apoyada contra la nave y apuntaban con sus armas. Pero era solo una niña, una niña sonriente. Alzó las manos sin dejar de sonreír.

—¡Soles brillantes, amigos! —saludó.

Vi rectificó. La recién llegada no era una niña, era una mujer; una de esas personas afortunadas que parecen más jóvenes de lo que son gracias a su expresión ingenua y curiosa. Tenía el cabello negro y una piel cobriza y cálida, complementada con diseños azules simétricos dibujados en su rostro. Su amplia túnica azul caía sobre unos pantalones y unas botas verdes que se parecían a los que usaría un soldado. Los anteojos de protección que llevaba sobre la cabeza y las herramientas que colgaban de su cinturón sugerían que se dedicaba a otros negocios, aparte de dar la bienvenida a desconocidos en medio del bosque; pero un hermoso collar confeccionado con materiales naturales y piedras indicaba que quería verse bien mientras hacía su trabajo.

—Soles brillantes —respondió Vi, haciendo eco a lo que debía ser el saludo local—. ¿Sabrías por casualidad quién nos robó?

La mujer se detuvo; ahora, una sonrisa irónica se dibujaba en su rostro.

—Tengo una buena idea de quién fue, pero disfruto más de las conversaciones cuando no me apuntan con blásteres. —Seguía con las manos arriba; despacio, giró para mostrar que no portaba ningún arma visible—. No pienso lastimarlos.

Archex miró a Vi a los ojos. Arqueó las cejas. Ella se encogió ligeramente de hombros y desvió la mirada hacia la funda de su arma en su cadera. Podía disparar con mucha rapidez, y estaba segura de que él también, con o sin sus lesiones. Él asintió de manera imperceptible y metió el bláster en su cinturón; Vi enfundó el suyo y trató de avanzar con confianza, alejándose de la nave. Con suerte la recién llegada no notaría su gesto de dolor mientras se acercaba.

—Soy Salju —se presentó la mujer—. Parece que estás lesionada. —Así que había notado la mueca de dolor, o quizá los moretones en la parte superior del pecho de Vi o los raspones en sus nudillos—. ¿Necesitas ayuda?

Salju bajó las manos y ladeó una cadera, pero fue lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que no la invitaron a acercarse.

Vi suspiró con fuerza y volvió a recargarse contra la nave.

—Me llamo Vi, él es Archex. Y sí, unos contrabandistas nos atacaron cuando entramos a la atmós…

—Ugh. Jerdan y Royce. —La chica sacudió la cabeza, molesta—. Sabía que eso saldría mal. Estuvieron discutiendo mientras yo llenaba el tanque de la nave de Jerdan; manejo la estación de servicio del puerto en el puesto de avanzada de Black Spire.

—Bueno, espero que ambos estén flotando en el espacio, en una nube mezclada de átomos. —Vi hizo un gesto hacia la nave y su cuello se agarrotó—. Nos estrellamos. Los dos perdimos el conocimiento. Cuando nos despertamos, toda nuestra carga y la mitad de nuestro droide habían desaparecido.

Como si esta fuera la invitación que estaba esperando, Salju caminó hacia Pook, que estaba… bueno, *sentado* no era la palabra correcta. Parecía que lo habían enterrado y esperaba la lluvia de primavera para florecer. La mujer se acercó, y el cuello del droide giró para seguirla.

—Parece que tuviste un día horrible —comentó.

—Ni se imagina —respondió Pook.

Salju giró a su alrededor, lo tocó, le hizo preguntas y asintió, comprensiva, ante las quejas del droide. Cuando terminó, Pook dijo:

—Me gusta. Pero sin mi segunda batería me estoy quedando sin carga, así que voy a ponerme en modo de reposo en lo que ustedes piensan cómo recuperar mi trasero.

Y sin decir más, se apagó.

—Tengo buenas y malas noticias —anunció Salju, acercándose a Vi y a Archex—. La buena es que, según la descripción del droide, quienes les robaron no eran los carroñeros de chatarra de Savi.

—¿Y por qué esa es buena noticia? —preguntó Archex.

Vi se alegró al ver que recuperaba el ánimo.

—Savi dirige el depósito de chatarra principal aquí, pero es un hombre justo y si fue su gente la que hizo esto, las cosas podrían ponerse difíciles. Tampoco fue Mubo el que mencionó el droide; él arregla droides, pero no desvalija ni roba. La mala noticia es que parece que los ladrones fueron los secuaces de Oga Garra, lo que quiere decir que no será fácil recuperar sus cosas. Oga es la jefa por aquí y, aunque es más justa que la mayoría… bueno, para ella los negocios son lo primero.

Vi se rascó la cabeza y, por un instante, volvió a ver estrellas.

—Dime si entiendo bien: las personas que se llevaron nuestro cargamento trabajan para la gánster local y eso significa que no solo no obtendremos justicia, sino que probablemente nos cobrarán tres veces más si queremos comprar nuestras cosas, una vez que verifiquemos los números de serie.

Salju hizo una ligera reverencia y respondió:

—Me temo que así es, y que las agujas los protejan. Pero no pierdan la esperanza. En la ciudad hay mucho trabajo, quizá mañana tengan mejor suerte.

Esa no era la primera vez que Vi experimentaba algo así: sentir que todo estaba perdido y que lo mejor era darse por vencida, cambiar de nombre y de corte de cabello y buscar un trabajo que no involucrara muchas lesiones corporales. Pero no podía fallarle a la Resistencia. Ya había pasado por eso, había sobrevivido a catástrofes similares; sabía

que la única salida era enfrentarlas. Paso a paso, con la misma gracia que la general había demostrado después del cataclismo de Hosnian. Cada paso hacia delante era un paso hacia la normalidad. Podía continuar.

—Está bien —accedió—. Archex, quédate aquí con lo que resta de Pook y asegúrate de que nadie se lleve la nave. Hasta que encontremos algo mejor, esta es nuestra casa. Yo iré a la ciudad con Salju, si estás de acuerdo. —La mujer asintió—. Conseguiré algo para dormir, comida, y quizás encuentre cómo ganar algunos créditos.

Archex miró su pierna y sacudió la cabeza.

—Así que solo me quedo aquí sentado a cuidar la cáscara de una nave y a medio droide, ¿cierto?

Vi suspiró.

—¿Prefieres que yo me quede y tú vayas? ¿Has hecho reconocimiento antes? ¿Sabes qué me encargaron que buscara? En los últimos veinte años, ¿has estado en una ciudad en la que no siguieras órdenes?

Su rostro se ensombreció.

—No.

—Exacto. Tu trabajo es apoyarme. Apoyarme.

Él asintió con un gesto tenso y reticente, pero estaba de acuerdo. Después de todo, lo habían entrenado para ser soldado; sabía obedecer órdenes, aunque no estuviera de acuerdo.

Vi volteó a ver a Salju.

—Ustedes dos tienen una relación interesante —comentó.

—Ni lo digas.

Salju la llevó hasta el bosque; Vi se alegró al ver que la mujer había escondido su landspeeder detrás de unos arbustos. El vehículo parecía una cubeta vieja y oxidada, pero el motor ronroneaba y los asientos tenían cubiertas de lana que se sintieron de maravilla cuando Vi se recargó. Salju le ofreció una cantimplora; el agua estaba fría y sabía a minerales.

—Y ahora —dijo Salju con una sonrisa—, al puesto de avanzada de Black Spire.



Capítulo cinco

GRACIAS AL SPEEDER, NO FUE UN trayecto muy largo. Vi tomó nota de la ruta para poder regresar por su cuenta. Si consideraba que necesitarían proteger lo que quedaba del carguero y ahorrar créditos viviendo en la naturaleza, en lugar de buscar un lugar en la ciudad, recorrería este camino con frecuencia.

Cerca de una zona de piedras irregulares, llegaron a un camino rústico de tierra.

—Lo llamamos el Camino de Savi —explicó Salju—. Empieza en las antiguas ruinas, que se consideran peligrosas o sagradas, dependiendo de a quién le preguntes. Si sigues en esta dirección, el sendero te llevará directo al depósito de chatarra de Savi y luego hasta el mercado. Su taller y la fachada de su tienda están en el PABS, como la gente local llama al puesto de avanzada.

Más adelante los altos árboles comenzaron a ser más escasos; Vi advirtió indicios de civilización. Las construcciones eran una mezcolanza de viejo y nuevo, como si todo ahí se hubiera edificado sobre algo más antiguo y con cualquier material que pudieran encontrar. Entre las edificaciones altas se extendían toldos y lonas rayadas que brindaban sombra a las coloridas siluetas que iban y venían por las calles. Había lámparas e incensarios colgados de los postes o de cuerdas; en el aire revoloteaban deliciosos aromas con la promesa de ricas especias y carne rostizada. La mayoría de los edificios tenían techos con domos planos, algunos de concreto pintado con colores brillantes, otros de metal con varios grados de óxido y moho. Las estructuras parecían cortadas con las formas naturales del planeta, casi como si hubieran sido esculpidas en la roca o edificadas desde el suelo mismo, como castillos de arena. Vi no podía distinguir qué era nuevo y qué era viejo.

—¿Qué es esa cosa en la aguja? —preguntó Vi, señalando algo que sobresalía en una de las muchas agujas petrificadas que daban su nombre al puesto de avanzada. Aunque ahora parecían rocas color café y gris oscuro, Vi había leído que alguna vez fueron árboles que se petrificaron hacía eones. En esta aguja en particular, varios nativos con chalecos y suéteres coloridos estaban parados sobre unas escaleras, raspando una extraña sustancia amarilla de la piedra y echándola en cubetas.

—Liquen dorado —respondió Salju—. Una exquisitez local. Lo llaman polvo de oro. Se puede usar en pinturas y tinturas, o como acompañamiento en la comida. —Como si

pudiera ver a Vi que contaba las manchas de oro en varias agujas y estructuras, añadió—: Parece una ganancia fácil, ¿no? Pero Oga también controla el mercado de polvo de oro; no me gustaría que me atraparan robando su liquen.

—Confía en que un jefe del crimen monopolizará cualquier cosa que tenga valor —refunfuñó Vi.

—Solo da por sentado que Oga controla todo, o al menos se lleva una parte. —Salju señaló una de las estructuras más grandes—. Esta parte del puesto de avanzada se llama el Puerto de Tierra. Esta es mi estación de servicio, donde trabajo con vehículos pequeños: speeders, speeder bikes y crankbikes. Les lleno el tanque y los arreglo si se descomponen.

Después señaló una estructura beige con tres domos gris mate de los que salían unas antenas y una tecnología rudimentaria, pero tecnología al fin y al cabo.

—Pero ahí es donde tienes que ir primero: el Droid Depot de Mubo. Es un tipo razonable, aunque no todos lo piensen así.

Fuera de la puerta abierta del depósito, que tenía forma de trapecio, había una multitud de droides distintos, desde astromecánicos y droides de energía hasta redondas unidades BB, y también un armazón muy familiar con un brazo frente a él, como si fuera una invitación: las piezas robadas de Pook.

La gente de Oga trabajaba rápido.

—En efecto, tenemos que hablar con Mubo. Aunque me ilusionaste con «razonable», me perdiste con «no todos lo piensan así» —dijo Vi, examinando el estado de los droides en exhibición.

En su experiencia, las tiendas que tenían droides limpios y en funcionamiento tendían a pertenecer a propietarios con quienes se podía hacer negocios; mientras que los dueños de droides sucios, cuyos cables sacaban chispas, solo estaban interesados en los créditos, en lugar de disfrutar al reparar robots y, como decía un colega de Coruscant, «devolverlos a la vida».

—Oh, no es que sea malo. —Salju bajó la voz conforme se acercaban, evitando la mirada de un transeúnte que inspeccionaba las mercancías del depósito—. Solo es un poco excéntrico. Incluso maniaco. Mubo tiene una sola idea, y esa idea son los droides. Es todo un personaje, pero ama su trabajo y supongo que comprenderá tu problema.

Salju no trató de ayudar a Vi a salir del landspeeder, pero se quedó de pie a un lado, por si acaso. Cuando Vi pasó cojeando bajo el toldo de Droid Depot, un alegre droide R4, bien cuidado, blanco y azul, emitió un pitido de bienvenida. Advirtió que ninguno de los droides echaba chispas y que la parte posterior de Pook estaba pulida y brillaba.

El interior de la tienda estaba oscuro y fresco; los conocidos olores de metal, aceite y soldadura hacían que Vi se sintiera como en casa. Todas las superficies estaban abarrotadas con mercancías para droides; de una cinta transportadora en el techo, colgaban coloridas extremidades de droides, que pasaban zumbando alrededor de la habitación con animada eficiencia. Daba una sensación de antigüedad y extravagancia, como si cada droide, cada pieza, cada proyecto de reutilización fuera justo lo que algún

cliente estaba buscando. Al asimilar este caos organizado, Vi aprobó el bullicio general y la amabilidad de los técnicos de la tienda.

—¡Soles brillantes, Salju! —exclamó una voz aguda; un utai bajo, fornido y de piel grisácea la saludó con un gesto de la mano desde una escalera detrás del mostrador. Trabajaba en un droide KX, sus hinchados ojos estaban cubiertos por unos anteojos de protección y agitaba un soplete sin ningún cuidado.

—Mubo, tu… —exclamó Salju, señalando con preocupación la flama, que se acercaba peligrosamente a un pedazo de toldo mugroso.

Pero el utai ignoró la advertencia y bajó deprisa por la escalera, soplete en mano.

—¡Mi último droide! —anunció orgulloso—. ¿No es una belleza? Lo obtuve con una canción y un guiño.

Saltó al suelo y, rodeando el mostrador, avanzó hasta que el cable del soplete no alcanzó más. Casi se le escapa de la mano y vociferó algo en su lengua nativa; miró el fuego azul como si fuera una mascota desobediente, cerró la entrada de gas y apagó la flama.

—Mubo, ella es Vi, mi nueva amiga —dijo Salju, haciendo una leve reverencia.

—¡Soles brillantes para ti también! —Se levantó los lentes y lanzó una mirada curiosa a Vi—. Parece que necesitas un droide.

Vi estaba consciente de que su sonrisa era irónica y no tan inocente como la del hombre.

—Así es. Para ser más precisa, necesito medio droide. Quizá dos tercios.

Mubo ladeó la cabeza y señaló una pared con estantes oxidados en donde miles de partes de droides estaban apiladas.

—Bueno, llegaste al lugar correcto.

—La nave de Vi se estrelló. Jerdan y Royce, ya sabes —explicó Salju. Ella y Mubo sacudieron la cabeza para indicar que comprendían la vergonzosa situación—. Y cuando recobró el sentido, alguien había robado la parte inferior de su droide PK-Ultra y uno de sus brazos.

—¡Qué grosería! —exclamó Mubo; cuando se llevó su rechoncha mano a su corazón, parecía de veras escandalizado—. Una cosa es desarmar un droide por razones nobles, pero partirlo a la mitad por dinero es un insulto para todos los que amamos a nuestros amigos metálicos.

—Parece que tú pagaste por las partes de mi droide.

Mubo echó la cabeza hacia atrás, tragó saliva y se puso a jugar, nervioso, con los lentes.

—Oh. Sí. Ya veo. La mitad de un droide PK-Ultra y un brazo. Esa unidad que está enfrente es tuya, ¿cierto? Pensé que era muy buen precio, pero lo que me convenció fue la triste historia. —Se inclinó hacia Vi—. Un tipo me vendió las partes hoy a muy buen precio, dijo que se debió a un choque.

—Así fue. *Mi* choque.

Vi y Salju esperaron mientras Mubo se quitaba los lentes; al tratar de limpiarlos, los embadurnó con el aceite que tenía en las manos y volvió a ponérselos.

—No puedo dártelas —dijo por fin—. Sería malo para los negocios. Pero te las vendo exactamente por la misma suma que pagué por ellas.

El precio que le dio era en moneda local, la spira. Cuando Salju, con amabilidad, le indicó el tipo de cambio de spiras a créditos, Vi se dio cuenta de que era justo. A regañadientes, le entregó un adelanto que sacó de su reserva de emergencia. Por más que Pook fuera pesimista y un poco molesto, era clave para el éxito de su misión. Él tenía que hacer el trabajo físico de construir el edificio que sería el centro de mando de la Resistencia y las instalaciones de reclutamiento; armar las literas, apilar las cajas y, con suerte, instalar la energía, el alumbrado y las paredes, y para eso necesitaba piernas y ambos brazos.

—Mira —continuó Mubo—, volveré a armarlo gratis. Tu triste historia es peor que la original, y si Salju dice que es verdad, entonces es verdad. ¿Dónde está? ¿El… el resto?

—En los límites del antiguo puesto —respondió Salju.

—Gracias por tu amabilidad, te lo traeremos mañana —intervino Vi.

Por supuesto, Salju sabía dónde estaba su nave, como también la pandilla de rufianes que la habían robado. Pero de ahora en adelante, Vi quería mantener en secreto la ubicación exacta del cuartel general. Por más que Salju y Mubo parecieran buenas personas, por lo general este tipo de cruces de caminos también atraía a gente menos honesta y altruista. Era posible que alguien la reconociera al ver un viejo holo e intentara ganar unos créditos fáciles denunciándola.

Mubo sonrió.

—Entonces, te veo mañana. Buen negocio. ¡Que las agujas te protejan!

Salju condujo a Vi afuera; la luz del sol parecía tener un resplandor excepcional.

—Entiendo el saludo de «soles brillantes», pero ¿qué significa «que las agujas te protejan»? —preguntó Vi.

Salju se cubrió los ojos con una mano y señaló las agujas rocosas que sobresalían en el bosque circundante.

—No sabemos mucho de la civilización que estuvo aquí antes. De dónde vinieron, quiénes eran, qué les sucedió. Usamos lo que dejaron, pero la mayor parte de su legado está rodeada de misterio. Lo único que se ha preservado de su mundo hasta el nuestro son las agujas, esos restos petrificados de árboles ancestrales. Con ese recordatorio los honramos. El puesto de avanzada recibió su nombre por una en particular, lo sabrás cuando la veas.

—Bien.

Vi debió saberlo: en muchas culturas era común escoger algo grande, misterioso y constante, y tratarlo como… bueno, si no como un dios, al menos como algo importante, algo que podía cambiar la suerte o brindar protección. Las agujas eran antiguas, misteriosas e imponentes. Bien se podían considerar como protectoras, en lugar de

amenazantes. Entre más pronto aprendiera la jerga de la ciudad, más rápido la aceptarían y la reconocerían.

—¿Ahora adónde vamos?

Salju se detuvo para considerarlo, mirando a Vi de arriba abajo.

—Antes de que vayas a buscar tus pertenencias, quizá quieras adoptar el atuendo local. La forma en la que estás vestida te etiqueta como una forastera, y es más difícil confiar en los forasteros.

—No voy a dejar mi chamarra —advirtió Vi, de una manera un poco más agresiva de lo necesario.

Salju levantó las manos.

—¡Oh, no tienes que hacerlo! Pero una bufanda local, un chaleco o un mantón te ayudarían a mezclarte un poco mejor, o al menos mostrarían que estás tratando de integrarte. Vamos. Pasaremos por la tienda de Arta.

—No puedo gastar dinero en verme elegante —admitió Vi.

Pero Salju no dejaba de sonreír, ¿habría algo que borrara esa sonrisa?

—Entonces, solo un mantón barato de segunda mano. Confía en mí: adaptarte podría marcar toda la diferencia entre un precio justo por tus mercancías y un trato que te costaría demasiado. En Black Spire cuidamos a los nuestros. —Hizo una pausa—. Y para algunos, un emblema de la Resistencia como el tuyo es un blanco.

Vi suspiró. Hubiera deseado que la población local estuviera del lado de la Resistencia pero, por supuesto, siempre habría detractores.

—Está bien. Quizá tengas razón. Vamos.

Por un momento se preguntó si Salju obtendría una tajada de todos los negocios a los que la llevaba, pero descartó ese pensamiento. Después de todo, Mubo le vendió las piezas faltantes de Pook por un precio mucho menor y se había ofrecido a componer al droide; el cándido utai parecía incluso emocionado ante esa posibilidad. Los lugares como el puesto de avanzada de Black Spire, alejados del resto de la galaxia, tenían comunidades muy unidas. Los residentes se preocupaban unos por otros y por sus hogares. Y lo que había visto en Salju hasta ahora sugería que la batuuana era sincera.

Caminaron por el mercado; Vi observó los puestos, que vendían refrigerios, linternas, juguetes, mascotas y artefactos. La gente platicaba con sus vecinos, tejía en telares sobre su regazo o molía granos sobre unas piedras desgastadas. Los rayos de sol penetraban por las franjas de telas suspendidas y por todas partes revoloteaban pequeños pájaros que se lanzaban como dardos desde los pisos de piedra, llenos de migajas, hasta los nidos escondidos en los aleros de las casas. De los cables de luz colgaban linternas de todos tamaños y formas, que arrojaban una luz cálida hasta en los rincones más oscuros. Vi no pudo evitar detenerse para apreciar unas encantadoras esculturas en una tienda que parecía estar cerrada; le interesaba en particular una cimera jedi flanqueada por dos estatuas de curiosos pájaros regordetes.

La arquitectura local favorecía los domos, las guirnaldas y los arcos de tres centros; todas las ventanas estaban divididas en cristales más pequeños que hacían que todo

pareciera más decorativo, como el glaseado de un pastel. Los balcones y las torrecillas formaban parches de sombra sobre las canastas hechas a mano, llenas de verduras, frutas frescas y montoncitos de especias en polvo. A Vi le encantaba visitar mercados como este, donde podía intercambiar créditos por productos agrícolas o preparados por manos callosas, y probar la comida a un paso de la naturaleza.

En medio del esplendor del mercado, sobresalía un punto de referencia: una aguja negra diferente del resto. En lugar de la piedra habitual gris y café, esta era negra y lisa como cristal volcánico.

—Supongo que esa es la aguja negra del puesto de avanzada de Black Spire —adivinó Vi.

Salju sonrió, besó su meñique y con él tocó la aguja.

—Así es, que tenga una larga vida.

—¿Por qué es diferente de las otras?

—Hay varias leyendas. Mi favorita es la que cuenta que, hace mucho tiempo, cuando los antiguos vivían aquí, en el bosque había un monstruo aterrador llamado Naklor, una bestia peluda de garras largas hechas de hueso. Salía de noche, cuando las lunas estaban más oscuras, para robar gruffins y a los hombres que las ordeñaban. Muy pronto, los aldeanos comenzaron a sufrir debido a que la leche se acabó y los cazadores desaparecieron. Así, la matriarca local tomó su báculo y salió a enfrentarlo; la batalla fue intensa. Por último, golpeó a Naklor con tal fuerza que este ardió hasta quedar carbonizado en el lugar en donde estaba, y esto es todo lo que queda de su cáscara consumida. Algunos dicen que su corazón acecha en el interior, sediento de sangre. Cuando era niña, nos retábamos para besarla, pero solo la tocábamos con el dedo meñique.

Vi soltó una carcajada; ya había escuchado antes este tipo de leyendas.

—Así que nadie piensa que solo es un viejo árbol, ¿no?

Salju guiñó un ojo.

—No sería divertido.

Siguieron caminando. Vi observaba cómo los habitantes hacían sus negocios; tenía que admitir que Salju tenía razón sobre sus ropas: casi todos llevaban algún tipo de túnica tejida, mantón, chaleco o bufanda sobre unos prácticos pantalones tipo cargo y botas pesadas. Por supuesto, había personas que se paseaban por el mercado con chamarras de piel, capas de contrabandista y los overoles sencillos de los transportadores de grandes distancias, pero eso solo los hacía distinguirse más de los nativos. Cuando Salju la llevó a un lugar cálido y acogedor, lleno de ropa exclusiva, Vi supo que era la decisión correcta.

Sobre sus cabezas colgaban madejas de hilos de colores como si fueran galaxias llenas de estrellas, mientras que los carretes de telas exquisitas se doblaban como arcoíris curvos, cada uno con una etiqueta escrita a mano. Parecía el acogedor taller de un artesano y Vi se sorprendió a sí misma acariciando algunas de las telas que colgaban en un estante.

—¡Salju! —Una mujer twi'lek, delgada y elegante, vestida con una kurta color magenta, apareció entre dos suntuosas cortinas púrpura, detrás del mostrador principal—. Te dije que esta túnica era del color perfecto para ti.

Se abrazaron y Salju volteó para presentarle a Vi.

—Ella es Arta Kleidun —dijo—. Arta, ella es Vi.

—Soles brillantes —saludó Vi con una cálida sonrisa.

Arta inclinó la cabeza y respondió al saludo.

—Te vi tocando los mantones. ¿Buscas algo en específico?

—Estaba admirando la moda local —comentó Vi—. ¿Qué me aconsejarías?

—Su nave se estrelló y robaron su cargamento, así que le gustaría adaptarse —agregó Salju, tratando de ayudar.

Vi se reprimió para no mostrar que este comentario la molestaba. Los espías no revelaban información a menos que fuera necesario, y ahora que Arta sabía cuál era su objetivo, podría cobrarle de más o hablar con los comerciantes.

La sonrisa de Arta desapareció.

—Los chicos de Oga. Esta mañana vi a Rusko y a su pandilla transportando unos trineos con mercancías desde el antiguo puesto. En serio, justo cuando piensas que las cosas se están civilizando…

—Tú no viniste aquí para civilizarte, Arta —le recordó Salju.

Arta puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Me gusta que haya un poco de color en mi vida. Eso no significa que crea que debamos rebajarnos a robar a los viajeros para poder hacer negocios. —Caminó hasta donde estaban los mantones que le habían interesado a Vi y escogió uno hermoso, anaranjado oscuro, con un estampado geométrico rojo en los bordes—. Este se vería muy bien con tu tono de piel, es luminoso pero no se destaca demasiado. —Con mano experta, envolvió a Vi con él, jaló aquí y allá e hizo algunos ajustes—. Noté que se te iluminaban los ojos con los colores brillantes, pero a veces no debe parecer que queremos ser el centro atención, ¿cierto?

Con cuidado, la hizo girar hacia el espejo. Vi volteó a un lado y a otro, admirando su ingenioso estilo, que de manera holgada escondía todo lo que estaba por encima de sus rodillas, pero facilitaba el acceso a sus armas.

—Y con algunos ajustes, puedes… —Su voz se fue apagando conforme acomodaba el mantón para esconder todo menos los ojos de Vi. ¡Qué chica tan inteligente!

Vi asintió y sonrió.

—No vine a Batuu por la moda, pero no estoy decepcionada —dijo—. ¿Cuánto cuesta?

Arta tomó una pequeña etiqueta que colgaba de la punta del mantón, con el precio original en spiras tachado y con un buen descuento.

—Sé cuando alguien está buscando un buen negocio —admitió.

Vi le pagó en créditos con gusto; al salir, le devolvió la despedida a Arta.

—¡Que las agujas te protejan!

Fuera, se permitió respirar. Poco a poco, estaba resolviendo los problemas. Ahora…

Muy a su pesar, su estómago gruñó. Salju la miró y ahogó una carcajada.

—Estrellarse deja hambrienta a una chica —explicó Vi—. ¿Huele a carne?

Salju señaló una puerta abierta mucho más adelante.

—Es Ronto Roasters, uno de los favoritos de aquí.

—Pues vamos.

Vi estaba feliz porque los nativos no la miraban tanto como cuando cruzaron el mercado. El olor de la carne rostizada era exquisito y le hacía cosquillas en la nariz, la atraía; sabía que había elegido bien.

—Al dueño lo llamamos el Carnicero, pero su nombre real es Bakkar —le informó—. Si quieres evitar pláticas y comer en paz, no menciones las carreras de pods. Lo vuelven loco.

Vi se animó.

—¿Aquí hay carreras de pods?

Ese peligroso deporte había sido declarado ilegal, pero parecía que Batuu no era un lugar donde se acataran las leyes de la Nueva República.

—Un poco, en los alrededores de Galma, cuando pueden juntar a algunos pilotos de carreras. Pero… ya verás a qué me refiero cuando entremos.

Salju sonrió, traviesa, y llevó a Vi hasta una puerta adornada con banderines que se agitaban al viento.

Sí, ese era sin duda el olor que Vi había seguido a través del mercado: carne fresca, rostizada, con las especias exactas que utiliza un genio culinario. Pero, en efecto, el establecimiento era poco común. En lugar de un horno o un asador, la carne se rostizaba debajo del motor de un podracer. La masa cónica de metal colgaba de un techo alto, como si fuera una enorme lámpara; en intervalos, las flamas asaban una gran variedad de cortes que parecían abarcar toda la gama desde el ronto prometido hasta otros surtidos más exóticos. Un droide sudoroso vigilaba la carne y giraba el espetón, mientras murmuraba, para sí mismo y con buena actitud, sobre la posibilidad de llevar una vida más glamorosa.

Vi siguió a Salju hasta el mostrador; ambas pidieron un burrito de ronto. Encontraron lugares en una mesa que daba al patio y, aunque Salju tenía mucho que contar, Vi no podía evitar mirar por encima de su hombro. Observaba a unos pilotos, vestidos con chamarras de piel, fanfarronear al pasar frente a unas mujeres mayores que amasaban el pan ácimo, y a niños pequeños que perseguían gallinas o vendían los huevos que llevaban en sus túnicas. Parecía un lugar tranquilo, pero a Vi le alegraba advertir que estaba concurrido y era próspero. No había visto a nadie pidiendo limosna en las calles ni había escuchado ningún disparo. Las naves aterrizaban y despegaban en el puerto con regularidad, y a pesar de que mantenía los ojos abiertos, no había visto a ningún oficial de la Primera Orden ni a nadie que pareciera un cazarrecompensas. Eso no significaba nada; Vi sabía, por experiencia personal, que los mejores cazarrecompensas no se descubrían hasta que te tenían atada y te hacían marchar hasta su nave a punta de pistola.

Tras acabarse toda su comida hasta casi lamer la envoltura, Vi pidió algo para llevarle a Archex; a estas alturas, tendría tanta hambre que se comería su cinturón. No le había preguntado si sabía buscar alimento; solo esperaba que no fuera tan tonto como para deambular por un planeta desconocido y probar todo lo que pareciera comestible. Eso era algo que necesitaban cuanto antes: intercomunicadores. Ah, y todas sus otras pertenencias. Un botiquín médico o al menos analgésicos. Echaba un vistazo a cada puesto o carreta frente al que pasaban con la esperanza de encontrar algo barato, pero cualquier cosa manufacturada o de alta tecnología tenía precios muy altos. A final de cuentas, estaban muy lejos de los planetas del Núcleo, y todo eso era importado. O robado.

Sin embargo, era extraño. A pesar de su frustración, a pesar del dolor de cuello y espalda, se estaba divirtiendo.

Sí, toda la misión había sido un desastre. Sí, estaban en problemas. Sí, les habían robado su cargamento y tenían heridas dolorosas. Y sí, para una espía acostumbrada a trabajos de alto nivel, que la enviaran a un lugar como Batuu parecía un descenso de categoría, como si ya no fuera capaz de tener éxito contra todo pronóstico.

Pese a todo, le gustaba este lugar, mucho.

—¿Estás lista? —preguntó Salju.

Vi alzó la vista. Había olvidado qué era lo siguiente en su lista.

—¿Para qué, exactamente?

Esta vez, la sonrisa de Salju titubeó.

—Para ir a la cantina de Oga.



Capítulo seis

VI LO CONSIDERÓ.

—¿Crees que esta es la manera correcta de acercarnos? Puede que tenga una conmoción cerebral. Quizá no debería arrinconar a la jefa local en su propia guarida.

Salju sacudió la cabeza.

—Oh, no lo harás. No puedes. A Oga se la ve muy rara vez. Tiene una oficina escondida en algún lugar debajo de la cantina, o detrás. Nadie lo sabe. Y Rusko, su segundo al mando, no ayudará. Tendremos que empezar con alguien de menos rango. Podemos fingir que estás buscando algo de lo robado, pero tal vez no deberías mencionar que te lo robaron a ti. Puede que obtengas un mejor precio por el conjunto, antes de que lo dividan demasiado.

Con o sin conmoción cerebral, a Vi no le gustaba mucho la idea.

—¿Oga es buena o mala persona?

Salju se encogió de hombros.

—Oga apoya a Oga. Y al puesto de avanzada de Black Spire, en ese orden. Aquí se aceptan todas las monedas, y todos los problemas se sacan a la calle. A veces de manera violenta.

—Pero ¿qué hay de hacer lo correcto?

Salju lo consideró antes de responder.

—Según Oga, lo correcto es cualquier cosa que mantenga el orden y el equilibrio. Legal o ilegal, nativo o forastero, todos nos necesitamos para que este lugar funcione. Cuando estás tan lejos de los planetas del Núcleo, de la idea de justicia de alguien más, no te preocupas demasiado por lo que un gobierno tan distante defina como bueno y malo. Oga es el único gobierno que tenemos y, para la mayoría de nosotros, las cosas funcionan bien.

A Vi le pareció que este argumento era frustrante, y por eso la Resistencia tenía tanta dificultad en tomar fuerza: todos pensaban que la Primera Orden era asunto de otros.

—Pero los problemas de la galaxia terminarán por llegar aquí. Lo sabes, ¿verdad? Si gana la Primera Orden, nadie podrá protegerlos, ni siquiera Oga.

Salju volvió a encogerse de hombros.

—Cuando eso suceda, quizá las cosas cambien. Pero no será hoy. Y si obligas a Oga a tener esa conversación, te garantizo que nunca recuperarás tu carga, a ningún precio.

Vi abandonó el tema. Estaba muy cansada para discutir y, por más que le desagradara, no valía la pena perder la generosidad de Salju solo por tener razón.

Conforme caminaban por el mercado, Vi sintió que el día menguaba. No era de noche con exactitud, pero gracias a los tres soles de Batuu, parecía que la tarde duraba ahí mucho tiempo. El mercado dio paso a un área que era más… bueno, no sórdida en sentido estricto, pero casi. En lugar de ver a las abuelas sentadas, encorvadas y envueltas con pañoletas estampadas, observó a unos extravagantes personajes que se reclinaban contra las paredes, con la mirada atenta y las manos en sus blásteres. Se envolvió en su mantón y mantuvo una postura erguida, sin cojear, aunque aún tenía el cuello rígido y no podía siquiera voltear un poco para ver si las seguían. La postura y la actitud de Salju no se modificaron de ningún modo cuando cambiaron de entorno, ¿por qué lo harían? Aquel era su hogar.

—Ahí está la cantina.

Vi no necesitaba ayuda para identificarla. Había visto cientos de cantinas en una docena de planetas, y todas compartían la misma mezcla embriagadora de emoción y suciedad. La cantina de Oga, como la llamaba Salju, era un gran edificio redondo y achaparrado, con un pesado techo abovedado de metal. La entrada arqueada estaba abierta, rodeada de banderolas que ondeaban con la brisa de la tarde y el brillo acogedor de las linternas. Parecía ser parte de una arquitectura más antigua, con la pintura desteñida sobre las paredes color crema y los toques decorativos aquí y allá, incluido un cuadro estilizado de una bebida y unos caracteres que parecían ser un lenguaje antiguo grabado en el techo. Vi se preparó para escuchar música en vivo, pero en su lugar, escuchó una grabación de una vieja canción gatalentana que le gustaba a su madre.

Salju se detuvo en la entrada y señaló un letrero.

—Será mejor que no rompas las reglas de Oga —advirtió—; de lo contrario, destruirá tus bienes solo para darte una lección.

Vi leyó el código de conducta de la cantina, que incluía tanto reglas razonables, como prohibir la entrada a mono-lagartos kowakianos, hasta otras más extrañas que hacían referencia a antiguas disputas, como la que prohibía el desmembramiento. Tomó nota de la regla que decía que todos los negocios de más de diez mil créditos requerían la aprobación de Oga.

—Son muchas reglas para una sola cantina —observó con cautela.

—Hay una broma local que dice que todos estos casos se dieron en una sola noche y que Oga se enojó tanto que escribió el código para asegurarse de que no pasara de nuevo.

Vi arqueó las cejas.

—¿En una sola noche?

—Yo no estaba aquí, pero eso es lo que cuenta la leyenda.

Salju volvió a hacer su pequeña reverencia y Vi entró a la fresca sombra de la cantina.

Se parecía mucho a cualquier otra, pero este tugurio también daba una sensación de control; tenía que tratarse de la influencia de Oga. Cualquiera que entrara sabía que, incluso si era un puesto de avanzada en los confines de la galaxia, tenía que comportarse. Aún no era hora de la salida de los empleados y el salón estaba casi vacío, lo que quizás explicaba la ausencia de problemas.

En el interior predominaba una barra de piedra que llamaba la atención y la mantenía. Tras la barra, unas criaturas exóticas flotaban y aleteaban en tanques: worrts bulbosos de ojos saltones, una babosa gris de pantano y un mynock en apuros, que chillaba en silencio detrás de la seguridad del grueso vidrio. La atención de Vi se desvió hacia unas cabezas de droides que estaban colocadas alrededor de la barra como una mezcla extraña entre amenaza y arte; con toda seguridad, Mubo lo odiaría. Y las llaves de bebidas, nunca había visto tantas; cada una tenía una forma diferente que daba una idea de la bebida que contenía. Le intrigó una en particular que tenía la forma de una empuñadura de un sable de luz, y cuatro que estaban hechas con dientes de rancor. Una incluso tenía tres pájaros redondos como los que había visto tallados en la entrada. Las mesas y la barra estaban iluminadas desde dentro y brindaban al salón un tono rojizo de un brillo peculiar.

Sin embargo, no todos los que estaban en la cantina venían a beber; estaban aquí por información. Vi sabía que pasaría ahí mucho tiempo para escuchar a los nativos, acercarse a los pilotos visitantes y, en general, mantenerse informada sobre las noticias de más allá de la galaxia, en especial si se trataba de la Primera Orden. Esperaba que todas esas bebidas, salidas de sus fascinantes llaves, fueran deliciosas y ayudaran a desatar las lenguas. Si lo hacía bien, ese sería su principal terreno de reclutamiento para la Resistencia.

Vi se sentó en uno de los lugares reservados mientras Salju iba a la barra para hablar con la cantinera, una mujer mayor vestida con una túnica azul y amarillo mostaza desteñido; por su aspecto, parecía que había olvidado cómo sonreír. Después de un momento, Salju regresó y puso una bebida espumosa sobre la mesa desgastada.

—Se llama Spice Runner —dijo, dando un sorbo al suyo—, es una sidra local. —Sonrió—. Mi favorita.

Vi la probó y de inmediato le gustó; suspiró, agradecida, conforme la calidez se extendía por su pecho y sus hombros, hasta que al final llegó alrededor de sus orejas. Entre el choque, el robo y el trabajo de esa tarde, el día había sido estresante.

—No hay ninguno de los tenientes de Oga por aquí —señaló Salju, inclinándose hacia delante—. Supongo que, como dijiste, estarán inventariando los números de serie de tu cargamento. Creo que lo mejor que puedes hacer es disfrutar tu bebida, comprar unas cobijas y regresar a casa. A menos que quieras hablar con Savi mientras estás en la ciudad.

—Ya mencionaste antes ese nombre. ¿Quién es Savi?

Salju bebió otro sorbo y se limpió la espuma del labio.

—Dirige Savi e Hijos, la compañía de chatarra más importante. Trae naves oxidadas y cargamentos de basura sin valor de toda la galaxia, las clasifica y vende lo que puede.

No solo estará atento a tus cosas; él es la mejor oportunidad de encontrar un trabajo aquí, a menos que tengas habilidades particulares. ¡Olvidé preguntarte!

Vi pensó cuáles eran sus mejores habilidades: espiar, robar, interrogar, infiltrarse, volar de manera evasiva. Sin duda, tejer no. Nada que tuviera que ver con la moda. Tampoco disfrutaba hacer pan ácimo o pelar chícharos. La calle de Mercaderes no era su lugar. No podía trabajar en ese bar, eso lo sabía; un par de horas con unos clientes groseros harían que terminara en lo que sea que usaran aquí como cárcel, con una explicación de cómo el tipo se había roto la nariz por accidente.

—Puedo ser chatarrera —respondió. En realidad, era una buena opción si consideraba sus contratiempos. Conocería el terreno, se comunicaría con los nativos y, probablemente, obtendría buenos precios por las piezas que este tipo, Savi, no supiera cómo vender. Incluso las hojas de metal y los viejos contenedores ayudarían en la construcción del puesto de reclutamiento que tanto necesitaba la Resistencia—. ¿Qué tipo de hombre es Savi?

—Amable. Sabio. Viejo. Quizás un poco hosco hasta que te conoce bien. Es justo, y no es habitual decir eso de los carroñeros de chatarra. Quienes trabajan para él son casi como una familia. Él los cuida y ellos se cuidan unos a otros. Si tuviera que trabajar para alguien, aparte de mí, pensaría en él. —Se hundió un poco en el asiento y bajó la cabeza—. Pero primero le preguntaría a Arta, porque me vendría bien el descuento para empleados.

Vi se mordió la lengua antes de hacer la gran pregunta, la que había pospuesto cada vez que le enseñaba algo del planeta. Pero si tenía que considerar trabajar para alguien todos los días, necesitaba saberlo.

—¿Sabes qué piensa sobre el conflicto entre la Primera Orden y la Resistencia?

Salju frotó las gotitas que perlaban su vaso y pensó.

—En general, las personas que no nacieron aquí pero que decidieron quedarse y hacer su vida en el puesto de avanzada de Black Spire están huyendo de algo. La mayoría de las veces huyen de la ley; otras, del ajetreo de la galaxia. Batuu es pequeño, dueño de sí mismo, una esfera cerrada. La Primera Orden y la Resistencia son solo historias que nos llegan a través de forasteros que se marchan al día siguiente. Así que, hasta que se conviertan en nuestros problemas o nuestros salvadores, lo que sea, no pensamos para nada en eso. Pero creo que Savi está en contra de cualquier tipo de opresión. Escuché que hace muchos años tenía relación con los Jedi.

—Entonces, vamos —decidió Vi—. Después de que mañana arreglen mi droide, me gustaría hacer algo, en lugar de quedarme sentada en ese claro, sentir lástima de mí misma y escuchar las quejas de Pook.

—Aunque las oficinas principales están aquí, en el Puerto de Tierra, la chatarrería está fuera, en los alrededores del claro, así que te queda más cerca.

Vi hizo una mueca.

—¿Me veo tan mal?

Salju se encogió de hombros como disculpándose.

—Estoy segura de que estarás mejor después de un baño y un buen descanso.

Terminaron sus bebidas, llevaron los vasos a la barra y se dirigieron a la salida. En cuanto estuvieron afuera, Vi presintió peligro. Toda la gente en el mercado miraba algo que estaba al otro lado de la calle de la cantina.

—¿Dónde diablos has estado? —se escuchó que decía una voz áspera y gorjeante que, de alguna manera, hizo que se le helara la sangre. Hablaba en huttés, idioma que, por supuesto, Vi entendía.

Una silueta salió de entre las sombras, una blutopiana; Vi lo sabía gracias a su amplio entrenamiento en especies alienígenas.

—Es Oga Garra —murmuró Salju, sorprendida—. Es muy raro verla por aquí.

Oga, como todos los blutopianos, era una curiosidad a ojos de los humanos. La jefa del crimen local tenía una piel arrugada y correosa que iba del gris hasta el salmón carnoso, y su boca era un revoltijo de tentáculos rosados que se movían sin cesar y de manera molesta; a Vi le recordaba a una lata de gusanos enojados. Tenía la espalda encorvada, pero sus brazos como aletas tenían unas manos gruesas capaces de destrozar cráneos. Llevaba una túnica con cinturón y un chaleco que, Vi estaba segura, provenía de la tienda de Arta, junto con unos pantalones tipo cargo y unas botas cafés. Sus ojos eran dos pequeños puntos negros, pero de algún modo parecían astutos y peligrosos.

—*¡Nnngharooogrrr!*

Desde un balcón sobre la puerta arqueada de un departamento, se asomó un wookiee que parecía estar concentrado en la ira de Oga. El wookiee tenía el pelo revuelto, se estaba amarrando una cartuchera y, a pesar de la carencia general de rasgos faciales expresivos y de su escasa comprensión del shyriiwook, Vi comprendió que estaba avergonzado y aterrado.

—¿Tomando la siesta? ¿En la recámara que se le asignó a la nueva mesera rodiana, Meeba? ¿La misma con la que te vi riendo en la trastienda la semana pasada, cuando me aseguraste que solo hablaban del precio de la champaña coreliana?

—*¡Mmrawwr!*

—Bueno, ¿entonces de qué se trata? ¿Estabas componiendo el baño o…? O, no sé, ¿arreglando otro tipo de problema personal de tuberías?

La gente comenzó a murmurar y la blutopiana giró, con su bláster preparado.

—Esto es entre Dhoran y yo —advirtió—. No puedo obligarlos a irse, pero puedo dispararles por accidente.

Parecía que los nativos no entendían el huttés, pero la intención era clara en cualquier idioma. Los murmullos cesaron y muchos de los más tímidos regresaron a las sombras o se escabulleron detrás de unas puertas entreabiertas para seguir mirando.

—*¿Rrhhhhogah?* —canturreó el wookiee. Puso las manos en el barandal de metal y se inclinó hacia delante como si lanzara una flor a su amada para ganarse su favor.

Oga giró y lo descartó con un gesto de la mano.

—Ni trates de convencerme, catástrofe ambulante. Sal de mi planeta y no vuelvas más o pondré tu cabeza en la barra, junto a las de los droides.

Dhoran se incorporó y se alisó el pelo de la cara.

—*Huhn. Greh.*

Vi no hablaba bien shyriiwook, pero el sonido de desdén y desprecio era similar en todos los idiomas.

Sin más palabras, Oga dio media vuelta y le disparó al wookiee en el pecho.

Las manos, o las patas, de Dhoran —Vi no sabía qué eran, debajo de tanto pelo— se aferraron a la herida humeante. Los ojos del wookiee se abrieron por la sorpresa y, despacio, se desplomó por encima del barandal; el viejo metal se quebró con el peso de su cuerpo, que cayó con un golpe sordo a los pies de Oga.

La blutopiana se arrodilló, lo pellizcó y murmuró:

—Hasta nunca. —Después, casi como si hablara para sí misma—: ¿Por qué siempre me enamoro de los chicos malos, grandes y peludos?

Una nueva silueta apareció en la puerta abierta del departamento. Una alta rodiana estaba envuelta en una pequeña toalla rosa; al ver el cadáver del wookiee, lanzó un grito.

—¡Maldita asesina!

Oga levantó la mirada con rapidez, apuntó su bláster y disparó a pocos centímetros de la antena de la rodiana.

—Estás despedida. Lárgate. Me quedaré con tu sueldo de esta semana a modo de disculpa formal.

La rodiana desapareció y, en silencio, Oga desvalijó el cadáver de su antiguo amante. Se colgó la cartuchera al hombro y se incorporó.

—Quien no quiera comer láser hoy que no se cruce por mi camino —amenazó.

Todo el mundo desvió la mirada o encontró algo que hacer; con los hombros encorvados, la blutopiana desapareció entre las sombras, detrás de la cantina. Vi advirtió la dirección; pensó que si alguna vez necesitaba enfrentar a la gánster, encontraría una entrada en esa área. El ajetreo del mercado volvió a la normalidad, pero al tipo de normalidad que implicaba ignorar por completo el cadáver humeante de un wookiee.

—Pues esa es Oga —repitió Salju—. Y no quieres hablar con ella hoy. Quizá no esta semana. Ni este mes.

—Esperemos que tu amigo Savi no tenga hoy una tragedia personal.

—Oh, todos la tendremos —respondió Salju, sombría—. Tan pronto como se divulguen sus órdenes en día de paga y todos veamos que nuestra contribución habitual aumentó. Oga está metida en todos los negocios. Se lleva una parte de todas las ganancias. No se puede hacer una gran transacción sin su visto bueno. Cuando se enoja, sus secuaces se enojan, piden una tajada mayor y…

—Cuando llora, la economía llora.

—Sí, pero todas las ganancias van directamente a sus bolsillos.

Pasaron frente a los restos de Dhoran y regresaron al mercado, desandando el camino que las había llevado hasta ahí. Vi era más cautelosa ahora que había visto la evidencia de que, a pesar de las reglas garabateadas en su cantina, el puesto de avanzada de Black Spire de Oga seguía siendo una ciudad fronteriza, violenta y anárquica. Por lo menos, los

matones de Oga no habían desvalijado su propio cuerpo mientras estaba inconsciente en la nave estrellada; seguía teniendo sus créditos y las armas que escondió entre su ropa, y sabía cómo usarlas.

Pero la mayor parte de la gente en el mercado parecían ser nativos inocentes que solo se ocupaban de sus negocios. Al pasar frente a las tiendas y los establecimientos, Vi tomó nota de cada puesto y propietario; con actitud inocente, le hacía preguntas a Salju sobre ellos para considerar quién podría ser un buen aliado.

El puesto de leche lo atendía un granjero aqualish llamado Bubo Wamba; era nuevo en el planeta y pasaba la mayor parte del tiempo entre sus banthas o en su establecimiento. Era probable que no fuera el recluta ideal. Salju le informó que Zabaka, la fabricante de juguetes toydariana, era profundamente leal a Oga, así que Vi también la descartó de la lista. Kat Saka, que atendía el negocio de granos, era una batuuana de cuarta generación; era propietaria de varias granjas, por lo que sería reticente a involucrarse en algún conflicto. Kamka, de la joyería Bith, y Bina, del puesto de criaturas, tampoco eran grandes candidatos para la Resistencia. Los empresarios de la zona tendrían muchas razones para no unirse. Si quería atraer reclutas para su causa, tendría que buscar en la clase obrera batuuana, los granjeros, los estibadores del muelle y los pilotos que estaban de visita.

Cerca de Droid Depot había otra tienda grande, un conjunto de construcciones con un patio pequeño. El logotipo de SAVI E HIJOS. OBJETOS RESCATADOS estaba pintado en una pared. Vi observó que, al igual que en la cantina, había decoraciones descoloridas que incluían extraños símbolos que se asemejaban a algún tipo de alfabeto antiguo. Vio que una adolescente de cabello rizado se acercaba hasta un curioso árbol que estaba plantado justo fuera de la tienda. De sus ramas colgaban cientos de listones y cordeles de colores; la chica amarró uno verde brillante, cerró los ojos, sonrió durante un instante y se alejó; su aspecto era más relajado y alegre.

—El árbol de los deseos de Trilon —dijo Salju antes de que Vi le preguntara—. Así enviamos nuestros anhelos y deseos al universo. Amarras un pedazo de tela al árbol y haces una promesa o pides un deseo, y cuando se desintegra, la galaxia te lo concede.

—Entonces, sí piensan en la vida más allá de Batuu.

Salju asintió con solemnidad.

—Alzamos la mirada y vemos las mismas estrellas que los demás, aunque nuestra perspectiva sea distinta.

Vi sonrió.

—Me gusta. Todo un árbol cubierto de esperanza.

«A Leia también le gustaría», pensó.

Salju la llevó hasta un mostrador exterior, debajo de un toldo inclinado, y le dijo a una sonriente empleada que estaba buscando a Savi. Les pidieron que esperaran; momentos después, apareció un hombre blanco, viejo y arrugado, que hizo una reverencia formal y amable. Tenía el cabello, el bigote y la barba grises, y el brazo izquierdo era una prótesis plateada que parecía que siempre había sido parte de él.

Aunque tenía el aspecto de un anciano, contaba con tanta energía y vitalidad que parecía como si pudiera permanecer despierto toda la noche, discutiendo sobre filosofía o ayudando a una shaak a parir. Estaba vestido de colores naturales y capas de ropa, como se acostumbraba en Batuu, pero también llevaba una delgada bufanda atada de manera informal alrededor del cuello.

Ese hombre no se adecuaba a la idea que Vi tenía de un chatarrero, un sujeto grande y brusco que intimidaba para obtener mejores tratos y compraba naves descompuestas a gente desesperada y al precio más bajo que podía obtener. En él había algo tierno y amable, sereno y curioso. A Vi le gustó de inmediato.

Cuando Salju le explicó el problema de Vi, Savi la miró durante un momento, evaluándola. Ella le devolvió la mirada y luchó contra el impulso de erguirse y parecer competente; después de todo, ese tipo no era la General Organa. ¿Por qué tendría que complacer a un vendedor rural de chatarra? Un poco de cerebro y una espalda en buenas condiciones debían ser habilidades suficientes para trabajar como chatarrera.

—Siempre se necesitan recolectores —respondió Savi—, pero me gustaría saber un poco más sobre ti. ¿Cómo terminaste en Batuu?

Sus cejas se levantaron al hacer la pregunta. Vi sintió que la estaba probando, pero al mismo tiempo… bueno, había algo en Savi que hacía que ella quisiera abrirse, contarle la verdad. Tenía algo familiar, despertaba una sensación de lealtad. Miró a Salju; su cálida sonrisa y la inclinación de su cabeza sugerían que podía confiar en el viejo. Si él conocía su objetivo, quizá podría ayudarla.

—Mi nave se estrelló y robaron mi cargamento; ahora tengo que ganar créditos para comprarlo y recuperarlo —explicó.

En otras circunstancias, hubiera dicho que solo quería salir del planeta y continuar su camino, pero a ningún empleador le gustaba escuchar eso de una persona a la que iba a contratar.

Él entrecerró los ojos.

—Sí, eso responde al «cómo», pero evade de manera astuta el «por qué». ¿Qué asunto te trajo hasta aquí?

—Debía entregar un cargamento —respondió, y era cierto.

Algunas personas, Vi incluida, tenían un sexto sentido para detectar las mentiras, y sospechaba que Savi era una de ellas. No se llegaba a ser tan viejo sin ser sabio.

El hombre volvió a arquear las cejas.

—¿Entregar un cargamento a quién?

Vi se sintió como una niña a la que reprende un abuelo cariñoso. Estaban jugando el uno con el otro, y el viejo no cedería hasta estar satisfecho.

—Escuché que usted no es un fanático de la Primera Orden —comentó Vi para cambiar el tema y ponerlo en una posición incómoda.

Savi asintió, como si al fin estuviera satisfecho con la conversación.

—Supongo que lo que en realidad estás preguntando es si apoyo a la Resistencia. Mi viejo amigo, Lor San Tekka, era un ferviente partidario de la Orden Jedi, y juntos

decidimos que nuestra vocación era ayudar a mantener el equilibrio de la Fuerza. No me corresponde a mí elegir el camino de otros, pero creo que tengo que apoyar a quienes son sensibles a la Fuerza, quienes luchan por los mismos ideales.

Vi consideró cómo dar el siguiente paso. Por un lado, estaba muy lejos de cualquier aliado y le habían ordenado de manera explícita que reclutara nuevos miembros para la Resistencia. Savi ya había aceptado estar en el mismo campo. Por otro lado, si confesaba con franqueza en Batuu que trabajaba para la Resistencia, era posible que se enteraran las personas erróneas y alertaran a la Primera Orden.

En fin, de cualquier modo lo sabrían. Y Savi tenía algo, todos sus instintos le indicaban que podía confiar en él. Por difícil que resultara para una espía revelar su verdad, esa era la única manera de encontrar aliados y seguir adelante.

—Yo estoy con la Resistencia —admitió, observando con cuidado el rostro de su interlocutor para ver su reacción—. Me enviaron aquí para construir una nueva base para la Resistencia, lejos del territorio de la Primera Orden. Es cierto que me estrellé y que robaron mi cargamento, y necesito ganar créditos para recuperarlo o comprar algo mejor.

Savi asintió, con una sonrisa dibujada en su rostro.

—Entonces, *eres* de la Resistencia. Y la Princesa Leia sigue al frente, ¿cierto?

Vi se molestó un poco.

—General Organa, ese es su título oficial.

El anciano soltó una risita.

—Algunos de nosotros tenemos muchos nombres, vivimos muchas vidas. Su hermano era Luke Skywalker.

No era una pregunta, así que Vi no respondió.

—Nuestros aliados están en problemas, Savi. *Estamos* en problemas. Ahora, nuestra mayor esperanza es asegurar posiciones que nos ayuden a reagruparnos y a reconstruir, para poder seguir peleando. La General Organa me envió aquí para hacerlo.

Savi chasqueó la lengua y jugueteó con un anillo que tenía en la mano derecha.

—Crear algo de nada. Una tarea difícil, incluso si cuentas con todos los recursos. —La miró a los ojos y, esta vez, ella no solo vio al anciano amable; también advirtió un corazón valiente y feroz—. Puedo emplearte. Y puedo ayudarte a encontrar algunas de las provisiones que necesitarás para construir tu refugio. Pero debo saber que eres confiable. Este negocio se llama «Savi e Hijos. Objetos Rescatados», no «Mi prioridad es mi otro trabajo». Cuando estés aquí, vas a trabajar, no a reclutar, a dar discursos ni a rogar a los clientes y empleados que se unan a tu causa. Tengo que proteger mi sustento y el de mis chatarreros, y no podemos permitir que Oga venga a golpear el mostrador mientras se queja de una de mis empleadas.

El discurso era claro; Vi asintió.

—Agradezco su sinceridad, Savi. Soy buena trabajadora, sé cuándo mantener la boca cerrada. Durante las horas de trabajo, soy una chatarrera. —Se inclinó y dejó que su mirada reflejara la fortaleza y la tenacidad de su corazón—. Pero fuera del horario laboral, soy mi propia persona. Hablaré con mi verdad y reuniré a tantos aliados como

pueda. Es difícil creer que aquí, en los confines de la nada, la Primera Orden pueda destruir este mundo pequeño y seguro, pero ya lo he visto. Algún día también aterrizarán aquí, y ustedes se alegrarán de tenernos de su lado.

Sostuvieron la mirada en una férrea batalla de voluntades; Salju tuvo que aclararse la garganta y examinar un viejo motor. Por último, Savi parpadeó y las arrugas volvieron a rodear sus ojos y boca.

—El mundo necesita verdaderos creyentes —afirmó, con una risa frágil—; después de todo, no puedo callarte a la fuerza.

La manera en la que pronunció la palabra *fuerza* le llamó la atención, pero Savi comenzó a moverse con dificultad detrás del mostrador. Su entereza anterior había sido sustituida por el tipo de alegre amabilidad que hacía que los clientes estuvieran de buen humor.

—¿Cuándo te gustaría empezar?

—Pasado mañana estaría bien.

Savi tomó un datapad y escribió, como todo un negociante.

—Comenzarás en la chatarrería, a las afueras del pueblo, cerca del antiguo puesto. ¿Lo conoces?

—Pasaremos por ahí de regreso a su nave —intervino Salju.

—Bien. El trabajo empieza al alba. Pregunta por Ylena. Ella te pondrá al tanto.

Vi inclinó la cabeza.

—Gracias. No lo defraudaré. Que las agujas lo protejan.

Usar la frase del PABS sonaba a promesa, como si empezara a formar parte de algo bueno.

Savi le devolvió la reverencia y murmuró:

—Y a ti.

Vi siguió a Salju hacia el mercado; pensó que había escuchado al anciano susurrar «Y que la Fuerza te acompañe», pero, cuando miró sobre su hombro, él ya había desaparecido.



Capítulo siete

ANTES DE SALIR DEL PUEBLO, HICIERON una última parada en un puesto de provisiones, donde un trandoshano desaliñado y, sin embargo, arrogante, llamado Kasif, intentó venderle a Vi la última innovación en sacos de dormir que se calientan, se enfrían y se inflan de manera automática, hasta que Salju le puso un alto y lo amenazó con subir el precio del combustible la próxima vez que fuera a la estación. Kasif se puso nervioso y se controló; le ofreció una selección de sacos de dormir de segunda mano, un poco deshilachados, aunque juró que nadie había muerto en ellos.

Con la comida de Archex y una bolsa con el asa rota y espacio suficiente para meter los dos sacos de dormir, Vi estaba más que lista para regresar a la nave y prepararse para la noche. Salju le sugirió que comprara algo de fruta, bebidas, analgésicos y otros artículos en los puestos que seguían abiertos, iluminados con lámparas cuya luz anaranjada brillaba contra el cielo púrpura.

Aparte de las piezas de Pook, no habían visto ni un solo artículo del cargamento robado, pero Salju estaba segura de que aparecerían la semana siguiente. Prometió investigar preguntándole con discreción a un famoso pirata, Hondo Ohnaka. Le advirtió a Vi que se mantuviera fuera de su camino: él era capaz de vender a su propia abuela con tal de ganar algunos créditos, y con gusto alertaría a la Primera Orden si reconociera a una espía a la que estaban buscando. A Vi le hubiera gustado tener alguna manera de agradecer a la mujer, que perdió un día entero para ayudarla a conocer el lugar y a que los nativos le dieran mejores precios de los que ella hubiera podido conseguir sola.

Cuando se sentó en el cómodo asiento del landspeeder, Vi casi se desploma de alivio. Agradeció a las estrellas no tener que caminar de regreso; estaba exhausta. Sin embargo, en lugar de dirigirse al campamento, Salju condujo el speeder hasta más allá del Camino de Savi. Vi olió la chatarrería antes de que fuera visible; no había nada comparable al olor de miles de toneladas de metal viejo, aceite y combustible, que se cocinaba al sol y escurría en el suelo durante todo el día, y que ahora se enfriaba con la brisa del atardecer.

—Por aquí entras. —Salju señaló la entrada principal.

Vi asintió. Hacía mucho tiempo que no tenía un empleo en el que tuviera que llegar todos los días a la misma hora y hacer un trabajo repetitivo, y no estaba precisamente entusiasmada, aunque fuera necesario y tuviera un propósito. Tenía que recordar que, al

menos, era mejor que estar atrapada de nuevo en las entrañas de un destructor estelar con un tipo como Archex cuando era el Capitán Cardinal. Algo tenía de bueno una profesión en la que, de manera razonable, podías esperar llegar al trabajo y volver a casa sin que tu vida corriera peligro.

—Amanecerá muy temprano —comentó Vi con la voz entrecortada.

Salju soltó una carcajada e hizo girar el speeder.

—Has tenido un día cargado.

Las estrellas comenzaron a brillar entre las ramas frondosas; Salju manejó el speeder por un paisaje en el que se mezclaban antiguas ruinas y árboles gigantes, en un sotobosque de grandes helechos que se habían hecho un ovillo ante la llegada de la noche. Al pasar por un claro en el que había un círculo formado por piedras negras y angulosas, Vi se reclinó y miró al cielo. Hizo un gesto de dolor: los analgésicos habían ayudado, pero no eliminaron por completo la molestia del cuello. No importaba en qué planeta se encontrara, siempre le había gustado mirar el cielo y descubrir nuevas estrellas. De alguna forma, esos pequeños puntos blancos siempre contaban una nueva historia.

—Entonces ¿de dónde eres? —preguntó Salju.

Su entrenamiento de espía la obligó a observar a la mujer con sospecha, pero el rostro de Salju era tan abierto y curioso como el de una niña. Hubiera sido muy mala espía.

—Soy originaria de Chaaktil —respondió al fin.

—¿Cómo es? He visto algunos viejos mapas estelares, pero la mayor parte de lo que sé se lo debo a los visitantes que vienen a mi estación a cargar combustible. Creo que no había escuchado hablar de ese planeta, Chaaktil.

Vi hizo una pausa.

—Casi todo es desierto. Muy distinto a Batuu. Si te adentras mucho en la naturaleza y, de pronto, cae una tormenta, puedes terminar como un esqueleto bien pulido. Alrededor de unos pozos profundos se establecieron algunos pequeños asentamientos que después se convirtieron en grandes ciudades. Tenemos el mejor fruto de palma frito.

—¿Y los animales? Me gusta conocer nuevos animales.

—Muchos lagartos y dragones. Ratones y ratas chaak. Las cucarachas chaak son tan grandes como mi pie, pero las consideramos solo como proteína gratuita con un relleno cremoso.

Salju se estremeció.

—Bueno, no creo que ese lugar esté en el primer lugar de la lista de sitios que quiero visitar. —Desvió la mirada, algo que por lo regular no hacía—. Siempre he sido buena con las máquinas. Puedo reparar casi todo. Imagino que, si algún día las cosas se ponen mal aquí, simplemente me iré. Tengo una lista de todos los lugares que parecen interesantes, solo tengo que escoger uno e ir ahí.

Vi le lanzó una mirada mitad compasiva, mitad divertida.

—Entonces ¿nunca has salido del planeta?

—Nunca.

El ave estelar en la chamarra de Vi se sentía cálida sobre su corazón.

—Bueno, si cambias de manera de pensar, podrías ser útil a la Resistencia. Si eres tan buena con las máquinas como me imagino, y sé que eres buena con la gente, serías de mucha utilidad. Podrías ser mecánico en la flota o manejar la tecnología en una de nuestras bases. Y conocerías nuevos planetas en toda la galaxia.

Salju sonrió. Su mirada se alzó hacia las estrellas mientras consideraba la idea.

—Gracias por la oferta, pero este es mi hogar —dijo por fin—. Black Spire llega a hacerse entrañable.

—Bien, solo ten en cuenta que la oferta siempre estará en pie.

Al ver la manera en la que la chica seguía observando las estrellas con un brillo en sus ojos, Vi se dio cuenta de que Salju era su principal reto en Batuu. ¿Cómo podría convencer a la gente normal, a gente buena, de que abandonara su comodidad y seguridad para luchar contra el mal? Había visto de primera mano lo que la Primera Orden podía hacer. Se ocupó de refugiados, consoló a niños huérfanos, curó quemaduras y enterró cadáveres. Para ella, la Resistencia era la única opción. Para Salju y sus vecinos, no era una opción en ningún sentido, sino algo en lo que se metían otras personas, los héroes y los tontos. Vi no consideraba que perteneciera a ninguna de estas dos categorías, solo era una persona que ya había decidido en qué bando estaba.

Cuando regresaron al claro ya era de noche por completo; los faros del speeder iluminaron a unos dugar dugar que daban saltos y a unos lahiroos de escamas moradas que huyeron entre los árboles. Más allá de los gruesos troncos, brillaba la luz de una fogata; Vi percibió el olor de carne rostizada. Su respeto por Archex aumentó un poco.

—¡Lunas ascendentes, amigos! —saludó Salju.

Pook se encendió y se quejó.

—Todos los seres vivos deberían tener un control de volumen integrado —murmuró.

Archex se levantó de uno de los dos troncos que había acercado a la fogata. Parecía que un gundark se lo había comido y luego lo había escupido; su cansancio y dolor eran evidentes en cada línea de su rostro, pero sonreía.

—Espero que los pájaros nativos no sean venenosos —dijo, señalando varias formas regordetas que se rostizaban al fuego. Se sentía tanto avergonzado como orgulloso de su logro; a Vi le hizo pensar en un niño que acababa de demostrar nuevas habilidades, aunque nunca le diría algo así en voz alta.

—Supongo que eso significa que no quieres comida preparada. —Vi sonreía mientras bajaba del speeder y arrojaba la bolsa a sus pies.

Él levantó la bolsa con avidez y la abrió; con los ojos cerrados, inhaló el aroma de ronto rostizado.

—Oh, nunca dudaría en cambiar una verdadera comida por un ave cazada, mitad cruda y mitad carbonizada.

Salju se arrodilló junto al fuego para examinar su trabajo.

—Eran color índigo y gris con estrellas blancas en el pecho, ¿cierto? —Cuando Archex asintió, ella agregó—: Se llaman starmarks. Saben mucho mejor con sal y especias. Pero no son venenosos.

—Cualquier cosa es mejor que morir de hambre —les recordó Vi. Arrojó su bolsa al suelo y se dejó caer sobre el tronco—. Y nada es mejor que dormir. —Volteó a ver a Salju—. Muchas gracias por toda tu ayuda. Supongo que solo fuiste amable con una extranjera con mala suerte, pero le has hecho un gran favor a la Resistencia, y no lo olvidaremos.

Salju inclinó la cabeza.

—Bien, regreso a casa. Mañana estaré en la estación de servicio, como casi siempre, por si me necesitan o solo quieren compañía para el almuerzo. ¡Que sus negocios salgan bien! —Salju levantó la mano y Vi hizo lo mismo—. ¡Que las agujas los protejan!

Salju se dirigió hacia el bosque, después detuvo el speeder y gritó:

—Oh, y no se preocupen: aquí van a estar seguros. Rusko ya habrá corrido la voz entre los criminales del pueblo de que ya no queda nada más que robar. Y no hay muchos depredadores naturales, al menos no grandes. Si escuchan gruñidos, solo golpeen la nave con un palo.

Después se marchó.

—¿Qué dijo de los depredadores? —preguntó Archex desde el lugar donde estaba sentado, sobre el otro tronco, sin dejar de masticar su comida fría.

Vi abrió uno de los sacos de dormir y consideró si sería mejor dormir ahí fuera, bajo las estrellas y sobre un piso medio suave, o en su litera dentro de la nave, donde estaría un poco más segura pero su espalda sufriría por el frío y el duro metal, puesto que se habían llevado incluso los delgados colchones. Con un suspiro cansado, extendió el saco cerca de la fogata, infló la almohada y probó su relativa comodidad; no estaba tan mal.

—Pook puede vigilar —sugirió—. Ningún depredador querría comérselo.

—Pero si permito que se la coman, yo quedaría en paz —se quejó Pook.

—Tu programación te ordena que nos mantengas seguros.

Pook dejó escapar un resoplido mecánico.

—Desearía tener permiso de reprogramarme. Por muchas razones.

Vi se recostó con las manos tras la cabeza y miró las estrellas.

—Rayos, extraño a mi viejo astromecánico. Ninguna queja, solo pitidos.

—Bip —soltó Pook, y en esa sílaba cargaba el peso existencial de toda la galaxia.

Vi trató de ponerse cómoda y dormir; estaba completamente exhausta, pero no podía quedarse quieta. Tomó un poco de agua de una cantimplora que había traído, le dio a Archex los mediocres analgésicos que había encontrado en el mercado y mordisqueó los pedazos mejor cocinados de starmark antes de volver a poner la cabeza sobre la almohada. Cuando le resultó demasiado incómodo, se incorporó de nuevo; se quitó la peluca y la redecilla que cubría su cabello, se sacudió la melena y suspiró al sentir por fin que su cuero cabelludo se relajaba. Por último, furiosa con su cuerpo por no conciliar el sueño, se incorporó de un salto y pisó con fuerza alrededor del claro, como para asustar a los depredadores que Salju había mencionado.

—Pareces nerviosa —observó Archex.

Vi lo miró, sarcástica.

—¿Eso crees?

—Pero parece que tu visita a la ciudad fue buena. ¿La gente era horrible?

Ella sacudió la cabeza.

—No era horrible. Solo es gente. Pero ¿podremos reclutarlos para nuestra causa? Nunca han visto de cerca las tácticas de la Primera Orden. No pueden asustarse de algo que ni siquiera pueden imaginar.

Archex soltó una risita.

—Sí, no hacen publicidad de su futuro reino. Muchas civilizaciones son totalmente inocentes cuando los TIE entran aullando por la atmósfera y las naves se posan sobre los muelles. En muchos planetas nos consideran, me refiero a los stormtroopers, como dioses que descienden con los brazos abiertos, como si los soldados fueran a terminar con la pobreza y a llenar todos los estómagos vacíos. Cuando hacen fila en el salón comedor, algunos niños lloran delante de todos porque nunca han visto tanta comida y agua juntas.

Estaba acostado en su propio saco de dormir y parecía contento. Vi nunca lo había visto contento. Incluso adolorido y en una misión sobre la que tenía dudas, Archex sonreía. Pensó que podría interrogarlo un poco más.

—Entiendo cómo convence la Primera Orden a los huérfanos para que se unan a sus filas, pero ¿cómo reclutan a los adultos para la causa?

Esa pregunta borró la sonrisa de Archex. Se incorporó sobre el codo y la miró como si fuera tonta.

—Algunas personas agradecen el orden, ruegan por tener reglas que seguir. Los he visto suspirar de alivio al ver nuestros uniformes y después fulminar con la mirada a sus vecinos problemáticos, pues sienten que ellos están a salvo porque son honestos. Otras personas están desesperadas por ganar dinero, y la Primera Orden paga a cambio de información y acusaciones. Siempre hay gente que está dispuesta a ser subalterna, a permanecer a salvo bajo la sombra de un depredador más grande.

—Has reflexionado sobre ello.

Asintió, irónico.

—Lo reflexioné mucho en Cerea. Pero la verdad es que la mayoría de la gente no recibe bien a la Primera Orden, y es a ellos a quienes reclutan a punta de bláster. Técnicamente, no puede llamarse reclutamiento. La Primera Orden solo toma el poder. Incorpora. Patrullajes, ejecuciones, allanamientos hostiles, control del flujo de información y divulgación de propaganda, mientras al mismo tiempo silencian a quienes hablan en contra de la causa. Cuando era más joven, participé en algunas de estas misiones; nos decían que solo estábamos castigando a quienes se interponían en el camino del progreso. Todas las consignas inteligentes con las que nos alimentaban, las mentiras que nos decían… no puedo siquiera explicarlo. Era todo lo que escuchábamos. Todos los demás eran el enemigo y nosotros los buenos. Así lo creíamos.

—Te lavaron el cerebro.

Lanzó una risita de remordimiento.

—Sí. Bueno, en cierto sentido es muy agradable que te laven el cerebro. No tienes que cuestionarte todo a cada rato. Haces lo que te dicen y luego es hora de cenar. —Hizo una mueca de dolor—. Tenía menos dolores de cabeza y era menos enojón.

Vi abrió y cerró la mano izquierda. Aún no podía sentir dos de sus dedos.

—Y tampoco sufrías. No puedo esperar a que Pook vuelva a funcionar en un ala médica decente.

—Tampoco estarían de más unos analgésicos mejores. Los de la ciudad no son… —Su voz se apagó, no quería parecer desagradecido.

—No son muy fuertes —terminó la frase por él.

—Yo espero tener los suministros adecuados para darles una buena dosis que los haga olvidar —intervino el droide desde las sombras—. Así se quejarán menos.

El silencio que siguió fue más tenso de lo que debió haber sido entre dos personas que no necesariamente se odiaban y que acampaban bajo las estrellas. Sus sacos de dormir eran decentes, tenían el estómago lleno y una fogata. Sin embargo, Vi miró su carguero, roto y destrozado; se dio cuenta de que estaba furiosa y no hacía un buen trabajo para esconderlo.

—No es tu culpa —susurró Archex, en voz tan baja que ella apenas lo escuchó—. El choque.

—Pues yo siento que sí —murmuró ella—. Pero lo arreglaré.

Al final se quedó dormida, y fue como caer de un acantilado. Mucho tiempo atrás, había aprendido que estar en peligro de muerte era agotador.

A la mañana siguiente, Vi despertó con la aurora. Sentía la boca como si hubiera pasado toda la noche lamiendo limo de un sleen. No tenía espejo, y tampoco baño, jabón ni pasta de dientes.

—¿Encontró agua ayer? —le preguntó a Pook, puesto que Archex seguía dormido.

—Dio una pequeña vuelta de reconocimiento y encontró un estanque natural en esa dirección, una caminata de cinco minutos. —Pook levantó su único brazo y señaló hacia el bosque—. Asumo que el agua no estaba envenenada, porque sigue vivo… y ronca.

Vi ignoró el comentario, aunque el droide tenía razón. Se apresuró hacia el bosque y pronto encontró un hermoso manantial turquesa en una pared de piedra blanca, rodeado de abundantes helechos. No lo pensó mucho: se desvistió y se sumergió, con cuidado de no mojarse el cabello. El claro parecía antiguo y sobrenatural; un rayo de luz caía en un ángulo perfecto hasta el agua. Cerca de ahí se elevaban unos peñascos escarpados; si hubieran aterrizado sin incidentes con todo su cargamento, se hubiera tomado una hora para tomar el sol y relajarse hasta estar seca. Como estaban las cosas, se vistió enseguida, aunque todavía estaba mojada; hizo todo lo posible para ponerse la peluca, tomó la carne fría que estaba sobre las cenizas de la noche anterior y examinó lo que quedaba de su droide.

—Eres superfuerte, ¿no es cierto, Pook?

El droide ladeó la cabeza.

—Es obvio que por eso me asignaron esta misión destinada al fracaso.

—¿Cuánto puedes levantar?

Si hubiera podido burlarse, lo habría hecho.

—Cuando recupere todas mis extremidades, podré levantar hasta tres toneladas, si hay asideros y amarres adecuados.

Vi asintió.

—Excelente. Ahora regreso.

No existía una escuela de espías de la Resistencia, aunque era necesaria, pero Vi se había sometido a rigurosos entrenamientos que incluían la navegación. Encontró con facilidad el camino que llevaba al puesto de avanzada siguiendo la ruta más corta que le había mostrado Salju, y en menos de una hora había regresado al claro con el brazo faltante de Pook.

—Considera esto como un adelanto —dijo, extendiéndolo hacia el droide.

Archex los miraba desde su tronco, donde comía ave fría. Vi odiaba el noventa y nueve por ciento de lo que la Primera Orden había hecho con aquel hombre decente, pero apreciaba que, cuando hacía un plan, el antiguo soldado rara vez lo discutía o la cuestionaba; la consideraba su oficial superior.

Pook observó su brazo y luego volteó la mirada, o al menos giró la pantalla negra y redonda que tenía por rostro, hacia ella.

—Este es mi brazo —observó.

—Sip, y ahora vamos a colocarlo de nuevo.

—Robaron las herramientas.

Vi levantó un burdo estuche de tela y sonrió.

—Pedí unas prestadas.

Hubiera sido más fácil con la ayuda de Salju y sus conocimientos de mecánica, pero Vi y Archex se las arreglaron para seguir las instrucciones de Pook y colocarle el brazo. La conexión no era perfecta ni bella, pero podría soportar carga y eso era lo importante.

—Quizás olvidaron que me faltan las piernas —señaló el droide.

Vi imitó un movimiento simiesco.

—Pues vayamos por ellas. Están al final de la ciudad, en Droid Depot; si puedes llegar hasta ahí, Mubo está ansioso por hacerte unos ajustes.

Pook extendió los brazos, puso sus manos de tres dedos en el suelo y levantó el torso.

—Espero que este Mubo pueda borrar mi memoria de los últimos dos días.

Con su prodigiosa inteligencia y fortaleza, el droide fue capaz de controlar sus movimientos con facilidad; en poco tiempo, él y Vi entraban a Droid Depot, donde Vi regresó las herramientas prestadas. Mubo estaba encantado por tener un nuevo proyecto, y él y sus mecánicos repararon enseguida a Pook, lo aceitaron, lo soldaron y lo dejaron como nuevo. Cambiaron todos los cables que colgaban o estaban pelados, y ni siquiera Pook pudo quejarse una vez que terminaron.

—¿Regresaremos al bosque? —preguntó el droide mientras probaba sus articulaciones, esperando que Mubo las aceitara—. ¿O encontrará alguna manera de exacerbar mi miseria aquí en la ciudad?

—De regreso al bosque. Tienes que trabajar, Pook —le recordó Vi.

—Entonces ¿para qué me dieron este enorme intelecto? —se quejó.

—Porque eres un droide multiusos. Protocolo, trabajos pesados, cuidado médico, todo eso.

—¿Quieres que lo deje mudo o que apague su caja de voz? —intervino Mubo—. No debe de ser difícil. Solo unas pequeñas modificaciones y…

Pook se alejó con un movimiento brusco de la lata de aceite del utai y exclamó:

—¡Cómo se atreve!

Mubo rio y regresó al mostrador; lanzó a Vi una mirada amistosa pero expectante. Ella le dio los créditos que todavía le debía, más una pequeña propina, aunque en verdad no podía usar con tanta soltura sus créditos. Pero valía la pena cultivar ciertas amistades, eso lo sabía. Él soltó un gritito de alegría y se inclinó hacia delante. Vi también se acercó a él.

—Observé algunas cosas interesantes en venta en el Callejón del Contrabandista —susurró—. Por supuesto, necesitarás el permiso de Oga para ir ahí. Los precios eran ridículamente caros, pero yo no trataría de regatear mucho.

Vi asintió.

—Que tengas buen comercio.

Mubo asintió a su vez.

—Lo mismo para ti.

Aquel día le pareció que en el mercado reinaba una familiaridad agradable, y Vi estaba contenta con su mantón. A su lado, Pook pisaba con fuerza y volteaba la cabeza de un lado a otro. Esto también era bueno: en su memoria quedaría un mapa del pueblo que les resultaría útil en un futuro, cuando su base estuviera más avanzada. Sin aparentar mucha prisa, actuaba como si tuviera todo el derecho de estar ahí; recorrió el Callejón del Contrabandista y examinó algunas de las mercancías que se exhibían en carretas o sobre frazadas. Un comerciante en particular tenía una amplia selección de varios artículos que Vi reconoció.

—Ni una palabra, Pook —gruñó—. En completo silencio. Mantén la distancia. Es una orden.

Pook dejó escapar un profundo suspiro y se detuvo, dando golpecitos con sus dedos en su redondo centro, mientras Vi se acercaba a los artículos en venta. Sí, esa era su caja de herramientas. Esos sus botiquines. Ahí estaban las piezas de su cocina integrada y del baño, aún empacadas en sus contenedores. El calor subió a sus mejillas y tuvo que tragarse la furia.

Lo único que odiaba tanto como a un matón era un ladrón, y sospechó que estaba a punto de lidiar con ambos. Contó hasta diez, puso una expresión neutral y caminó bajo el toldo.

—¡Soles brillantes! —saludó una mujer duros vestida con un mantón batuuano amarillo que contrastaba con el verde azulado de su piel y el rojo de sus ojos. Vi no dejó que su sonrisa vacilara; esperaba que aquella mujer no fuera parte del grupo que había robado su cargamento. Alguna vez, un duros le comentó que tenían una memoria prodigiosa, y esta relación no iría bien si la comerciante sabía quién era ella—. ¿En qué puedo ayudarte?

—¡Soles brillantes, viajera! —respondió Vi, agregando una reverencia a la fórmula de respeto durosiana—. Estoy pensando en abrir una tienda en el puerto, y aquí veo algunos productos que me servirían. ¿Tus precios son fijos?

La mujer se puso de pie y caminó con Vi entre las mercancías.

—Los precios siempre se pueden negociar, pero con gusto te diré cuánto pedimos.

Si la dependienta hubiera sido humana, Vi habría tenido una docena de maneras de sacarle más información: sus ojos, su respiración, el pulso en su garganta, la elección de sus palabras. Pero como era una duros, su rostro era casi inexpresivo y su lenguaje, formal.

—Estos intercomunicadores parecen un poco estropeados —comentó Vi, señalando unas unidades que hasta hace poco eran suyas—. ¿Sabes cuánto tiempo tienen, qué marca son y si funcionan?

—Me temo que solo soy una dependienta —respondió la duros, encogiéndose de hombros a modo de disculpa—. Tendrías que preguntarle a Rusko si quieres más información.

Cuando le dio el precio, sin duda estaba inflado, y si Vi lo hubiera pagado en ese momento habría mermado la mayor parte de su efectivo.

—Es un poco alto —afirmó—. ¿Y estos?

El contenedor de botiquines que señaló no era el suyo, y tenía curiosidad por saber el precio para comparar. De nuevo, era demasiado alto. Era de esperarse en un lugar tan alejado del resto de la galaxia, donde cada cosa de valor tenía que importarse y, con frecuencia, repararse; pero eso no significaba que Vi estuviera dispuesta a pagar sumas ridículas por un equipo básico. Preguntó los precios de distintos artículos, incluidos todos los que habían pertenecido a su nave y ahora estaban en exhibición, pero se sintió decepcionada al escuchar que todo tenía un precio excesivo. Necesitaría trabajar con regularidad durante varios meses para poder comprarlo todo, incluso si ya no sucedían más tragedias.

Vi frunció el ceño, era frustrante estar tan cerca de sus provisiones y tan lejos de ellas en lo financiero. La duros juntó las manos como disculpándose.

—Es que, ¿sabes?, estamos tan lejos. El precio del combustible se añade a la escasez de ciertos objetos, lo que incrementa el costo. Oga nos permite dar un diez por ciento de descuento si gasta más de dos mil créditos, pero me temo que es todo lo que puedo hacer.

—¿Puedo preguntarle dónde obtiene sus mercancías? —planteó Vi. Aunque sabía que no existía ninguna policía local, tenía curiosidad de saber si se podía hablar abiertamente de robo.

La duros se apartó.

—Aquí y allá. Los trabajadores de Oga siempre tienen buen ojo para los negocios. —Volvió a girar, sus grandes ojos brillaban—. Todo el mundo sabe que Oga siempre compra. Y observa.

Vi entendió la insinuación e inclinó la cabeza.

—Gracias por tu tiempo. Lo pensaré y quizá regrese.

—¡Buen viaje! —exclamó la duros. Volvió a su posición, levantó una tableta y regresó a su lectura.

Antes de que Vi pudiera visitar el siguiente puesto, un humano bajito con un chaleco de piel salió de las sombras y le puso una mano manchada de grasa sobre el brazo.

—Esta área está prohibida —gruñó—. Órdenes de Oga.

Se deshizo de su mano con facilidad y lanzo una mirada fría a la mujer duros, que la observaba desde el puesto.

—Lo siento —se disculpó, molesta—. Ya me voy.

Le dio la espalda, fue por Pook y regresó al mercado, hablando entre dientes.

—¡Ladrones espaciales! Esos precios no solo están inflados, ¡están desbordados por completo! ¿Y me reportó? ¿Por querer comprar mercancía? No puedo creer que este…

Vio que un comerciante la miraba con insistencia; dejó de hablar y esbozó una sonrisa amable, mientras que, con un gesto de la mano, murmuró:

—¡Soles brillantes!

—El sol no está particularmente brillante hoy —observó Pook.

—Es un decir, porque tienen tres soles y dos lunas.

—Un coloquialismo, por supuesto. Solo su especie caminaría por ahí mintiendo a todo el que se cruce en su camino como un ejercicio de color local. Es tan cansado.

—Eres un droide, Pook. No puedes cansarte.

Pook dejó caer la cabeza.

—Míreme.

Vi iba a detenerse a comprar fruta y pan ácimo cuando, frente a otro edificio, advirtió varios contenedores de conservas que le resultaban familiares; el precio en la etiqueta era exorbitante. Una y otra vez, mientras caminaba por el mercado, reconoció la mercancía que la Resistencia le había confiado; estaba a la venta. Cuando vio a la vieja cantinera pavoneándose con una de sus pelucas, a Vi le hirvió la sangre. Por supuesto, también había notado que la seguía, con poco éxito, el hombre del Callejón del Contrabandista, pero no podía hacer mucho al respecto. Cualquier paso en falso que diera sería reportado a Oga enseguida, lo que no auguraba nada bueno para su estancia en Batuu.

Cuando encontró su botiquín médico supo que era algo que no podía dejar atrás. Estaba caro, pero al menos no estaba dañado ni roto. Pagó cinco créditos por su propio bolso de costura y dos por su sombrero de estambre de bantha; apretaba tanto los dientes que ni siquiera pudo ser amable con el comerciante.

—¿Esta es la manera más inteligente de usar los créditos de la General Organa? —preguntó Pook.

—En primer lugar —aclaró Vi, con una lentitud letal—, estos son *mis* créditos. En segundo, si sigues haciéndome enojar, te vendo. Y, en tercero, ¡tejer me ayuda a relajarme!

Como era típico en los droides, Pook no advirtió la amenaza y solo respondió:

—Supongo que podrá pedir un precio muy alto por mí, teniendo en cuenta la calidad general de las mercancías en este planeta.

En su camino de salida, Vi se detuvo en el taller de Savi. No solo porque quizá le vendieron algunas de sus pertenencias como chatarra, sino también porque sospechaba que la tranquila benevolencia del anciano le serviría como bálsamo después del estrés del día. Le recordaba a los ascetas que había conocido, gente que vivía a un nivel más espiritual e irradiaba alegría. Al estar casi por completo sola en este planeta, lejos de sus hermanos de causa y de la seguridad, sabía que tan solo unos pocos minutos de calma pasajera serían bienvenidos.

Los empleados de Savi la enviaron al patio de ventas, donde el anciano curioseaba entre las piezas de un transbordador accidentado con la fuerza de un hombre mucho más joven.

—¡Soles brillantes! —saludó Vi.

Savi se protegió los ojos del sol y sonrió.

—¡Soles brillantes y bienvenida de nuevo! Mañana es tu primer día en la chatarrería, ¿cierto? Le dije a Ylena que te esperara.

—Así es —respondió—. Hoy he visto varias de mis pertenencias en venta en algunos puestos del pueblo, a precios muy altos; me preguntaba si quizá le había llegado chatarra nueva. En particular si se la vendieron los subalternos de Oga.

Savi se limpió las manos en su delantal y la evaluó con la mirada.

—Le compro a Oga cuando Oga me dice que debo hacerlo. Revisaré la última carga para ver si hay algo que pueda servirte. Pero noto rabia y resentimiento en tu voz y debo advertirte: no te conviene que te escuchen hablar en contra de Oga. Las paredes del puesto de avanzada tienen oídos. En tu lugar, no me metería con ella.

Vi resopló.

—No me estoy metiendo. Solo trato de recuperar mis cosas a un precio razonable.

Él sacudió la cabeza y regresó al transbordador.

—A veces el buen trabajo se debe realizar con discreción. Te irá mejor si permaneces fuera de los radares de Oga.

Vi se mordió la lengua. Ese hombre era ahora su jefe y, a juzgar por lo que había visto en la ciudad, era la mejor y más favorable oferta de trabajo que podía obtener. No quería hacerlo enojar. No *podía* hacerlo enojar.

—Trataré de comportarme —prometió.

Savi sonrió.

—Eso es inteligente. Quizá mañana tengas mejor suerte.

—Tú también —murmuró Vi.

Ella y Pook regresaron al claro; al llegar, en el campamento reinaban un silencio y una tranquilidad poco naturales. Archex no estaba por ningún lado.



Capítulo ocho

—¡ARCHEX! —GRITÓ VI—. ¿Te comió un depredador?

Así supo que en verdad se encontraba preocupada: estaba haciendo bromas.

Después de gritar un tiempo sin ningún resultado mientras buscaba algún indicio de Archex, regresó a la nave.

—Mi primer sueldo será para comprar un juego de intercomunicadores baratos —murmuró—. O quizás una de esas campanas que la gente les pone a sus mascotas tookas.

Aunque no había ninguna señal de lucha ni manchas de sangre, sabía que Archex no estaba en condiciones de pelear con fuerza, no con el pulmón y la pierna dañados, más las lesiones que sufrió por el choque. Se sentó sobre el tronco, se levantó, caminó un poco y volvió a gritar su nombre.

Todo en esta misión había salido mal. Ni siquiera podía pagar por usar un intercomunicador de largo alcance en la ciudad para informar a la General Organa que había perdido todas las provisiones de la Resistencia… y que también había herido al antiguo oficial de la Primera Orden al que le ordenaron entrenar y cuidar. Si alguien se enteraba de la ubicación de Leia o de los códigos para comunicarse con ella, vendería la información a la Primera Orden por mucho más dinero de lo que valía el planeta completo. Ese era el problema de estar en los límites fronterizos. Por supuesto, era un excelente lugar para esconderse; pero si necesitabas ayuda, estabas sola por completo.

Quedarse ahí sentada no haría que Archex volviera de dondequiera que hubiera ido, o de donde lo tuvieran secuestrado. Por más cuidadosa que fue su búsqueda, no pudo encontrar ningún rastro. El sotobosque no era un entorno que permitiera buscar ramas rotas o huellas en el lodo; la hojarasca era alta, densa y seca, porque las copas de los árboles absorbían la mayor parte de la lluvia.

—¿Ideas, Pook? —pidió.

El droide miró a su alrededor.

—Mi vasta programación no incluye el rastreo. ¿Quiere que le informe sobre las probabilidades de que Archex siga vivo?

—Por supuesto que no.

Pook desvió la mirada.

—Qué desperdicio de mis talentos.

Por molesto que fuera, era verdad. Tendrían que estar descargando el equipo y comenzando a construir las instalaciones. Habían traído suficiente material para levantar un refugio adecuado, con barracas para seis personas, una sala de comunicaciones, una pequeña cocina y un baño. Pero ahora Pook no tenía nada que hacer, y Vi tenía… bueno, tenía que ocuparse de las cuestiones incorrectas.

Enojada, estaba tejiendo una bufanda con lo que sobró del estambre de bantha cuando escuchó una rama quebrarse. Alzó la vista y apuntó con su bláster; Archex estaba ahí de pie, su chamarra estaba abultada y la sostenía en los brazos.

—¿Dónde has estado? —espetó.

Él arqueó las cejas hacia el bláster y ella dejó de apuntarle.

—Haciendo un reconocimiento. No estaba seguro de que este fuera el mejor lugar para levantar el campamento.

—Pensé que…

—¿Que soy tan estúpido como para que me coman, caer en una emboscada o salir corriendo? Quiero decir, ¿para salir *cojeando*?

—Alguna de esas —respondió encogiéndose de hombros.

—Pues no. Antes de recibir mi puesto en el *Absolution* hice mi periodo de servicio. Exploración, reconocimiento, la construcción de una base, todo eso. Pensé que te tardarías más, eso es todo.

—Solo debes tener cuidado. ¿Llevaste tu arma?

La miró con fijeza.

—Claro que llevé mi arma. Soy un soldado, *fui* un soldado. Y, antes de eso, era una rata del desierto. La autodefensa siempre está presente en mi mente. Sé que tu general me envió a Cerea para que me desprogramaran, pero sí entiendes que no me transformaron en un idiota por arte de magia, ¿verdad?

Vi se volvió a encoger de hombros y guardó su bláster en la funda.

—Eso espero. No olvides que también soy un soldado y cuido a las personas que están a mi cargo. Ese es mi trabajo.

—Y mi trabajo es apoyarte y, supongo, alimentarte. Así que vas a alegrarte cuando sepas que encontré un terreno donde crecen champiñones en abundancia y hay algunas raíces salvajes de shi.

Abrió la cremallera de su chamarra y dejó caer al suelo un tesoro de verduras. La miró con una mezcla lastimosa de orgullo y desesperación. Incluso después de todo lo que había vivido con la Primera Orden, solo quería hacer bien su trabajo y complacer a sus superiores.

—Se ve bueno —apreció Vi con una sonrisa—. No puedo esperar a mañana para rostizarlos. Veré si puedo encontrar algunas especias y una olla la próxima vez que vaya a la ciudad.

—Y aceite.

—Y aceite —confirmó.

Archex asintió, satisfecho. Vi observó cómo cojeaba hacia el otro tronco, se sentaba con su pierna mala extendida frente a él y comenzaba a masajear su muslo con fuerza.

—Entre más caminas, más te duele, ¿verdad?

La miró, irritado.

—Es obvio.

—No creo que puedas caminar hasta la ciudad todos los días. Hay algunas colinas y se debe escalar un poco.

Inclinó la cabeza.

—Escalar no forma parte de mis habilidades. Pero puedo explorar los alrededores y buscar comida.

—Pero no mucho —advirtió Vi—. Los analgésicos calman un dolor que, de otro modo, te advertiría si te excedes. Kalonia pronosticó que tardarías en sanar. Demasiado esfuerzo podría empeorarlo.

La manera en que miró hacia el suelo y apretó la mandíbula le mostró a Vi que el dolor era aún peor de lo que aparentaba.

—Sí, está bien. No mucho.

Ella sacudió la cabeza y sintió una oleada de simpatía.

—No soportas no ser útil, ¿cierto, Archex?

Puso los ojos en blanco.

—No soy el único.

Vi volteó hacia Pook.

—Pook, examina su pierna. Asegúrate de que no tiene nada roto… o algo peor.

Sin quejarse, el droide realizó su labor. Vi se dio cuenta de que incluso Pook necesitaba tener algo que hacer.

Todos lo necesitaban.

La mañana siguiente, Vi volvió a levantarse al alba, pero esta vez con una sensación de impaciencia, preocupada por llegar tarde. Fue al cenote a bañarse y pensó que tendría que lavar su ropa pronto o comprar otro atuendo, así como una toalla; después se dirigió al depósito de chatarra de Savi. Antes de irse, no le dio ninguna orden o advertencia a Archex, solo lo miró a los ojos y asintió. Archex había tenido razón el día anterior: ella pensó lo peor de él. Vi sabía muy bien que era competente e inteligente, también creía que era noble y leal; si lo carcomía el rencor… bueno, entonces ella sabría que tendría que vérselas con esa animadversión.

Al menos, hoy se sentía mejor. Anoche, armado con el botiquín, Pook había hecho magia. Su cuello ya estaba casi funcional gracias a sus cuidados, aunque la forma en la que atendía a sus pacientes dejaba mucho que desear. La caminata le ayudó a relajar los músculos, y se sentía confiada de poder realizar cualquier trabajo que la gente de Savi le pidiera. Su constitución sugería que no estaba preparada para trabajos pesados, pero Salju

la recomendó y Savi la aceptó, así que estaba segura de que no tendría que cargar pesados tanques de combustible de pod con un montón de gamorreanos.

Los soles salieron, hermosos, sobre los muros de piedra de la chatarrería, y las rejas estaban abiertas en señal de bienvenida. Muchos cuerpos y máquinas ya se afanaban al interior; las grúas se balanceaban y los trabajadores soldaban. Le recordó al campo aéreo de la Resistencia en D'Qar y sintió una punzada de derrota. No había manera de construir una instalación tan grande y compleja, incluso antes de que robaran su cargamento. Pronto tendría que encontrar la forma de reportarse con Leia sin que rastrearan su llamada, pero eso podía esperar hasta que recuperara parte del cargamento de la Resistencia, tan necesario, y tuviera algunas buenas noticias.

Mientras examinaba su nuevo lugar de trabajo, una mujer le hizo una seña desde el otro lado del patio y se acercó cuando Vi le devolvió el saludo.

—Tú debes de ser Vi. ¡Soles brillantes! Soy Ylena. Bienvenida a Savi e Hijos.

Ylena era el exacto opuesto de lo que Vi esperaba encontrar ahí. No era gamorreana, besaliska ni trandoshana, que son típicamente musculosos. Era una mujer delgada de unos cuarenta años, de piel pálida y mejillas rosadas. Tenía la cabeza cubierta con un pañuelo color verde claro como el liquen, estaba vestida con un chaleco largo de piel sobre un burdo atuendo de chatarrero y llevaba guantes. Aunque su indumentaria era adecuada para el trabajo pesado, tenía un aire bondadoso. Vi no se podía explicar por qué alguien como ella habría decidido un día trabajar en un depósito de chatarra.

—Esa soy yo. Soles brillantes para ti también, Ylena —respondió Vi con una sonrisa.

—Déjame enseñarte el lugar. —Ylena empezó a caminar y Vi la alcanzó—. ¿Qué experiencia tienes? Siempre tratamos de darle a la gente un trabajo que encuentren gratificante.

—Mmm, bueno… —Vi tenía que pensarlo. Había esperado que la pusieran a trabajar de inmediato en el nivel más bajo, sacar asientos oxidados de cacharros destrozados, no que la entrevistara con amabilidad una mujer segura y tranquila—. Tengo experiencia en exploración, vuelo y mantenimiento. Nunca he realizado ningún trabajo de mecánica y no sé usar un soplete, pero aprendo rápido. —Hizo una pausa, pues odiaba admitir sus debilidades—. Tengo que ser honesta: me lastimé cuando mi nave se estrelló, así que es probable que no pueda cargar cosas muy pesadas por ahora.

Ylena rio.

—No es necesario cargar cosas pesadas, para eso tenemos droides y grúas. ¿Tienes buena vista?

—Sí.

—Y, en cuanto a la exploración… ¿tienes experiencia en expediciones?

Vi rio entre dientes, pensando en su tiempo en Parnassos y en otros lugares que todavía estaban clasificados.

—Oh, sí. He estado en muchos planetas inhóspitos en busca de recompensas, grandes y pequeñas.

Ylena sonrió.

—Entonces creo que seré egoísta y me quedaré contigo, con los recolectores. Dirijo el equipo que clasifica las nuevas adquisiciones. —Señaló hacia un rincón del patio donde había starhoppers y naves viejas y oxidadas apiladas junto a varias grúas. Vi pensó en grandes pájaros de pie sobre sus nidos—. Ahí es donde todas las naves desguazadas comienzan el proceso. En resumen, un equipo las sacude hasta que todo se cae. Las naves que todavía tienen posibilidades se reconstruyen allá. —Señaló hacia otro rincón, donde las naves estaban bien colocadas y un equipo de humanoides iba y venía con tanques y herramientas—. Los casos perdidos se desmantelan allá. —Señaló un tercer rincón en donde se amontonaban, lamentables, algunos esqueletos de naves—. Y ese es nuestro lugar de trabajo.

Ylena se detuvo frente a una verdadera montaña de basura de todo tipo. No de la que apesta, no en realidad. Solo… muchos objetos. Vi pudo ver metal oxidado, llantas desgarradas, contenedores rotos, un cepillo, una jaula que alguna vez alojó a un pequeño animal. Varias personas de distintas especies estaban en cuclillas o sentadas entre los montones de basura, con amplios sombreros de forma cónica; conversaban y exclamaban mientras arrojaban los objetos en carritos con ruedas. Una mujer estaba sentada en una silla voladora que parecía fabricada con desechos, y mejorada por Mubo, a juzgar por sus finos controles.

—Todo lo clasificamos a mano: separamos de la basura la tecnología pequeña, los artículos personales, las reliquias y otros objetos valiosos. El trigo de la paja. A veces encontramos tesoros.

Vi arqueó las cejas.

—¿Tesoros?

Ylena inclinó la cabeza con falsa modestia.

—De vez en cuando. Pasamos por un escáner cuando regresamos a casa, para asegurarnos de que nadie trata de robarle al jefe. No sucede con frecuencia. Savi tiene una extraña manera de evitar los huevos podridos. Vamos, a trabajar.

Ylena la llevó a un pequeño hangar; le dio un par de robustos guantes de piel y un carrito con una cesta. Vi se puso los guantes y frunció el ceño.

—¿No te quedan? —preguntó Ylena.

—No como los que tenía antes. Eran un excelente par de guantes —respondió—. Pero las personas que saquearon mi nave se llevaron todo. Todo.

Ylena le puso una mano sobre el hombro y la miró a los ojos, más profundamente de lo que cualquier desconocido lo haría. Pero eso no la hizo sentir incómoda; sintió como si la vieran, como si importara.

—En ocasiones, la Fuerza nos reta —explicó la mujer—. Solo después nos damos cuenta de por qué teníamos que sufrir. Cada contratiempo lleva bendiciones escondidas.

Vi dio un respingo. Primero Savi y ahora Ylena. Fuera del círculo de Leia, la gente común pensaba que la Fuerza era un viejo mito o un montón de cuentos de hadas.

—¿Acabas de decir… la Fuerza?

La mirada de Ylena era cómplice y traviesa.

—Que un planeta esté lejos del centro de la galaxia no significa que todos en él ignoren los conflictos que suceden más allá y las fuerzas que nos unen a todos.

—Entonces, eres una creyente.

Algo en Ylena le recordaba a Leia, su tranquila confianza y seguridad.

—Digamos que sé que todo sucede por una razón. Quizás estaba previsto que trabajaras con nosotros. ¿Estás lista para ver cómo te adaptas a rescatar objetos?

Vi asintió convencida y siguió a Ylena al patio. La conversación amistosa había terminado y comenzaba la capacitación. Ambas jalaron sus carros hasta una sección donde se apilaba basura prometedora; Ylena le mostró cómo se asignaba el área de cada día para no desperdiciar ninguna zona del patio y arriesgarse a dañar objetos valiosos. Vi entró en modo aprendizaje y asimilaba todo lo que la mujer le enseñaba sobre cómo decidir qué era basura, qué tenía posibilidades y qué podía considerarse un tesoro. Ylena repetía con tanta frecuencia la palabra *reliquias* que Vi no pudo evitar preguntar.

—¿A qué te refieres exactamente con *reliquias*?

Ylena la miró.

—Hay artículos de valor para la vida cotidiana, objetos de segunda mano que se pueden vender para ayudar a otros. A veces hay cosas de gran valor, joyería o tecnología reciente que cuestan muchas spiras. Pero en otras ocasiones, al separar los escombros encuentras objetos de gran poder. Cristales, estatuas, obras de arte, incluso libros —explicó, lanzándole una mirada significativa.

Vi arqueó las cejas.

—Parece que estás hablando de reliquias Jedi.

En las comisuras de sus labios se dibujaron unos hoyuelos.

—Ah, ¿sí? En la galaxia hay muchas religiones y muchas culturas, cada una de ellas ofrece algo sagrado, una conexión más elevada. Esperamos preservar esos objetos en lugar de que desaparezcan de la historia.

Vi frunció los labios.

—¿Y entonces? ¿Se venden al mejor postor?

Ylena lanzó una carcajada.

—Oh, no. Tampoco queremos que esos tesoros lleguen a las manos equivocadas. Si quisiéramos dinero podríamos negociar un precio para cualquier antigüedad con Dok-Ondar, en el puesto de avanzada. Pero Savi comprende que es un honor recuperar reliquias, como si fueran perlas en una red, y cuidarlas de quienes pueden abusar de ellas. Salvarlas para la persona o el momento correcto.

—Son muchas palabras para decir «Solo confía en mí».

—Entonces, solo confía en mí. O más bien confía en *nosotros*. Esas reliquias no aparecen todos los días, pero es importante que sepas qué buscar. Siempre es mejor equivocarse por exceso de precaución. —Ylena levantó una muñeca con cabeza de resorte—. Incluso algo tan tonto como esto podría esconder un objeto de valor. Si algo parece basura que descartarías, pero que podría contener un núcleo de poder…

Sacudió la muñeca y sonrió al escuchar un repiqueteo. Con un movimiento brusco, le arrancó la cabeza y le cortó el cuello con un pequeño cuchillo que llevaba en el cinturón. Cuando la volteó, salieron algunos resortes oxidados.

—Esta vez no hubo premio —observó Vi.

Ylena asintió.

—Pero una de cada mil veces sí lo hay. Supongo que tienes un cuchillo.

Vi levantó su mantón para mostrarle la navaja que colgaba de su cinturón. Ylena no hizo comentarios sobre el bláster y el bastón táctico.

—Bien. Hoy trabajaremos juntas para que veas cómo se hace. Con el tiempo podrás trabajar sola o cerca de otros, si tienen ganas de conversar. Ten cuidado con la vieja Dotti, no tiene silenciador ni filtro. Conforme avances con tu montón, arroja la basura obvia al carril y mete en el carrito lo que vale la pena. Cada cierto tiempo pasará un droide para barrer los desechos.

—Entendido.

Muy pronto, Vi estaba absorta en su trabajo. Comenzó en cuclillas, pero luego advirtió que Ylena recogía algún cacharro, una silla vieja o un juguete para montar y se sentaba en él conforme avanzaba en su montón; esa estrategia proporcionaba cierto alivio. Algunas cosas eran fáciles de desechar: tabletas destrozadas, botellas viejas y comida podrida aún empaquetada. Pero incluso después de sus años de entrenamiento y espionaje, de vez en cuando se encontraba con algún objeto que no podía identificar. Ylena le ayudaba con los artículos más comunes y la exhortaba a poner en la cesta cualquier cosa que pareciera vieja o valiosa, por si acaso. Cuando los soles estaban en lo más alto y Vi pensaba en la necesidad de un sombrero, sonó un gong. Ylena se puso de pie e inclinó la cabeza hacia el hangar donde habían empezado. Vi la siguió, jalando su carrito. Ahí, clasificaron sus hallazgos en contenedores: uno para la tecnología, otro para metales valiosos, uno para antigüedades y curiosidades, otro más para artículos dudosos, y el más pequeño para posibles reliquias u objetos de importancia histórica o monetaria.

—Savi ordena él mismo estos contenedores —le informó Ylena a Vi.

El resto de los recolectores entró con sus carritos; todos reían, hablaban y presumían mientras escarbaban entre sus hallazgos. Varios droides se apresuraban a recoger los montones de desechos que dejaban sobre los carriles. Las grúas se detuvieron y el agudo sonido de las sierras se silenció. Ylena jaló una gran cesta del hangar y distribuyó unos paquetes. Vi abrió el suyo, contenía un sándwich de pan ácimo.

—¿La comida está incluida? —preguntó.

Ylena sonrió.

—Por supuesto. Te lo dije: Savi nos cuida. Junto al baño hay un bebedero, si tienes sed. Si traes tu cantimplora, puedes llenarla y llevarla contigo durante el día. No nos sirves si estás deshidratada.

Vi se quería golpear por haber olvidado su cantimplora, pero todavía tenía mucho que aprender de la rutina diaria. Su sándwich estaba excelente, era la cantidad exacta de comida para mantenerla trabajando sin que se sintiera adormilada o llena. Ella e Ylena

regresaron pronto a sus labores con las cestas vacías, y el trabajo se volvió casi reflexivo. Tener que evaluar y decidir sobre cada objeto requería casi toda su concentración; parecía que por primera vez en su vida su mente no le daba vueltas a ese constante monólogo interno sobre lo que tenía que hacer, ni se reprendía por lo que había salido mal. El tiempo pasaba con tranquilidad, interrumpido solo por las carcajadas de Dotti o por un curioso pájaro pipa que aterrizaba sobre el montón de basura con un destello de plumas blancas y su largo pico rosado. Cuando volvió a sonar el gong, alzó la vista, sorprendida. La brisa era fresca y las pilas de basura lanzaban largas sombras moradas.

—¿Ya acabamos? —preguntó, como si se despertara de un sueño.

Ylena asintió.

—Bueno, tenemos que clasificar lo que hay en nuestras cestas, pero no tardaremos mucho. Después de todo, aquí los soles tardan en ponerse.

Jalaron sus carritos hasta el hangar y clasificaron de nuevo. Vi advirtió que solo había dos objetos en el contenedor de reliquias; uno de ellos le recordó a la empuñadura de un sable de luz, o parte de una. Estaba a punto de preguntar cuando Ylena le puso una mano sobre el brazo.

—Cuando alguien nuevo se nos une, por lo general vamos al pueblo a cenar y tomar algo —explicó—. Debí preguntarte antes si querías ir. Tú decides. Sé que debes de estar cansada.

Vi miró alrededor a los recolectores de Savi. Parecían un grupo limpio y agradable, lo que era insólito tratándose de personas que trabajaban en una chatarrería. Todos sonreían y nadie le hizo novatadas, ni le dio una paliza ni la amenazó. Era… muy desconcertante.

—Claro —aceptó.

En la ciudad, y con algunas copas, aprendería más sobre sus colegas, sobre Savi y, con suerte, sobre el puesto de avanzada de Black Spire.



Capítulo nueve

LA CAMINATA AL PUEBLO POR EL Camino de Savi fue agradable. Los pájaros cantaban y revoloteaban en los árboles, y algo en la zona la hacía sentirse a salvo y protegida, casi encantada. Como le indicó Ylena, primero tenían que pasar por un escáner rudimentario para asegurarse de que nadie se llevaba nada, lo que no era el caso, y todos se sometieron al proceso de buen grado.

Los colegas de Vi parecían un grupo alegre y relajado. Contó a diez humanos, un devaroniano, cuatro xextos armados y un silencioso narquois azul, aunque no todos pensaban unirse a la cena. Ninguno destacaba por ser el patán que nadie toleraba. Las bromas amables y el bullicio amistoso casi le recordaban a la Resistencia. Se incorporó a las pláticas y las bromas; les contó un poco sobre sí misma pero no sobre su otro trabajo en ese planeta. Eso lo dejaría para más tarde, después de algunas copas y cuando hubiera determinado si, en secreto, alguien podía ser un entusiasta pasado de moda del Imperio o un seguidor de la Primera Orden.

Sin siquiera discutirlo, pasaron frente a Ronto Roasters y se dirigieron a la zona de comida y cargo de la plataforma de acoplamiento 7 del puerto espacial, donde un hosco artiodac atendía un carguero de comida llamado Tuggs' Grub.

—Cookie solo viene una semana al mes, pero cuando él está aquí, nosotros también —le explicó Ylena a Vi—. Antes trabajaba en el castillo de Maz Kanata, aunque no lo creas. La mejor comilona en el planeta, al menos durante seis días de treinta.

Vi no estaba segura de querer probar una comida que se servía por una ventanilla, pero cuando probó el pollo endoriano frito, decidió que ella también vendría aquí esos seis días. Su grupo encontró una mesa con espacio para la silla voladora de Roxi y se sentaron; Vi sintió que el nudo en su espalda se relajaba por completo por primera vez desde que aterrizó… bueno, se estrelló. No se escondía, no sufría, no estaba en problemas, no estaba a cargo. Simplemente era… libre.

La conversación era ligera y las estrellas comenzaban a brillar; Vi suspiró y disfrutó la belleza nocturna de Batuu. Ahí, las estrellas se veían con nitidez, las lunas eran grandes y conmovedoras, y la ligera brisa cargaba el aroma de las flores nocturnas. Los faroles bailaban y arrojaban triángulos de luz por las paredes y el suelo, y la música salía

flotando de la cantina. Cuando todos terminaron de comer, fue justo ahí adonde se dirigieron.

Cuando ella y Salju visitaron la cantina de Oga en la tarde de un día laboral, estaba tranquila, pero sin duda era el lugar ideal para la noche en el puesto de avanzada de Black Spire. Las risas, los gritos y el tintineo de vasos llenos invitaban a entrar, y el grupo tuvo que esperar en una mesa hasta que se liberó un lugar reservado. Después de un día completo de estar sentada y en cuclillas, a Vi no le importó demasiado estar de pie. Le agradó la calidez y el brillo acogedor del salón, y cuando la conversación decaía, su mirada se posaba en alguna llave interesante detrás de la barra o seguía el movimiento de algún bribón extravagante que se perdía en las sombras. Comenzó con la bebida que Ylena le sugirió, un Dagobah Slug Slinger. Vi levantó su vaso y exclamó, junto con todos los demás: «¡Desde ahora y hasta la aguja!», y la noche comenzó de verdad.

Muy pronto ya no se comportaba ni como espía ni como forastera, sino que en realidad participaba en la conversación y reía de buena gana las bromas. Esa separación era parte de ser espía, estar siempre fuera de las situaciones, siempre a la escucha, siempre observando. Lo que parecía que un espía realizaba en público por lo general consistía en esconder lo que *en realidad* estaban haciendo. Y sí, Vi estaba a la escucha constante de expresiones como *Resistencia* y *Primera Orden*, pero sobre todo se reía de las excentricidades de la cabra escaladora de árboles de Roxi, que de manera inexplicable siempre terminaba encima de la casa de su vecino y para bajarla tenían que pedir prestada una grúa.

Vi no tenía mucho dinero, pero quería caerles bien a sus colegas; sabía que estaría en ese planeta por algún tiempo, así que fue a la barra y compró la siguiente ronda. Cuando regresó con la bandeja, ellos ya se habían instalado en el reservado del rincón y le hicieron señas alegres para llamarla. Era agradable, parecía que ella les caía bien. La *verdadera* ella. Cuando le preguntaron de dónde era, incluso se abrió lo suficiente como para contarles historias reales, como cuando se metió en problemas en Chaaktil con su hermano Baako.

—Entonces ¿cómo terminaste aquí? —preguntó Dotti—. Los visitantes de otros planetas tienen las mejores historias. De lo que sea que estés huyendo, ¡nosotros no te vamos a entregar!

La anciana había bebido más que los otros y sus ojos oscuros escrutaban a Vi como un pájaro a la caza de bayas.

Vi los miró: Ylena, Dotti, Roxi, Danjo, Lin, Madi Ro, Uz, Da-zorai, Fenda. Había llegado el momento de tantear el terreno. Quizá de empezar a reclutar.

Puso su vaso sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—Perdí amigos en el cataclismo de Hosnian. Fui testigo de parte de la acción. Apenas pude escapar de la Primera Orden. Así que me puse a buscar un lugar como este.

Dotti asintió, consciente.

—Un lugar donde esconderte. Elegiste bien, jovencita. ¡En Batuu no hay problemas! La Primera Orden, ¡ja!

—Pero ¿y si llegaran aquí? —insistió Vi—. ¿Qué pasaría entonces?

Ylena parecía divertida mientras daba sorbitos a su bebida, pero todos los demás parecían confundidos.

—¿Por qué alguien querría venir a Batuu? No es importante —intervino Roxi.

—Quizás esa es la razón exacta por la que es importante —respondió Vi, con palabras llenas de pasión—. Las personas pueden esconderse aquí… pero también las naves. Y los movimientos. Es un buen lugar para refugiarse y para planear. Para reconstruir. Para reclutar.

—Hablas de la Resistencia —confirmó Roxi bajando la voz.

Por toda respuesta, Vi se recargó en la banca, dio un trago a su bebida y guiñó el ojo.

Un pequeño estremecimiento recorrió al grupo. Se miraron unos a otros y luego a Ylena, como si no estuvieran seguros de cómo continuar, como si esta información los incomodara. Salvo la vieja Dotti, quien se burló.

—Resistencia, rebeldes, República, Senado. La Primera Orden y el Imperio antes que ellos, todo ese galimatías siempre ha sucedido muy lejos de aquí. Sus peleas no son problema nuestro. ¡Estamos en los confines olvidados de la galaxia, niña! ¡No les llenes la cabeza de tonterías!

—Todo es cierto —se defendió Vi con tono firme—. La Resistencia y la Primera Orden. Si hubieras visto lo que yo vi, lo que sucedió en planetas tan remotos como el tuyo, no tendrías más opción que tomarlo en serio. Un día tendrás que hacerlo, te lo prometo.

Dotti sacudió una mano, terminó su cerveza y eructó antes de añadir:

—He vivido aquí toda mi vida y nunca ha habido ningún problema. No llegué a esta edad por preocuparme por las batallas de otros.

—Pero la Primera Orden… —empezó a decir Vi.

—Son villanos, por supuesto, si es que existen —la interrumpió Dotti—, pero están demasiado lejos de nosotros, al igual que la Resistencia. Y si llegaran, sería muy posible que hiciera todo lo que me ordenaran. Resistirse a los agresores nunca deja nada bueno.

—Me alegra que Batuu no le interese a nadie —agregó Roxi—. No tiene caso robar a quien no es rico, ¿o sí?

—¡Brindo por eso! —exclamó Dotti, haciendo una seña al mesero para pedir su siguiente bebida.

Vi apretó los dientes. Era imposible avanzar cuando alguien como Dotti menoscababa sus esfuerzos; tan segura de que su propio punto de vista es el único correcto, incluso sin conocer la galaxia. Intentó por otro camino.

—Quizá no te preocupe la Primera Orden, pero ¿has pensado en los beneficios de unirte a la Resistencia? Salir del planeta, conocer nuevos lugares, aprender a…

—Los beneficios no pueden ser tan buenos si necesitas un segundo empleo como chatarrera —interrumpió Dotti, lanzando una carcajada, y todos hicieron lo mismo.

Vi se quedó sentada, desamparada y molesta, sumida en su propio fracaso. Estrelló la nave, perdió su cargamento y ahora su primer esfuerzo de reclutamiento se había convertido en una broma.

—¿Y si tu presencia los trajera aquí? —sugirió Lin, con los ojos bien abiertos—. ¿Y si nunca pensaron en nosotros, pero escuchan que la Resistencia estuvo aquí y nos castigan por ello?

—Mmm, sí —asintió Dotti, reflexiva, como si lo considerara—. ¿Y si *tú* eres el problema? —Terminó su pregunta con una carcajada y el resto se unió a ella con una risa nerviosa.

—Esta es una batalla entre el bien y el mal. —La voz de Ylena era baja pero firme, y Dotti dejó de reír—. El mal siempre es un problema. Creemos en el bien y hacemos nuestro trabajo con discreción. Pero les aseguro: cualquiera que trabaja para Savi está en contra de la Primera Orden, como antes nosotros estuvimos en contra del Imperio.

—Pero ¿crees que vale la pena pelear por Batuu? —preguntó Vi, señalando la mesa con el dedo para hacer énfasis—. Porque yo creo que sí. Y la General Organa también lo cree. Por eso me envió aquí.

Para su sorpresa, sus colegas recolectores no parecieron sorprendidos ni impresionados por esta información.

—¿Para trabajar en una chatarrería? —preguntó Dotti antes de estallar de nuevo en carcajadas—. ¡Menuda general!

—¿Cómo es ella? —preguntó Roxi—. Siempre me ha parecido amable en los holos.

—E inteligente —añadió Da-zorai, asintiendo en señal de aprobación.

A Vi le alegró que el trabajo de Leia hubiera llegado al planeta.

—Amable pero fuerte. Inteligente y sabia. Me envió aquí a reclutar para la Resistencia. Llegué en una nave llena del cargamento que íbamos a utilizar para construir nuestra base de mando, pero la robaron cuando la nave se estrelló. Por eso trabajo, por eso estoy en el depósito de chatarra. Necesito recuperar todo. Y encontrar gente que desee ser parte de algo mayor.

Los recolectores dieron un trago a sus bebidas y miraron a Ylena como si no estuvieran seguros de cómo continuar la conversación. Ylena esbozó su cálida sonrisa y puso una mano en el hombro de Vi.

—Todo pasa por una razón, según la voluntad de la Fuerza. Quizá Vi estaba destinada a unirse a nosotros.

Esa respuesta no era muy útil.

—No estoy aquí para hacer filosofía. Vine a construir instalaciones para que la Resistencia tenga un lugar donde esconderse de la Primera Orden y seguir planeando nuestra defensa en contra de la tiranía. Estamos tratando de evitar que se repita lo que sucedió en el Sistema Hosnian. Necesitamos recursos, pero lo más importante: necesitamos gente.

Dotti resopló y de su nariz salió un poco de cerveza White Wampa.

—Si la general de la Resistencia es tan inteligente, ¿por qué te envió aquí para pedir ayuda a gente como nosotros? ¡Yo no sé armar nada más que la llave de una bebida en un bar!

Vi se esforzó en no mostrar su frustración.

—La General Organa cree que cualquiera puede ser un héroe. Todos podemos contribuir en algo, un regalo especial para compartir con la galaxia. La Resistencia se basa en la gente, en la esperanza. Se trata de enfrentar la opresión, de hacer lo correcto y de ayudar a otros. Los chatarreros son valiosos, tan valiosos como los pilotos o los oficiales. La Primera Orden no cree eso, pero nosotros sí. Cualquiera puede encender la llama y ayudar a iluminar el camino a la victoria.

Los recolectores consideraron sus palabras y Dotti fue a la barra. La sonrisa de Ylena era amable y a la vez un poco triste.

—Lo que debes entender sobre el puesto de avanzada de Black Spire es que nadie aquí tiene dinero. Nadie puede dejar su empleo y trabajar para ti sin recibir un sueldo, por noble que sea la causa. Tenemos nuestras razones, un equilibrio que mantener. Hay más debajo de la superficie de lo que pudiste distinguir en los dos días que has estado con nosotros.

Vi sacudió la cabeza y bebió un trago. No entendían. Si la Primera Orden llegaba aquí, conquistarían *todo*. Destruirían negocios, arrasarían las casas, matarían gente, tomarían todos los recursos que fueran necesarios. Si llegaran a Batuu, no habría ningún equilibrio. Volvió a sentir el nudo en la espalda, su mandíbula se tensaba de nuevo. Espiar era mucho más fácil que esto, que enfrentar la ignorancia obstinada y la ingenuidad tenaz.

—Esperemos que ustedes tengan razón y yo me equivoque —dijo con suavidad—. Esperemos que sigan siendo libres para mantener el equilibrio.

—El mundo cambia de manera natural para adaptarse al desequilibrio —añadió Ylena, encogiéndose de hombros como disculpándose. Los otros hicieron lo mismo—. No siempre es cómodo, pero así es la vida. El malestar nos ayuda a crecer.

Vi se llevó las manos a la cabeza. No pensaba que un discurso murmurado en un bar convenciera a la gente a ponerse de su lado, pero como la mayoría de las personas que nunca han vivido una guerra o una tragedia, ellos no lo entendían.

—El malestar de que te ejecuten los stormtroopers no ayuda a nadie a crecer —murmuró mientras dejaba caer los hombros, y bebió de su vaso hasta que su lengua se adormeció.

Los chatarreros la miraron un momento, como si vieran una olla a punto de desbordarse; pero, al ver que no volvía a animarse, regresaron a su alegre plática. Lin seguía observándola, nervioso, y hablaba con Fenda en voz baja. Dotti regresó con una nueva bebida, se acercó a Ylena y murmuraron entre ellas. Vi sintió como si perdiera toda la simpatía que había comenzado a ganar. Había expuesto sus argumentos y ellos no le habían creído; ahora solo era la nueva loca paranoica que trataba de imponer el desorden. Al menos no le rehuyeron ni le pidieron que se marchara. Ylena compró la

siguiente ronda, le trajo otra bebida a Vi y trató de incluirla en la conversación. Vi pensó que Ylena era la persona más amable que jamás había conocido.

—Le agradarías a la General Organa —afirmó. Las mejillas ya sonrosadas de Ylena se iluminaron.

—¿Es cierto que usó la Fuerza para regresar volando a su nave después de una explosión? —preguntó en voz baja para que los otros no pudieran oír—. Escuchamos rumores; bueno, la mayor parte de lo que escuchamos son rumores.

Vi la miró con firmeza.

—Creía que ese incidente no se había hecho público —replicó con cuidado—. ¿Dónde lo escuchaste?

Ylena agachó la cabeza.

—No recuerdo bien. Algún conocido de Savi fuera del planeta.

—Entonces es verdad, sí. Yo no estaba ahí, pero se habló de eso.

Vi no le confirmó este secreto a Ylena solo porque se había tomado unas copas. Sobre todo lo hizo porque quería volver a ganar su confianza y, si la mujer ya estaba enterada, ¿qué daño podía hacer? Usaría todos los medios necesarios para que los nativos se pusieran de su lado. Si contar las emocionantes hazañas de la glamorosa Princesa Leia era la clave para ganárselos, eso les daría.

—Todos estos años —reflexionó Ylena con la mirada perdida—. Todos estos años fue sensible a la Fuerza y nunca la usó. Pudo persuadir al Senado, pero no quiso usar trucos baratos porque creía en la diplomacia y la libertad. Era una mujer fuerte y una buena líder. Sin embargo, en los momentos de mayor adversidad, cuando podía beneficiar no solo sus propias necesidades sino también el bien supremo, buscaba en lo más profundo y reclamaba esa conexión que había estado ahí siempre, latente, esperando su llamado.

—No lo había considerado de esa manera —comentó Vi, meditando sobre esa idea.

Por supuesto, se alegró de que Leia sobreviviera a la destrucción del *Radus*. Y se sintió desolada al saber del sacrificio de la Vicealmirante Holdo. Supuso que el poder de la Fuerza de Leia se había activado debido a la desesperación. Nunca consideró que todo este tiempo, como princesa, senadora y general, Leia había decidido de manera consciente no usar esa valiosa ventaja. La general era una maestra estratega que usaba todas las piezas del tablero de dejarik. Casi siempre. Así que esta elección, si es que era una elección, como lo sugería Ylena, debió de ser un momento decisivo, enorme e importante, para una mujer que ya se había ganado el respeto y la lealtad de Vi en incontables ocasiones; la habían preparado para esperar ese momento durante toda su vida hasta que llegara.

Vi se miró las manos, las cicatrices, esos dos dedos que aún hormigueaban, casi adormecidos. Se sentía tan impotente. Quizá su momento decisivo no fuera tan extremo como el de Leia, quizá no flotara en el espacio a punto de morir, pero sin duda se encontraba en un lugar oscuro, sin ningún camino claro. Su cargamento se encontraba fuera de su alcance, su colaborador era un desafío para ella y su propia tarea le parecía

infranqueable. Su primer intento por reclutar había terminado en una ronda de risas públicas. Todo había salido mal. Se sentía perdida e insegura, y ese no era su estado habitual.

Si buscaba en su interior, ¿qué encontraría? Por supuesto, no la Fuerza. Pero había algo ahí, un núcleo de hierro. Determinación. Tenacidad. Persistencia obstinada. Después de todo, había escapado de la silla de interrogatorio de la Primera Orden. Solo tenía que sobrevivir un momento, luego otro y después el siguiente. Solo tenía que seguir adelante hasta que tuviera una mejor oportunidad.

Vi bajó la mirada hacia su vaso; se dio cuenta de que se lo había terminado, aunque tenía pensado no hacerlo. Fue a la barra por agua para espabilarse un poco; mientras esperaba, examinó el salón en busca de posibles aliados… y posibles enemigos. Como cualquier cantina, albergaba a un variado grupo de humanoides que iban desde bandas amigables de humanos vestidos a la manera local, encorvados sobre su cerveza barata, hasta grupos de piratas y contrabandistas sospechosos, de mirada esquiva, que murmuraban y se pasaban objetos por debajo de las mesas, o pilotos y aviadores que reían un poco fuerte para impresionar a las poco impresionables mujeres twi’lek que estaban en un rincón.

Cuando regresó a la mesa con su vaso de agua, Vi sintió que se le erizaba el cabello de la nuca, esa impresión odiosa y familiar que todo espía siente en el momento en que alguien los identifica. Encontró la fuente enseguida: un rostro de nariz chata y piel de color gris musgo que estaba en un rincón; sus ojos negros brillantes no se apartaron para asegurarse de que ella supiera que la había descubierto. Era un tipo de apariencia inusual, pero Vi tenía una memoria excelente para las especies y recordó su entrenamiento: un karkarodon, de Karkaris. Un espécimen particularmente corpulento.

Si el humano más grande y el tiburón más hambriento de la galaxia tuvieran un horrible hijo, al crecer se convertiría en ese tipo. Aunque no parecía el pez más inteligente de la escuela, fue él quien la identificó entre la multitud. Tenía una mirada vacía, ajena y salvaje, y las manos envueltas y del tamaño de un asado de shaak. La nariz estaba achatada y sus filosos dientes brillaban bajo la luz tenue. Cuando ella le devolvió la mirada, para mostrar su propio poder al no esquivarla, él levantó una jarra de algo espeso y rojo y dio un largo sorbo que cubrió lo que debían ser sus labios con una capa que parecía de sangre.

Los rufianes a su alrededor ni siquiera la habían mirado. Eran el tipo de gánsteres habituales: humanos grandes, un hombre más pequeño del Callejón del Contrabandista, un gamorreano, un talpini y un wookiee mayor cuya risa era como rugido y que en verdad parecía un poco trastornado. Si Vi hubiera tenido que adivinar, apostaría a que ellos eran los matones de Oga.

El karkarodon por fin volteó para darle un golpecito al wookiee en el hombro; Vi respiró, no se había dado cuenta de que había dejado de hacerlo desde el momento en el que se miraron con fijeza, si se podía decir algo así de una especie que en verdad no tenía párpados y, por tanto, no podía parpadear.

—Ylena —susurró casi sin abrir los labios—. Allá, en el rincón más alejado. ¿Conoces a esa gente?

Ylena levantó la mirada mientras bebía de su vaso; Vi comenzó a preguntarse si la mujer había recibido algún tipo de entrenamiento de espía, pues su gesto era muy sutil.

—Rusko —confirmó, y sus labios hicieron una mueca de disgusto.

—Los hombres de Oga.

—Excepto N'arrghela. Es una wookiee. No te conviene tener problemas con ella. Una vez la vi arrancarle el brazo a un besalisko. Te conviene evitarlos a todos, si valoras tus extremidades. —Para enfatizar sus palabras, Ylena sorbió con el popote el resto de su bebida, haciendo mucho ruido—. Mañana nos despertamos temprano. Dotti se quedará aquí toda la noche y no se pondrá peor, pero yo ya estoy lista para irme. —Con suavidad, se golpeó la frente con la palma de la mano antes de continuar—. Lamento decirte que cuando te invité no tomé en cuenta tu seguridad una vez que cayera la noche. ¿Te alojas lejos de aquí? Mi departamento no es grande, pero eres bienvenida si quieres dormir en el sofá.

Vi dio unas palmadas sobre el bláster que colgaba de su cadera.

—Estoy bien armada, bien entrenada y no tengo miedo. La noche es mi momento favorito. Pero agradezco tu amabilidad. Después de mi confesión, no estaba muy segura de que aún fuera bienvenida.

Ylena puso una mano sobre el hombro de Vi, el peso era reconfortante.

—Siempre siéntete libre de decir lo que piensas. Que tú estés lista para hablar no significa que otros estén dispuestos a escuchar. Como te dije, somos gente sencilla y muchos no están preparados para aceptar la realidad de lo que tienes que decir.

—Cuando llegue la Primera Orden será demasiado tarde.

—Y nosotros tendremos que padecerlo.

Ylena se puso de pie y Vi la siguió. Dotti y Roxi permanecieron en sus lugares, hombro con hombro, riendo y bebiendo. Cuando Ylena se despidió con un gesto de la mano, todos sonrieron y dijeron adiós.

—Que las agujas los guarden, amigos —exclamó Ylena.

—¡Y a ustedes! —respondieron.

El vaso de agua y la mirada sombría del karkarodon ayudaron a Vi a recobrar la sobriedad y, aunque aún se sentía un poco mareada, la entrenaron para ser letal incluso en ese estado. Seguía a Ylena hacia la puerta de la cantina cuando se dio cuenta de que la naturaleza la llamaba y que afuera solo había arbustos.

—Voy a pasar al baño antes de irme —dijo—. Gracias por ser tan amigable.

—¡Claro! Nos alegra que te hayas unido a nosotros. Estoy segura de que te vas a adaptar bien. Savi siempre lo sabe.

Vi asintió, estaba de acuerdo.

—Que las agujas te guarden, Ylena.

Ylena volteó y se aferró al antebrazo de Vi. Ella no tuvo más opción que devolver el gesto: sus brazos unidos de manera cálida. Era una extraña forma de despedirse que le

recordaba a la manera en la que los guerreros se probaban unos a otros, un círculo cerrado de confianza.

—Y a ti —respondió Ylena. La sonrisa que le ofreció a Vi era nueva, casi engreída.

Ylena soltó su brazo y se marchó. Vi había visto dónde estaba el baño antes, así que se dirigió hacia allá. Como en cualquier cantina del mundo, un corredor oscuro era la única ruta hacia el alivio. Con sutileza, metió la mano debajo de su mantón anaranjado y tocó el bastón táctico que colgaba de su cadera. La alivió ver que el baño estaba limpio y en buenas condiciones, lo que lo hacía mejor que un arbusto de helechos repletos de quién sabe qué tipo de babosas chupasangre que fueran típicas de Batuu. Salió del cubículo y se lavó las manos; miró su rostro en el espejo grisáceo y advirtió que sus ojos estaban rojos y sus labios partidos.

—Los choques y las labores serviles no van conmigo —murmuró.

—Buena observación.

Una luna creciente de dientes apareció en el espejo, justo detrás de ella. Era Rusko. Por supuesto. Antes de que pudiera voltear y dispararle en el correoso corazón, él le sujetó los brazos con sus manos frías y húmedas y la arrastró al cubículo.



Capítulo diez

FUE CASI UN ALIVIO VER DESAPARECER a Vi en el bosque en su camino al trabajo. Por fin Archex podía dejar escapar suspiros profundos y evidentes, sin tener que cuidar su expresión y su actitud. Era una bola de nervios cuando estaba junto a ella, y pretender que todo iba bien requería una energía que no tenía.

Siempre había sentido respeto por Vi Moradi, incluso cuando ella, de manera ingeniosa, le dio la vuelta a la situación en el *Absolution* como si fuera un cuchillo. Era valiente y determinada, tenía un sentido del humor que lo dejaba estupefacto y lo sorprendía aun en sus estados de ánimo más sombríos. Inclusive se atrevería a decir que ahora le caía bien y que protegerla era parte de su deber, aunque le fuera imposible desde un punto de vista físico. En ocasiones, cuando estaba tranquila y él la observaba sin que lo advirtiera, sentía… ¿ternura? Era muy confuso y extraño, sentimientos que no había tenido nunca antes. Pero aún no estaba listo para abrirse con ella, para mostrarle la masa pulverizada que alguna vez había sido un núcleo duro de confianza arraigada en su alma.

Todo ese trabajo en Cerea no lo había ayudado en lo más mínimo.

No estaba seguro de por qué estaba ahí, qué debía hacer. Pensar en la Primera Orden hacía que la bilis se le subiera a la garganta, así que la mayoría de las veces trataba de olvidarla e ignorarla. Por supuesto, eso no significaba abalanzarse a los brazos abiertos de la Resistencia. A pesar de su discurso de libertad, a él no le habían ofrecido mucha. No tuvo elección cuando fue a Cerea y ninguna en relación con Batuu, como tampoco en relación con la niñera, a la que parecía que habían elegido con cuidado para desenterrar viejos recuerdos indeseados, así como nuevos sentimientos confusos y antagónicos.

—La Teniente Moradi se ha ido —observó Pook—. ¿Quiere más analgésicos?

—No serías tan arrogante si pudieras sentir dolor —espetó Archex. Avanzó cojeando hasta el droide para tomar las píldoras adicionales, como hacía siempre que Vi no estaba por ahí—. Te cortaron a la mitad y no sentiste nada. Qué suerte.

—Sí, claro. —La voz de Pook rezumaba sarcasmo—. *Suerte* es justo la palabra que usaría para expresar mi actual problema. Le aseguro que la tortura de mi continua existencia excede con mucho la insignificante vibración de su sencillo sistema nervioso humano.

—Entonces, apágate y déjame sufrir en paz.

—Eso nos beneficiaría a ambos. Es mi deber recordarle que la Teniente Moradi solicitó que no se aventurara muy lejos del campamento.

Archex resopló.

—Como si pudiera alejarme, aunque quisiera hacerlo.

—Sabe que sanaría de manera notable si cuidara más su mente y no se esforzara tanto. Sus glándulas suprarrenales deben ser cáscaras secas. Quizá debería usar este tiempo para relajarse. El cuerpo humano también necesita inactividad.

Odiaba cuando Pook dejaba de quejarse y comenzaba a… bueno, *preocuparse* no era la palabra exacta. Pero a veces, cuando Vi no estaba, era como si Pook hiciera a un lado su melancolía y tratara con ahínco hacer su trabajo para concentrarse en Archex en particular. Y él se resistía.

—Te voy a dar un pequeño consejo, Pook. Ningún ser consciente se ha relajado jamás solo porque alguien le ordene con insistencia que se relaje.

—Entonces, busque algo que hacer. En realidad, no es mi problema. Adiós.

Eso era mejor. El Pook insolente era algo con lo que Archex podía lidiar y era mucho mejor cuando el droide se desconectaba.

Por fin estaba solo. Vi se había ido, Pook estaba dormido y Archex podía iniciar el protocolo de ejercicios que había realizado todos los días de su vida adulta, cuando no estaba amarrado en el ala médica de la Resistencia. Contar las series de sentadillas, lagartijas y abdominales era lo más parecido a la meditación que le habían obligado hacer en Cerea. En efecto, cuando terminó sus ejercicios se sentía más tranquilo, su mente estaba más clara. Se bañó en el cenote y trató de no enojarse ante la idea de vestirse con la misma ropa sucia, como tenía que hacerlo cuando era niño en Jakku.

En los últimos veinte años había dado muchas cosas por sentadas en la Primera Orden. Despertar en una cama cómoda, disfrutar un baño caliente con los accesorios necesarios, rasurarse con navajas afiladas o vestirse con un uniforme recién lavado, fresco y doblado a la perfección. Todo en el bosque salvaje de Batuu le daba asco. Odiaba el caos, el silencio, la luz del sol, el sentimiento de ser observado todo el tiempo, aunque la mayoría de las veces solo fueran los curiosos pares de ojos de los reptiles emplumados que Pook identificó como lahiroos.

Pero sobre todo necesitaba algo que hacer. Ser útil de alguna forma. Eso era lo más importante que había perdido, no la Primera Orden, sino su propio sentido del orden, la firme certeza de que servía a un fin superior.

Lo enviaron aquí para construir cosas, pero no había nada que construir. Le dijeron que manejara las comunicaciones, pero no había intercomunicadores. Le ordenaron apoyar a Vi, pero ella era la persona más autosuficiente que había conocido. Y ahora, después de todos los contratiempos, no podía cojear tan solo un kilómetro para trabajar en el depósito de chatarra con ella, que ni siquiera lo dejaría intentarlo. Caminó hasta el bosque, resuelto y tomó un rumbo que aún no había explorado; le alegró encontrar varios arbustos de tarina. Si construía unas rejillas de secado —con qué, no lo sabía—, podrían tener té. No le gustaba el té, pero al menos eso le daría la sensación de producir algo. Con

cuidado, enrolló las hojas en tubos y las metió en sus bolsillos. Buscar alimento en Batuu no era fácil; había tantas plantas desconocidas y ninguna guía útil para saber qué era seguro comer. Estaba muy satisfecho de haber descubierto el cenote, pero aún no había encontrado una corriente de agua donde poder pescar. Las criaturas del bosque eran de una timidez excepcional y, por más hambre que tuviera, se sentía incapaz de disparar al dugar dugar de ojos conmovedores o al lahiroo que gorjeaba con suavidad. Si hubieran aterrizado en un planeta desierto, él habría sido indispensable. Tal como estaban las cosas, regresaría a casa solo con los bolsillos llenos de hojas amargas y marchitas.

Como si despertara de un sueño, se dio cuenta de que estaba recargado en uno de aquellos gigantescos árboles, con el rostro húmedo de lágrimas y los nudillos desgarrados por golpear la corteza. En ocasiones perdía la noción del tiempo, no mucho, solo lo suficiente como para advertir que su mente estaba igual de fracturada que su cuerpo. Le dio la espalda al árbol y se deslizó por la corteza hasta sentarse, con las piernas extendidas frente a él. En la pierna buena tenía el monitor, que le recordaba que era un prisionero; y su pierna mala… bueno, deseaba golpearla, pero eso solo empeoraría las cosas. Desde el principio, la Mayor Kalonia le advirtió que había algunas cosas que ni siquiera la medicina más avanzada podía curar. Y, debido al lugar exacto en el que el acero de Phasma lo había golpeado, no podían amputarle esa maldita cosa.

Phasma… no. No iba a pensar en ella.

No iba a pensar en sus errores; todos habían comenzado el momento en que sus hombres arrancaron a Vi de su starhopper y tiraron su ridículo tejido al suelo del *Absolution*. Había estado tan determinado a acabar con su rival, había considerado a Phasma como la podredumbre en el corazón de algo más grande.

Si tan solo la hubieran dejado en paz.

Aún sería el Capitán Cardinal, aún tendría respeto, comodidad y un propósito. Nunca hubiera sabido que su vida entera era una mentira. Quizá así habría sido mejor, incluso si ahora sabía que el verdadero error consistía en creer la ficción de la Primera Orden. En ese entonces, su vida era más fácil, aunque formaba parte de algo monstruoso. Hosnian Prime le había cerrado esa puerta para siempre.

Pero sentía una cierta atracción incómoda por su vieja vida, una nostalgia extenuante. Si las cosas hubieran sido distintas, ahora no estaría ahí. No sería *esto*.

Era exasperante. Allá o aquí, antes o ahora, todo terminaba mal. Solo podía lidiar con un fracaso a la vez.

Sus manos descansaban sobre la hojarasca, apretadas en puños como si pudiera partir el suelo del bosque. Cuando extendió los dedos, no encontró nada más que brotes de bambú y tierra negra y rica. Tampoco podía hacer nada con la tierra. No era agricultor. No tenía ninguna habilidad en un planeta como Batuu.

Podía tejer estos brotes de bambú y convertirlos en canastas. Canastas muy bonitas, incluso si no las fabricaba con las delgadas y sedosas espigas de Cerea. Así tendría algo en que cargar sus escasos hallazgos alimentarios. Sin embargo, solo pensarlo le hizo rechinar los dientes. Cierto, tejer lo ayudaba a meditar, pero también le hacía recordar las

canciones, los poemas y los ensayos que sus guías cereanos leían monótonamente mientras él y los otros prisioneros —no, *alumnos*— trabajaban. No podía con eso: olvidar, vivir el presente, ser uno con el universo.

Eran pensamientos estúpidos para gente conformista que por el momento no sufría.

Empujó la hojarasca, recogió un pequeño tronco y lo hizo girar en sus manos. Quizá no estaba dispuesto a tejer canastas y dejarse bombardear por los recuerdos de la forzada calma cereana; sin embargo, contaba con una habilidad que sus heridas actuales no obstaculizaban. Sacó su cuchillo y comenzó a quitarle la corteza para llegar a la madera color crema del interior.

Tallar madera lo mantuvo vivo cuando era niño en Jakku. Quizás ahora lo mantendría vivo en Batuu. Al menos tendría algo que hacer. Casi sonrió al recordar una de sus primeras conversaciones en aquel condenado carguero. Le había dicho a Vi que en un destructor estelar no había tiempo para tallar madera, pero ella respondió que la Resistencia lo dejaría hacerlo donde él quisiera.

Esto, al menos, era hacer algo. Quizás era el único aspecto de su vida que nadie más controlaba.



Capítulo once

VI ABRIÓ LA BOCA PARA GRITAR, pero un aliento húmedo que olía a pescado la hizo alejarse.

—Grita todo lo que quieras. A nadie le importa. Oga quiere verte —informó Rusko.

Vi torció la cabeza para ver hacia donde se dirigían. Una puerta disimulada a la perfección en la pared, al fondo del reservado, ahora estaba abierta, y lo que fuera que se encontraba más allá estaba tan oscuro como la boca de un lobo. Si Rusko actuaba bajo las órdenes de Oga, era mejor que Vi se comportara como si estuviera intimidada y confundida, en lugar de mostrar que era una espía entrenada que podía convertir a ese monstruo en carnada en medio minuto. Se defendió como si no supiera cómo escapar de su torpe apretón y él solo la estrechó con más fuerza. Bien: debía dejarlo pensar que estaba indefensa.

Para Vi Moradi, este secuestro era en realidad una oportunidad. Quería conocer a la misteriosa gánster que estaba a cargo de su nueva ciudad, y obtener información sobre sus matones y su guarida. Continuó con su treta: se retorcía e intentaba deshacerse del control de Rusko, al tiempo que medía su fuerza y lo tocaba con discreción para determinar dónde escondía sus armas. La manera en la que sujetaba su bláster, con el mismo brazo con el que ahora rodeaba la cintura de Vi, sugería que el secuestro no era su trabajo habitual.

Rusko la arrastró por la puerta y la cerró de golpe; la temperatura cambió de manera brusca. Estaban en un corredor excavado en el mismo material que el resto del puesto de avanzada; las paredes y el suelo eran de la misma piedra porosa y color crema. Estaba fresco; por algún lugar lejano entraba una brisa húmeda y se escuchaba un goteo que sugería que había un ojo de agua o un manantial. Habían instalado faroles para iluminar el corredor, y hacia allá se dirigían.

—Deja de retorcerte, carnada —gruñó Rusko. Tenía sus dientes, que eran como navajas de afeitar, junto a su mejilla—, o por accidente te arrancaré la oreja. No necesitas dos.

Vi quería decirle que con gusto dejaría de luchar si él la sujetaba de manera razonable en lugar de hacer malabares como si fuera un cerdo globo pero, en cambio, comenzó a jadear y se quejó.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—Ya te dije qué quiero. No me repito.

La empujó a través de otra puerta arqueada hasta una habitación que estaba mejor iluminada. Parecía una sala del trono. Labrada en la piedra, se alzaba una silla ancha con un gran respaldo, cubierta con cojines y mantas. En ella dormía un peludo gato tooka. Vi se retorció y, como pudo, examinó el resto de la habitación. Advirtió un escritorio y una alfombra tejida, gastada pero de fina confección. Un movimiento en la puerta llamó su atención: N'arrghela entró, sosteniendo su ballesta contra el pecho. Detrás de la wookiee venía Oga Garra.

Los ojos astutos de la blutopiana eran unos hoyuelos diminutos a ambos lados de su cabeza, curtida y gris. Examinó a Vi con la mirada, se sentó en el escritorio del rincón, tomó un frutoalmeja de un cuenco y lo abrió, lo que liberó un desagradable aroma salado.

—¿Comprendes el huttés? —preguntó Oga en ese mismo idioma. Su voz sonaba como garras sobre una pizarra.

—*Tagwa* —respondió Vi; su voz era baja, como si tuviera miedo.

Los tentáculos rosados que salían de la boca de Oga se estremecieron.

—Tu acento es horrible —continuó—. Si tú entiendes el huttés y yo comprendo el básico, hagámonos un favor y hablemos nuestros idiomas nativos. Mi droide de protocolo es insoportable.

Vi asintió, sumisa, porque así se comportaría una simple chatarrera.

—Okey.

—¿De dónde vienes?

Oga chupó la pulpa del frutoalmeja y Vi trató de no hacer un gesto de asco; sonaba como un calamar enojado dando vueltas en un escusado.

—Chaaktil.

—En los últimos tiempos.

—Cerea. Traía un cargamento…

Oga le arrojó la cáscara a la cara, una forma eficaz de callarla.

—Sé que estás con la Resistencia —espetó Oga.

Vi no respondió de inmediato, porque así se comportaría una persona con miedo; estaría paralizada o sorprendida.

—Yo… yo… —balbuceó.

—Suéltala, Rus. —Oga extendió el brazo para tomar otro frutoalmeja—. Nadie puede hablar cerca de esos dientes.

Vi estaba preparada cuando él la soltó, pero de igual forma dio un traspié y aprovechó la oportunidad para examinar los alrededores. Apretó los dientes con rabia cuando vio que parte de su cargamento robado estaba apilado en un rincón, la tecnología más sofisticada que habían traído. Generadores, máquinas de navegación y su intercomunicador de largo alcance, el que hubiera usado para comunicarse con Leia para informarle que la misión iba por buen camino.

Cuando se incorporó, en lugar de furia, su rostro mostraba miedo y sorpresa. Después de todo, las chicas buenas no estaban acostumbradas a que un tiburón dotado de razón las sacara de los baños a rastras.

—No entiendo qué…

—Dilo —la interrumpió Oga—. Eres de la Resistencia. Hace dos días te vieron en el mercado vestida con una chamarra que tenía el emblema del ave estelar, antes de que la cubrieras. No me digas que te la encontraste en uno de tus viajes.

Vi enderezó el mantón que había comprado para ocultar justo ese símbolo y avanzó para mirar a Oga a los ojos. La gánster no era el tipo de persona que toleraba a quien le quería tomar el pelo, pero tampoco le agradarían la arrogancia y el sarcasmo.

Bien. Si lo que quería era a una persona directa, sería directa.

—Estoy con la Resistencia —confirmó Vi—. Y sí, esta chamarra me la gané.

Oga asintió y, pensativa, sorbió otro frutoalmeja.

—*Raaaawgh* —gruñó N'arrghela.

—No, no puedes arrancarle los brazos —respondió Oga—. Paciencia. ¿Tienes idea de lo difícil que es quitar las manchas de sangre de esta alfombra? En serio.

Oga se levantó, tomó un pequeño plato donde había algo azul y gelatinoso y caminó hacia Vi; esto la hizo sentir aún más incómoda. En lugar de estar entre la espada y la pared, se encontraba en un sótano entre un tiburón y una especie de calamar. Además, sus aliados y amigos no tenían idea de que algo andaba mal.

—¿Por qué viniste a mi planeta? —preguntó Oga, entre sorbo y sorbo de su refrigerio.

Vi mantuvo un semblante neutro, aunque algunas gotas de esa sustancia viscosa salpicaron su mejilla.

—Tengo que construir un campamento aquí —respondió al fin.

Pensó que de nada serviría mentir. Si Oga aún no lo había adivinado por su cargamento y su chamarra, muy pronto descubriría la verdad cuando Vi comenzara a construir y reclutar. Era probable que Dotti ya lo estuviera anunciando a gritos allá arriba. Incluso si Vi hubiera decidido mantener el secreto esa noche en lugar de platicarlo con sus colegas, el reclutamiento consistía en informar a los posibles reclutas quién era y qué hacía, así que no hubiera podido ocultar por mucho tiempo sus actividades a la astuta y bien informada gánster.

—¿Un campamento de la Resistencia? ¿En Batuu? ¿Por qué? Este lugar no tiene valor estratégico.

Vi exhaló. Era momento de poner sus cartas sobre la mesa.

—Las dos cosas que la Resistencia necesita más en este momento son lugares donde refugiarse y sangre nueva. Un lugar como este, con un puerto espacial concurrido y personas que buscan perderse, resulta muy atractivo.

Oga lanzó un ruidoso suspiro y avanzó un paso más. Su olor era fuerte, animal, con un dejo marino. Vi se preguntó qué era lo que a ella y a Rusko les atraía en este

ecosistema relativamente seco, pedregoso y boscoso, tan distinto de sus propios planetas acuosos.

—¿La Resistencia tiene mucho dinero?

Vi se encogió de hombros.

—Para naves, combustible, comida y otros bienes; no para pagar rescates, si es lo que pregunta. Yo no soy importante.

—Claro que no —convino Oga—. De lo contrario no te habrían enviado aquí.

Levantó el pequeño plato de cristal en el que estuvo su refrigerio y lo examinó de cerca, antes de sorber los restos espumosos de la sustancia viscosa.

—Pues escucha: yo no creo en la Resistencia. Tienen enemigos poderosos. Y yo no quiero tener enemigos poderosos, así que no puedo aceptar forasteros que solo me traerán problemas. —Destrozó el plato de vidrio entre sus dedos. El líquido salpicó y le irritó los ojos, pero Vi no se movió—. Me deshago del problema, Vi Moradi, y jamás regresa. Por eso soy yo quien está a cargo. Así que puedes permanecer aquí, siempre y cuando tengas spiras para gastar, pero más te vale no buscar mi lado malo.

Vi se adelantó, con la barbilla en alto.

—Sabe que la Primera Orden *solo* tiene lado malo, ¿no?

Oga lanzó una carcajada que sonó como un drenaje tapado.

—Me gusta la gente que me hace ganar dinero y, si la Primera Orden es tan poderosa como dicen, es muy posible que lo haga. Hasta ahora solo me has traído disgustos y una miseria a cambio de un poco de estambre. Adivina a quién prefiero.

Con un suspiro, Vi se limpió el líquido del frutoalmeja y las salpicaduras azules del rostro. Ahora sí, tendría que lavar su ropa.

—La única razón por la que todavía sigue a cargo en este lugar es porque la Primera Orden no ha decidido quitárselo. Es lo que hacen: llegan y se apoderan. Destruyen. Tierra, edificios, armas, vidas. Eso es lo que la Resistencia intenta detener.

Vi tuvo que reunir todas sus fuerzas para no apartar de un manotazo los dedos gruesos y gelatinosos de Oga cuando esta le palmeó el rostro.

—No necesito que pelees mis batallas, chatarrerita. Yo puedo sola.

Vi resopló.

—Por supuesto que sí. Enviar a tus esbirros a robar a unos visitantes inconscientes que acaban de sobrevivir a un choque es una estrategia brillante.

Rusko rugió y dio un paso adelante, pero Oga lo detuvo con la mirada.

—Eres valiente, lo admito —murmuró, y con sus largos dedos se acarició lo que podría ser su barbilla—. Y tal vez un poco estúpida. Quizá tengo trabajo para ti.

Los ojos de Vi centellearon al ver a Rusko y a N’arrghela.

—Si es para unirme a su grupo, la respuesta es no.

La risa de Oga estalló como si hiciera gárgaras y le dio una palmada al karkarodon en el hombro. Él no se movió.

—No era esa la oferta. Se pasarían días sacándose partecitas tuyas de entre los dientes. Digamos que hace poco llegó a mi posesión cierto cargamento que te sería útil.

Vi hizo un gesto para que terminara. Estos juegos consumían mucho tiempo.

—Sí, me gustaría recuperar mi cargamento. ¿Qué quiere?

—Existe una reliquia batuuana. Dok-Ondar la ha estado buscando; ya limpió las ruinas casi por completo de sus objetos de valor y sigue sin encontrarla. Me encantaría tenerla en mis manos antes que él. Tengo ya un comprador interesado, así no tendría que darle al viejo Dok su tajada. Quiero que la encuentres por mí.

Vi la miró, escéptica.

—¿Por qué confiar en una forastera como yo cuando podría enviar a cualquiera?

Rusko gruñó, N'arrghela lanzó un chirrido y Oga levantó la mano para callarlos.

—Lo hice. Mandé a *varios*. Algunos de ellos hasta me caían bien. No regresaron y ahora ninguno de los míos quiere intentarlo de nuevo. Los antiguos dejaron trampas, ¿entiendes?, y Dok-Ondar no las quitó. Tú eres pequeña, prescindible, y es probable que estés entrenada para este tipo de cosas: escabullirte, evitar trampas. No conocemos mucho de la civilización que vivía aquí, pero sabemos que dejaron muchas maneras de matar a la gente que se adentra en su mundo. Estamos seguros de que escondieron sus pertenencias más valiosas donde nadie pudiera encontrarlas. Un fragmento que encontramos dice que «brilla en la oscuridad».

—Entonces, está bajo tierra —concluyó Vi.

—Eso parece.

—¿Y tienes un mapa?

Oga sacudió la cabeza como si Vi fuera tonta.

—Los antiguos batuuanos no dejaban mapas, niña. Las ruinas son un laberinto de cavernas y túneles. Pienso que el premio sigue por ahí, en algún lado. Y si no está ahí, bueno, entonces estará en algún otro agujero.

—Suena acogedor.

Esto fue lo que dijo, pero en realidad pensaba en cómo sacarle mayor provecho a esta misión. No solo podría ganarse la buena voluntad de Oga y recuperar una parte de su cargamento; si todos ahí tenían miedo de las ruinas y Vi sobrevivía, podría trazar un mapa que la Resistencia pudiera utilizar. Crait estaba siempre presente en sus pensamientos, y ahí una vieja cueva había sido lo que salvó a la Resistencia de la aniquilación total a manos de la Primera Orden.

—¿Lo harás?

Vi puso una mano sobre su cadera y sonrió.

—Pongamos las reglas. Uno: si encuentro la reliquia, recupero mi cargamento.

Oga asintió una vez.

—Lo que queda de él.

—Dos: puesto que pienso quedarme un tiempo por aquí y he escuchado que usted posee o controla casi todo en este lugar, quiero que me permita usar las ruinas de manera temporal como parte del puesto de mando de la Resistencia.

La blutopiana inclinó la cabeza hacia un lado.

—En realidad, no me importa qué pasa en las ruinas, a menos que hagan negocios; si es así, quiero mi parte. Pero puedo ignorar algún tipo de actividad si eso me beneficia.

—No haremos negocios y creo que, sin duda, le beneficiaría. La Resistencia tiene flotas que necesitan combustible; tropas que requieren alimento, ropa y armas, y visitas a la cantina. Nadie más está usando las ruinas. Cuando nos marchemos, las dejaremos libres de todas las horribles trampas, listas para usted.

Oga caminó sin prisa hasta el tazón de frutoalmejas; mientras avanzaba, sorbía al pensar en ellos. Rusko gruñía al pensar en su tajada del cargamento y N'arrghela acariciaba su ballesta con los dedos, canturreando en voz baja. De pronto, Vi advirtió al talpini que estaba agachado, quieto, en un rincón de la habitación. Sus anchos labios se curvaban hacia abajo y sus brillantes ojos azules no parpadeaban; parecía tallado en la piedra, salvo por el destello en su mirada. El gato tooka despertó, se sacudió, saltó al suelo y puso las patas sobre las piernas de Oga, hasta que ella le ofreció un frutoalmeja magullado y apestoso.

—Bien —concluyó la gánster—. Pero recuerda que la tierra no es tuya. Y si falta algo del cargamento que dices que es tuyo, ese no es mi problema. Te estoy haciendo un favor. Aunque tengas éxito, me sigues debiendo. Todos me deben.

Oga extendió una mano gris y correosa, empapada de jugo de frutoalmeja, y Vi la estrechó. Mientras le estrujaba los huesos de la mano, Oga exclamó en un huttés muy cuidado:

—*Du bargon Oga es du bargon macron tee-tocky*.

«Un trato con Oga es un trato de por vida».

—*Mendee-ya jah-jee bargon* —respondió Vi en huttés, esta vez con el acento apropiado. «Tenemos un trato».

Oga asintió y los tentáculos alrededor de su boca se enroscaron.

—Ven a la cantina en tu día libre. Rusko te mostrará adónde tienes que ir.

—Pero ¿de qué se trata? ¿Qué es lo que debo buscar?

—Los antiguos amaban la naturaleza, en particular el agua y las estrellas —explicó Oga con un estremecimiento gomoso—. Gente extraña. Sus reliquias más valiosas brillan o resplandecen. Puede ser la estatua de un dios con piedras preciosas o joyería, quizás un cristal. Lo sabrás cuando la veas.

Vi asintió.

—¿Y cuando tenga la reliquia en la mano?

—La traes aquí, no la pones en otra mano que no sea la mía, si quieres vivir, y no hablemos de que te la quedes. ¿No lo entiendes, niña? Mientras estés en el puesto de avanzada de Black Spire, esta cantina es el centro de tu mundo.

Oga asintió de modo definitivo y desvió su atención hacia el frutoalmeja. Rusko empujó a Vi por el hombro con tal fuerza que la hizo trastabillar.

—Ya es de los nuestros, Rus. No dañes la mercancía —ordenó la blutopiana sobre el hombro.

—No trabajo para usted —espetó Vi—. Trabajo para la General Organa.

Oga rio tan fuerte que el tooka se esponjó y salió corriendo. Era un sonido que hubiera podido hacer añicos un cristal.

—No es así como funcionan las cosas aquí. Estás muy lejos de esa general tuya y harás un trabajo para mí; vives en *mi* puesto de avanzada, en *mi* planeta; sí, trabajas para mí. Todos en Black Spire lo hacen, lo sepan o no. Eres de los nuestros. —Oga volteó y su rostro adoptó una expresión espantosa que, en algún lugar de la galaxia, podría considerarse una sonrisa—. Además, si no eres una de los nuestros, entonces eres una forastera; no es bueno que te consideren forastera, extranjera, desconocida. Cobramos extra por eso. Bienvenida al puesto de avanzada de Black Spire.

Regresó a su frutoalmeja. Rusko empujó a Vi, quien comenzó a caminar. Ya estaba por completo sobria, sin el mareo del alcohol; la espalda le dolía por el trabajo del día y había pasado fuera mucho más tiempo del que esperaba. Por lo menos, regresaba a su campamento con una esperanza. Todo lo que tenía que hacer era desafiar a la muerte en un lugar que ya había cobrado la vida de varias personas en las que Oga confiaba. No debía ser muy difícil; era claro que había escogido a sus matones por sus músculos, sus dientes y su naturaleza trastornada, no por su inteligencia, entrenamiento o sutileza.

—Oh, pequeña rebelde —llamó Oga en el momento en que Vi salía al corredor. Al igual que las generales que van a anunciar malas noticias, ese era siempre el momento en el que las gánsteres duras decidían dar la última estocada.

Vi se detuvo.

—¿Sí?

—No puedo evitar que hables en la cantina, pero si escucho que molestas a los clientes, haré que N'arrghela te arranque la lengua y quizás algunos dientes.

Vi sacudió la cabeza, pero no volteó.

—¿Alguna vez le han dicho que es una verdadera déspota caritativa?

La mordaz risa de Oga rebotó en los muros de piedra y le arrancó una mueca.

—Todo el tiempo, niña. Todo el tiempo.

Rusko la escoltó por el corredor, en la oscuridad, hasta una pared. Su pesada mano aplastó el hombro de Vi como para indicarle que esperara. Puso el ojo sobre una pequeña grieta en la pared, abrió la puerta que daba al cubículo del baño y le dio un empujón.

—Esta puerta es de un solo sentido —murmuró amenazadoramente—. No lo comentes con nadie o sabremos quién fue. Quizá dejemos que N'arrghela te arranque también los brazos.

—Ya soy una de ustedes, ¿recuerdas? —replicó Vi, volteando para mirarlo y demostrarle que no estaba impresionada.

—Para mí no lo eres. Tampoco para Oga, a menos que le entregues esa reliquia, y solo lo serás entonces.

Rusko azotó la puerta y dejó a Vi sola en el baño. Salió del cubículo y se dirigió al espejo, donde trató de limpiarse lo mejor que pudo el jugo de frutoalmeja y las manchas azules de baba del rostro.

El puesto de avanzada de Black Spire podía ser un lugar complicado, lo estaba aprendiendo. Pensó que sería fácil venir aquí, elegir un sitio y construir el cuartel general. Pensó que la misión era indigna de ella. Pero hasta ahora su experiencia había estado plagada de caos e incertidumbre. Era sorprendente estar tan lejos de la Resistencia y escuchar que alguien reaccionara al oír el nombre de la General Organa, no con odio o respeto, sino con una burla grosera.

En este momento, ella, Archex y Pook representaban la totalidad de la presencia de la Resistencia en Batuu, y no tenían casi nada. Sin recursos ni créditos, era difícil subsistir en la galaxia, mucho más edificar algo duradero. Si lograba hacer el trabajo para Oga tendrían un lugar donde vivir y quizá podrían iniciar con el cuartel general.

Ahora, por lo menos, tenían una esperanza.



Capítulo doce

DE NOCHE, EL CAMINO DE REGRESO al campamento le pareció mucho más largo; todo lo que Vi podía oler era el jugo de frutoalmeja. Obtuvo mucha información en la cantina y deseaba discutirla con la general. Pero no, no hasta que recuperara su intercomunicador de largo alcance. Ni siquiera estaba segura de que el equipo estuviera incluido en el trato. Hasta donde sabía, podía arriesgar la vida tratando de obtener una roca sagrada en las ruinas y recibir a cambio solo una caja de tornillos.

Eso era lo insoportable de los gánsteres: todo respondía siempre a sus propios términos.

Al menos aquí las estrellas eran hermosas, y las escapadas al bosque no parecían peligrosas. Un dugar dugar, una criatura esbelta parecida a un ciervo, con un pelaje largo y sedoso del color de los champiñones, la miró un momento antes de salir disparado dando saltos entre el follaje. Vi no preguntó cuál era la ubicación exacta de las ruinas, pero esperaba que se encontraran cerca del puesto de avanzada; su campamento, que estaba en el lugar en donde se estrelló la nave, se ubicaba demasiado lejos para resultar práctico. Las cavernas protegidas servirían para muchos fines, pero la Resistencia se beneficiaría más con instalaciones más pequeñas cerca de la ciudad, donde las naves pudieran aterrizar y despegar con rapidez. Eso también sería muy valioso si aparecía la Primera Orden; quizá debían concentrar sus esfuerzos en un lugar más pequeño e ignorar un centro de mando más escondido y protegido.

Al acercarse al campamento, vio que la luz de la fogata destellaba entre los troncos negros de los árboles. Archex estaba recargado en un tronco; dormía con los brazos cruzados y las piernas extendidas. ¿Trató de esperarla? Pobre hombre. Tenía unas ojeras moradas, lo que sugería que estaba adolorido y no había descansado suficiente o que quizá se esforzaba demasiado. El esqueleto de un pájaro yacía ennegrecido sobre el fuego, pero el frutoalmeja de Oga le había quitado cualquier posible apetito de un bocadillo nocturno.

Puso una mano sobre el hombro de Archex y murmuró:

—Ya regresé.

Despertó asustado, con los ojos bien abiertos, y se levantó como si fuera a ejecutar algún movimiento defensivo bien programado, que superaba la capacidad real de su cuerpo.

—Regresó —repitió Pook con tristeza—. Y así, mi tormento continúa.

—¡Pudiste decírmelo antes! —le reprochó Archex, haciendo una mueca de dolor al tratar de ponerse de pie y sobarse la pierna dormida. Se aclaró la garganta y trató de aparentar que no lo había sorprendido en un momento de absoluta vulnerabilidad y que no experimentaba una confusión total.

—¿Cómo estuvo el trabajo?

—Práctico y no tan mal como esperaba. La paga no será mucha, pero tendré buenas oportunidades para rescatar un poco de chatarra que nos ayude a construir nuestras instalaciones. Encontré un viejo malacate que podría sernos útil.

—¿Te trataron bien?

Vi sonrió con afecto ante su impulso por protegerla. Aunque el Capitán Cardinal la había amenazado e interrogado en el *Absolution*, se seguiría sintiendo responsable por… bueno, quizá no por su salud y su seguridad, pero le había llevado comida y agua, que era mucho más que lo que la mayoría de las víctimas recibían de sus torturadores. Después de todo, había pasado años cuidando niños, así que era natural que considerara las necesidades de quienes estaban a su cargo. Ahora, a Archex le preocupaba que su nueva jefa pudiera maltratarla. Quizá también se sentía culpable porque no podía trabajar en el pueblo y hacerse cargo de sí mismo, pensó.

—Me trataron sorprendentemente bien. Los chatarreros son como una familia y el dueño de la chatarrería es… —¿Cómo describir a Savi?—. Posee una tranquilidad casi espiritual. No es en nada el tipo de persona que imaginarías a cargo de este tipo de negocio. Incluso proporciona la comida a sus trabajadores. La próxima vez que vayamos a la ciudad voy a traerte un sándwich.

Entonces, el rostro de Archex se endureció. Casi como si fuera un padre decepcionado.

—Entonces ¿por qué llegas tan tarde?

Vi se sentó sobre su saco de dormir; Archex lo había extendido junto al fuego. Se quitó la peluca, se sacudió el cabello, se quitó las botas y los calcetines y, con un gesto amable, los metió en el saco de dormir antes de que Archex pudiera olerlos. Había sido un día largo.

—Los chatarreros me invitaron a la cantina, así que fui. Quería conocerlos, caerles bien, saber más sobre este lugar y si tenía alguna posibilidad de reclutarlos.

—¿Y?

Vi se acomodó y le contó todo. Las reacciones de Archex fueron casi cómicas: indignación ante el intento de secuestro de la regordeta mano de Rusko y furia por la manera en que Oga había tratado a Vi.

—Hace mucho tiempo que no vives en una ciudad sin ley, ¿verdad? —aventuró.

Archex exhaló con un gran suspiro y se quedó callado un momento, antes de decir:

—Nunca he vivido en una ciudad. Al menos no como ciudadano. Más como rata de basurero. Nunca he sido parte de una verdadera comunidad.

—Pero por supuesto, habría un jefe en tu… donde viviste cuando eras niño. Porque cualquier lugar que tenga más de veinte seres conscientes reunidos en la galaxia tiene o un jefe, o un gobierno. Y los gobiernos se están haciendo cada vez más raros.

Vi podía sentir su lucha interna. Leia le había comentado que parte de su desprogramación consistía en enseñarle a Archex que la primera voz que escuchaba en su cabeza era lo que la Primera Orden le había enseñado, su propaganda y todo su entrenamiento de los últimos veinte años. Pero que si guardaba silencio y se esforzaba en escuchar, habría una segunda voz que hablaría de sus verdaderos sentimientos, más apegada a quien él era en realidad.

—No es correcto que un lugar como este se encuentre gobernado por una cacique, una matona cualquiera —exclamó al fin. Después respiró profundo—. Pero es su elección. Las personas que no estén de acuerdo pueden irse a vivir a otro lugar, escoger un sitio con más orden. —Dejó caer la cabeza—. De cualquier modo, nadie puede evitar lo que sucedió en el Sistema Hosnian. Ni un jefe, ni un gobierno. Nunca habrá un sentido perfecto del orden. —Levantó la mirada—. ¿Esa Oga te pareció una buena líder?

Vi lo consideró con cuidado, igual que él había sopesado sus palabras.

—Es más justa que muchos otros que he conocido. En verdad le importa este lugar. No estoy segura de si le importa la gente, como individuos, o si son más como… animales valiosos que tiene a su cargo. Pero al menos los protege con vehemencia. El puesto de avanzada de Black Spire es próspero, incluso si su gobernante es un poco desagradable. No me he topado con gente muerta de hambre, que pida limosna o enferma. ¿Alguna vez has visto una cantina con el reglamento pegado en la puerta de entrada? —Antes de que pudiera responder, ella continuó—: Olvídalo. Nunca has estado en una cantina.

—No por diversión —respondió con seriedad—. No. A menos que cuentes el desorden de los oficiales en el *Absolution*. —Después, en voz baja, añadió—: ¿Cómo es?

Vi cerró los ojos y se acomodó en su saco de dormir.

—Te llevaré pronto —prometió—. Ahora vamos a dormir. Mañana tengo que lidiar con mucha chatarra.

Él también se recostó, y trató de disimular un gesto de dolor.

—Yo iré a buscar champiñones y bayas, y haré mis ejercicios. Hoy encontré unos arbustos de tarina y traje unas hojas para hacer té.

—El té está bien —murmuró Vi. Era mentira, odiaba el té de tarina.

Tendría que encontrarle pronto una actividad. Era un hombre que necesitaba trabajar. Sin eso, comenzaría a marchitarse. Y ella había olvidado comprar la olla, las especias y el aceite que había prometido.

Leia había dicho que ella era una líder. Pero Vi empezaba a pensar que, por primera vez, Leia se equivocaba.

A la mañana siguiente, Vi repitió su ritual: se levantó al alba, se bañó en el cenote y poco después ya estaba sentada sobre una caja, clasificando la basura de Savi. Los chatarreros no mencionaron sus esfuerzos por reclutarlos en la cantina, y Vi tampoco lo hizo, aunque advirtió que Lin y Fenda guardaban las distancias. Quería sentirse de nuevo cómoda entre sus compañeros recolectores, así que evitó cualquier alusión a la Resistencia o a la galaxia más allá de Batuu. Tampoco mencionó su futuro trabajo para Oga ni todo lo que implicaba. Preguntó sobre su día libre, pues no quería esperar mucho. Después de todo, Oga podía enviar a alguien más y vendería su cargamento en sus narices.

Mientras trabajaban, Ylena le contó algunos chismes locales: que Mubo estaba enamorado de Bina, una amani extremadamente independiente que atendía con amor el puesto de criaturas; que Zabaka, la juguetera toydariana, veneraba a Oga, o que Hiro el hutt era la razón por la que Oga no permitía que entraran mono-lagartos en su cantina.

—Y cuídate de Dok-Ondar —susurró Ylena—. Es el ithoriano que maneja la tienda de antigüedades. Lleva aquí más tiempo que Oga y es despiadado. Si lo haces enojar, lo que los locales llaman estar en la lista Dok, tus días están contados.

—¿Crees que parte de mi cargamento esté en su tienda? —preguntó Vi.

Ylena sacudió la cabeza.

—No. A menos que sea antiguo, secreto y misterioso. Le gusta lo original y valioso.

Vi ató cabos.

—Entonces, es la competencia —murmuró.

Ylena le lanzó una mirada incisiva.

—Eres muy perspicaz, ¿cierto? Sí, se podría decir que Dok y Savi tienen los mismos intereses, aunque Dok está más enfocado en tesoros para vender en el mercado negro, y Savi busca objetos históricos de valor religioso o espiritual. Entre ellos, es casi como un juego entre caballeros. Hay mucho respeto; pero, en general, ese tipo de cosas no se saben fuera de estas paredes.

Después del almuerzo, Vi encontró algo curioso: una especie de caja extraña que parecía hecha de cristal.

—Supongo que esto va al contenedor de reliquias —le preguntó a Ylena, sopesando la solidez en sus manos. Tenía un aspecto artesanal y antiguo, y algo en ella brindaba una sensación muy placentera.

Ylena levantó la mirada, como tantas otras veces en las que Vi no tenía la certeza de si guardar o tirar algo; era parte de su aprendizaje. Ylena había sido muy paciente. Pero esa vez se quedó sin aliento y se llevó una mano al pecho.

—¿Puedo? —preguntó.

Vi puso la reliquia en sus manos. Hubiera jurado que el objeto emitió una tenue… no una luz, ¿quizás un resplandor?

—¿Qué es?

La sonrisa de Ylena brilló como respuesta.

—Tengo dudas, pero Savi se alegrará al verla. Y nos vamos a asegurar de que sepa que tú la encontraste. ¿Dónde estaba?

—En este viejo baúl. Parece que estuvo en un naufragio. Y está un poco quemado.

Vi señaló el objeto en cuestión. Había esperado encontrar en su interior alguna vieja pasta de dientes y quizás ropa apolillada, pero todo lo que halló fue un cristal con múltiples caras dentro de un nido de hierba seca.

Ylena le devolvió el objeto a Vi como si se tratara de un huevo frágil, y examinó el baúl, centímetro a centímetro; sacó toda la hierba y pasó los dedos por la madera y los goznes.

—Hermoso —murmuró—. Antiguo. Todo hecho a mano. ¿Ves las marcas del martillo sobre la cerradura?

—Sin duda, parece viejo.

Vi se puso de pie, se estiró y admiró el baúl, que a ella no le resultaba tan atractivo. Nunca le habían gustado mucho las antigüedades. Disfrutaba la apariencia y el tacto de ropa hecha a la medida o confeccionada a mano, como los chales en la tienda de Arta o su horrible gorro tejido, pero ¿un viejo baúl? No era su estilo. La Resistencia estaba rodeada de basura vieja. Sin embargo, Ylena parecía encantada, y eso alegraba a Vi. Levantaron el baúl hasta el carrito de Ylena y lo empujaron hacia los contenedores de clasificación. Ylena llevó el objeto cristalino al hangar y regresó sin él. Cerró la puerta detrás de ella con una llave que Vi no había advertido y que colgaba de un cordón que llevaba alrededor de su cuello.

Al día siguiente, cuando Vi llegó al trabajo, Ylena la esperaba con una sonrisa, con esa sonrisa que marcaba hoyuelos en sus mejillas.

—Savi está muy contento con la reliquia que encontraste ayer —informó a Vi—. Es muy valiosa.

Vi sabía bien que, como chatarrera, no tenía ningún derecho de propiedad sobre los objetos que encontraba; todo le pertenecía a Savi. Pero escuchar que el jefe estaba contento con su trabajo le hacía sentir bien.

Asintió.

—Me alegro.

—Pensó que quizás esto te sería útil.

Ylena señaló un gran contenedor que a Vi le pareció muy familiar.

Vi se arrodilló y lo abrió. En el interior había unos rollos ordenados de cables eléctricos. Sintió un nudo en la garganta.

—Esto no lo rescataron de la chatarra —aventuró.

—Bueno, algunas cosas terminan en las manos correctas en el momento correcto. Los recolectores nos cuidamos unos a otros.

Vi cerró el contenedor y se puso de pie.

—¿Te puedo abrazar? No sé si sepas lo que esto significa para mí. Para la Resistencia.

Ylena extendió los brazos. Vi disfrutó el breve contacto humano. Ylena era casi como una figura materna, aunque solo fuera unos diez años mayor. La mujer olía a la chatarrería, pero también a hierbas y flores. Vi cayó en la cuenta de que todos los baños que se había dado desde que se estrelló en Batuu habían sido solo con agua. Tan pronto como recibiera su sueldo tendría que comprar algunos artículos básicos de aseo personal para evitar que la gente huyera corriendo antes de que pudiera reclutarla.

Se alejaron y regresaron al trabajo. Esa noche, Ylena le prestó a Vi su carrito de trabajo para que se llevara los cables eléctricos a su campamento. Vi se dio cuenta de que, aparte de ser un gesto de amabilidad, era una prueba. El día siguiente era su día libre: podría usar el carrito para lo que necesitara, pero esperaban que lo regresara en buenas condiciones al siguiente día laboral.

Antes del anochecer, Vi se acercó al campamento con paso vivaz, arrastrando tras ella el contenedor con los valiosos cables que necesitarían para alimentar sus instalaciones, cuando las tuvieran. Temió que los matones de Oga los vendieran por separado, o que de algún modo fuera muy difícil rastrearlos, pero aquí estaban todos, completos y ordenados. Archex estaba tan alegre como confundido con la sociedad en general.

—¿Savi te los dio así nada más? ¿Cables de electricidad que valen miles de créditos? ¿Solo así?

Vi se encogió de hombros.

—Ni siquiera tuve que pedirlos. El contenedor estaba ahí, un regalo. Lo que sea esa reliquia que encontré ayer, debe de ser muy importante y valiosa. ¡Ah!, y me pagaron. —Mostró su chip de créditos—. Mañana haré el encargo de Oga, pero antes puedo ir a comprar algunas cosas básicas al pueblo, si necesitas algo además de las provisiones para cocinar.

—Estoy bien —respondió.

Ella casi lanza una carcajada al ver su actitud estoica.

—Apuesto a que estarías mejor si tuvieras jabón y desodorante, y quizás un estuche para rasurarte. Estás un poco desaliñado.

Archex se frotó la barba incipiente y se pasó la mano por el cabello.

—Okey, sí, no me quejaría. El cenote es mejor que nada, pero digamos que me acostumbré a tener un baño privado en el destructor estelar.

—No tengo sensores de aromas, pero estoy seguro de que ambos están a un paso de sufrir una enfermedad dermatológica —observó Pook.

Sin nada que hacer y sin un droide de energía para recargarse, Pook pasaba la mayor parte del tiempo apagado, pero Vi no se sorprendió al advertir que despertó solo para insultarlos de una manera lamentable.

—Alegra esa cara, Pook. Voy a buscar esa antigua reliquia batuuana para quedar bien con Oga y recuperar nuestro cargamento. Quizás hasta encuentre un mejor sitio para nuestras instalaciones. Tengo un buen presentimiento.

—No tengo cara —respondió el droide—. Ni tampoco sentimientos. Buenas noches.

Sus luces dejaron de brillar cuando se apagó.

—Hasta la aguja —exclamó Vi, advirtiendo que comenzaba a usar la jerga local sin tener que pensarlo. Y se moría de ganas de probar la comida de Cookie de nuevo—. ¡Ah! Y después de mi excursión te traeré uno de esos sándwiches.

Archex alzó la vista y a ella le tomó un minuto entender su expresión. ¿Era de ofensa?

No. Era de reproche.

—Oh, no. Hoy te quedaste sin comida, ¿verdad?

Su sonrisa era triste.

—Comí lo que sobró de ayer. No pude matar ningún pájaro. Supongo que ya cacé a todos los tontos en nuestra zona, o quizá los inteligentes pasaron la voz. Los champiñones se derritieron en el espetón y las raíces no son buenas sin especias ni una olla donde cocinarlas; los arbustos de bayas ya están pelones y las hojas de té se tienen que secar. Mi pierna me dolía mucho como para ir muy lejos, así que ha sido un día con hambre. Sobreviviré. La he pasado peor.

Le ofreció una sonrisa valiente, y en ese momento su estómago gruñó.

Vi se puso de pie y comprobó su propio dolor y niveles de energía, que no estaban tan mal… era peor escuchar el gruñido del estómago de Archex durante toda la noche sintiéndose culpable por ello.

—Entonces parece que tengo que ir al pueblo —anunció—. Es mi deber alimentarte y me equivoqué. Tardaré como una hora.

Descartó su cansancio, asintió en su dirección y comenzó a caminar.

—¿Jefa?

Vi se detuvo.

—¿Sí?

—Solicito permiso para acompañarla.

Giró para verlo. Se había puesto de pie, recargado sobre la nave, y hacía su mejor esfuerzo para mantenerse erguido y parecer capaz y fuerte. Para ser honestos, casi lo logró, aunque si le patearan la pierna mala se desplomaría muerto de dolor.

—Es una caminata de veinte minutos. Tu pierna y tu pulmón no te lo agradecerán. Hay que escalar.

En sus ojos destelló una suerte de desesperación.

—Me estoy volviendo loco aquí, a solas con mis pensamientos. No tengo nada que hacer. Es demasiado tranquilo. Por favor. Déjame intentarlo.

Vi lo consideró. Él estaba acostumbrado a estar rodeado de miles de personas en el destructor estelar, y ahora se encontraba aquí, resignado en un bosque silencioso. Ni siquiera contaba con algunos pacíficos guías cereanos o danzas interpretativas de los que quejarse. No era una sorpresa que se estuviera volviendo loco. Por mucho que le doliera la pierna, valdría la pena si con eso hacía algo más que esperar. Vi suspiró y señaló con el mentón el camino hacia la ciudad.

—Vamos, pues.

Disminuyó el paso para ir a su ritmo; él, por su parte, lo aceleró, aunque le costaba trabajo respirar y se tambaleaba. Al principio caminaron en silencio, pero Vi se dio cuenta de que Archex quería hablar.

—¿Hay algo en particular que quieras hacer en la ciudad? —preguntó Vi.

—Bueno, yo… —Arrastró la voz mientras sacaba algo del bolsillo de sus pantalones. Vi disminuyó el paso y vio dos pequeñas esculturas talladas: un convor y un perro-rana. Eran encantadores y estaban bien hechos, con personalidad propia.

—Dijiste que había una tienda de juguetes, ¿no? ¿Crees que al dueño podrían servirle este tipo de cosas?

Vi se detuvo para darle toda su atención y observar las estatuillas.

—Salju dijo que la juguetería era de una toydariana llamada Zabaka. No he ido a conocerla, pero podemos preguntar.

Archex metió los juguetes a su bolsillo y empezó a caminar con paso enérgico, aunque cojeaba. Ella siguió su ritmo y pensó en algo que decir. Era sincero, pero muy ingenuo. Estaba quebrantado, pero hacía su mejor esfuerzo. Ella no quería mostrarse condescendiente, pero sentía que cualquier tipo de cumplido o reconocimiento harían que levantara sus defensas. Así que hizo lo que haría una buena espía: disimuló.

—¿Dónde aprendiste a tallar?

Pareció confundido por la pregunta.

—¿Qué? ¡Ah! En Jakku. Tallaba nueces de umbo para venderlas como cuentas. Aquí la madera no escasea… —Suspiró—. Tengo que hacer algo, sentir que contribuyo.

Vi se detuvo, volteó y puso las manos sobre sus hombros, mirándolo directamente a los ojos para atraer su atención.

—Tu valor no se mide por lo que produces. Entiendes eso, ¿verdad? Leia te envió aquí para apoyarme y a la futura instalación de reclutamiento, y eso no puedes realizarlo hasta que haya una. Estás haciendo justo lo que necesito que hagas ahora. No pido nada más. Me alegra que estés aquí.

Sus profundos ojos color avellana parecieron suavizarse y derretirse; sus párpados se entrecerraron y sus labios se entreabrieron conforme se inclinaba hacia delante y…

Vi le soltó los hombros y dio un paso atrás.

—Archex, ¿qué haces?

Tragó saliva; sus ojos, confundidos y avergonzados, miraban a todos lados menos a ella.

—Oh, yo… Quiero decir, pensé que…

—¿Ibas a besarme?

Apretó los ojos con fuerza como un niño que trata de esconderse.

—No. Sí. ¿Tal vez?

Vi trató de no reír. La Doctora Kalonia le comentó que esto podría pasar; los sentimientos que la Primera Orden había eliminado reaparecerían de manera natural con el tiempo.

—Entonces, te voy a decir un secreto: no estoy interesada.

Él hizo una mueca.

—Claro, ¿por qué lo estarías? Después de lo que te hice. No puedo creer que incluso traté de… Es como si… Lo siento.

Ella lo interrumpió antes de que él se metiera en un aprieto.

—Mira. Trabajamos juntos. Somos compañeros. Me importas, pero no de esa manera.

Nunca nadie le había importado de esa manera, hombre o mujer; nunca había tenido ese deseo, pero él no necesitaba saberlo. Se encogió de hombros, era casi cómico; tras meter las manos en los bolsillos, volvió a caminar como si nada raro hubiera pasado. Después de un momento, Archex la alcanzó.

—Pero cuando me tocaste y me miraste a los ojos, sentí…

—Una conexión.

—Sí.

El pobre tipo parecía confundido, y Vi se sintió mal de ser la única persona ahí para explicarle.

—Las personas las tienen todo el tiempo. Tienen relaciones. Nos relacionamos con el tacto, no necesariamente con besos. A veces sí, pero no esta vez. Si te gusta alguien en el pueblo, no lo tomaré personal, incluso seré tu alcahueta. —Le lanzó una sonrisa—. Mira, soy tu amiga y estoy aquí para ti. No de un modo romántico ni físico, pero sí para todo lo demás. Puedes contar conmigo. ¿Okey?

Archex soltó un profundo suspiro.

—Okey. Sí. Perdón. Gracias.

Ahora, Vi no pudo evitar una risita.

—Bueno, al menos llegaste al colmo de la vergüenza, ¿cierto? Así que de aquí en adelante todo será más tranquilo.

—Te lo diré después de haber visto el pueblo.

En ese momento llegaron al arco, y Vi disfrutó presentándole a Archex el puesto de avanzada de Black Spire. Ya lo sentía familiar y amigable, y muy pronto olvidaron el malentendido de antes. Archex estaba de veras entusiasmado con la comida de Tuggs' Grub, y tuvo una animada conversación con Cookie sobre especias que después buscó en el mercado para usarlas en las presas que esperaba servir en el campamento. En la juguetería, le vendió sus estatuillas a Zabaka por casi nada, pero estaba muy orgulloso de ganar su propio dinero por primera vez, en particular porque la ocupada toydariana le dijo que le compraría todo lo que esculpiera y tuviera la misma calidad. Regateó con una anciana por una olla pesada para cocinar y, como regalo, esta agregó un cucharón de madera. Por un momento pareció casi feliz.

Cuando entraron a la cantina, Vi le invitó un Jedi Mind Trick; su diversión aumentó al ver cómo se le subía el alcohol a la cabeza y trataba de decirle palabras dulces a la mesera. No tuvo corazón para decirle que el trabajo de la mesera consistía en ser amable con el borracho que hacía el ridículo en el bar, pero a ella le dio unos cuantos créditos para compensarla. Vi solo bebió un Blurggfire condimentado; estaba consciente de que si

quería vivir lo suficiente para encontrar la reliquia y entregársela a Oga al día siguiente, necesitaría estar en las mejores condiciones.

—Me gusta este lugar —comentó Archex, hablaba con un poco de dificultad en el camino de regreso al campamento. Las lunas brillaban en el cielo y bañaban el bosque con una luz azul sedosa—. El puesto de avanzada… Aquí las cosas no duelen tanto.

—Eso es por el alcohol —le recordó Vi—. Adormece el dolor.

Él sacudió la cabeza.

—No. Creo que es la libertad.

Vi no discutió. Para un antiguo trooper de la Primera Orden y un verdadero creyente, esa era una gran revelación. Que pensara lo que quisiera. Era bueno verlo sanar y contemplar que sus creencias coincidían de manera natural con las de la Resistencia.

Lo supiera o no, el Capitán Cardinal se estaba convirtiendo en el verdadero Archex. Se estaba convirtiendo… en él mismo.



Capítulo trece

EN EL *PENUMBRA*, UN DESTRUCTOR ESTELAR DE LA PRIMERA ORDEN

CUANDO SONÓ SU INTERCOMUNICADOR, el Teniente Wulfgar Kath no estaba de servicio; se encontraba en el gimnasio. Terminó su rutina antes de responder.

—Kath.

La voz de su interlocutor sonaba entrecortada, brusca y en modo alguno amistosa.

—Habla el General Hux. Recibimos información de que quizás haya una espía de la Resistencia en el puesto de avanzada de Black Spire, en el planeta Batuu. El *Penumbra* es la nave de la Primera Orden que se encuentra más cerca de ese sector. Tus órdenes son llevar un escuadrón de veinte troopers, encontrar a la espía y llevarla directamente al *Finalizer*.

Kath se acarició la barba, pensativo.

—Dijo *una* espía. ¿Se trata de una combatiente conocida?

—Sospechamos que es Starling.

Kath disimuló con cuidado su repentino interés.

—La que secuestró a Cardinal e hizo que se cambiara de bando.

Casi podía escuchar el tono de desdén de Hux a través de los años luz.

—Nunca vuelvas a pronunciar el nombre de ese traidor frente a mí.

—Sí, señor. ¿Algo más, señor?

Hux exhaló un «mmm» mesurado.

—Si la Resistencia tiene algo que ver en Batuu, tenemos que saber de qué se trata. Cualquier planeta que ayude a nuestros enemigos debe ser castigado. Encuentra a la espía y averigua lo más que puedas sobre la importancia estratégica de Batuu. Debes partir de inmediato. Hux, fuera.

El intercomunicador quedó en silencio y Kath alcanzó su toalla. Limpió el banco de pesas con la misma paciencia y exactitud metódica con la que hacía todo. Era una hora poco concurrida, así que tenía el gimnasio de los oficiales para él solo; aprovechó ese momento para reflexionar sobre su nueva misión.

Hacía años que no salía de su nave, desde que llevaba el número CD-0828 y lo enviaban en misiones de entrenamiento obligatorio junto con su viejo amigo CD-0922. El Capitán Cardinal. Se separaron cuando todavía eran jóvenes, pero a lo largo de los años se habían encontrado aquí o allá, siempre con una palmada afectuosa en el hombro o una firme inclinación de cabeza, dependiendo de quién estuviera alrededor. Cuando escuchó los rumores de que Cardinal había sido secuestrado, estaba muerto o había desertado, no lo creyó. Hasta que la grabación del droide personal de Cardinal mostró un interrogatorio que salió mal y a un hombre que había sido quebrantado, que había permitido que lo conmovieran, lo debilitaran y lo destrozaran, y a Kath no le quedó más remedio que creerlo.

No había nada que odiara más que a un traidor, salvo quizás un cobarde. Para él, Cardinal era ambos. Sería un placer cazar y lastimar a la espía que sembró la duda en su cabeza.

Aunque comprendía que Hux deseaba resultados, y rápido, Kath también sabía que era un hombre que entendía las apariencias y la importancia de hacer las cosas bien. Sentado en el sauna, pensó en los soldados del *Penumbra* que podrían servir, que harían un buen trabajo en un planeta salvaje en los confines de la galaxia, que no se impresionarían con la cantina ni se compadecerían de la población local. Después de la caída de Cardinal, Hux introdujo una modificación leve en la programación nocturna para aumentar el sentido de deber y de lealtad, y aunque no era el comandante de esa nave, sus soldados sabían que Kath no aceptaría nada que fuera menos que perfecto. Los troopers del *Penumbra* y los troopers que Kath había elegido nunca le fallarían.

Después de bañarse, empacó una maleta y se vistió con su uniforme negro de oficial. Era un hombre corpulento y musculoso de casi dos metros de alto, con el torso ancho y la tez pálida y salpicada de pecas. Se peinó hacia atrás su abundante cabello castaño-rojizo; recortó su tupida barba, cuidada con meticulosidad, se aplicó aceite en ella, y se aseguró de que su gorra le sentara a la perfección. Después hizo unas llamadas; ordenó a los soldados que eligió que se reunieran con él en el hangar al siguiente cambio de turno. Diez hombres, diez mujeres, todos fuertes y experimentados, sin antecedentes de mala conducta o cobardía. Registró la información necesaria para la nave, el armamento, las raciones y los códigos. Planeó cada detalle a la perfección.

Ser escogido para dirigir esta misión era una gran oportunidad para cualquier oficial que esperara subir de rango. Debido a una indiscreción personal en el pasado, Kath había perdido un poco de influencia y estaba ansioso por recuperar su posición. No tenía ninguna duda de que tendría éxito. No solo porque Hux le había dado órdenes claras, sino también porque él era un cazador que disfrutaba la emoción de la caza. Quería vengarse de Starling por lo que había hecho. Y si resultaba que Cardinal había desertado para unirse a la Resistencia, para Kath sería un placer torturarlo poco a poco, como castigo por haberle dado la espalda a la Primera Orden.

Pero también había un lado negativo en esta misión. Kath sabía qué destino esperaba a los oficiales de la Primera Orden que fallaban, y la vibrohacha del verdugo era tan

amenazadora como alguna vez lo fue el estrangulamiento de la Fuerza de Vader para los oficiales del Imperio. Peor aún si la misión había llamado la atención del Líder Supremo…

Bien. Volvería con la espía o no volvería.

Aterrizaron en Batuu en la mañana; evitaron el puerto espacial y optaron por un claro tranquilo en el antiguo bosque. Según la investigación de Kath, la Primera Orden nunca había mostrado interés en este alejado planeta, así que no tenían manera de saber cómo reaccionarían los nativos ante su presencia. En algunos mundos más primitivos, los habitantes aventaban piedras a los troopers como si fueran demonios, y Kath no estaba de humor para matar a tiros a la mitad de los ciudadanos del puesto de avanzada cuando podía, en cambio, sumarlos a su causa. Su escuadrón marcharía por el pueblo con la solemnidad adecuada y armas en mano, pero los habitantes no necesitaban saber dónde estaba su base. Su enorme nave, una Unidad Habitacional Móvil MHU-6e, diseñada para ocupaciones planetarias temporales, estaba equipada con literas, armamento, un ala médica y las provisiones necesarias, por lo que necesitarían muy poco del puesto de avanzada.

El momento en el que la MHU tocó tierra, Kath asignó las tareas a sus soldados: los troopers explorarían la zona, buscarían recursos y vigilarían el claro. Hasta donde había visto, parecía que el planeta era una reliquia inútil absorbida por la vegetación; un lugar demasiado ajado, reseco y pobre, como para ser de provecho para la Primera Orden. No había industrias, minas, sistemas carcelarios, orfelinatos, astilleros, nada de lo que necesitaban. Solo un viejo y deslucido depósito de chatarra repleto de basura y un pueblo improvisado lleno de desechos poco más atractivos.

En lo personal, a Kath le exasperaba ese tipo de desperdicio, ver un planeta con aire respirable y entornos habitables abandonado al deterioro, siriviendo de refugio a parásitos como simples granjeros, comerciantes y contrabandistas tramposos. Kath amaba el mundo ordenado del destructor estelar, las líneas nítidas y los planos de arquitectura, y la manera en que las puertas se deslizaban en silencio y se cerraban sin esfuerzo; eso quería decir que el caos de esa jungla le parecía insufrible y miraba con desprecio la forma en la que permitían que creciera sin freno.

La Primera Orden lo había encontrado cuando aún era niño; vivía en una pocilga en una luna desierta de las Regiones Desconocidas y nunca había visto verdadera naturaleza hasta su primera misión en un planeta. Por eso, los árboles lo hacían sentir incómodo.

Cuando consideró que todo estaba organizado a la perfección, Kath y cuatro de sus stormtroopers subieron al landspeeder y despegaron hacia el puesto de avanzada de Black Spire. Al acercarse a las edificaciones irregulares, cuya estética le parecía atroz, tomó notas mentales de la ciudad, de su naturaleza caótica y de los diferentes puntos de referencia naturales que encontraron en el camino. Tan pronto llegaron a lo que debió

haber sido la frontera natural del puesto de avanzada, la gente comenzó a mirar y murmurar. No era un pueblo cosmopolita, tenían modales espontáneos y ropas burdas que parecían hechas a mano con materiales naturales. Kath vio otro landspeeder estacionado en una estación de servicio que también parecía funcionar como taller mecánico, y le ordenó a su piloto que se estacionara ahí.

—Soles brillantes —saludó una joven en una túnica azul y con anteojos de protección que caminaba hacia ellos.

—No te acerques más —gritó Kath.

Ella se detuvo y levantó las manos.

—No quería ofender. Soy Salju y esta es mi estación de servicio. ¿Necesitan combustible?

Kath se bajó del speeder e inclinó la cabeza para mirar a la chica; advirtió sus botas usadas, su mejilla manchada de grasa y la catalogó como una simplona.

—Necesito información.

Salju se puso las manos sobre las caderas y asintió. Parecía cautelosa. Pero era normal: la Primera Orden podía ser aterradora cuando tenía que serlo y todos sus soldados llevaban blásteres.

—Trataré de ayudar —aseguró la chica.

—Necesito saber quién está a cargo aquí.

A Kath no le gustó la sonrisa un poco traviesa de Salju.

—Esa es Oga Garra. Ella dirige la cantina, el puerto espacial y muchas otras cosas. Si desea verla, tendrá que preguntar en el bar. Si sigue por el mercado, lo encontrará enseguida. Aunque ella es un poco reservada, así que quizá tenga que tratar con su segundo al mando, un karkarodon llamado Rusko.

Kath resopló.

—¡Oh! Ella accederá a verme.

Salju inclinó la cabeza.

—Como usted diga. Que las agujas lo protejan.

Kath regresó a su asiento en el speeder.

—En realidad, no lo harán.

No tuvieron problema en encontrar la cantina y Kath lamentó la necesidad de tener que entrar a un lugar tan concurrido por personajes repugnantes. Tendría que pulir sus botas en cuanto regresara a su campamento. Dejó a un soldado en el speeder y ordenó a los otros tres que marcharan frente a él con la misma precisión que hubieran mostrado al formarse para un discurso del General Hux.

—Que el suelo sea desigual no significa que puedan tambalearse —les recordó—. Representan a la Primera Orden, y estoy seguro de que pueden imaginar cómo espera que se comporten el Líder Supremo.

En la entrada de la cantina había unas reglas que no se molestó en leer. Si violaba alguna de ellas, que intentaran sacarlo y vieran si las paredes seguían de pie.

Kath hizo una señal para que sus troopers se detuvieran y él caminó hacia la barra, desde donde lo observaba una curiosa anciana; una de sus cejas era larga y casi tocaba el largo flequillo dorado de su peluca.

—Soles brillantes —saludó, como si fuera una pregunta.

—¿Dónde está Oga Garra? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Solo los antiguos lo saben.

Él llevó la mano a su bláster.

—Déjame ser más específico. Veré a Oga Garra en este momento.

—No soy yo quien decide —respondió bruscamente, sin miedo—. Pero informaré a alguien.

La anciana desapareció y unos momentos después se acercó una nueva cantinera, una joven mujer que hubiera sido hermosa si ese tipo de cosas le interesaran, lo que no era el caso.

—¿Le traigo algo de beber, señor?

Hizo una mueca de disgusto de solo pensarlo.

—Estoy en servicio.

La sonrisa de la mujer era ensayada.

—Bueno, regrese cuando no lo esté. Tenemos más de veinte…

—No.

Esa sola palabra, expresada en un tono tan frío, hizo que la chica se callara de golpe; se fue a buscar algunos vasos grasosos que limpiar en otro lugar.

Poco después, un corpulento karkarodon en armadura de piel salió pavoneándose por un corredor oscuro y miró al recién llegado de arriba abajo. Kath lo evaluó a su vez y tuvo la extraña certeza de que él no era el tipo más grande en los alrededores. Eso no le sucedía muy a menudo en la Primera Orden.

—Escuché que quiere ver a Oga —dijo el karkarodon.

—Tú debes de ser Rusko. Déjame decirte qué va a pasar. Soy el Teniente Wulfgar Kath, de la Primera Orden; el General Armitage Hux me envió aquí personalmente. Mis hombres tienen suficiente armamento para matar a todos en este pueblo y suficiente artillería para no dejar nada más que escombros detrás de ellos. Así que conmigo no juegues a ser el rudo del lugar, porque yo lo soy más. Y no actúes como portero, porque yo destruyo puertas.

Rusko rio, emitiendo un ruido horrible que sonó como un arañazo; pasó sus nudillos gruesos como lija por lo que se suponía que era su barbilla.

—Usted me gusta, Kath. Venga, lo llevaré con Oga; pero solo a usted. Y le convendrá no ser rudo con ella, ¿eh? Está acostumbrada a estar a cargo.

Volteó y comenzó a caminar por la sala; antes de seguirlo, Kath hizo una seña a sus hombres para que lo esperaran y estuvieran alertas.

—Seamos corteses, Rusko. Tú no me digas qué hacer y yo intentaré no matarte a golpes.

—Solo trataba de dar unos consejos amistosos a un forastero. En el PABS hacemos las cosas de manera diferente. —El karkarodon abrió una puerta escondida y guio a Kath por un oscuro pasillo que llegaba hasta una puerta cerrada—. Pero haga lo que quiera. Solo recuerde: está muy lejos de las personas que se preocupan por usted, tanto en este planeta como aquí en particular. Las paredes, el suelo y el techo son de piedra sólida. Nadie en la cantina escucharía el estallido de un bláster, mucho menos sus gritos. —Abrió la puerta y dijo adiós con la mano conforme retrocedía—. ¡Que su mano sea la afortunada!

—Coloquialismos insufribles —murmuró Kath para sí mismo, mientras entraba a la habitación y esperaba que sus ojos se adaptaran a la luz. Al otro extremo del salón, una blutopiana estaba sentada frente a un escritorio, rodeada de tabletas y pantallas holográficas. Ella no levantó la mirada cuando entró, pero sí sacó un caracol guijarro de un gran tazón de barro y le dio un ruidoso mordisco antes de chupar el interior con un sorbo que estremeció los tentáculos rosados que rodeaban su boca.

—Imaginé que llegaría tarde o temprano. —Su voz retumbó en huttés, como una hoja dentada sobre el casco metálico de una nave.

Kath sabía suficiente huttés para comunicarse y tuvo que asumir que ella tendría el mismo nivel de básico, aunque sus zonas bucales tuvieran problema para pronunciarlo.

—Soy el Teniente Wulfgar Kath de la Primera Orden y…

—No importa.

Los ojos de Wulfgar casi se le salen de la cabeza.

—¿Disculpe?

Oga apartó la vista de las pantallas; la tenue luz brillaba en sus diminutos ojos negros.

—No importa cómo se llame. Sé por qué está aquí y sé qué quiere.

Kath cruzó los brazos.

—¿Lo sabe?

—A la mujer de la Resistencia.

Él asintió despacio.

—La mujer de la Resistencia. Dígame dónde está y su recompensa será generosa. La Primera Orden siempre está en busca de aliados y puede garantizar la paz en su planeta.

Oga bufó y la baba del caracol voló por los aires.

—Oh. Yo no soy su aliada. Le diré lo mismo que le dije a ella cuando estuvo aquí parada y trató de convencerme de que me uniera a su causa: lo único que me importa es el puesto de avanzada de Black Spire y mis intereses aquí.

—Le importará mucho cuando nuestro destructor estelar se abalance sobre ustedes.

—No respondo bien a las amenazas, y no había terminado.

Algo en su voz ronca y la naturaleza gutural del huttés tenía en verdad la fuerza para interrumpirlo, y Kath no estaba acostumbrado a que lo interrumpiera nadie que no fuera su superior directo. No le gustaba.

—Oga, lleguemos a un acuerdo. Usted no me interrumpe y yo no la mato.

Oga suspiró como si fuera una niña latosa. Mordió otro caracol, lo chupó pensativa y arrojó la concha al piso, donde saltó sobre ella un melenudo gato tooka que, orgulloso, se llevó su presa hasta las sombras.

—Pensaba ayudarle, *pateesa*, pero si prefiere seguir amenazándome, no lo haré. Tengo veinte maneras de matarlo en esta habitación, cualquiera de ellas se ejecutaría antes de que pudiera sacar su bláster. Así que tratemos de hablar como iguales.

—Yo no tengo iguales fuera de la Primera Orden —advirtió, pronunciando cada palabra con cuidado.

—Es por eso que no salgo de esta sala con frecuencia —murmuró Oga para sí misma.

Su mano planeó un momento sobre los caracoles; se puso de pie, se inclinó sobre el escritorio y lo miró a los ojos. Pese a la distancia que los separaba en aquella habitación oscura, había una naturaleza incisiva y depredadora en su mirada. Kath se esforzó en permanecer quieto, con las manos rígidas y entrelazadas a sus espaldas.

—Hay una reliquia que deseo —continuó Oga—. Si me la trae, le diré todo lo que quiera saber sobre Starling, incluso su verdadero nombre.



Capítulo catorce

BATUU

A LA MAÑANA SIGUIENTE, VI LLEGÓ tan temprano a la cantina que las puertas todavía estaban cerradas. Mientras pensaba si tocar, escuchó el gruñido de una wookiee que llegaba desde el balcón al otro lado de la calle, y una silueta familiar, aunque desagradable, bajó por las escaleras y se paró junto a ella.

—¿No está Rusko? —le preguntó Vi a N'arrghela.

Como toda respuesta, la wookiee sacudió la cabeza y se rascó el antebrazo; luego empezó a caminar. No era necesario que Vi hablara shyriiwook para entender que N'arrghela sería su guía, así que solo la siguió por el puesto de avanzada de Black Spire; saludó con la mano a Salju al pasar frente a la estación de servicio. Cuando dejaron atrás el puesto de avanzada, la malhumorada wookiee la guio por el Camino de Savi; pasaron frente a la chatarrería hasta llegar a algunas formaciones rocosas naturales que se encontraban entre las agujas. Aunque estaba bastante cerca del pueblo, Vi no había venido a esta parte de Batuu. El área alrededor de su campamento era tranquila, antigua y abandonada, como si la naturaleza se hubiera tragado cualquier signo de civilización. Pero ahí había interesantes siluetas integradas al paisaje, talladas y extraídas de los riscos. Se preguntó por qué habrían edificado el puesto de avanzada tan lejos de lo que, como era obvio, alguna vez fue un asentamiento. Parecía deliberado… pero antiguo, olvidado.

Así que aquellas eran las ruinas por las que había apostado, las peligrosas cuevas que esperaba convertir en refugio para la Resistencia.

—*Hurrghn graaaahl* —gruñó N'arrghela, señalando una zona en el bosque de una intensa oscuridad, que daba una sensación tanto de misterio como de sacralidad.

—¿Ahí es adonde se supone que tengo que ir? No parece un acceso. ¿Solo entro y la reliquia me va a saltar a las manos? —preguntó Vi.

No sabía si N'arrghela comprendía el básico, y maldijo a Oga por su falta de previsión en el campo de las comunicaciones. Si la gánster quería que tuviera éxito, este tipo de información era crucial. Si encontraba la reliquia, recuperaría lo suficiente de su cargamento para comenzar a construir el puesto de mando y para volver a poner en marcha su misión. Si tan solo hablara un poco de shyriiwook…

La wookiee lanzó una risa que sonó como un chirrido; señaló el sendero con sus dedos peludos y después extendió la mano con fuerza como si diera un golpe.

—*Urrrghrrl grrrow grrr nerrgh*.

—¿Quieres decir que todos los que han caminado por este sendero, bajo estos árboles en particular, no han regresado?

Vi movió dos dedos en el aire como si caminara, luego puso los ojos en blanco y sacó la lengua para simular una muerte repugnante.

N'arrghela se cruzó de brazos y asintió; sus ojos brillaban de malvado placer.

—Bueno, pues yo pienso regresar. ¿Me esperarás aquí? —preguntó, dando unos golpecitos sobre su muñeca.

La wookiee sacudió la cabeza y agitó una mano señalando hacia el bosque, como para apresurarla.

—*Granerrgh grawwwwwr*.

—Sí, hasta las agujas y todo eso para ti también.

N'arrghela caminó de regreso al pueblo. Vi tomó un momento para asegurarse de que estaba preparada para todo, o tan preparada como podía estarlo, si consideraba que le habían robado la mayor parte de sus pertenencias. Debajo de su manto anaranjado tenía dos blásteres y su bastón táctico, y además tenía una vara para caminar que había fabricado con una barra rota de metal de su nave. Pensó en traer a Pook, pero como no tenían ninguna fuente de energía, a él ya le quedaba muy poca. Al menos así no tenía que escuchar sus quejas sobre cómo la cueva afectaba sus sensores.

Se sentía un poco molesta por estar bajo la bota de una gánster injusta que la enviaba al peligro con muy poca información y ningún equipo; pero también estaba agradecida de poder hacer algo para recuperar sus pertenencias de la forma más rápida, en lugar de tener que invertir meses de trabajo en la chatarrería. Y si era honesta, esta misión era mucho más divertida que la que Leia le había confiado. Vi Moradi decidió ser espía por una razón muy específica. Necesitaba un poco de peligro en su vida.

En cuanto se internó en el bosque, la temperatura bajó y los sonidos cambiaron. De repente, Batuu pareció transformarse en un planeta muy diferente. No parecía atemorizante o una amenaza, sino sagrado, como si la tierra escuchara con atención, conteniendo la respiración. Quizás abandonaron todo lo demás, pero el espíritu de este lugar permanecía, sereno y noble. Y peligroso. Sacó su bláster y escuchó los ruidos del bosque con mucha atención. En lo alto, los pájaros cantaban alegres, pero Vi no pensaba que los animales salvajes o las personas vivas serían el problema.

Ese lugar… era demasiado hermoso como para morir ahí.

Conforme se adentraba cada vez más en el bosque por una suerte de sendero natural que serpenteaba entre los exuberantes árboles, advirtió que el paisaje que rodeaba a las formaciones rocosas en el claro que tenía frente a ella parecía obedecer a una planificación. Entre la hierba, aquí y allá, había bloques de piedra planos que funcionaban como pavimento. Un árbol petrificado con un hueco en su tronco estaba rodeado por esas piedras, como si formara parte de un parque o fuera en algún sentido importante. Vi no

sabía si los antiguos habían tallado elementos arquitectónicos en la piedra, o si en realidad habían construido ellos mismos las formaciones rocosas; una enorme saliente parecía unida a la montaña sin fisura alguna. Un sonido de agua goteando la hizo avanzar y encontró un cenote similar al que había cerca de su campamento. El agua de pequeñas cascadas caía clara y fresca en ojos de agua rodeados de rocas. Los rayos de sol que atravesaban las copas de los árboles bañaban el claro con haces dorados y sombras de tonos añil.

Lo único que no era encantador era el cadáver, que, sin duda, no era antiguo.

En el momento en que lo vio, se quedó inmóvil y observó con más detenimiento. Parecía una mujer trandoshana que estaba equipada como cazarrecompensas. El cuerpo, que aún estaba en un relativo buen estado de conservación, sin olor ni descomposición visible, yacía junto al cenote azul, hecho bolita y congelado ahí mismo; tenía las manos apretadas en puños y el rostro fruncido. La sensación general era de dolor y opresión. Las armas de la trandoshana seguían en sus fundas, lo que sugería que no se produjo un ataque o altercado; tampoco había heridas o sangre a la vista. Lo más probable era que lo que mató a la subalterna de Oga se encontrara en ese hermoso estanque.

Vi se acercó al cadáver, agachada, para buscar cables detonadores; evitaba los bloques de piedra y rodeaba aquellas que hubieran podido ocultar un detonador que se activara con la presión. De cerca, percibió un olor en parte a flores, en parte a rancio, y cuando miró el ojo de agua confirmó sus sospechas. Unas rocas brillantes estaban alineadas en los bordes del estanque, y entre ellas destellaban joyas doradas y monedas antiguas. Casi invisibles, entre estos tesoros ondulaban con suavidad los tentáculos de anémonas de cristal… o algo parecido. Las criaturas de agua dulce eran sumamente venenosas, y cualquiera que metiera la mano al estanque para recuperar el botín terminaría igual que esa trandoshana: aguijoneada con un potente veneno y cortándose la propia lengua de un mordisco mientras sufría convulsiones hasta morir. Esta especie parecía un poco diferente de las que había visto en Naboo, y alguien que no hubiera viajado mucho ni estudiado los venenos naturales tal vez no las habría advertido.

Enseguida, Vi desvalijó el cuerpo de la trandoshana, feliz de tomar posesión de unos lentes de visión nocturna y de un arpón de escalada; también se embolsó los créditos y las spiras que encontró. Tomó el hermoso intercomunicador de muñeca y el bláster. Con certeza, Oga desearía que ella tuviera todas las oportunidades para sobrevivir a esta misión. Le hubiera gustado preguntarle a cuántas personas había enviado con exactitud, para así poder anticipar cuántos cadáveres encontraría en su camino a la reliquia. Más cuerpos significaban más provisiones y créditos, no hay mal que por bien no venga.

Al menos ahora sabía que quienquiera que hubiera vivido en esas ruinas era sutil e inteligente, y que no le gustaba la codicia. Si alguien se acercaba al centro del cenote a beber, no sufriría ningún daño. Solo moriría si trataba de robar el tesoro que se encontraba entre aquellas anémonas casi invisibles.

Ahora ya estaba más cerca de las estructuras rocosas. Talladas en la piedra, había unas escaleras antiguas y derruidas; las paredes estaban decoradas con restos de diseños

tallados. Un sendero que dibujaba una curva alrededor del cenote llegaba hasta la oscuridad de las cuevas; Vi tomó una última inhalación profunda de aquel aire suave y cálido antes de tomar esa dirección. En su experiencia, la oscuridad total y llena de trampas nunca era tan serena como un jardín. El camino llevaba a las profundidades de una cámara sin ventanas en la que el aire era húmedo y frío. Vi se detuvo justo en la entrada. Los nichos y los abrevaderos labrados en las paredes sugerían que mucho tiempo atrás quizá habían almacenado agua ahí. En el piso estaban regados restos de antiguos jarrones; la cerámica estaba rota y quebrada. Entre los pedazos, una forma oscura destacaba en el suelo. No era una urna, sino otro cadáver. Se puso sus nuevos lentes de visión nocturna, que desprendían un ligero olor a trandoshano sin bañar, y todo cambió a tonos rojos y negros.

Eran los restos de un humano masculino que podría haber encajado a la perfección en el equipo de Oga: llevaba una grasienta gabardina de piel y un bláster colgado al hombro. A Vi le llevó un momento encontrar su cabeza, puesto que había sido cercenada de su cuerpo y había llegado rodando hasta un poco más adelante.

Desde su posición en la entrada, en cuclillas, era fácil comprender el mecanismo, aunque estuviera disimulado con esmero. Los adoquines de piedra que estaban en el piso eran circulares; era claro que el muerto había pisado la piedra equivocada y eso había disparado… bueno, algo que estaba escondido en los diseños tallados en las paredes, justo a la altura correcta. Debido al frío y la humedad de la cueva, el corte no era tan preciso como para poder analizar. Tenía curiosidad por saber si aquel hombre solo tuvo la mala suerte de tener la estatura apropiada. ¿Qué pasaría si N'arrghela se paraba sobre esa piedra? ¿O el talpini? El muerto parecía de estatura promedio para los humanos, así que tal vez la gente que construyó ese lugar tenía una estatura similar.

Después de echar un vistazo a los diseños en las paredes de la cámara, avanzó con cuidado por los adoquines del borde y usó su vara de metal para golpear las piedras, hasta que una cedió. No fue necesaria mucha presión para que una sólida lámina de agua dibujara un arco de un negro resplandeciente a gran velocidad, justo a la altura del cráneo de Vi. No pasó nada más abajo. El agua desapareció por un reborde en la piedra, y Vi pensó que los antiguos eran hábiles para manipular el agua y hacer que se comportara como una cuchilla. Pasó un buen tiempo golpeando cada una de las piedras del suelo, e incluso presionando algunos de los diseños sobre las paredes. No pasó nada más, así que tomó el intercomunicador del hombre y avanzó deslizándose por el borde de la cámara hasta la gran puerta que estaba en el otro extremo.

La siguiente habitación parecía ser el lugar donde almacenaban comida, destazaban animales y cocinaban; las mesas esculpidas aún mostraban marcas de cuchillos. Unos tazones de piedra poco profundos mostraban señales de desgaste y manchas oscuras, quizá de algún líquido rico en minerales o de especias machacadas. O de sangre. Un abrevadero como los que había en la habitación anterior sugería que los antiguos sabían bien que la limpieza era importante en la preparación de alimentos.

Había un cuerpo en la sala acurrucado contra la pared, un weequay consumido. Aquí, el suelo era rugoso y no tenía piedras específicas que pudieran activarse, pero Vi advirtió varias formas esféricas extrañas que crecían en la piedra áspera. Recordó las anémonas del estanque y ató cabos.

—Quizás se trata de algún tipo de hongo venenoso —murmuró para sí misma.

Ese era un hábito que había adquirido siempre que estaba sola y usaba el cerebro para permanecer con vida. Parecía que cada uno de los secuaces de Oga solo avanzaba un paso más que su predecesor antes de disparar alguna trampa. Agachada, tomó el intercomunicador del weequay y con cuidado cruzó la habitación, tratando de mantenerse lo más alejada posible de los racimos de hongos.

Vi se detuvo en la siguiente entrada y evaluó la habitación que se abría frente a ella. Era claro que esta la habían usado como almacén de cocina, una vieja alacena. De unas repisas de madera empotradas en las paredes colgaban aquí y allá manojos de ramitas negras, restos de raíces recolectadas por los antiguos. Algunos soportes estaban rotos y los estantes caían en ángulos irregulares como marionetas rotas. Un olor a podrido inundaba el aire, y Vi notó unos viejos botes llenos de tierra ennegrecida, composta quizá. No advirtió ninguna piedra o diseño en la pared que indicara la presencia de máquinas letales sensibles a la presión, pero eso no significaba que se sintiera segura. Hasta ahora, en cada sección de las ruinas había un peligro oculto; solo tenía que averiguar qué tipo de sorpresa desagradable habían dejado aquí los antiguos.

Fuera lo que fuere, había reducido al obligado cadáver a puro esqueleto. No había ropa ni materiales orgánicos, solo una colección de instrumentos de metal adornaba los huesos, incluido un intercomunicador que Vi recogió encantada.

Con su vara de metal, dio unos golpecitos en el suelo y las paredes, y se estiró para golpear el estante más cercano, pero este solo crujió y quedó colgando de su soporte roto. En cuclillas, caminó por la habitación golpeteando al frente con la vara. Esto le recordó la historia que le contaba su madre sobre las brujas de las cuevas en Chaaktil, viragos salvajes que recolectaban hierbas venenosas y cambiaban de forma para convertirse en murciélagos chaak, y lanzaban hechizos a los niños que se aventuraban a entrar a sus guaridas subterráneas.

La primera señal de problemas fue un crujido en los botes llenos de tierra que estaban al otro lado de la habitación. Vi se paralizó, giró y se concentró en el rincón oscuro. Cada vello de sus brazos se erizó al ver que la vieja tierra negra se transformaba; se elevaron, brillantes, unas masas amorfas, haciendo que la tierra se agitara y salpicara el suelo, llenando el aire con olor a muerte.

¿Qué eran esos… esos gusanos? En sus lentes de visión nocturna eran rojo brillante, grandes como un puño, con demasiadas patas y cuerpos gordos y bulbosos, sin ojos; caían al suelo burbujeando y se apresuraban en su dirección. Al principio fueron unos pocos; después, docenas. Sus bocas abiertas mostraban espesas tenazas de las que goteaba un líquido.

—¿Gusanos gigantes mutantes de caverna que se mueren por alimentarse de carne fresca? ¿Es una broma? —murmuró.

Sin ponerse de pie, aceleró el paso hasta la siguiente puerta; los gusanos avanzaban vacilantes detrás de ella. Cuando el primero se acercó demasiado, Vi lo arponeó con su vara; el gusano murió tras emitir un alarido y expulsar una sustancia viscosa que salió silbando por los aires y golpeó la piedra.

La siguiente habitación era más pequeña, y Vi no tenía intención de entrar corriendo a ciegas. Con la mano libre, sacó el bláster y comenzó a disparar a las larvas, que explotaron y rociaron el lugar con un icor ácido. Con la vara que sostenía en la mano izquierda, atravesaba a las que se acercaban demasiado, mientras que con la derecha disparaba a un gusano tras otro. Los oídos le zumbaban y la cueva olía a podrido, fuego y ozono agrio, pero no se detuvo hasta que sus lentes ya no detectaron ningún brillo.

La calma sagrada que había sentido afuera no había durado mucho.

No era de extrañar que los idiotas de Oga murieran aquí.

Las antiguas ruinas eran un carnaval mortal de terror y solo había pasado tres cámaras.

Si sobrevivía a esta experiencia, tendría mucho trabajo que hacer para lograr que aquel lugar fuera seguro para la Resistencia.

Respiró hondo, volvió a poner el bláster en su funda y volteó hacia la nueva habitación. Era un santuario, con un altar semicircular en el centro y rodeado de nichos tallados en las paredes. Vi podía imaginar pequeñas estatuas en cada nicho, una audiencia de dioses o lo que fuera que los antiguos veneraran. Pero cuando se fueron, se llevaron las estatuas con ellos, lo que ahora la dejaba sola en una cámara vacía de sentido.

No había ningún cadáver.

—Eso no significa que sea seguro —murmuró, observando con cuidado.

En uno de los nichos había una estatua diminuta de un starmark tallado en una piedra oscura y brillante. Por poco no la advierte, pero ahora la llamaba. ¿Sería esa la reliquia de Oga? ¿O sería otra trampa?

Con la vara desplegada por completo, extendió el brazo y trató de tirar la estatuilla al suelo. Era del tamaño de la palma de su mano y debería ser fácil sacarla del nicho; sin embargo, solo pudo volcarla.

—¡Oh, *kriff*!

Al principio no pasó nada, pero después olió un aroma de un dulzor exagerado. Algún tipo de gas.

Un muro de piedra comenzó a descender tapando la entrada que estaba más cerca de ella y otro más al otro lado de la habitación: era una trampa para dejarla encerrada. Pero aún no había entrado a la cámara, seguía de pie justo afuera, y tenía que continuar hasta la siguiente sala si quería encontrar aquella reliquia.

Contuvo la respiración, cruzó corriendo el santuario y pasó deslizándose por debajo de la puerta, que se estaba cerrando, hasta la siguiente habitación, que en realidad era un túnel largo y estrecho. El olor empalagoso la siguió, y pensó en lo agradable que sería

recostarse y tomar una siesta. Solo una ligera siesta en el piso suave y acojinado de la cueva. Una pequeña siesta, muy breve.

—¡No! —gritó, exhalando el aire envenenado de sus pulmones.

Aguantó la respiración y agitó su vara de metal frente a ella, mientras avanzaba por el túnel. Los antiguos debían ser muy delgados si este corredor les pareció una buena idea. Cuando tomara posesión de las ruinas para la Resistencia, tendría que destruir con láser las estalactitas y estalagmitas.

Al menos no hubo nada que tratara de matarla en el túnel, salvo por las filtraciones de gas, y muy pronto se encontró en la entrada de un almacén de tamaño considerable. Las oquedades y las bancas talladas en las paredes estaban llenas de viejos frascos y costras de lodo. Vi no pensó en las extrañas costumbres de los antiguos, sino en lo útil que sería esa habitación para la Resistencia. Por fin un lugar seguro en la profundidad de las ruinas, donde nadie pudiera robar de nuevo su cargamento sin enfrentar un grave peligro. Aquí almacenarían sus municiones. Ese sería su verdadero tesoro.

—Pero estoy convencida de que tampoco es seguro —murmuró entre dientes.

No vio ningún diseño grabado en el suelo, las paredes o el techo. En realidad, lo único extraño en esa cámara era una colección de frascos hundidos en barro seco.

—Ahí vamos.

Se escondió a medias en el corredor, fuera de la entrada, extendió su vara de metal a lo largo del muro y empujó el jarrón más cercano, que estaba enterrado en lodo endurecido.

Golpecito tras golpecito.

Nada sucedió, así que golpeó con más fuerza.

Aún nada.

Empujó con todas sus fuerzas y el jarrón explotó. Se agachó detrás del muro y la habitación se llenó de polvo y humo. Segundos después, hubo otra explosión. Y luego otra y otra. Se agazapó con las manos sobre la cabeza, como si eso fuera a ayudarla si las ruinas caían sobre ella.

Sin embargo, estaba segura de que eso no ocurriría. Estos antiguos sabían lo que hacían. Cualquier cosa que hubieran tramado era solo para lastimar a los intrusos, a los ladrones, no para dañar la estructura existente. Los peligros se habían dispuesto para herir al codicioso. Si tratabas de robar los jarrones, morirías… si eras tonto. Vi esperó, tapándose los oídos con las manos, mientras explotaba la fila de recipientes en la sala. Cuando se hizo el silencio, esperó aún más hasta que el polvo se disipó. Por último, un buen tiempo después, miró al interior.

La mayoría de las vasijas ya estaban rotas, y sus fragmentos estaban regados por la habitación, tan afilados como navajas. Seguía en cuclillas y agitaba su vara de metal frente a ella, pero el daño en la habitación ya estaba hecho. Si alguien hubiera estado dentro, estaría muerto. Pero al menos los frascos parecían ser un peligro que solo servía una vez. Cruzó la habitación sin riesgo; los tiestos de barro crujieron bajo sus botas mientras ella evitaba las vasijas restantes.

En la siguiente cámara se sentía la misma humedad pegajosa que en la primera, pero era mucho más grande. Alguna vez había sido un cuarto de baño, a juzgar por una antigua tina, las viejas manchas de agua y las llaves que estaban colocadas en meticulosos intervalos. Varias columnas estaban dispuestas con lo que antaño debió ser una gran majestuosidad, pero ahora parecían tristes y desmoronadas.

Vi exploró el espacio con sus lentes, buscando trampas que sabía estaban escondidas en algún lado; algo en esa habitación la molestaba. Por supuesto que los complejos rituales de baño acompañaban todo lo que había visto de esta civilización hasta ahora: apreciaban la limpieza, eran meticulosos, admiraban el arte. Sin embargo…

—¡Calor! —exclamó, lo bastante fuerte como para escuchar cómo rebotaba el eco en la piedra—. No se pueden tener baños o vapor sin calor. ¿Cómo lo calentaban?

De las paredes de piedra salían llaves de agua, así que era lógico que hubiera tuberías detrás de ellas que suministraran agua caliente. Y habría apostado que la tina tallada en la piedra tenía un drenaje en el fondo.

Rodeó la habitación caminando por el borde mientras golpeaba aquí y allá con la vara. Cuando pudo llegar sin riesgo hasta la tina, golpeó en el interior y en el exterior de su concavidad hasta que confirmó que era segura, al menos teniendo en cuenta el tipo de peligros que había enfrentado hasta ahora. Para su sorpresa, no había ningún drenaje.

No tenía sentido.

—No puedo creer que estoy haciendo esto —murmuró sin dejar de agacharse mientras se introducía a la tina.

—Yo tampoco —respondió una voz.

Vi alzó la mirada, su bláster ya estaba desenfundado y preparado.

—Soy el Teniente Wulfgar Kath de la Primera Orden y estás arrestada, Starling.

Contra todo pronóstico, ahí estaba un oficial de la Primera Orden en uniforme negro con lentes de visión nocturna. También le apuntaba con su bláster, al igual que dos stormtroopers que estaban apostados a cada lado del teniente. ¿Cómo habían logrado atravesar el túnel? ¿Y el santuario clausurado?

No importaba.

Vi estiró el cuerpo y comenzó a disparar.

Ellos también.

Un disparo le quemó el antebrazo, pero, antes de poder procesar el dolor o incluso comprender lo que estaba sucediendo, el suelo desapareció bajo sus pies y ella cayó en la oscuridad.



Capítulo quince

ASÍ DE FÁCIL, LA ESPÍA DE la Resistencia lo había evadido.

De nuevo.

Kath rechinó los dientes. Fue muy amable de su parte disparar todas las trampas y matar a todos los gusanos. Y después, justo cuando la había acorralado, la maldita tonta había… ¿escapado?

No. No se merecía ningún crédito.

Solo estaba cayendo en otra trampa.

—Vayan. Revisen el mecanismo —ordenó a sus troopers.

Sin una palabra, cruzaron la habitación a toda velocidad, apuntando con sus blásteres, para inspeccionar la tina en la que Starling estaba parada cuando desapareció.

Era ella, ahora lo sabía. Quizá no podía ver bien su rostro con esos lentes, pero reconoció su silueta, su pequeña estatura, su naturaleza nerviosa, sus movimientos inquietos. Esa era la espía que se le había escapado vestida con una armadura de trooper que le quedaba grande. Esa era su presa.

—Se ha ido, señor —anunció uno de los troopers. En cada sílaba se advertía miedo, como correspondía.

—¿Adónde? —vociferó.

—Debe de haber una trampilla oculta —respondió otro trooper—, pero no hay ningún disparador visible.

—Como resulta obvio, el disparador era el peso —señaló Kath, cansado—. Así que uno de ustedes tome un arpón de escalada y párese en donde ella estaba para ver qué pasa.

Los troopers se voltearon a ver con una mirada de entendimiento; de mala gana, el de menor rango disparó su arpón hacia el techo de piedra sobre la tina, se colgó el arma al cinturón y entró en la concavidad tallada. Permaneció ahí de pie, bláster en mano, durante unos diez segundos antes de desaparecer. El otro trooper miró y asintió.

—Sí señor. Una trampilla. Debe de estar diseñada para detectar el peso y el momento oportuno.

Kath cruzó la habitación a toda prisa y examinó el cable del arpón, que se tensaba en una línea invisible; a continuación, sacó su propio arpón y se metió a la tina con su bláster preparado.

—Me seguirás en treinta segundos exactos —le indicó al trooper que quedaba.

Parado sobre lo que parecía piedra sólida, dobló las rodillas con suavidad y se preparó para la caída, con el dedo índice en el seguro del arpón y el otro en el gatillo del bláster.

Debajo de él, en algún lugar, Starling esperaba.

Ella saldría de esas cuevas bajo la custodia del teniente.



Capítulo dieciséis

CUANDO VI COMENZÓ A CAER, DOBLÓ las rodillas y se preparó para golpear la piedra.

En cambio, cayó en agua y la vara de metal se le escapó de la mano.

La alberca estaba fría pero no helada, y solo tenía la profundidad suficiente para amortiguar su caída sin que perdiera su bláster o tuviera que nadar. Buscó la vara a tientas, pero se había hundido hasta el fondo y, aunque trató de localizarla con la bota, no la encontró.

La masa de agua era poco profunda y estaba en una habitación que, como resultaba evidente, había sido creada por gente ingeniosa. Había forjados, drenajes, tuberías que entraban y salían: todo lo necesario para suministrar agua al resto de las ruinas, para lavar verduras, enviar agua a los baños y echar vapor en las habitaciones de arriba. Sin embargo, no había ninguna escalera para subir. Solo una puerta que conducía a una nueva cámara en este nivel. El agua le llegaba a los muslos y se esforzó por llegar al borde y salir de ahí.

En ese momento, algo le sujetó la pierna.

Su pulso se disparó mientras jalaban su pierna hacia abajo. Miró hacia arriba, hacia la bóveda, que parecía sólida; sabía que no estaría sola por mucho tiempo. Si sobrevivía a la criatura que estaba tratando de matarla, tendría que lidiar con Kath y sus soldados.

Miró hacia abajo, pero el agua estaba negra, era del todo opaca. La vara de metal estaba perdida, pero todavía tenía su bláster, así que disparó, disparó y disparó al agua, junto a su pierna, tratando de apuntar a lo que fuera la criatura que trataba de hundirla. La soltó; la pantorrilla le quemaba y tuvo que hacer un esfuerzo para apartarse y seguir hasta el borde del depósito de agua. Algo comenzó a arremolinarse y batirse en el agua, pero ella lo ignoró y corrió con todas sus fuerzas; era como correr en un sueño, como pelear sumergida en una tinta espesa, hasta que por fin salió del depósito arrastrándose.

Al menos la criatura no la mordió ni la lesionó, y su pierna no había sufrido ningún daño. Era la primera buena noticia desde que había entrado ahí.

—Batuu está maldito —gruñó.

Se ajustó los lentes de visión nocturna y se acercó a la gran arcada que conducía a la siguiente habitación. Esta cámara era, de algún modo, diferente. Pulsaba, como si tuviera

un corazón que latiera. Como si algo en su interior tuviera vida, algo poderoso. No tenía mucho tiempo antes de que los soldados de la Primera Orden averiguaran cómo funcionaba la trampilla, y tampoco tenía su vara, así que extendió el bastón táctico y trató de examinar los alrededores lo mejor que pudo, golpeando las piedras frente a ella y observando las profundidades de la cámara.

La habitación estaba vacía, casi. Era otro santuario, similar a la modesta cámara de arriba, pero de alguna manera estaba más… vivo.

Vi se levantó los lentes para ver con sus propios ojos. Las paredes curvas estaban decoradas con estrellas brillantes y ella no hubiera podido decir si eran gemas empotradas en la piedra oscura o imágenes, pintadas con liquen brillante, de diminutos planetas y lunas que parecían bailar en órbita.

La sintió antes de verla: la reliquia.

Brillaba con el mismo azul de las estrellas en la pared, en un círculo sobre un altar de piedra al centro de la habitación.

Era un collar, confeccionado con gemas etéreas que ardían con un fuego azulado.

La llamaba y, al mismo tiempo, la repelía.

Esa cosa, esa antigua reliquia cuyo poder la hacía pulsar… quizá Savi se la habría cambiado por una nave completa.

Pero le pertenecía a Oga.

Se detuvo un momento para disfrutar de la experiencia; sabía que era el primer ser en descubrir esa cámara secreta, en presenciar esa maravilla, desde que los antiguos habían desaparecido. Y entonces, en la habitación detrás de ella, escuchó un chapoteo.

Un stormtrooper.

Tenía que apurarse.

—Al demonio —murmuró.

Cruzó la cámara a toda velocidad, arrancó el collar de la base sobre la que descansaba y rodó cuidadosamente hacia la siguiente entrada.

Sintió que el aire se movía sobre su cabeza y se puso pecho tierra.

Pum, pum, pum.

Detrás de ella, una armadura cayó al piso con estrépito, y escuchó un soplido suave y mecánico.

Cuando se puso los lentes y miró atrás, no pudo ver el mecanismo o el arma que había actuado, solo al stormtrooper en el suelo, hecho pedazos dentro de su armadura, como si el betaplastoide fuera tan suave como mantequilla de nerf.

Otro chapoteo en la cámara del estanque.

Miró hacia delante, pero esta nueva habitación era un callejón sin salida. No solo eso, estaba vacía. No había nichos, ni mesas ni altares. Solo un extraño conjunto de cuerdas, correas, sogas y cadenas que colgaban de un agujero circular en el techo.

«Gracias, antiguos».

Vi se pasó el collar por la cabeza y lo escondió debajo de su ropa. La joya se sentía cálida, de manera incómoda, como huevos robados a una gallina dormida. Solo podía

esperar que no fuera peligroso, pero no había tiempo para comprobarlo. Exploró a tientas con su bastón táctico, buscando piedras sensibles a la presión, antes de centrarse en las cuerdas.

Había docenas, una maraña espesa y entretejida, cada una con un peso y una sensación diferentes. Llevó su mirada más allá de las cuerdas y vio un débil resplandor de luz.

—¡No te muevas!

Miró a Kath un breve segundo, mientras consideraba este nuevo acertijo.

Una de las cuerdas le permitiría escalar y salir de esas cuevas ascendiendo hasta el nivel del piso. El resto, estaba segura, trataría de matarla en una variedad de formas divertidas.

Splash.

Otro trooper que caía al estanque.

Por lo menos este gritó, chapoteó, se revolcó y quedó en silencio un momento después de haber aterrizado en el agua oscura.

«Gracias, monstruo acuático», pensó Vi.

Volvió a alzar la vista, pero no había manera de saber qué cuerda era su salvación y cuáles su perdición.

—Hace mucho tiempo que espero esto —afirmó Kath.

Casi era divertido. Había tantos peligros en las ruinas, que en ese momento él no parecía el peor.

—¿Ni siquiera te importa que tus dos soldados estén muertos? —le preguntó para ganar tiempo.

—Es su trabajo.

Ella podía escuchar su desdén. No le caía bien.

Por supuesto, nadie de la Primera Orden le caía bien, pero ese tipo era una escoria especial. La necesitaba viva, de otro modo ya le habría disparado.

Volvió a levantar la vista y tocó su cinturón.

—Pon las manos detrás de la cabeza…

Sin mirarlo, activó el detonador térmico y se lo aventó a Kath para interrumpirlo; desenfundó su arpón de escalada y disparó entre las cuerdas, hacia el techo de la caverna más alta. El gancho quedó sujeto y, rápidamente, Vi ajustó el arma a su cinturón.

El sonido seco de las cuerdas sobre la piedra le hizo pensar que Kath había elegido salvarse antes que perseguirla, y ella dejó que la línea de agarre la elevara, rozando las cuerdas y las cadenas conforme ascendía hacia el techo y, con suerte, hacia la seguridad.

Detrás de ella, debajo de ella, se produjo una explosión.

«Gracias, detonador térmico». Hasta nunca, basura de la Primera Orden.

Y gracias a los antiguos por construir cuevas resistentes a las explosiones… y por demostrarle que tenían esa cualidad con todas esas vasijas del almacén.

Tan pronto como pasó por el agujero hasta el nivel superior de la cueva, Vi se balanceó, saltó al piso y por fin pisó tierra firme. Al presionar el botón, el arpón se separó

del techo y se replegó en su arma; luego se la colgó al cinturón. Miró a su alrededor: no estaba segura de dónde estaba respecto al lugar por donde había entrado, pero al menos ella estaba arriba y Kath estaba abajo, posiblemente hecho pedacitos.

No era que le importara.

Incluso si Kath estaba muerto, todavía había stormtroopers en el planeta y la Primera Orden sabía que ella se escondía ahí. Toda su misión estaba en peligro.

Había sido difícil estrellarse en Batuu y perder todo su cargamento. Pero ahora su enemigo la había acorralado y se sentía de verdad desesperanzada. Alguien la había delatado. Si algo sabía de la Primera Orden era que se trataba de gente implacable. Reducirían el planeta a cenizas solo para evitar que la Resistencia pusiera ahí su bandera.

Era cierto que tenía la reliquia de Oga, pero no podría construir nada en Batuu si la Primera Orden estaba ahí. Aunque se las arregló para terminar con Kath y dos de sus hombres en estas cuevas, más stormtroopers estarían esperando en algún lugar cercano, también tendría que deshacerse de ellos, y la Primera Orden vendría a buscarlos.

—Estamos jodidos —murmuró en la oscuridad.

Sin embargo… no podía ser así.

Ella era Vi Moradi y Vi Moradi nunca se daba por vencida.

No se dio por vencida en Chaaktil, tampoco en el *Absolution* y no iba a hacerlo ahora.

De ninguna manera se quedaría a esperar sin hacer nada, dejando que ganara la Primera Orden.

No solo porque su general le había dado una orden, no solo porque la Resistencia dependía de ella, sino también porque la gente de Batuu había sido amable y generosa con ella, y no iba a permitir que sufrieran. Lin tenía razón: Vi había traído al enemigo a sus puertas. Y eso significaba que su trabajo era sacarlo de ahí.

Pero primero tenía que salir de esas ruinas.

Sin su vara, no podía tantear el área en busca de trampas, pero al menos aún tenía sus lentes de visión nocturna y su bastón táctico. Se encontraba en una cámara enorme llena de nichos tallados con finura, de las dimensiones exactas para que gente alta y delgada durmiera en ellos. Tendría que recordar esta habitación cuando regresara a quitar todas las trampas y los restos de armadura, porque había decidido que continuaría su misión a pesar de los contratiempos que se cruzaran por su camino. De ahora en adelante, seguiría con sus planes con la firme convicción de que tendría éxito. Se quitaría de encima a la Primera Orden y construiría un refugio para la Resistencia, así lo haría.

Más allá de un grupo de enormes puertas abiertas se veía luz. El suelo parecía de roca sólida, pero lo rozó con los dedos para asegurarse. Antes de comenzar a gatear hacia la luz, sacudió su bláster frente a ella para comprobar que no había más disparadores escondidos. Con dolorosa lentitud, puesto que sabía que había una pequeña posibilidad de que Kath o más stormtroopers siguieran su rastro o esperaran en algún lugar cercano, avanzó tanteando el suelo de la cueva hasta que, por fin, se quitó los lentes y esperó a que sus ojos se adaptaran a la luz del sol. El verde borroso se volvió más nítido y pudo ver el

bosque. Después de su descenso a las cuevas, los altos árboles y las agujas dentadas le hicieron sentir que volvía a casa.

Inclinó la cabeza hacia un lado y miró con más atención. Justo fuera de las ruinas había un amplio claro sin árboles, agujas ni rocas; un campo tan grande como para albergar varias naves, al tiempo que estarían ocultas de los ojos curiosos que se encontraran más allá. Entre más observaba a su alrededor, más se daba cuenta de que había sido una buena idea incluir este terreno en su trato con Oga; era perfecto para lo que necesitaba la Resistencia. Podrían estacionar las naves afuera y llevar el equipo al interior para protegerlo de exploradores y enemigos. Todo lo que tenía que hacer era sobrevivir esa misión, regresar a la ciudad y encontrar una manera de eliminar cada una de las trampas que quedaban, para que su gente no muriera decapitada o sirviera como alimento de gusanos chillones. ¡Ah! Y deshacerse de la Primera Orden.

Superfácil.

Sonrió demasiado pronto.

¡Zip! ¡Bang!

Vi volteó, tiró sus lentes al suelo y vio el gancho de un arpón de escalada incrustado en el techo de la cueva, sobre la cámara.

¿Cómo…? ¿Kath estaba vivo? ¿Cómo había sobrevivido al detonador térmico?

No importaba cómo.

Ahí venía. Vi tenía que apresurarse.

No había tiempo para seguir arrastrándose despacio y verificar cada piedra. Tendría que confiar en que los antiguos batuuanos estuvieran más interesados en cuidar sus tesoros que en proteger sus salidas. Vi se puso de pie y corrió hasta el claro. Cuando, de pronto, sintió un ligero piquete en la pantorrilla y vio dos dardos más, del tamaño de insectos, que volaban por encima del suelo, supo que muy pronto sería solo otro de los cadáveres de Oga.



Capítulo diecisiete

VI SE SACÓ EL DARDO Y lo sujetó con fuerza; esperaba que, si lograba regresar, Pook analizara el veneno y la curara. Pensándolo mejor, recogió los otros dos dardos que, era evidente, aún contenían su dosis completa, y echó los tres objetos en una probeta que llevaba en uno de sus bolsillos. No tenía manera de saber qué tan rápido haría efecto el tóxico, así que usó toda su energía para salir corriendo del sitio en el que Kath podía aparecer.

Ya conocía el ecosistema del lugar y se alegró por la falta de matorrales, por el esponjoso piso del bosque cubierto de hojas marchitas y grandes helechos rizados que le abrirían paso sin revelar sus huellas. Siempre y cuando Kath no fuera un experto en rastreo, y suponiendo que sufriera el mismo daño que ella, no podría perseguirla. Consideró la ubicación en la que creía que se encontraba, en relación con el puesto de avanzada; estableció su ruta y trotó en busca de ayuda. Aunque sabía que al correr haría que el veneno se propagara más rápido, también sabía que era mejor morir bajo los soles de Batuu que prisionera de Kath y de sus superiores. Una muerte segura frente a un doloroso interrogatorio durante el cual podría traicionar a la Resistencia, seguido de, vuelta de tuerca, una muerte segura. No había comparación.

Mientras salía del rango de visión que ofrecían las ruinas, pensó que quizás el veneno había perdido su efecto a lo largo del trayecto, o que quizá no había atravesado sus pantalones o tal vez solo afectaba a los antiguos, quienesquiera que fueran. A lo mejor, por una vez tenía suerte en este maldito planeta. Pero en ese momento el mundo comenzó a nublarse y todo adquirió un tono púrpura. Las agujas se elevaban como grises mynocks alados del tamaño de un X-Wing y el piso cedió, se onduló y se abrió bajo sus pies, o quizá solo lo sintió así.

Su corazón se aceleró como si un picoacero martillara sobre metal; se humedeció los labios resecos y murmuró:

—Tengo que continuar. Tengo que llegar a casa. No puedo fallarle a Leia. Mientras flotaba en el espacio, no perdió la esperanza. Abrió los ojos. Solo tengo que mantener los ojos abiertos. Un pie frente al otro, como le dije a Cardinal. Archex. Él me necesita. La Resistencia me necesita. Batuu me necesita. Necesito ambos pies. Pook estaría muy

contento si muriera. Debo continuar, tengo que seguir fastidiando a ese lamentable droide.

Parpadeó, tropezó y cayó. De pronto estaba tirada boca arriba, cegada por la luz. Levantó una mano para protegerse los ojos, pero todo estaba blanco. Palpó el suelo a su alrededor, pero sus manos estaban entumecidas. ¿Aún tenía yemas? ¿Y dedos? Cuando trató de hablar, su lengua estaba seca y dura como piedra, y parecía demasiado grande para su boca. Al menos la quemadura del bláster en su brazo no le dolía, ni el cuello. Era un alivio.

—Tengo que decirle a Baako… —murmuró—. Decirle a Baako que lo amo.

Cerró los ojos de nuevo y la agitación se detuvo; solo se acomodó con tranquilidad y dejó que sus extremidades cayeran al piso. Todo quedó inmóvil, incluso la algarabía del canto de los pájaros se interrumpió. Era como si estuviera en un tanque de aislamiento sensorial, como si flotara, como si esperara nacer. El cielo le hizo señas, extendió los brazos hacia él y sus dedos se estiraron disparando rayos de luz. A través de la galaxia, percibió a Baako en Pantora, con su marido, a quien ella todavía no conocía. Vio cómo miraba hacia el cielo, sonreía y después fruncía el ceño. Sintió a Leia, dondequiera que estuviera, en su intento por mantener viva a la Resistencia; Leia dejó de hablar con Poe y sacudió la cabeza como si reprendiera a Vi por interrumpirla. Sintió a Archex en el bosque, sentado sobre un tronco y tallando un dugar dugar en un trozo de madera; inclinó la cabeza y observó el fuego como si escuchara una canción que no sonaba, con la frente arrugada por la confusión.

En ese momento sintió cientos de vidas en todos lados, entrelazadas como los hilos de estambre de uno de sus sombreros, conectadas en un complejo círculo vivo. Estaba bañada de amor y de luz, atrapada en un interminable resplandor, y pensó que era un mejor lugar para morir que el peligroso vientre de una nave de la Primera Orden.

En ese momento, sintió algo cálido y húmedo en la mejilla.

—¿Qué es eso, Waba? —preguntó una voz desconocida—. Otro cadáver. No lo lamas.

—Un cadáver no —trató de decir Vi, pero sus labios se estaban endureciendo tanto como su lengua.

—¿Estás viva? ¡Oh! ¡Por las agujas! ¡Esto no había pasado nunca!

Sintió que unas manos ardientes le tocaban el rostro, le frotaban los dedos con brusquedad y, por fin, la levantaban como a un bebé. Estaba helada, mientras que todo lo demás seguía abrasándose en blanco. Se mecía como un niño en un columpio; a la distancia, estaba consciente de que la cargaban. La voz le murmuraba sin cesar, exhortándola a que permaneciera viva, a seguir respirando, y también le insistía a alguien más que se apresurara y dejara de lamerle las botas.

El tiempo no significaba nada, y de pronto sí. Ahora todo estaba negro y el cambio fue bienvenido. Estaba recostada sobre algo suave que olía a animales y paja; alguien vertía un líquido caliente por su garganta. Quemaba y su lengua hervía; sus dientes

estaban muy sensibles, pero cada vez que intentaba apartarse, unas manos fuertes volvían a acomodar su cabeza. Ella apretó los labios.

—Por todas las agujas, ¡tienes que beber! ¡Bebe o muere!

Vi abrió la boca para decir que prefería morir, pero solo le vertieron más de esa infusión nauseabunda por la garganta, que ahora era más aceptable. En los dedos de los pies comenzó a sentir un cosquilleo que hacía mucho tiempo no sentía, y que empezó a propagarse por sus piernas. Unas manos firmes presionaban sus pies descalzos, pero cuando abrió la boca para disculparse por el hedor, más líquido caliente pasó por entre sus labios. Cuando por último pudo sentir las manos, las levantó y se tapó la boca.

—Dejen que el cuerpo respire —pidió.

La persona que le masajeaba el pie lo soltó y dio un grito de victoria. Vi había escuchado dos voces, una pertenecía a un joven robusto y la otra a una anciana. Pero, al abrir los ojos, todo seguía oscuro.

—¿Estoy…? ¿Estoy ciega? —carraspeó.

La anciana se carcajeó como loca.

—No, niña. Cubrimos tus ojos. Tus pupilas estaban tan dilatadas que parecían dos enormes platos negros. Espera un poco más, por si acaso. El veneno sigue en tu sangre.

Algo húmedo y caliente husmeó los pies de Vi, y ella los apartó con cuidado.

—¡Waba! ¡Deja eso! Es de mala educación lamer los pies de un desconocido. —Esa era la voz del joven. Vi escuchó los sonidos de un animal curioso al que arrastraban por la fuerza, muy a su pesar—. Lo siento. Le gustan… los olores fuertes.

—Es muy probable que nada huela tan mal como yo ahora —admitió Vi, tratando de recuperar la voz. Su garganta y nariz estaban secas e irritadas.

—Bueno, casi te mueres y, en ese caso, ¡hubieras olido mucho peor! —bromeó la anciana entre risas.

—¡Grana, es una invitada! —exclamó el joven, escandalizado por el comportamiento de la vieja.

—Pues si no le gusta un poco de diversión, puede irse a morir a casa de otro.

Vi alzó las manos y sintió un suave tejido alrededor de su cara; lo bajó un poco y, aunque el mundo exterior parecía demasiado brillante, ya no era enceguecedor. La luz era cálida y dorada; después de unos momentos de parpadear con fuerza, pudo quitarse el paño y ver de nuevo, aunque todo estaba borroso.

Era una habitación pequeña y acogedora, con un piso de piedra pulida, lámparas de metal que colgaban del techo y paredes cubiertas de telas tan coloridas como los chales de la tienda de Arta. A sus pies estaba sentada una mujer muy anciana, de personalidad vivaz y ojos brillantes que estaban anidados entre las cálidas y bronceadas arrugas de toda una vida. Su cabello blanco estaba esponjado sobre su cabeza e iba vestida con una larga túnica amarilla sobre unas mallas suaves.

—Pues bien, te dije que viviría —exclamó triunfante.

—No lo hiciste, Grana. Juraste que iba a morir.

La enorme silueta en el rincón era la voz del hombre que había escuchado; era el típico campesino criado a base de leche, con hombros y brazos gigantes, y un vientre redondo. Su rostro era un poco más pálido que el de la anciana, su cabello castaño y rizado estaba decolorado por los soles. En sus brazos sostenía un animal muy emocionado y extraño, era una especie de happabore del tamaño de una mascota, con un enorme hocico que resoplaba. Estaba ocupado tratando de escapar del abrazo, y sus cuatro patitas se agitaban con entusiasmo en el aire en un intento por acercarse a Vi. El joven… No, era un hombre, pero con rostro de bebé y mejillas rosadas por la navaja de afeitar. Bueno, él estaba avergonzado. Tal vez porque su irrespetuosa abuela no le daba ninguna esperanza de vida y porque el lechón que tenía como mascota solo quería lamerle los pies a Vi, viva o muerta.

—Gracias por salvarme —dijo. La miraban como si fuera un droide que hubiera recuperado la energía.

—Dolin te encontró por las ruinas. Parece que te dispararon con dardos gambuu. Por suerte, tus pantalones son gruesos y el veneno era más viejo que yo; de otro modo, serías alimento para los cerdos salvajes —explicó la anciana, con un guiño cómplice.

—Mucha suerte —admitió Vi. Luego se dirigió al hombre—. ¿Viste a alguien más en el área? ¿A un hombre vestido de negro que me seguía?

La mirada de Dolin se ensombreció.

—No, a nadie. ¿Es tu amigo? ¿Debo regresar a buscarlo?

Vi lanzó una carcajada y sacudió la cabeza, o trató de hacerlo. Sintió como si se desmayara. Casi mencionó que esperaba que Kath muriera ahí, pero no creía que esos amables campesinos estuvieran acostumbrados a la sangrienta guerra que hacía estragos en otros lados de la galaxia.

—No, por favor, no vayas a ayudarlo. Si lo ves, huye. Es peligroso. Me está cazando.

La anciana se echó hacia atrás y se dio una palmada en la pierna.

—¡Y la historia aumenta! Una experiencia cercana a la muerte en las ruinas, ¿y te están siguiendo? ¿Qué hiciste? —Cuando acercó su banco, sus ojos brillaban como los de un pájaro—. ¿Es tu esposo? ¿Lo despreciaste? ¿O le robaste a su mujer? ¿Fue un delito amoroso?

Vi se frotó los ojos.

—Es de la Primera Orden y quiere capturarme.

—¿La Primera Orden? —preguntó Dolin dando un paso adelante. La criatura porcina se agitaba en sus brazos, ansiosa por regresar a los pies apestosos de Vi—. Creí que no eran reales. Solo gente que se vestía con esos viejos disfraces imperiales para asustar a los niños.

Al escucharlo, Vi se irguió y le lanzó una mirada borrosa pero firme.

—La Primera Orden es muy real. Hicieron explotar el Senado Galáctico en Hosnian Prime. Hicieron estallar *todo el Sistema Hosnian*. Yo perdí amigos en ese cataclismo. Vi los escombros que quedaron. Ahora están en este planeta, les conviene mantenerse alejados. Créanme, lo sé.

—Si la Primera Orden es real, nunca vendría aquí —intervino la anciana, pensativa, y sacudió la cabeza para enfatizar sus palabras. Ya no tenía el buen humor del principio—. Aquí no hay nada que ellos quieran. Es un lugar tranquilo. No nos metemos con nadie. No somos como los planetas ricos, como Coruscant. —Su nariz se arrugó al decirlo.

Vi cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza.

—Eso es lo que todos siempre creen. «No nos pasará a nosotros. No buscamos problemas. No estamos haciendo nada malo. No somos tan importantes». Es lo que piensa un ratón skitter cuando el halcón de ébano lo sobrevuela, hasta que siente el frío de la sombra y la presión de sus garras. Bueno, les digo que hay un destructor estelar flotando en algún lugar sobre nosotros, pero no verán su sombra hasta que sea demasiado tarde.

Cuando Vi alzó el rostro, la anciana la miraba con los ojos entrecerrados, como si sospechara algo.

—Dices que te están persiguiendo. Así que *si* existen, *si* están aquí, ¿es *por ti*?

Vi sentía la cara un poco dormida, pero, aun así, advirtió que se sonrojaba de vergüenza.

—Es más complicado.

Dolin puso el cerdo en el piso y se acercó más, justo detrás de su abuela. El animal se arrastró por el suelo y presionó el hocico contra la mano de Vi, que acarició los pelos tiesos de su cabeza de manera distraída y él resopló de gozo.

—Entonces ¿estás segura de que están aquí? —preguntó Dolin—. ¿No solo hay un tipo que quizá haya muerto en las ruinas, sino… soldados?

—Stormtroopers —corrigió Vi—. Si él está aquí, ellos también. Al menos dos de ellos murieron en las ruinas, pero hay más en los alrededores.

—¿Y qué quieren contigo?

Vi se recargó. Se sentía exhausta en cuerpo y alma. No se suponía que esa misión fuera tan difícil. Debió ser como estar de vacaciones. Construir las instalaciones, entablar relaciones amistosas con los nativos, comunicarse con Leia para decirle que su mejor espía había tenido éxito, como siempre. Pero ahí estaba, perdida en el bosque con esos pobres granjeros ingenuos, con la certeza de que casi había muerto y con el enemigo a la puerta.

—¿En verdad crees que eso importa? —respondió, frotándose los ojos con cansancio—. No podemos detenerlos. Nadie en este planeta cree en la Resistencia, y hasta que la gente empiece a creerlo y a actuar, la Primera Orden seguirá apareciendo, se apropiará de los recursos y matará a cualquiera que se interponga.

Grana miró a la distancia, pensativa; Dolin se puso en cuclillas junto a Vi, acarició a su cerdo y la miró con tanta franqueza que hizo que le doliera el corazón.

—¿Conoces a la Resistencia? —preguntó con asombro.

Era algo que Vi podía aprovechar.

—Sí —asintió con gravedad.

—¿Cómo es?

Vi se esforzó por mantenerse impasible. ¿Qué pensaba que era la Resistencia?

—La Resistencia es un grupo de personas que se unieron para pelear en contra de la tiranía de la Primera Orden. Nuestra jefa es la General Leia Organa…

—La Princesa Leia —interrumpió Dolin, soñador y como si le faltara el aliento.

—La Princesa Leia —confirmó Vi—. Tenemos una flota y reunimos aliados todos los días. En nuestras filas hay una mujer que se llama Rey y que es sensible a la Fuerza. Luke Skywalker la entrenó.

Dolin se quedó sin aliento.

—¿La Fuerza… es real? ¿Los sables de luz existen? *¿Luke Skywalker es real?*

Vi dejó caer la cabeza.

—Skywalker está ahora con la Fuerza, pero cambió la situación. Su legado sigue vivo.

—Puras historias —intervino Grana—. Es como creer en el snarlok.

Dolin pareció dolido.

—Pero ¡tú me dijiste que el snarlok sí existía! Y que, si no limpiaba el jardín rápido, ¡me mataría con sus cuernos de hueso y me comería!

—¿Te refieres al naklor? —preguntó Vi, recordando la leyenda de Salju.

—No, el snarlok —la corrigió Dolin—. El temible monstruo que construyó la aguja negra con los cuerpos de niños mal portados.

—Nos estamos saliendo del tema. Todo esto es real —les aseguró Vi, lanzando a Grana una mirada severa—. No lo del snarlok, sino la Fuerza, los Jedi. Luke y Leia. Yo he visto la Fuerza en acción. Rey ayudó a matar al Líder Supremo Snoke, de la Primera Orden, y nos ayudará a destruirlos de una vez por todas.

Grana resopló y agitó una mano.

—Véndele tu cuento a otros.

Vi apretó los dientes. Ahí estaba de nuevo, incapaz de realizar su trabajo más básico.

«Recluta sangre fresca. Ayuda a reconstruir la Resistencia».

Era exasperante decirle a la gente toda la verdad y observar cómo la negaban o la rechazaban cuando ella misma lo estaba viviendo. Era una espía, no una oradora, ni siquiera una persona que inspirara grandes pasiones. ¿Qué tenía que decir para hacerlos cambiar de opinión? Suspiró y bajó la vista. La especie de cerdo tenía las patas sobre sus rodillas y emitía un ruido ronco mientras ella le rascaba detrás de las orejas.

—¿Y este quién es?

—Un jabalí trufero —respondió Dolin, acercándose más—. Se llama Waba. Puede oler trufas y también puede encontrar el rebaño de gruffins si se alejan demasiado o si se esconden para parir. —Se acercó aún más a ella—. ¿Tienes los poderes de la Fuerza? ¿Eres una Jedi? ¡Mira! Yo puedo mover objetos con la mente.

Extendió una mano musculosa hacia un montón de leña que estaba junto al fuego crepitante, pero después de unos momentos de gruñir, nada sucedió; Grana le dio una palmada en la mano y le ordenó:

—No hagas eso. No te involucres. Tú eres pastor de gruffins, agricultor de cereales, un orgulloso hijo de Batuu. No te debería hacer falta nada más. —Se acercó cojeando y dio un golpecito con el dedo en el pecho de Vi—. ¡Y tú! Si hubiera sabido que solo le llenarías a este chico la cabeza con tus tontas historias, ¡no te habría salvado!

Vi miró alrededor de la habitación. Todo era hecho a mano, y la mayor parte estaba desgastado y raído. La única tecnología visible era un antiguo radio análogo con una antena doblada.

—Entiendo —asintió—. Agachar la cabeza es una buena forma de permanecer seguros, de evitar problemas. Cuando aparece una gran fuerza como la Primera Orden, saben que tomar partido es una manera de llamar la atención, en el mal sentido. —Se inclinó hacia delante, aunque le dolía, y dio un golpecito más amable en el pecho de la anciana—. Pero si siguen permitiendo que los malos intimiden a otras personas, al final se quedarán sin gente.

—¿Y tú qué sabes, eh? Una contrabandista sofisticada que explora la galaxia en una nave que pagó alguien más. La gente sencilla como nosotros está atada a la tierra, al cultivo, a los animales. Aquí tenemos una historia. Una responsabilidad. Cuidamos de los nuestros. —Grana volvió a sentarse en su banco, cruzó sus delgados brazos y retó a Vi con la mirada, para ver si se atrevía a faltarle al respeto a sus mayores—. Así he llegado hasta aquí.

Vi se puso de pie y comprobó sus sentidos. Su pantorrilla estaba hinchada en donde se había enterrado el dardo, pero se sentía bien como para caminar, o eso esperaba. La quemadura del bláster en el brazo se estaba inflamando, pero por ahora no podía hacer nada; si le pedía más medicina a Grana, era probable que la anciana la envenenara solo para hacerla callar. Ya había recuperado la vista y sin duda se sentía menos muerta, pero eso no significaba que se sintiera bien. Pasó los dedos por debajo de su túnica y tocó el collar; seguía ahí, pesado y cálido. Tenía que llevárselo a Oga enseguida. Había algo en la reliquia que no se sentía bien, como si no le perteneciera y lo supiera.

—Esto es lo que sé, abuela —concluyó, abandonando las bromas y las tretas para mostrar dolor debajo de la máscara que siempre se ponía—. Crecí en Chaaktil. Un día, estábamos en el mercado comprando pan y fruta para la cena. Llegaron unos stormtroopers, unos tipos de la vieja escuela del Imperio. Dispararon a unas personas solo para mostrar su fuerza. Juntaron a un grupo de gente al azar. Mi padre era uno de ellos. Murió de rodillas con las manos en la nuca. Tuve que impedir que mi hermano menor saliera corriendo entre los disparos. Yo tenía cinco años. Después de eso, arrasaron nuestros jardines hidropónicos e incendiaron nuestras casas, por si acaso. Así que no te atrevas a decirme que agachar la cabeza es un método invencible para llegar a viejo. —Avanzó dos pasos, cojeando—. Bien, entonces ¿dónde queda el puesto de avanzada? Porque, si voy a gastar el aliento tratando de encontrar gente buena que desee pelear por su modo de vida y por la libertad de toda la galaxia, al menos hablaré con más de dos personas y un cerdo.

Grana carraspeó y la boca abierta de Dolin se cerró de golpe.

—¿Quemaron tus jardines? —preguntó él.

—Los redujeron a cenizas. No era nuestro propio jardín, sino el comunitario. Toda la ciudad dependía de esa cosecha. Al igual que al Imperio, a la Primera Orden no le importa la gente, mucho menos la tierra y las bestias que la sustentan. Las personas sin esperanza, sin hogares ni comida, son más débiles y fáciles de controlar.

La mandíbula de Dolin se tensó y sus cejas descendieron, arrugadas. Por último, se puso de pie y sacó el pecho.

—Quiero ayudar —exclamó.

—¡No! —gritó Grana—. Tu lugar está aquí. ¡Atiende a tus animales, siembra tus semillas, cuida a tus mayores! ¡Esa es nuestra manera de hacer las cosas!

Dolin señaló a Vi con un dedo.

—Parece que la Primera Orden quiere terminar con nuestras costumbres. Si están aquí, entonces quiero ayudar a pelear contra ellos. No tengo mucha experiencia con armas, aparte de la caza y la carnicería, pero soy más inteligente de lo que parece. —El jabalí trufero dio saltos a su alrededor, bufando emocionado y golpeteando el suelo con sus patas de cerdo—. Waba también quiere participar.

Al instante, Vi sintió que un gran peso caía de sus hombros. En ocasiones existían momentos dulces en el que el corazón daba un vuelco y una nueva posibilidad lo inundaba; eso estaba sucediendo ahora. La convicción de un hombre pobre era el sonido más excelso de la galaxia. Sonrió.

—Excelente. Vámonos. Si me ayudas a regresar al puesto de avanzada, recuperaré mi cargamento y puedes acompañarnos a nuestro campamento temporal.

—¿Son más?

—Habla de chicas —gruñó la anciana—. Está loco por las chicas.

—¡Solo conozco a nueve chicas de mi edad! —se quejó Dolin—. ¡Y soy pariente de seis de ellas!

Vi trató de no reír.

—Acabo de llegar y he sufrido ciertos contratiempos, pero te prometo que en la galaxia, fuera de tu granja, hay muchas mujeres de todas las especies, así como en la Resistencia.

Dolin sonrió.

—Voy a empacar algunas cosas.

Se apresuró, con Waba alrededor de sus talones. Grana se puso de pie y se dirigió directamente a Vi.

—No puedes alejar a mi nieto de mí —advirtió en voz baja y desagradable—. Nunca ha salido de este lugar. No sabe nada del puesto de avanzada ni de lo que hay más allá. Es débil, sensible, ingenuo. Esto lo destruirá. Además, lo necesito. Él se encarga de la granja, tiene deberes.

Vi se enfrentó a ella.

—No lo estoy alejando de usted; él eligió irse, como la mayor parte de los jóvenes. Es un adulto, puede hacer lo que quiera.

—¡No es un adulto! —chilló Grana—. ¡Solo tiene veinticinco años!

Vi sacudió la cabeza.

—Trato de no juzgar otras culturas, pero…

Antes de terminar su idea, Grana se abalanzó. El entrenamiento de Vi la hizo reaccionar de manera automática: dio un salto hacia atrás, sujetó el brazo de la anciana y le quitó el cuchillo de sus débiles dedos.

—¿No se supone que los sanadores no hacen daño? —exclamó Vi, alzando la navaja afilada.

—Que te curara no significa que sea una sanadora. No hice ningún juramento.

—Lo puedo ver.

La pequeña anciana se irguió en toda su estatura y extendió un brazo.

—Regrésame mi cuchillo y sal de mi casa.

Vi caminó hacia la puerta con el cuchillo en la mano.

—Cuando esté fuera de su alcance, lo tiraré. No confío en usted, Grana.

Grana arrugó la nariz.

—Y yo no confío en ti. Siempre le digo al chico: «Los forasteros son un problema».

—Créame esto: los forasteros van a salvar su vida, sus animales y su granja. Quizás incluso su planeta.

Vi apartó la cobija que cubría la entrada y entrecerró los ojos ante la luz de la tarde, que era mil veces más brillante que lo que debía ser. Era fácil olvidar que hacía muy poco estaba muriendo envenenada. Con un veneno que dejaron los antiguos, una civilización olvidada que en verdad no quería que hubiera gente en sus ruinas. Era bueno contar con Dolin. Quizás él sabría cómo desactivar y deshacerse de las trampas para que las cuevas pudieran ser habitables.

—Que las agujas la guarden —le dijo a Grana.

—Vete a sentar en una y da giros —respondió Grana.

Vi dejó caer la cobija e interrumpió el grosero gesto que la anciana hacía con la mano. Una vez fuera, observó una nueva cara de Batuu. En el inmenso claro había casas redondas y achaparradas hechas de piedra y lodo seco, espaciadas unas de otras y rodeadas por enormes árboles y agujas. Los campos de cereales ondeaban con la brisa, y cuidadosas hileras de vegetales brotaban rodeadas de cercas bien cuidadas; florecían árboles frutales y arbustos, y alrededor pastaban rebaños de bestias lanudas, que rumiaban y emitían un sonido parecido a *gruff*, mientras niñas y niños los miraban medio dormidos y con bastones de pastoreo en las manos. Más adelante, un río azul resplandecía entre la vegetación; a lo lejos se extendía un asentamiento más grande, tanto que hacía que este pareciera pintoresco y rústico. No sabía dónde se encontraba respecto de las ruinas o del puesto de avanzada, pero era bastante lejos, porque sentía la misma tranquilidad que en el bosque donde ella y Archex habían montado su campamento.

Este sitio animado era justo el tipo de lugar que la Primera Orden destruiría sin dudar, un sitio que no tenía nada que les interesara y sí todo lo que odiaban. Para ellos, destruir

todas esas vidas, ese trabajo, no era más importante que un hormiguero pisoteado por un niño descuidado.

La cobija se hizo a un lado y Dolin salió con una mochila colgada al hombro.

—Estoy listo. ¿Quieres que nos llevemos mi crankbike?

—No sé qué es eso, pero si significa que no tenemos que caminar, por supuesto.

Cuando quitó una gruesa lona café de encima de una voluminosa silueta que estaba recargada contra la pared de la cabaña, Vi tuvo que admitir su sorpresa. Parecía que la crankbike había comenzado como una swoop bike, pero con los años le habían hecho añadiduras, igual que había sucedido con el puesto de avanzada. Tenía unas enormes llantas traseras con soportes; las llantas delanteras eran más pequeñas, con una cantidad impresionante de picos. Con la evolución de la tecnología, las llantas habían caído en desuso a lo largo y ancho de la galaxia; ahora tenían sentido todas las llantas que había visto en el depósito de chatarra de Savi.

El asiento era lo bastante grande para Dolin, y la crankbike tenía una pequeña caja en la parte trasera donde Vi pudo acomodarse. Waba iba en un asiento lateral. No pudo evitar imaginar qué hubiera pasado si Dolin invitaba a una chica local a dar un paseo y le daba a su mascota el lugar de honor, en tanto que a ella la dejaba colgar de la caja trasera. Él le dio un casco con lentes y salieron disparados por el bosque; el estruendo de la crankbike ahogó cualquier otro sonido. Según sus cálculos, les hubiera tomado algunas horas regresar a pie a su campamento, pero en el vehículo solo hicieron como media hora. El chico era rápido y tenía extraordinarios instintos y tiempo de reacción; si todo salía bien, quizá los pilotos de la Resistencia podrían enseñarle a volar algo bastante más grande.

Cuando llegaron al campamento, Archex se puso de pie con el bláster empuñado; la crankbike era demasiado ruidosa. Emitió un ruido sordo, se apagó y Vi se quitó el casco. Archex se relajó, respiró profundo y volvió a sentarse sobre el tronco.

—Eso parece un cerdo —observó Pook.

—Tan perspicaz como siempre, Pook —comentó Vi, sonriendo a su pesar por la forma en la que el inteligente droide podía sonar como un niño—. Archex, él es Dolin. Dolin, Archex. —Dolin puso al jabalí trufero en el suelo, y Vi añadió—: Y él es Waba.

—¿Y son…? —preguntó Archex.

Vi sonrió.

—Nuestros primeros reclutas.

Mientras Vi buscaba los botiquines y analgésicos, Dolin se paseó por el exiguo campamento; primero examinó la nave estrellada y luego a Pook. El droide lo analizó a su vez y, cuando Waba se acercó a olerlo, Vi tuvo que intervenir.

—Pook, no patees a ese cerdo.

Pook bajó el pie.

—Solo lo estudiaba. Con mi pie.

—Bueno, chicos, si están cómodos, yo tengo que ir al pueblo a darle a Oga su premio —anunció Vi.

Dolin la miró alarmado.

—Pero ¡casi te mueres!

Vi se encogió de hombros y miró a Archex a los ojos.

—Sí, me sucede con frecuencia. Nada que no pueda arreglarse. Ya me siento mejor.

Él no parecía convencido, así que Vi levantó la pierna de su pantalón y le mostró a Dolin la herida del dardo, que ya estaba sanando.

—Te va a encantar la medicina moderna.

—Por lo menos déjame llevarte al pueblo en la crankbike.

Vi lo pensó. Esa cosa era grande y ruidosa; Dolin nunca había estado en el puesto de avanzada y tal vez atraería la atención cuando empezara a exclamar y hacer preguntas que ella no podría contestar. Su pierna aún estaba hinchada y le dolía, y el brazo empezaba a darle comezón ahora que la medicina hacía efecto. Pero tenía que entregarle el collar a Oga antes de que sucediera algo peor. Una vez entregado y con el cargamento en su poder, podría prestar atención a su verdadero problema: la Primera Orden.

—Quizá podrías dejarme en las afueras —sugirió al fin—. No quiero que te acerques a donde está Oga ni que alguien me vea contigo. Ahora que la Primera Orden está aquí, me estarán buscando.

Archex dio un respingo.

—¿La Primera Orden está aquí?

Vi suspiró profundo.

—Sí, ¡sorpresa! Había un oficial en las ruinas cuando estuve ahí. Creo que Oga lo envió para hacerme una broma, o quizá como su plan B. Iba con dos stormtroopers, pero sabes que no estarían aquí si no hubiera más.

—Déjame ir —exclamó con voz ronca por la emoción.

Vi se acercó a él y lo empujó para que se sentara de nuevo en el tronco. Era demasiado fácil, y por un momento sintió lástima y culpa por hacerle eso, pero tenía que darse a entender; para algo tan importante como esto, las palabras no eran suficientes.

—Esa pierna no te sostendría en una pelea. Quizá nunca pueda, según advirtió Kalonia. No puedes luchar contra un trooper, mucho menos contra un escuadrón o un pelotón. Si te reconocen, se volverá algo personal muy pronto. Tienes que quedarte aquí y proteger el campamento. —Se subió a la crankbike detrás de Dolin, se puso el casco y añadió—: Y, por favor, cuida al jabalí trufero.

Antes de que Archex tuviera tiempo de quejarse, salieron del claro con un estruendo. Vi no miró atrás. No quería ver el dolor y la rabia en su rostro; tampoco quería que él advirtiera cuánto le asustaba la idea de lo que le pasaría si la Primera Orden encontraba al capitán que los había traicionado.

La crankbike era demasiado estridente como para hablar, pero en cierto sentido era un sonido tranquilizador, y la caída de la tarde sobre las copas de los árboles era hermosa. Cuando se perfiló el puesto de avanzada de Black Spire, dio unos golpecitos en el hombro de Dolin; este se detuvo y aguardó a que Vi bajara del vehículo. Ella señaló el

suelo, esperando que comprendiera que debía quedarse ahí. Él asintió y ella avanzó hacia el arco del puesto de avanzada sin quitarse el casco.

Los lentes y el casco le daban un aspecto bastante común, pero sabía que llamaría la atención de alguien que buscara a una espía. Al entrar en La Cueva de Antigüedades de Dok-Ondar, se puso el casco bajo el brazo; quería buscar algo más natural, algún tipo de máscara que alguien pudiera usar todo el tiempo en lugar de quitársela para eventos sociales. La tienda era cautivadora, un mural de piedra tallada mostraba una antigua batalla que incluía sables de luz. Frente a él, descubrió una curiosa habitación de techo alto, llena de artefactos y objetos fascinantes, así como libros de verdadero papel. Todo ahí llamaba su atención. En un tapanco alto observó varios tocados ceremoniales y máscaras; sobre otra pared había animales disecados con dientes amenazadores, entre los que se encontraba un aterrador nexu, un kod'yok de ojos saltones y un monstruo de las nieves blanco y peludo. Un tanque especial albergaba a un sarlacc bebé, cuyo vientre expuesto brillaba bajo la arena. Un objeto en particular le pareció prometedor, hasta que se dio cuenta de que se trataba de una máscara kaleesh; eso solo llamaría más la atención. Unos carrillones ithorianos para el clima colgaban de un candelabro de círculos entrelazados que proyectaba sombras vacilantes y aumentaba la oscura majestuosidad del lugar.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó una mujer mayor vestida con harapos y con la sonrisa de alguien que sabe lo bien que los objetos interesantes se venden solos.

—Necesito una máscara —respondió Vi, como si fuera normal buscar un artículo así—. Algo que filtre el aire y oculte mi rostro. Me metí en problemas con otro contrabandista, ya sabes —añadió por último, torciendo la boca. Cuando dices mentiras, entre menos detalles mejor.

La mujer esbozó una sonrisa.

—¿Sabes? Creo que tengo justo lo que necesitas; puedes estar tranquila, todas nuestras transacciones son discretas. Sígueme.

Mientras la mujer avanzaba por el cavernoso interior, lleno de rincones y recovecos, a Vi se le erizó el pelo de la nuca: una vieja intuición de espía. Alguien la observaba. Echó un vistazo hacia el tanque de una dianoga y vio el reflejo de un ithoriano alto, vestido con túnica, que la miraba desde el tapanco.

Así que ese era Dok-Ondar. Sería mejor que no le hablara directamente y que ni siquiera mostrara que había advertido al astuto coleccionista de artículos del mercado negro.

—¡Listo! —exclamó la mujer, apareciendo como por arte de magia—. Una máscara ubese. Filtra el aire y se adapta a la calidad de la luz. Es vieja y un poco pequeña, pero te ayudará a pasar inadvertida. Se ven tantas en el puerto espacial que no llamará la atención.

Vi dejó el casco de Dolin y la vendedora le puso la máscara ubese en las manos. Con rapidez, examinó el interior para ver si tenía manchas de sangre u otra cosa desagradable antes de probársela. Su primera sensación fue de claustrofobia, pero cuando se adaptó a la

manera en que filtraba el sonido y la luz, se dio cuenta de que era la elección perfecta. Nadie le pedía a un ubese que se quitara la máscara. Vi ni siquiera sabía cuál era el aspecto de un ubese sin ella.

—¿Cuánto? —preguntó a través del casco.

Consideró el sonido de su voz a través de la máscara; no era claro si era de hombre o mujer, joven o vieja.

Animada, la mujer le pidió un precio tan alto que Vi hizo un esfuerzo por no reír; se quitó la máscara y se la extendió.

—No puedo pagarla, pero le agradezco su tiempo.

—Nadie puede pagarla —aceptó la mujer.

El ithoriano que estaba de pie en el tapanco dijo algo en su idioma profundo y gutural. La mujer escuchó con respeto e inclinó la cabeza.

—Dok-Ondar entiende tu necesidad y pregunta si tienes algo de valor con lo que puedas negociar —propuso en voz alta; después, en voz más baja, añadió—: Yo no lo decepcionaría en tu lugar.

Vi estaba muy bien entrenada como para no tocar el collar que le debía a Oga; en su lugar, metió la mano en el bolsillo y sacó la probeta con los dardos, los dos que no dieron en el blanco y el que sí la alcanzó. ¿Sería una buena idea entregarle un veneno antiguo y misterioso a un personaje sombrío y poderoso que dirigía el mercado negro en el puesto de avanzada de Black Spire?

Tal vez no.

Pero era mejor que formar parte de la lista de Dok. Él tenía muchas maneras de matar a alguien sin dejar rastro, por lo que había escuchado en la ciudad, así que no era como si los dardos no tuvieran precedente.

—Se llaman dardos gambuu —explicó, y le entregó la probeta a la mujer.

Ella sonrió y se apresuró al tapanco. Dok entró a una habitación con ella, quien muy pronto regresó con las manos vacías, mientras que el ithoriano permaneció junto al barandal por encima de ellas.

—Dok-Ondar dice que siempre eres bienvenida y espera que disfrutes tu adquisición, seleccionada de su colección. Es un trato justo a cambio de los dardos. Le gustaría saber cómo los encontraste.

Vi no tenía mucho tiempo para inventar una buena mentira, así que eligió una que por lo menos se acercaba a la verdad.

—Uno lo encontré en un cuerpo en el bosque, un cazador trandoshano. Los otros dos estaban cerca del cadáver.

Dok lanzó un suspiro cansado y masculló algo que no parecía una amenaza de muerte.

—Dok-Ondar dice que si encuentras más antigüedades como estas para ofrecerle, él tiene información que podría ayudarte —tradujo la mujer.

Vi se puso su nuevo disfraz y le divirtió escuchar su voz, que era tan distinta a la verdadera.

—Lo tendré en cuenta. Que hagan buenos negocios.

Armada con su nueva máscara y con el casco de la crankbike de Dolin bajo el brazo, Vi examinó el mercado en busca de tropas de la Primera Orden; al no ver ninguna, continuó su camino. Era tiempo de visitar a Oga.



Capítulo dieciocho

VI ESTABA EXHAUSTA; CUANDO ENTRÓ a la cantina, sintió que el efecto de los analgésicos disminuía. Sabía que era ridículo seguir esforzándose después de lo que vivió en las ruinas, pero no quería tener en sus manos el collar ni un momento más de lo necesario. Ahora comprendía muy bien cómo en Batuu te podían robar tus cosas en un abrir y cerrar de ojos, y cómo las fortunas podían cambiar en un instante. En la mayoría de los mundos en los que había estado se sentía segura y competente, pero Batuu no dejaba de sorprenderla… o quizás era que cuando llegó aquí la golpearon y no había tenido tiempo, energía ni recursos para sanar de la manera correcta y levantarse. Cuando tienes dolor y te quedas rezagado, todo es una lucha.

Se dirigió directamente al rincón oscuro en el que los matones de Oga dominaban su mesa habitual. Rusko no estaba ahí, pero N'arrghela sí.

—Dile a Oga que tengo lo que quiere —ordenó Vi, su voz se filtraba por la máscara ubese y salía inexpresiva y redonda, como la de una rana mecánica.

N'arrghela la examinó de arriba abajo y debió darse cuenta de quién se trataba por la estatura de Vi y el mantón naranja del puesto de avanzada que llevaba esa mañana cuando se separaron, o quizá la wookiee reconoció su olor. Asintió, se paró del asiento reservado y desapareció por el oscuro pasillo, dejando a solas a Vi y al talpini, a quien no le habían presentado.

—¿Cómo va todo? —preguntó Vi, tratando de ser amigable.

El talpini inclinó la cabeza hacia un lado, solo un poco; su amplio ceño fruncido estaba firme y sus ojos azules vacíos la miraban, la atravesaban. Era como hablar con una estatua siniestra.

—Creo que no nos conocemos. Soy Vi.

El talpini no respondió.

—Buena plática.

Por fortuna, en ese momento N'arrghela rugió en su dirección desde el salón; Vi se despidió del talpini con un gesto discreto y, tras seguir a la wookiee por el lugar, cruzaron una puerta diferente para llegar hasta la oficina de Oga. Advirtió que este camino era mucho más agradable que ser arrastrada por el cubículo del baño. Oga estaba sentada

frente a su escritorio; cuando Vi entró en su guarida, acariciaba al mismo gato tooka despeinado.

—*¿Coona tee-tocky malia?* —preguntó Oga, sin distraerse de los hologramas que rodeaban su escritorio.

—Me tardé porque me esforcé mucho en no morir —respondió Vi.

Oga alzó la mirada, disgustada.

—Quítate esa máscara. Pareces un perro rana con indigestión.

Vi miró a su alrededor para asegurarse de que estaban a solas. Ahora que pensaba que Oga había enviado al Teniente Kath a las ruinas, no confiaba en la gánster para que su identidad permaneciera a salvo. Cuando se quitó la máscara se sorprendió al darse cuenta de que el aire en realidad era más fresco a través de sus filtros. Sin ella, podía oler el almizcle húmedo de Oga y el tazón de frutoalmejas, que aún estaba sobre su escritorio, junto a un montón de conchas de jugosos caracoles.

—¿Y bien?

Vi sacó el collar de debajo de su túnica, lo pasó por su cabeza y lo sostuvo al frente para que Oga lo examinara. Después de todo ese tiempo, aún estaba más caliente que la temperatura de su cuerpo y no había dejado de brillar. Oga golpeó su escritorio con un dedo flácido y Vi puso la reliquia sobre el escritorio, contenta de deshacerse de ella.

—Así que es esto, ¿eh?

—Casi muero cinco veces para conseguirlo, así que eso espero.

—¿Qué es? —preguntó Oga, golpeteando el collar con un dedo y levantando los cristales uno a uno—. ¿Qué poderes tiene?

—Yo soy la recadera, no una arqueóloga. Me pidió que lo trajera, así que lo traje.

Oga la miró con fijeza, los tentáculos de la boca de la blutopiana se enroscaban, hambrientos.

—¿Qué más encontraste? ¿Algo más de valor? ¿Varias reliquias?

Vi suspiró. Sabía que Oga se enteraría de lo que le había dado a Dok, así que más le valía ser honesta. El puesto de avanzada de Black Spire era un lugar donde siempre había alguien observando. Prefería con mucho el anonimato de la vida de una gran ciudad.

—Era el único artefacto que no era un arma. Había cadáveres por todos lados, pero nada de valor que pudiera llevarme. El collar estaba sobre una base, en una sala muy decorada que parecía servir para celebrar rituales. Al salir, accioné unos dardos tóxicos que traje conmigo y los tuve que usar para hacer un trato con Dok-Ondar.

Oga azotó ambas manos sobre el escritorio y se puso de pie.

—¿Tuviste? ¡Tú no tienes que hacer nada más que lo que yo te diga! Ahora sabe que estuviste en las ruinas y eso significa que sabe que tomé otras medidas para recuperar la reliquia. ¡Yo soy tu jefa, no él!

—Eso suena muy bien aquí en su oficina, pero no siempre es cierto afuera, en el mundo real. —Vi se frotó el entrecejo—. He escuchado hablar de la lista de Dok. Me imaginé que unos dardos me ganarían su favor y si usted los quiere, puede ir a

amenazarlo a él y no a mí. Se llaman dardos gambuu. Si encuentro más cuando limpiemos las ruinas, son suyos.

Oga se sentó, con las distintas partes de su boca retorciéndose.

—Ah, sí. Ahora todo tiene sentido. Necesitabas un disfraz y fuiste a ver a Dok, y ese viejo embustero y chismoso sabía qué tenías entre manos y te tenía por los tentáculos.

—Ah, sí. Ahora todo tiene sentido —la remedó Vi—. Usted envió a esa rata womp a perseguirme a las ruinas y ahora que me ha visto, tengo que esconder mi rostro porque cada vez que venga al pueblo estaré en peligro. —Cruzó los brazos y fijó la vista en Oga, retándola a que lo negara—. No fui de compras para buscar una máscara de precio exorbitante solo por diversión, ¿sabe?

La blutopiana no hizo más que alzar su hombro encorvado.

—Si quieres un trabajo bien hecho, y todos han fallado, no pierdes nada por enviar a dos forasteros prescindibles y molestos. Esperaba que uno de ustedes obtuviera el premio y el otro desapareciera. Míralo de esta manera: te di la oportunidad de matar a tu enemigo. Si no la aprovechaste, es culpa tuya.

Era una lógica un poco torcida, si eras una jefa del crimen que se la pasaba sentada en el centro de su red sin salir al mundo a ensuciarse las manos. Pon a competir a dos enemigos, dales la posibilidad de matarse entre ellos y minimiza tus propios problemas en el futuro. Vi podía admirar a Oga, pero no por eso tenía que caerle bien.

—Bueno, supongo que desde el principio me advirtió que no tomaría partido —dijo.

—Y que tampoco me importas —añadió Oga con una risita ronca.

—Entonces deme mi cargamento, me apartaré de su camino y lo llevaré a mis ruinas asesinas para comenzar mis asuntos. —Vi ladeó la cabeza—. Si escapó con vida, no le dirá que estamos por ahí, ¿cierto?

Oga desplegó algunas pantallas sobre su escritorio y navegó por ellas antes de responder.

—No. Hiciste lo que te pedí y yo cumplo mi palabra. No le diré nada sobre ninguno de tus dos campamentos. Pero tiene un escuadrón de soldados armados y sabes que te están buscando. Dudo que puedas esconderte por mucho tiempo.

—Sí, yo también.

Por fortuna, la zona alrededor del puesto de avanzada era vasta y agreste; quizá fue una buena idea que Kath experimentara las ruinas por sí mismo, así no le quedarían ganas de regresar en algún tiempo. Vi tampoco deseaba volver, pero eran parte de su recompensa. Al menos, si él aparecía, ella tendría la ventaja de estar a cubierto. Tenía que limpiar las cuevas con rapidez y meter sus pertenencias; con suerte, reclutaría más personas para que ayudaran y cuidaran sus provisiones. De cada obstáculo con el que se topaba en esta misión, salían otros cinco. Se suponía que no se estrellarían. Se suponía que no les robarían. La Primera Orden no debería estar ahí.

—Oga…

La blutopiana la miró con fastidio.

—¿Por qué no te has ido? —preguntó.

—Cuando vino Kath, porque estoy segura de que estuvo aquí, ¿mencionó las razones por las que está en Batuu?

—Por supuesto que lo hizo —respondió Oga, como si Vi fuera idiota—. Por ti. Te está buscando a ti. ¿Qué más podría buscar en este sitio?

Vi ignoró la pregunta.

—Alguien puso sobre aviso a la Primera Orden. ¿Tiene alguna idea de quién podría ser?

Oga apagó las pantallas y le lanzó una mirada fría.

—No fui yo. Y sabes que no fui yo porque, de lo contrario, no lo habría enviado a buscar la reliquia. Habría dejado que esperara aquí, conmigo, y cuando regresaras, harapienta y victoriosa, te habría entregado directamente a él y cobrado la recompensa. Si fuera a apuñalarte, al menos lo haría de frente.

Vi alzó las manos.

—Se lo agradezco. Ignoremos la parte del apuñalamiento. Lo que me gustaría saber es si tengo un enemigo en Batuu.

Con un suspiro ronco, Oga volvió a sacar las pantallas.

—No necesitas un enemigo, solo a alguien que esté más desesperado por ganar dinero que por tener amigos. Pudo haber sido cualquiera. —Tomó un frutoalmeja—. ¿Ya acabamos? Rusko tendrá listo todo tu cargamento, o lo que queda de él. Anda.

A Vi no le gustaba que la despidiera nadie con un rango menor al de la general, pero había visto cómo Oga trató a Dhoran y no quería estar frente al bláster de la jefa. Asintió con respeto, se puso la máscara ubese y siguió a N'arrghela hasta la cantina. Pasó frente a Ylena, Dotti y Roxi, que bebían una cerveza y no levantaron la vista. El disfraz funcionaba, por lo menos no la habían reconocido. Tendría que comprar un nuevo manto que no estuviera relacionado con Vi Moradi. Alguien en ese lugar, quizás incluso en ese mismo momento, utilizó un intercomunicador de largo alcance para llamar a la Primera Orden y decir que cierta espía de la Resistencia estaba tratando de reclutar para su causa.

Por supuesto que no habían sido Ylena ni los otros recolectores, ¿o sí? La habían aceptado, eran amables y hospitalarios; incluso empezaba a considerarlos como familia. No pudo ser Savi, que emanaba bondad como un haz de láser. Quizá fue Rusko, N'arrghela o el talpini; tal vez fue Salju, Mubo o Arta… pero no. No podía considerar a ninguno de ellos. La habían entrenado para descifrar a las personas; todos eran buenos, y los malos del grupo de Oga seguían órdenes estrictas. En efecto, pudo ser Dok-Ondar. O cualquier otro contrabandista que escuchara una conversación privada o hubiera visto el ave estelar en su chamarra antes de que comprara el manto. Por lo menos, las personas que estaban en la cantina no podían ver sus ojos bajo la máscara, no podían ver que su boca se curvaba en un gruñido mudo mientras buscaba al soplón que había dificultado su misión.

¿No sabían que había dedicado toda su vida a ayudarlos? ¿A mantenerlos a salvo? Y, sin embargo, alguien había llamado justo al villano de quien Vi se esforzaba tanto en salvarlos. No se le escapaba la ironía de la situación.

Rusko esperaba en un viejo landspeeder fuera de la cantina, con su brazo fornido sobre el respaldo del asiento. El remolque flotante detrás del speeder llevaba una carga cubierta con viejas lonas gastadas. Vi trató de adivinar qué siluetas correspondían con el cargamento que había perdido, pero Rusko gruñó:

—Deja de contar y súbete, a menos que quieras caminar.

Se subió y colocó el casco de la crankbike a su lado, se acomodó lo más lejos posible de Rusko, que no era mucho, porque él era grande y el speeder estaba hecho para humanos, no para tiburones gigantes. Salieron disparados por el mercado; cuando se acercaban a la arcada, ella le pidió que se detuviera. Dolin estaba sentado en su crankbike donde ella lo había dejado; por su aspecto, parecía inocente. Vi hubiera apostado cualquier cosa a que se aventuró a entrar en el puesto de avanzada, al menos un poco, solo para satisfacer su curiosidad.

—¿Podrías seguirnos? —preguntó, levantando su máscara para mostrarle el rostro.

—¿Qué? Sí, claro. Supongo.

Tenía una mirada nerviosa, como si no pudiera creer que no lo hubiera atrapado. Estaba bien; después de todo, la Resistencia no era Grana.

—Regresamos a las ruinas para comenzar a construir la base.

Él asintió, se puso el casco y encendió la crankbike para seguirlos. Sin embargo, cuando ya se acercaban a las ruinas, le cortó el paso al speeder de Rusko para obligarlo a tomar una dirección un poco distinta. Les hizo una seña para que lo siguieran.

—¿Qué hace el pastor de gruffs? —preguntó Rusko, disminuyendo la velocidad conforme se desviaba para tomar la ruta de Dolin.

—Vive aquí. Conoce las ruinas. Nos debe estar guiando por un camino más directo o menos mortal.

—¿Confías en él?

Vi hubiera querido decir: «Más de lo que confío en ti», pero no confiaba para nada en Rusko y no quería hacerlo enojar, así que solo respondió:

—En esta zona específica, sí.

Rusko gruñó y siguió a la crankbike mientras Dolin los sacaba del camino y se adentraba en el bosque. Hasta donde Vi sabía, iban en la dirección correcta; Rusko no volvió a quejarse. Muy pronto advirtió las formaciones rocosas que se elevaban a lo lejos, sintió un hormigueo en la piel al pensar en todo lo que había enfrentado en ese lugar hacía unas pocas horas. Si no hubiera sido por el jabalí trufero de Dolin, quizá sería otro cadáver más.

—Hasta aquí llego —anunció Rusko. Detuvo el speeder muy lejos del claro que rodeaba la entrada a las ruinas.

—Pero Dolin está allá, no le pasó nada. Nos está haciendo señas, y no son los gestos de un hombre lleno de dardos ni atacado por espíritus ancestrales. ¿No podrías acercarte un poco más?

El karkarodon se retorció, su versión de negar con la cabeza.

—No. No voy a morir aquí. Yo no me meto con los antiguos. De todos modos, el remolque es tuyo, así que hazlo flotar hasta donde quieras. Yo ya hice mi trabajo. Como dije, no eres una de las nuestras.

Desenganchó el cargamento y, sin decir más, salió a toda velocidad hacia el puesto de avanzada. Dolin se acercó con torpeza y ayudó a Vi a dirigir el remolque flotante hasta la entrada que llevaba al laberinto de cuevas rocosas.

Mientras empujaban, ella quiso saber algo.

—Olvidé preguntarte, ¿cuánto sabes de estas ruinas? Porque las conoces lo suficiente como para salvarme.

Dolin suspiró y se sonrojó sin mirarla a los ojos.

—Sé bastante, pero Grana dijo que debía mantenerlo en secreto, que los antiguos habían dejado las cosas así por alguna razón. Que cualquiera que viniera a robar se merecía su suerte.

—Entonces ¿por qué me salvaste?

Ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—Porque estabas escapando de las ruinas, no entrando a ellas. Me imaginé que te habías perdido y, de hecho, estabas herida. Tengo debilidad por lo lastimado.

Bien, técnicamente escapaba de las ruinas, después de haberlas robado, pero Vi no le habló sobre el collar. Se sentía mal por esa omisión, pero necesitaba que él estuviera de su lado. Incluso le caía bien. Era un excelente recluta para la Resistencia y ella podría ayudarle incluso a crecer más allá de sus propias expectativas. Quería presentarle a los pilotos, hacerle pruebas y ver qué podía hacer. Cierto que no sería otro Poe Dameron, Poe solo había uno, pero la Resistencia aprovecharía a todas las personas estables y de buen corazón que pudiera ganar a su causa.

—¿Y qué crees que pensarían los antiguos sobre compartir su espacio con un valiente grupo de luchadores rebeldes y bienintencionados, con una princesa al mando y determinados a salvar la galaxia?

Hizo una pausa para considerarlo, resultaba evidente que para él era importante y que trataba de decidirlo sobre la marcha.

—¿Sabes? Creo que los antiguos hubieran querido hacer lo correcto. No sabemos mucho de ellos, pero… ¿lo sientes? Aquí, alrededor de las ruinas… es tan tranquilo. Como sagrado… Creo que eran sabios y amables, y que amaban la naturaleza; pienso que habrían entendido la necesidad de proteger Batuu y nuestro modo de vida. Grana no estaría de acuerdo conmigo en hacerlo personalmente, pero…

—¿A veces las viejas generaciones se resisten al cambio? —interrumpió Vi para terminar su frase.

—Supongo.

—Y en ocasiones tienen miedo de perder a las generaciones jóvenes y quedarse solos. Imagino que es difícil cuando no tienes a nadie más con quien contar. Harías cualquier cosa por permanecer cerca de tus seres queridos.

—Pero no es justo —se quejó Dolin—. Las generaciones jóvenes tienen derecho a salir y descubrir su destino. No pueden quedarse en casa recogiendo trufas y pastoreando gruffins hasta envejecer. A veces solo… queremos más.

—Estoy de acuerdo contigo —murmuró Vi—. Mi madre no quería que me fuera de casa, pero aquí estoy. Y ahora se supone que debo construir un centro de mando, así que veamos cuánto de mi cargamento me devolvió la jefa de Black Spire.

Dejaron el remolque sobre el pasto y Vi lo rodeó mientras desataba la lona. Dolin le ayudó a retirarla y la dejaron caer al piso. Oga había sido generosa, la mayor parte del equipo de la Resistencia estaba ahí.

Pero faltaba lo más importante. Todo el equipo de comunicaciones, incluido el intercomunicador de largo alcance.

Aún no podían darle noticias a Leia.

La Resistencia no tenía idea de que la Primera Orden estaba ahí, ni que Vi y su gente estaban en peligro.



Capítulo diecinueve

AL DÍA SIGUIENTE, A PESAR DE que hacía muy poco tiempo desde que fue envenenada y que el enemigo había llegado al planeta, Vi fue a trabajar para Savi. Se había comprometido, aún necesitaban dinero y tenía el presentimiento de que el viejo chatarrero y su depósito de chatarra de alguna manera serían de gran ayuda para la Resistencia. Aunque deseaba escabullirse, encontrar la base de Kath y destruirla, sabía que un acto tan impulsivo solo serviría para convencer a la Primera Orden de que en verdad estaba aquí y que era importante hacer investigaciones en Batuu. Así que tuvo que apegarse al protocolo estándar de los espías: mantener un perfil bajo, actuar de manera normal y elaborar una estrategia.

En su ausencia, Dolin tenía que enganchar el remolque vacío a su crankbike y llevar a Archex y a Pook desde el campamento hasta las ruinas, donde el droide se cargaría con los droides de energía que les habían regresado, y comenzaría a descargar todo el material mientras Dolin se concentraba en desactivar las defensas en el interior del laberinto de cuevas. En cuanto a Archex, Vi le dio la tarea de decidir cómo organizar y montar las nuevas instalaciones. Necesitaba con desesperación hacer algo y tallar convors en madera para la juguetería no llenaría el vacío en su alma. El hombre necesitaba un objetivo.

En el patio de la chatarrería, Vi eligió un lugar un poco alejado de los otros recolectores. Tenía plena conciencia de que alguien en el pueblo había alertado a la Primera Orden de su presencia y, aunque le pareciera imposible, bien podría ser uno de sus sonrientes y felices colegas. Ylena se sentó cerca, pero Vi hubiera apostado cualquier cosa a que ella no era el problema. Al igual que Savi, parecía poseer una calma espiritual, como si brillara desde su interior e irradiara tranquilidad.

Mientras los demás trabajaban lejos de ellas, Vi bajó la voz y preguntó:

—Ylena, ¿crees que alguno de los chatarreros me haya podido delatar con la Primera Orden? Hay un oficial en el pueblo que me está buscando, sabe quién soy.

Ylena frunció los labios.

—Escuché que los troopers estaban causando problemas en el mercado. Vieron a su oficial entrar a la cantina. Pero te prometo que no fue uno de nosotros. Sé que nos gusta

el chisme, pero nadie aquí es tan codicioso como para atraer tantos problemas a nuestros hogares solo por dinero. Te has dado cuenta de que Savi no contrata a ese tipo de gente.

—Pero me contrató a mí —razonó Vi—. Una completa desconocida de otro planeta, alguien que está marcada. Parezco una alborotadora.

Ylena sonrió al escuchar estas palabras.

—Hay personas que agitan el avispero para su provecho personal y otras que causan problemas porque tienen una vocación más elevada. Savi lo puede distinguir. Todos podemos. Tú tienes el brillo.

Vi quitó la mirada de la vieja medalla deslustrada que tenía en la mano y arqueó las cejas.

—¿El brillo?

—Así decimos cuando la Fuerza te sonríe. El brillo. Es un poco como un aura, pero no miente. Y tú lo tienes. Por eso Savi te contrató de inmediato.

Vi se puso de pie y arrojó la medalla en su canasta. Miró a todos los trabajadores de Savi, que se afanaban alegres alrededor del patio. Dotti reía mientras seleccionaba, Roxi dirigía su silla voladora hacia una sección más prometedora y los demás movían las grúas, daban instrucciones a los droides y cortaban los cascos de las naves rotas.

—¿Todos aquí tienen ese brillo?

Ylena asintió, sus ojos brillaban con una suerte de orgullo y mucho amor.

—Ah, sí. Somos una familia. Nunca verás a ninguno de nosotros pelear, robar ni nada de eso. Savi no contrata a nadie hasta conocerlo en persona y tomarle la medida. —Se acercó un poco más—. Tenía un viejo amigo llamado Lor San Tekka, que conoció a Luke Skywalker. Savi y Lor crecieron juntos y se unieron bajo la creencia de que la Fuerza necesitaba un poco de ayuda para conservar su equilibrio. Savi vino aquí para poder continuar su trabajo con tranquilidad. Quizá no seamos capaces de unirnos a la Resistencia, pero estamos contigo en espíritu.

Vi desenredó unos cables eléctricos podridos mientras pensaba en las palabras de Ylena y también en lo que Savi le había dicho. Consiguió el trabajo en la chatarrería para ganar dinero y comprar chatarra barata, ¿y ahora sonaba a que se había topado con una especie de culto de la Fuerza? Necesitaba saber más, pero también se daba cuenta de que si decía algo incorrecto solo lograría que Ylena se distanciara.

—Entonces ¿ese Lor era amigo de Luke Skywalker? —preguntó, esperando sacarle más información—. ¿Antes de que Luke nos dejara?

Ylena parecía afectada, tuvo que voltearse para tratar de mantener la compostura.

—No sé si un maestro Jedi en realidad tiene amigos. Pero Lor lo conocía. Él y Savi mantuvieron el contacto. Lor pasó sus últimos días en una aldea espiritual en Jakku; sabía que debía servir a un propósito más noble.

—¿Una aldea espiritual? —apremió Vi.

Ylena se secó los ojos y regresó al montón de chatarra que estaba frente a ella; sacó una vieja chamarra de piel sintética y le quitó el polvo, considerando si era rescatable.

—Vi, ¿a veces sientes que estás destinada a servir a un propósito más noble? ¿Que en algún lugar tienes un papel que desempeñar que aún no comprendes?

Vi lanzó a su canasta los cables ya desenredados.

—Ya estoy desempeñando mi papel. Servir a la Resistencia es un objetivo noble.

—Seguro —asintió Ylena de forma consciente y maternal—. Pero a veces es como un rompecabezas. Puedes ver las piezas y adivinar lo que muestran, pero hasta que todas las piezas están juntas y tomas distancia, nunca comprenderás en verdad cómo encaja un pequeño fragmento en la totalidad. En ocasiones debes sentarte y esperar, recopilar los pedazos para ver la imagen completa.

Sentarse y recopilar los pedazos: ese era un sentimiento que Vi experimentaba en toda su profundidad en este momento.

Durante un tiempo trabajaron en silencio de manera cordial, como era habitual en la chatarrería. Las palabras de Ylena tenían sentido; sin embargo, había algo subyacente, insinuaban algo que Vi aún no comprendía. Sabía lo suficiente sobre interrogatorios como para reconocer que las pistas de Ylena tenían una intención, pero hacer muchas preguntas o muy agresivas solo haría que la mujer se callara. Por ahora, Vi se contentaba con saber que nadie ahí la había delatado y que, a su manera, apoyaban a la Resistencia o al menos peleaban contra el mal. Por alguna razón que no podía determinar con exactitud, estaba segura de que era cierto.

Miró a cada uno de los recolectores, pero no advirtió ningún brillo en ellos. Solo parecían gente normal que hacía un trabajo normal e intentaba hacerlo lo mejor posible. Eran felices, estaban sanos y de buen humor; eso era mucho mejor que lo que tenían muchas otras personas en la galaxia. Quienquiera que fuera Savi en realidad y creyera en lo que creyera, sin duda sabía cómo tratar a sus empleados.

Después del almuerzo, Vi e Ylena clasificaron las entrañas de una nave oxidada; Vi se decepcionó al ver que su juego de intercomunicadores estaba dañado por completo. Había esperado encontrar algo que pudiera recuperar y comprárselo a Savi al precio de chatarra, pero la mayoría de las veces que una nave llegaba hasta este punto en la chatarrería de Savi, ya había sido destartalada y diversas criaturas habían establecido su nido en los controles.

—Pareces triste —observó Ylena.

Vi decidió devolverle a Ylena la honestidad que ella le había mostrado antes y responder con la verdad, en lugar de esconder sus sentimientos, como debía hacer una verdadera espía.

—Oga me devolvió la mayor parte de mi cargamento, pero no el juego de intercomunicadores. —Pasó un dedo por los viejos botones—. No puedo comunicarme con mi general. No sabe los contratiempos que hemos sufrido ni que la Primera Orden nos encontró. Pero si voy al pueblo y pago para usar el equipo de alguien, sabrán los códigos para encontrar a la Resistencia, y ese tipo de información es muy peligrosa aquí, cuando no sé quiénes son mis enemigos o, por lo menos, quién me vendería junto con mi causa.

Ylena lo pensó por un momento y respondió:

—En el pueblo hay muchas personas en las que se puede confiar. No tanto como en los recolectores aquí en la chatarrería, pero buenas personas.

—Lo peor sería que, incluso si no me traicionaran, la Primera Orden confiscaría su equipo y los castigaría por haberme ayudado. Necesito recuperar mi propio intercomunicador o tener alguna manera de comprar algo similar que podamos tener en la base.

Antes de responder, Ylena clasificó la basura durante un tiempo. A Vi le gustaba eso de ella: no decía lo primero que le venía a la mente, sino que lo tomaba en serio y se esforzaba por dar la mejor respuesta. Era un rasgo muy poco común y tomaba tiempo acostumbrarse.

—Puedo hablar con Savi, estar atenta por si aparece algo adecuado. Aquí es difícil encontrar ese tipo de cosas; como puedes ver, la mayor parte de lo que compramos ya ha sido despojado de toda tecnología de valor. Oga controla las compras más grandes y todo lo que su equipo rescata nos llega a su discreción. —Con las manos, señaló todo el patio—. Digamos que nunca vamos a encontrar un equipo de comunicaciones nuevo y útil aquí. ¿Has ido al pueblo para ver qué ofrecen y cuánto cuesta?

—Fui al Callejón del Contrabandista una vez y me decepcioné. No he regresado. He estado muy ocupada. Todavía tenemos que ajustar los intercomunicadores de corto alcance que encontré en las… —Su voz se apagó. No estaba segura de querer que Ylena supiera que había desvalijado los cadáveres de los secuaces de Oga que había encontrado en las cuevas—… el cargamento que recuperamos.

Vi abrió un viejo recipiente que contenía un extraño cascabel y dejó caer dos pequeños cristales sobre su palma. Cuando cayeron, los notó fríos contra su piel. Ylena contuvo el aliento.

—¿Puedo? —preguntó, extendiendo las manos con una reverencia singular.

Vi puso los cristales en la palma de Ylena, que los sostuvo bajo la luz y estudió cada uno de ellos.

—¿Sabes qué son?

—No. Nunca me ha gustado mucho la joyería.

Ylena soltó una risita.

—Oh, esto no es joyería. Son cristales kyber.

—¿Por qué me suena familiar?

Ylena se puso de pie, estiró la espalda y le hizo una seña a Vi para que la siguiera. Vi se incorporó, también se estiró y la siguió hacia el hangar. Cosa rara, Ylena no jaló su canastilla ni le indicó a Vi que trajera la suya; solo tenía ojos para los cristales, que eran claros y facetados. Por supuesto, eran hermosos, pero no parecían de ningún modo especiales. Aunque Vi había estado en cuevas llenas de cristales, estos especímenes eran más pequeños que su dedo.

—Los cristales kyber son sagrados para los Jedi —explicó Ylena—. Tienen la capacidad de centrar la Fuerza. Se usan para dar energía a los sables de luz.

Vi quedó pensativa un momento.

—Sigues hablando en presente, pero yo creía que, a excepción de Rey, los Jedi desaparecieron.

—Quizá —respondió Ylena con media sonrisa—. Entonces, esto es lo que *antes* daba energía a los sables de luz. Estos cristales son muy raros. Solo se forman en muy pocos lugares de la galaxia. —Se detuvo y miró atrás, hacia donde habían dejado sus canastillas—. Y los encontraste en ese viejo recipiente. ¡Qué extraño! Me pregunto cómo habrán llegado ahí.

Vi solo se encogió de hombros. Eran solo cristales; sin un Jedi ni sables de luz, era probable que no tuvieran valor, salvo quizá para un coleccionista como Dok-Ondar o algún uso industrial cotidiano. Algo le decía que, fuera lo que fuera que Savi quisiera con esos objetos, no los pondría en manos de alguien que los usaría por razones equivocadas.

—Otro hallazgo peculiar. Como dije: la Fuerza te sonríe —añadió Ylena con una sonrisa.

Esa opinión la hacía sentir incómoda, como una niña a la que atraparan en una mentira.

—No soy sensible a la Fuerza. Soy una don nadie de Chaaktil. He estado cerca de la General Organa y, en efecto, se puede sentir la energía que emana de ella. Yo no soy así.

Ylena se detuvo; sostenía ambos cristales en el hueco de una mano, puso la otra sobre el hombro de Vi y le lanzó una gran sonrisa.

—La Fuerza está por todas partes —afirmó—. No tienes que ser sensible para atraerla, para ser parte de ella. Todos formamos parte de ella. Es solo que algunas personas son… bueno, considéralo como una mariposa que se posa sobre ti. Eso no quiere decir que seas una flor, solo que tu olor es dulce. Eso es bueno.

Apretó su hombro y siguió caminando. Vi fue detrás de ella, divertida y casi contenta. Lo que decía Ylena sonaba un poco loco, pero era una idea reconfortante. Después de pasar todo su tiempo con Archex y Pook, era agradable caerle bien a alguien.

—¿Qué vas a hacer con los cristales? —preguntó, cambiando de tema a algo más concreto.

—Savi lo decidirá. —Ylena abrió la puerta del hangar, entró, salió y volvió a cerrar con llave—. Él sabrá qué hacer. Siempre sabe. —Sus ojos brillaron—. Puede que te dé un premio por traerle algo tan valioso. Es un buen hallazgo. Quizás eso te ayude a comprar el equipo que necesitas.

A Vi se le levantaron los ánimos.

—Ojalá.

Vi no encontró más cristales ni artefactos valiosos ese día, pero se le grabó en la mente lo que Ylena dijo sobre que la Fuerza favorece a las personas. Con frecuencia tenía una fuerte intuición sobre las personas, como la que sintió con Archex, aunque él hizo todo su esfuerzo por sacarle información mediante la tortura. Bajo la dura coraza de la Primera Orden, había un buen elemento. Con Ylena y Savi sentía lo mismo; lo había visto en Finn, en Rose y en Poe. Incluso con Dolin, supo casi de inmediato que en verdad

era buena persona. Ahora, si pudiera encontrar a algunos nativos más en Batuu con corazón de héroe que quisieran unirse a su causa…

Después del trabajo, caminó hasta el pueblo con Ylena, que vivía en un laberinto de departamentos propiedad de Savi, al que se llegaba tras doblar la esquina de su tienda y su taller. Dotti y Roxi también vivían ahí; compartían el departamento de la planta baja, que tenía una puerta muy ancha para la silla voladora de Roxi. Vi casi pudo imaginarse vivir ahí en otra vida. El árbol de los deseos de Trilon embellecía e iluminaba el lugar; el edificio estaba en buenas condiciones, rodeado de jardines.

Vi no tenía mucho tiempo para hacer sus compras antes de que la mayoría de las tiendas cerraran; aparte, también tenía que comprar comida para Archex y Dolin. Eso formaba parte del trabajo de dirigir un centro de mando: alimentar a las tropas. Y, como ya sabía, podían comer mucho. Claro que en el cargamento que recuperaron había alimentos no perecederos, pero debían guardarlos para un momento de mayor necesidad. Conforme más personas se unieran a la causa, tendría que contratar a un cocinero o hacer un trato como el que Savi tenía para los sándwiches de pan ácimo para sus trabajadores, al menos hasta que pudieran tener un terreno que cultivar y comenzaran a criar ganado. Qué suerte contar con un granjero que la ayudara con eso. Era agradable soñar con un campamento concurrido, con el día en que podría concentrarse en esa parte de su trabajo, en lugar de preocuparse por que las tropas de la Primera Orden buscaran destruir todo por lo que ella había luchado.

Ylena y los otros chatarreros se despidieron y se retiraron a sus departamentos. Vi pensó dónde ir a buscar un equipo de comunicaciones. Sería caro y no quería que la estafaran. No estaba segura de por dónde comenzar, así que se detuvo en el Droid Depot de Mubo.

—Espero que no tengas problemas con el PK-Ultra —exclamó el utai mientras bajaba de uno de los estantes superiores en cuanto la vio—. Parece el tipo de droide que se jalaría un cable para llamar la atención en un día de poca actividad.

Vi rio por el comentario.

—Tal vez lo haría. Demasiados programas que se ejecutan en un solo disco duro. Pero no, vine por otra cosa. ¿Dónde crees que puedo conseguir un equipo de comunicación de largo alcance a un buen precio?

Mubo se frotó la barbilla que no tenía.

—Gol podría tener uno —respondió—. Por lo general, abre su tienda fuera del mercado, más allá de la calle de Mercaderes; es solo un puesto improvisado en las afueras. Pero será caro. Claro, todo aquí es costoso porque estamos muy lejos del resto de la galaxia. Pero confiaría más en él que en esa casa de empeños del Callejón del Contrabandista. Supongo que ya te estás estableciendo, ¿cierto?

Vi asintió.

—Eso trato.

—¡Oye! ¿Escuchaste que llegó la Primera Orden? Un tipo enojado, vestido de negro, y un grupo de soldados que son iguales a los antiguos stormtroopers del Imperio. Alguna vez los vi, en Tatooine. Son gente peligrosa, ¡uno trató de patearme!

Ah, sí. Mubo no sabía quién era Vi *en realidad*, ¿o sí? ¡Maldición! Había ido al pueblo sin su máscara ubese. En particular, fue al trabajo sin ella y después siguió así. Tenía tanto en qué pensar que su mente era como un colador y, de hecho, dejó pasar algo grande. Nunca había confundido su vida como Vi Moradi y su vida como una espía buscada. Había caído en la trampa, de forma estúpida y accidental, de creer que era una persona normal con una vida normal. Miró alrededor de la tienda de Mubo y señaló un enorme par de gafas para soldar.

—¿Cuánto por esas gafas?

Mubo las tomó y las examinó.

—No mucho. Están quebradas; ni siquiera sé de dónde vinieron.

Vi le dio unas cuantas spiras y se cubrió la cabeza con el manto, de tal manera que solo sus ojos estuvieran expuestos; después se puso las gafas. Muchos nativos iban vestidos así, sobre todo cuando los soles eran muy calientes. Mubo le hizo una seña y gritó «¡Hasta las agujas!» como si fuera del todo normal que alguien entrara a su tienda y saliera escondido debajo de un manto y unas viejas gafas grasosas. Pero, en fin, puesto que él mismo era excéntrico, quizá no reprochaba que otros actuaran de manera extraña.

Vi siguió las instrucciones del técnico de droides hasta llegar a las afueras del mercado, donde un revoltijo de mercancías desorganizadas se desparramaba sobre lonas, cobijas tejidas y mesas viejas, y se exhibían sobre carretillas y carromatos. Por un momento extrañó las líneas y las cajas pulcras de las tiendas de Coruscant, pero apartó ese pensamiento de inmediato. Había dejado ese tipo de lugar a propósito. Quería sentir que formaba parte de una causa mayor, quería aventura y, si tenía que escarbar un poco más entre tanta chatarra para encontrar lo que necesitaba, lo haría.

Mientras apartaba cables retorcidos y movía monitores y teclados, oyó una voz chillona.

—¡Soles brillantes! ¿Puedo ayudarte?

Cuando Vi bajó la mirada, vio a una chadra-fan de pie, con las manos unidas en una actitud solemne y unos brillantes ojos negros. Ella (o al menos Vi pensó que la extraterrestre con cara de murciélago era «ella», por su túnica morada sujeta con un cinturón y su hermoso collar de cuentas) era pequeña, como todos los de su especie, y estaba cubierta de un suave pelaje gris, con grandes orejas y cuatro fosas nasales. Estaba ansiosa por ayudar, pero también nerviosa o quizás asustada; sus grandes orejas estaban tensas y echadas hacia atrás. Detrás de la cabeza de la chadra-fan, Vi advirtió a un joven que estaba detrás de una mesa con los brazos cruzados, observando la escena con atención. Le desagradó de inmediato.

—Gracias —respondió Vi con una sonrisa cálida—. Me interesa comprar un equipo de intercomunicación de largo alcance.

La chadra-fan asintió con vehemencia.

—Tenemos algunas cosas. No mucho, estamos muy lejos de los mercados principales, pero arreglamos una unidad relativamente nueva que solo tenía algunas abolladuras y fallas técnicas.

—¡Cállate, Kriki! —estalló el hombre. Rodeó la mesa y se acercó a toda velocidad hasta quedar demasiado cerca de Vi, al tiempo que empujaba a la diminuta chadra-fan—. ¡No hay nada malo con esa unidad, señorita! Es del todo funcional y lo mejor en el planeta. —Le echó un vistazo a la chadra-fan, y esta aplanó las orejas—. Solo los antiguos saben por qué la contraté. Le quita el trabajo a un humano y ni siquiera lo hace bien.

Su voz era alta y estruendosa; la chadra-fan, Kriki, se encogió de miedo y trató de hacerse lo más pequeña posible. Debía lastimar sus oídos sensibles y, sin duda, lastimaba los oídos de Vi.

—¡Disculpe, maestro Gol! —lloriqueó Kriki—. No quería… es decir, solo trataba de ser honesta. De todos modos, tarde o temprano vería las abolladuras.

Las manos del hombre se crisparon en puños, y entonces Vi se irguió en toda su estatura y se interpuso entre Gol y su empleada.

—Sé que no pensabas golpearla —terció.

—¿Y si lo hiciera? Es mi derecho —masculló—. Mira, puedo ver que eres nueva por aquí, quizás aún no has aprendido a no meter las narices donde no te llaman, pero…

—Ah, ¿y tú vas a decirme dónde meter la nariz? Será divertido —lo interrumpió, luchando contra el instinto de abrir su mantón y mostrar el bláster.

—Reprender a un empleado es mi problema —afirmó.

—Pero cuando es evidente que un empleado te rehúye, quiere decir que eres un pésimo comerciante —concluyó Vi.

El hombre apretó la mandíbula; por último, gruñó e hizo una seña con la mano para que se fuera.

—Lárgate. No te llevarás el intercomunicador a ningún precio. Esta es mi tienda y los clientes no me van a dar sermones, mucho menos una extranjera que no entiende cómo se hacen las cosas aquí.

Vi miró con anhelo el equipo que necesitaba, pero no podía rebajarse ni hacer a un lado su ética para arrastrarse frente a este bruto.

—Buen negocio —se despidió, con tono desagradable; le deseaba justo lo contrario.

Al voltear y caminar hacia la salida, escuchó un chillido de terror y un golpe de piel contra pelaje.

—¡Cómo te atreves, animal inmundo! —gritó Gol.

Vi se detuvo. Giró despacio sobre los talones; vio a Kriki encogiéndose de miedo y Gol sobre ella, amenazador, la mano echada hacia atrás para abofetearla de nuevo; no podía irse. Por eso la Resistencia era tan importante para ella a nivel personal: no soportaba a un abusador.

Sacó su bastón táctico.

—Si vas a golpearla de nuevo, tendrás que pasar antes por mí —advirtió con voz grave y amenazadora.

Los hombros de Gol se tensaron y giró para enfrentarla; la ira y la rabia distorsionaban sus rasgos. Era una mirada que ella había visto cientos de veces en una docena de planetas: el odio de alguien acostumbrado a mandar que, de pronto, se da cuenta de que no es él quien está a cargo.

—¿O qué? ¿Vas a golpearme? Oga Garra sabrá esto.

—Lo dices como si me importara.

El hombre resopló, y hubiera escupido en el suelo si no fuera porque estaba rodeado de todos sus bienes.

—No vas a lastimarme. Sé todo sobre ti, puedo verte detrás de tu patético disfraz. Basura rebelde. La gente en el mercado habla, ¿sabes? Algunos pensamos que sería mejor que la Primera Orden se deshiciera de ti.

Vi respiró hondo y puso los ojos en blanco.

—Es gracioso cómo me sermoneas, como si no comprendieras que no eres tú quien tiene el poder —dijo—. Como si no pudiera hacerte polvo. Y sí, estoy consciente de que algunos de ustedes preferirían lamerle las botas a la Primera Orden que defender su modo de vida, pero hasta ahora eso nunca me ha impedido hacer lo correcto. Así que mi siguiente pregunta es para Kriki: ¿te gustaría trabajar para alguien que te trate como a una persona?

La chadra-fan bajó los brazos, boquiabierta de asombro.

—¿Trabajar para ti? ¿Haciendo qué?

—Las tareas son negociables. Puedo prometerte alojamiento, comida, la oportunidad de hacer un buen trabajo para un jefe que cree en ti y una organización que lucha contra tipos como este. No te humillarán nunca más ni te golpearán; de lo contrario, se las verán conmigo.

Kriki miró a Gol y a Vi, sus ojos iban de uno a otro mientras lo pensaba.

—¿Cómo te atreves incluso a considerar…? —comenzó a decir Gol.

—Acepto. —Kriki se escabulló pasando sobre la mesa de Gol y se colgó al hombro un bolso tejido—. Y me llevaré mi salario atrasado, por favor, señor Gol.

Vi golpeó con su bastón la carcasa de un droide que estaba a su lado.

—Si le debes, más te vale pagarle.

Estaba a un segundo de sacar el bláster y disparar a sus pies para hacer que se moviera, cuando él se inclinó sobre la mesa y aventó unas spiras sobre la vieja madera.

—No daré buenas referencias sobre ti —advirtió.

—Como si alguna vez dieras buenas referencias sobre mí —respondió Kriki.

Su sometimiento y timidez anterior habían sido reemplazados por un paso vivaz y una amplia sonrisa.

—Te vas a arrepentir. Las dos lo harán. —Gol señaló a Kriki—. Tú, porque te traté bien y te vas a dar cuenta de que el resto del mundo es cruel. Y tú —señaló a Vi—, porque les voy a decir a todos que eres un mal negocio para Black Spire. No puedo

esperar a ver lo que me pagará el oficial de la Primera Orden a cambio de esta información.

—Le haría un favor a la galaxia si te disparara —dijo Vi, enfundando su bastón táctico y mostrando su bláster—, pero no es así como actúan las buenas personas. Ayudo a la Resistencia porque, para mí, la libertad es importante, aunque eso signifique dejar que un mynock viscoso como tú derrame su odio. Vamos, Kriki, ¿estás lista?

Kriki asintió.

—¡Lista para lo que sea!

Vi asintió por última vez hacia Gol.

—Hasta la aguja —se despidió, y en su mente agregó: «Ojalá caiga sobre tu cabeza y te aplaste todos los huesos».

Le dio la espalda y se alejó, con Kriki detrás de ella.

—Tal vez deberíamos correr —sugirió la chadra-fan como disculpándose—. Cumplirá su promesa. Si no tiene ya un canal abierto con la Primera Orden.

Como para confirmar su intuición, Gol gritó:

—¡Ey! ¡Primera Orden! ¡Aquí está la espía de la Resistencia que están buscando!



Capítulo veinte

AL MENOS KRIKI NO ERA DEL tipo que decía «Te lo dije». Solo murmuró «¡Sígueme!», y salió disparada por un callejón. Muy pronto perdieron de vista la tienda de Gol, pero aún podían escuchar sus gritos. Kriki conocía muy bien los pequeños recovecos alrededor del mercado; guio a Vi a través de tiendas y puertas traseras, atravesaron basureros e incluso cruzaron por una casa particular que tenía un encantador jardín con una fuente azul centelleante y una toydariana furiosa, que les gritó agitando el puño:

—¡Ey! ¡Salgan de aquí!

Vi se dio cuenta de que no tenía idea de dónde estaba; hasta entonces, solo había visto las fachadas de los negocios y nunca se había aventurado a entrar en espacios menos públicos del puesto de avanzada. Si Kriki no tenía escrúpulos o compartía la ética de su antiguo jefe, Vi sabía que la chadra-fan podía llevarla con facilidad directo a la Primera Orden para cobrar su recompensa. Pero, en el fondo de su corazón, sabía que Kriki era una buena persona; lo había sentido cuando la conoció. Así que la siguió sin hacer preguntas: se agachaba, se detenía o corría según sus instrucciones.

Por último, Kriki se paró en un lugar sombreado, debajo de un balcón cubierto por las mercancías de un vendedor de alfombras.

—Aquí estamos fuera de su alcance y a salvo —afirmó Kriki—. Pero supongo que debí preguntarte adónde vamos.

Vi se levantó las gafas y repasó en su mente su lista de cosas por hacer.

—Bueno, supongo que esta noche no compraremos el intercomunicador de largo alcance, así que puedo sacarlo de la lista. Si la situación estuviera mejor, iría por otro de estos mantos, de diferente color, a la tienda de Arta; además de conseguir comida suficiente para alimentarte a ti, a mí y a dos humanos hambrientos. Quería comprar jabón con un aroma agradable y un cepillo. Pero imagino que Gol llamó a los stormtroopers, así que no pueden verme por aquí esta noche. Supongo que tendré que apestar y dejar que mi peluca se enrede.

Kriki sonrió y sacó el pecho.

—Yo puedo hacerlo. Quizá me den mejores precios que a ti. ¿Algún tipo de comida preferida, jefa?

Vi se sacudió el fleco, que sufría bajo las gafas y hacía que le sudara la frente. Todo se había salido de control con mucha rapidez; ahora, de manera inexplicable, tenía a una empleada a pesar de que apenas tenía dinero suficiente para alimentar a Archex y a Dolin. Al menos no le había prometido a Kriki que le pagaría. En la Resistencia nadie recibía un sueldo, al menos no en créditos. ¿Cuánto comería la chadra-fan? No podía ser más que lo que comían los chicos.

Vi le dio un puñado de spiras y sonrió.

—Nada en particular, aunque a todos nos gusta mucho la carne, así que no compres mucho guisado de verduras ithoriano. Solo recuerda que en este momento no puedo comunicarme con la Resistencia y no tengo muchos créditos, así que todo lo que hagamos…

—Debe ser frugal. Soy muy buena para lo frugal. ¡Soy frugalísima!

Tras hacer un guiño, Kriki escaló un poste de madera y desapareció.

Vi tuvo que esperar más de lo que hubiera deseado, y más de una vez se preguntó si se había equivocado con Kriki, si su nueva empleada había huido con las spiras que tanto le costó ganar. El trabajo de una espía consistía en ver más allá de las máscaras y los disfraces, pero no tenía mucha experiencia con los chadra-fan y no sabía cómo leer sus expresiones. ¿Qué pensaría Ylena de Kriki? ¿Tendría ese «brillo» que Ylena había mencionado? Ni siquiera sabía si su nueva recluta era buena con la tecnología. Dijo que estaba arreglando una unidad de comunicaciones para Gol, pero quizá quería decir que la estaba puliendo o le quitaba la mugre al teclado.

Era sorprendente cómo podían asaltar las dudas si alguien se quedaba solo en un lugar oscuro durante el tiempo suficiente. Vi decidió que si Kriki no regresaba o, peor aún, si la traicionaba, vendería todo su cargamento y usaría los créditos para comprar un pasaje para Archex, Pook y ella a un ajetreado planeta del Borde Medio donde pudiera ponerse en contacto con Leia y disculparse antes de desaparecer en una nube de vergüenza. De alguna manera, traicionar así su confianza sería la gota que derramaría el vaso. Podría seguir esforzándose aquí a pesar de los extraordinarios inconvenientes, siempre y cuando contara con gente confiable, personas en las que pudiera creer y que creyeran en ella, pero casi buscaba una señal para darse por vencida en Black Spire y seguir su camino. Todo había salido mal.

Claro que el hecho de que la Primera Orden se presentara aquí podía ser esa señal; para otra gente, quizá. Pero para Vi era solo un recordatorio de por qué debía continuar.

Un golpe suave regresó a Vi al presente, y puso su mano de inmediato sobre el bláster.

—Creo que vas a estar contenta —exclamó Kriki con una pequeña vibración en la voz—. Todos los comerciantes estaban contentos de deshacerse de sus frutas y verduras feas y magulladas a estas horas de la noche, y Arta acababa de bajar el precio de unas túnicas. Creo que el verde resaltará tus ojos. El jabón está hecho con jazmín batuuano cultivado a mano, y el vibrocepillo será perfecto para tu peluca. —Kriki dejó caer un costal burdo y pesado en las manos de Vi—. ¡Ah! Ahí también está tu cambio.

Estaba tan oscuro ahora que no podía ver bien, pero se imaginó que lo que fuera que Kriki había traído le serviría. Pensar que mañana olería mejor le levantó mucho el ánimo.

—El verde está muy bien —comentó—. Todo está perfecto. ¡Gracias! Ahora ¿puedes llevarnos a las antiguas ruinas sin que nos vean?

—¿Las ruinas? ¿Te refieres al antiguo puesto? He escuchado historias de que está encantado.

Vi asintió, complacida.

—Bien. Esperemos que esas historias sigan circulando. No están encantadas, solo están llenas de trampas y estamos trabajando en eso.

De nuevo, siguió a Kriki en la oscuridad; se resguardaban bajo las sombras que rodeaban los edificios y se escabullían entre los tendederos y las paredes en ruinas. Kriki conocía la manera de salir del puesto de avanzada sin tener que cruzar la puerta principal. Vi tendría que recordar esta ruta cuando regresara durante el día. No vieron a Kath ni a ninguno de sus stormtroopers, y no se cruzaron con nadie que pareciera advertir su existencia. Las lunas estaban llenas, tenían mucha visibilidad y Kriki se movía por el bosque hacia el Camino de Savi. De vez en cuando se detenía para examinar la ruta, agitaba sus orejas y fosas nasales.

Llegaron al cenote sin ningún incidente. No había fogata afuera; al principio, Vi se asustó; pensó que quizá los hombres habían sufrido alguna lesión en las cuevas. Pero después escuchó el golpe metálico de los pies de Pook, seguido del pesado impacto de una piedra que golpeó el suelo.

—Ya tuve suficiente de estalactitas y estalagmitas —declaró el droide—. En serio. ¿Cuántos depósitos coloidales necesita un sistema de cuevas subterráneas tan amplio?

—¡Ey, Pook! —lo llamó Vi.

Su plana cara negra giró en su dirección.

—Ah, eres tú.

—Lunas ascendentes para ti también. ¿Dónde están Archex y Dolin?

—Archex está adentro, encendiendo el fuego en la chimenea natural de una de las cavernas. Dolin regresó a su casa para recoger ropa de cama. Al parecer, a los humanos no les gusta dormir en plataformas de roca sólida. ¿Esa es una chadra-fan?

—Sí. Es Kriki. Ahora es una de los nuestros.

—¿Una de los nuestros? —preguntó Kriki; sus orejas se aplastaron un poco, como si estuviera preocupada.

Vi hizo una mueca.

—Oh, quizá no expliqué bien esa parte. Estamos con la Resistencia. Estoy reclutando para la causa y vamos a construir nuestro cuartel general aquí en Batuu. Eso era lo que te ofrecía. No es precisamente un trabajo, es como un llamado. Lamento si te confundí.

Kriki estaba paralizada, sus orejas y nariz se agitaban sin descanso. Vi reconoció que era una señal de que la chadra-fan estaba pensando con seriedad, así que continuó; sentía que de nuevo había metido la pata por completo.

—Por supuesto que tienes toda la libertad de regresar al puesto de avanzada si lo prefieres. Y, si es así, te ofrezco disculpas por haber destruido tu relación con tu antiguo jefe. Es solo que no soporto a los bravucones y…

—Okey.

—¿Okey?

—Quiero decir, siempre y cuando sea verdad lo que dijiste sobre el techo y el alimento. Oga cobra mucho por sus departamentos, mi recámara es apenas un clóset y los vecinos hacen mucho ruido. —Se balanceó de un lado a otro, y sus ojos parpadeaban brillantes—. Me gusta esto. Es tranquilo.

—No estará tranquilo una vez que la flota empiece a usarlo para hacer escalas en sus rutas —aclaró Vi—. Las naves aterrizarán y despegarán, las botas golpearán el suelo y docenas de personas hablarán al mismo tiempo durante las reuniones.

Kriki miró al suelo.

—Me prometiste que nadie me golpearía ni me gritaría. Tú fuiste amable conmigo. No es algo que haya experimentado mucho desde que salí de Chad. Quería tener aventuras, pero parece que nadie me toma en serio.

—Es probable que sea porque eres diminuta, peluda y tienes la voz muy aguda —observó Pook—. Esos rasgos combinados engañan a la mente humana y le hacen pensar que eres una niña o una mascota, porque los humanos tienen un intelecto inferior.

—¡Qué grosero! —chilló Kriki—. Quiero decir, la parte sobre mí.

Vi fulminó al droide con la mirada.

—Bueno, quizás es un poco verdad. Pero yo te tomo en serio, Kriki, y la Resistencia te tomará en serio. Todos tienen algo valioso con lo que contribuir a la pelea en contra de la Primera Orden.

Kriki bajó la mirada y jugueteó nerviosa con la cuenta más grande de su collar, una burda piedra gris.

—Y, bueno… no me gusta hablar de eso, pero mi hermana Reelka estaba en Hosnian Prime cuando… cuando… —Contuvo un sollozo y le dio la espalda.

—Lo siento —susurró Vi—. Yo también tenía amigos ahí. Cuando ves el daño que puede hacer la Primera Orden, es difícil regresar a tu vida normal sabiendo que en un abrir y cerrar de ojos puede suceder otra tragedia. La Resistencia se ha convertido en mi familia, espero que tú también lo llegues a sentir así.

Tenía más que decir sobre el tema, pero su estómago gruñía con fuerza. Kriki volteó, se enjugó las lágrimas y soltó una risita; Vi también.

—Basta de discursos. Comamos, estoy muerta.

Pook las guio hasta las ruinas, por debajo de las salientes y por el mismo camino hacia las cuevas que Vi había tomado cuando fue a buscar la reliquia de Oga. Vi no se avergonzó cuando se encogió al entrar a la primera cámara.

—Dolin y Archex quitaron todas las trampas —explicó Pook—, con mucha ayuda de mi parte, puedo agregar. De ahí las abolladuras en mi chasis y el gran montón de piedras inútiles allá afuera.

Le gustó observar que habían colocado una hilera de luces en el vestíbulo de la cueva; conforme Pook avanzaba, también le agradó la manera tan lógica en la que habían distribuido el cargamento en las distintas habitaciones. Pook incluso había usado la vibrosierra para abrir pasajes entre algunas de las cámaras, lo que brindaba más rutas de entrada y salida para no sentirse atrapados. Vi esperó regresar a casa con un intercomunicador de largo alcance, o al menos obtener uno que Pook pudiera arreglar; sin embargo, se convenció de que tener a Kriki ahí sería más útil de lo que había pensado, quizá mucho mejor que un intercomunicador de largo alcance. Al fin tenían a alguien en su equipo que sabía moverse en el puesto de avanzada y hacer buenos negocios, sin mencionar que se trataba de alguien a quien la gente subestimaba todo el tiempo. Además, a Vi le agradaba su actitud intrépida.

—Así que este es el antiguo puesto de avanzada —exclamó la chadra-fan con asombro—. Llevo cinco años en el PABS y he escuchado tantas historias de este lugar. Parece que todos estábamos equivocados, a menos que no haya advertido a los fantasmas vengativos.

—Los fantasmas no existen —afirmó Pook—, y ni empecemos a hablar de la Fuerza, esa ridícula patraña.

—Ylena te va a adorar —murmuró Vi.

Pook se detuvo frente a la siguiente puerta abierta; ahí estaba Archex, alimentando con ramitas el fuego de una gran chimenea tallada en la piedra de la habitación que antes albergaba a los gusanos chillones. Olía mucho mejor sin ellos y sin los contenedores nauseabundos de tierra podrida. Archex alzó la vista y tardó en reaccionar al ver a Kriki.

—Kriki, él es Archex. Archex, ella es Kriki.

Kriki meneó la cabeza.

—¡Lunas ascendentes, Archex!

Archex le lanzó una mirada de interrogación a Vi.

—Para ti también.

—Kriki está ahora con nosotros —explicó Vi.

Parecía que Archex quería conocer más detalles; por supuesto, estaba acostumbrado a ser el líder, e incluso ahí, en los confines de la galaxia, pensaría que él era quien debía formar y dirigir los equipos. Por suerte, en ese momento escucharon el rugido de la crankbike de Dolin y todos fueron a ayudarle a llevar unos pesados sacos de lana hasta la gran cámara donde estaban las rudimentarias plataformas escarbadas en la piedra.

—No es mucho y no están afelpadas —se disculpó—, pero creo que la lana de gruffin es más suave que la piedra. Eso sí, Grana no quería que me fuera otra vez. —Se sonrojó un poco y desvió la mirada—. Dijo que eras el demonio y que me sedujiste para alejarme de ella. —Luego añadió, alegre—: Pero traje unos huevos y tasajo, aquí están. —Advirtió a Kriki y se quedó boquiabierto—. ¿Qué es eso?

Kriki se enfureció, su pelaje se erizó y peló los dientes.

—¿Qué es eso? ¿Querrás decir *quién* es ella? ¡Soy un quién, no un qué!

Dolin abrió los ojos como platos y se sonrojó aún más.

—¡Por las agujas! ¡Lo siento mucho! Nunca había conocido a nadie como tú.

—¿No habías visto nunca a un chadra-fan?

Él bajó la vista.

—Nunca he conocido a nadie que no sea humano. Jamás había estado en el puesto de avanzada, hasta hoy, ¡y solo un poquito, lo juro! Las matriarcas de nuestro asentamiento nos dicen que incluso los alrededores de Surabat son demasiado modernos. Grana afirma que es muy peligroso salir del valle.

La idea de una comunidad aislada que evitaba la tecnología y el resto de la galaxia era fascinante, pero Vi empezaba a entender algunas cosas y tenía preguntas.

—Si no habías ido nunca al pueblo y no puedes ir a la estación de servicio, ¿de dónde sacas el combustible para tu crankbike?

La miró como si fuera tonta.

—Lo elaboro con grano, por supuesto. Nuestro asentamiento no necesita nada del pueblo. Nosotros llegamos aquí primero. —Extendió una mano hacia Kriki, y ella se la estrechó con una mano mucho más pequeña—. Mucho gusto. Soy Dolin. Discúlpame si te ofendí. Sigo aprendiendo.

—Soy Kriki. No te preocupes. Es probable que lo mejor sea que no te refieras a nadie con un «qué», si parecen estar dotados de sentido. En la galaxia hay seres mucho más extraños que yo.

—Sí, solo espera que llegue la Resistencia y conozcas a Fossil —añadió Vi—, es una martigrade y… bueno, supongo que te va a sorprender.

Por un momento, los cuatro permanecieron en silencio hasta que Pook intervino.

—Mi programación sugiere que esta situación es demasiado incómoda. Les ruego que me den algo que hacer.

Vi observó la habitación; le parecía muy familiar porque se parecía a la guarida de Oga detrás de la cantina, con la misma apariencia esculpida en la piedra. Se preguntó cómo eran los antiguos, si fueron humanos o una especie que se desarrollaba mejor bajo tierra. Quizá cuando exploraran las ruinas a más profundidad encontrarían algunas pistas. Por lo pronto ya era de noche, estaba hambrienta y exhausta. No podía olvidar que, por primera vez, ahora era ella quien estaba a cargo de otras personas y tenía que pensar en ellas primero.

—Bien. Necesitamos agua. Pook, evalúa si el agua de la cascada es potable; si es así, debemos juntar todas las botellas y cantimploras para llenarlas. Pero tiene que ser directamente de la cascada, el estanque está lleno de anémonas venenosas.

—¿De qué venenosas? —preguntó Dolin, de nuevo boquiabierto.

Vi agitó una mano en el aire.

—No te preocupes por eso; solo no metas la mano ahí a menos que quieras morir. Quizá debí mencionarlo antes. Kriki trajo comida, no tengo idea de qué es. Archex, ¿crees que podrías empezar con esas especias?

—Voy a calentar el aceite —respondió con una sonrisa.

—Hay raíces y hongos, ¡y traje costillas de kaadu del carnicero! —explicó Kriki—. Les puso doble envoltura para no atraer a los depredadores.

Vi sonrió y se le hizo agua la boca.

—¡Qué bueno! También tenemos que hacer las camas; quizá será mejor que todos nos quedemos aquí, puesto que está la fogata y hay luz. Más adelante podremos organizarnos mejor, cuando encontremos y desempaquemos los camastros. Comer, beber, dormir…

—Armé el inodoro portátil que estaba en el cargamento —dijo Pook con cansancio—. Supongo que lo necesitarán después de comer y beber. Con todo lo que me agobia, al menos no tengo esfínteres.

—Gracias y ¡puaj! Entonces… manos a la obra.

Pook salió a examinar el agua y Kriki juntó las botellas, podía moverse con facilidad en la oscuridad. Dolin se puso a hacer las camas. Archex sacó la comida de la bolsa de Kriki, cortó los hongos y puso las raíces a asar al fuego. Muy pronto, todos cenaban costillas de kaadu acompañadas de raíces, hongos sazonados con especias y fruta fresca; bebieron agua y eligieron sus pequeños nichos para dormir, arropados con la caliente lana de gruffin. Empezar una conversación todavía era un poco extraño, pero se esforzaban. Vi se fue a dormir con el sentimiento de que, por fin, el refugio para la Resistencia avanzaba.

Parecía que todo iba muy bien, hasta que unos gritos la despertaron.



Capítulo veintiuno

—¡VI, AYUDA!

Vi se incorporó de inmediato y sacó el bláster que guardaba debajo de la burda almohada de lana de gruffin. El fuego se había extinguido y las luces estaban apagadas, por lo que la habitación estaba tan oscura como el costado equivocado de un sarlacc.

—¿Kriki? ¿Dónde estás? ¿Qué pasa?

—En el rincón. ¡Algo trata de comerse a Archex!

Vi se puso en cuclillas y parpadeó con rapidez, esperando captar un poco de luz, pero no había nada más que oscuridad. Si Pook hubiera estado ahí habría podido ayudar, pero lo envió afuera con el droide de energía para que se recargara y cuidara la entrada a la cueva. Nunca pensó que la amenaza podía estar en el interior.

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso? ¡No veo nada! —gritó Dolin.

Vi buscó a tientas en el bulto que estaba a su lado y sacó sus lentes infrarrojos. Se los puso y ahí, en el rincón entre las sombras rojas y negras, vio cómo la pesadilla cobraba vida. Un gusano gigante y brillante se enroscaba alrededor de Archex, quien estaba inconsciente. La pequeña Kriki intentaba separarlos; Vi observó que Kriki hundía los dientes en la criatura, pero esta no se movió. Ni siquiera podía verle la cara.

Bláster en mano, atravesó la habitación, encañonó la piel fría y húmeda de la criatura, dirigiendo el arma lejos de Archex y Kriki, y jaló el gatillo. Se escuchó un estallido amortiguado, pero el animal no cedió, solo apretó con más fuerza. Lo intentó una y otra vez, apuntando a diferentes sitios, pero era como si esa cosa fuera puro músculo. Era tan grande como su cintura y no podía encontrar la cabeza, aunque sí encontró unos diminutos brazos y piernas. Dejó caer el bláster y comenzó a tocar a la criatura hasta que encontró algo húmedo y suave. ¿Quizá sus branquias? Metió con fuerza las manos en las hendiduras; la criatura silbó y se sacudió, pero no cedió. La pobre Kriki seguía jalando, mordiendo y gritando; algunos de sus sonidos eran tan agudos que hacían que el vello de las orejas de Vi se erizara.

—Espera —ordenó Vi. Salió corriendo al vestíbulo y gritó—: ¡Pook! ¡Deprisa! ¡Necesitamos la luz!

—¡Qué molestia! —escuchó que decía con su voz quejosa desde el patio—. Todavía no termino de cargarme.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Dolin—. ¿Qué hago?

—En eso estoy —respondió Vi.

Se apresuró a la chimenea y con un palo tanteó entre las cenizas hasta encontrar una de las raíces que sobraron de la cena. Con el cuchillo que llevaba en el cinturón, cortó la raíz, roja y caliente, y la llevó hasta donde estaba la bestia. Esperando que funcionara, frotó el tubérculo contra la carne húmeda y viscosa. En el momento en que hizo contacto, la criatura crepitó y un olor nauseabundo como a pescado quemado agredió la nariz de Vi.

Un chillido agudo llenó el aire y el gusano se retorció y aflojó, dejando caer a Archex al piso. Vi lo apuñaló con más fuerza, dejando que el cuchillo atravesara la raíz caliente y se clavara en el cuerpo de la bestia.

—¿Archex? —llamó Vi, palmeando su mejilla—. Vamos, amigo. Es solo una pequeña víbora. Despierta.

Quedó cegada por un momento cuando las luces del techo se encendieron con un zumbido y llenaron la cámara con una fría luz azulada. El animal chilló con más fuerza, se desenroscó por completo y se retorció sobre el piso. Sus diminutos brazos y piernas arañaban el aire sin ningún resultado, y su piel cambió a un color rosado intenso; incluso la escasa luz lo quemaba.

Dolin levantó un hacha, ¿de dónde habría salido?, y preguntó:

—¿Lo quiere muerto, jefa?

—¿Sabes qué es?

—Sé que no es bueno.

—Entonces mátalo.

Con los pies plantados con firmeza en el suelo, Dolin levantó el hacha; en ese momento, no parecía un granjero amable e inocente, sino que tenía el aspecto de un salvaje y competente asesino.

—Retírate —pidió, haciendo un gesto con la cabeza para que Kriki se alejara.

Ella se escabulló jadeando, por su barbilla escurría sangre violeta.

Con cuatro golpes secos y fuertes, Dolin cortó al gusano por la mitad; después de varios segundos de chillar, retorcerse y salpicar líquido, los dos enormes fragmentos de la criatura quedaron inmóviles. Vi trepó sobre él y se arrodilló junto a Archex. Estaba lívido y frío; Vi le dio unas palmadas en las mejillas y frotó sus manos entre las suyas. Decía frases que iban desde «Vamos, Freno de Emergencia, ¡despierta! ¡No dejes que gane el gusano!», hasta cosas más agresivas: «¡Juro que si no te despiertas ahora mismo te enviaré de regreso a Cerea para que pases otro mes de estiramientos sanos y círculos de tambores!».

—Está muy frío —murmuró Kriki—. Pero puedo escuchar que su corazón late. ¿Sabían que solo tiene uno?

La risa de Vi sonó más como un sollozo, incluso para ella.

—Sí, es algo humano. Acerquémoslo a la chimenea. Dolin, ¿puedes encender el fuego? Kriki, ¿dónde dejamos mi manto anaranjado?

Dolin encendió la chimenea más rápido de lo que Vi pudo haberlo hecho. Kriki ayudó a envolver a Archex, apretado como se ciñe a un bebé. Pook empezó a mover cajas hasta que por último sacó un dispositivo de control de temperatura que ayudó a calentar la habitación helada.

—Otra falla de diseño de tu especie —se quejó—. Estaré allá, regulando con buen juicio mi propia temperatura.

La noche fue larga en espera de que Archex recuperara el sentido. Ya nadie podía dormir, no solo porque estaban preocupados por Archex y porque estaban inquietos con tanta adrenalina, sino también porque no sabían si habría más gusanos esperando por ahí. Jalaron unas cajas alrededor del fuego y se sentaron; la luz y el calor les brindaron consuelo. Dolin estaba inquieto y utilizó esa energía para desenredar a la criatura y extenderla en el piso. Desenroscada, medía por lo menos cinco metros de largo; parecía mitad anfibio, mitad gusano; su cuerpo segmentado, de color azul pálido, tenía quemaduras rosadas aquí y allá, branquias emplumadas y diminutas extremidades, húmedas y pegajosas, que casi parecían vestigios. Su boca no tenía dientes, pero eso no le había impedido maltratar a Archex, que tenía profundos moretones en el pecho, donde los labios de la criatura lo habían sujetado.

—Llegó por el vestíbulo —explicó Kriki después de desaparecer un momento—. Por allá hay una habitación más grande, con una cascada y un depósito de agua. Hay marcas onduladas sobre la arena, alrededor del agua.

—Necesitamos puertas —anunció Vi—, de las que se cierran. Quizá Savi tiene algo que pueda comprar a buen precio. Mañana, la prioridad de Pook será encontrar el equipo de seguridad que está empacado en las cajas de nuestro cargamento y poner cámaras y sensores; tenemos que centrarnos en la cueva de la que creemos que salieron los gusanos y en el perímetro de la base. Estas ruinas son perfectas para lo que necesitamos, si no tenemos en cuenta a las salamandras gigantes y estranguladoras de las cavernas.

—Ese nombre no es muy fácil de recordar.

Todos voltearon a ver a Archex. No se había movido, pero sus ojos estaban ahora abiertos e inyectados de sangre. Parecía tan débil como sonaba su voz.

Vi esbozó una gran sonrisa.

—Bueno, puesto que casi te mata, tú ponle nombre.

—Llamémosle Hux —sugirió con una ligera tos—. El gusano Hux. Le queda. Está muerto, ¿verdad? Por favor, dime que está muerto. ¿O lo reclutaste? La Resistencia aceptaría a cualquiera.

Kriki lanzó una carcajada aguda. Vi se acercó a Archex y lo miró.

—Está muy muerto, ni siquiera pasó la entrevista de trabajo. Deberías ver a Dolin con un hacha. Él y Kriki te salvaron la vida. —Volteó para mirar a la chadra-fan—. ¿Cómo supiste lo que estaba pasando? Yo no escuché nada.

Kriki se encogió de hombros.

—Duermo un par de horas al día. Estaba en la otra habitación trabajando en un generador cuando lo escuché. Tengo orejas grandes, ya saben. Vine corriendo y traté de

detenerlo, pero, bueno, supongo que mis dientes solo le hacen cosquillas a algo tan grande. Aparte, sabía horrible.

Vi le dio una botella de agua.

—Fuiste muy valiente. No me imagino tratar de derribar algo de ese tamaño sin ayuda de un arma.

—No tengo armas.

—¿Quieres una?

La nariz de Kriki se agitó mientras lo pensaba.

—Tendrías que enseñarme a usarla. Creo que me gustaría aprender.

—Yo podría enseñarle —intervino Archex.

Vi escondió una sonrisa de satisfacción. Ese era el trabajo perfecto para él, enseñar a los nuevos reclutas a disparar.

—Eso sería útil, para ella y para Dolin. A menos que tú ya sepas disparar, Dolin.

Dolin sacudió la cabeza.

—Puedo cazar con arco y flecha, una lanza o un hacha; los blásteres están prohibidos en casa, pero me gustaría aprender.

Vi asintió. Eso era bueno. Era claro que Archex no se había dado cuenta de lo valioso que era para la Resistencia; que para ella, saber que estaba aquí, que no estaba sola, era una enorme ayuda y un alivio desde que se estrellaron en Batuu. Encontró el cenote en el campamento anterior, cocinó y talló juguetes para ganar unas spiras e incluso tejió varias canastas útiles, aunque parecía avergonzarse de ellas. De todas las cosas que le había enseñado la Primera Orden, quizá la lección más cruel fue que no era útil a menos que produjera en exceso, a menos que trabajara sin descanso y sus logros pudieran medirse. Vi no sabría cómo continuar sin él; aun así, él no estaba satisfecho con su colaboración.

Quizás esa era la clave para darle un objetivo: retomar su papel como mentor e instructor. Enseñar a Dolin y a Kriki a usar los blásteres y a pelear le brindaría confianza y desviaría su atención de su dolor; todos debían estar listos si la Primera Orden los encontraba.

Pero algo la molestaba, algo que Kriki dijo antes.

—Espera, Kriki, ¿dijiste que estabas trabajando en un generador?

La chadra-fan bajó la cabeza.

—Espero que esté bien. Quería ser útil y es extraño quedarse ahí sentada con tres personas dormidas y sin hacer nada. ¡Tanta respiración y movimiento! Así que pensé que necesitaríamos más generadores si vamos a tener más equipo. Los dos primeros que encontré estaban en buenas condiciones, pero el tercero debió dañarse en el accidente. Lo estaba arreglando.

—Así que *eres* mecánico —concluyó Vi.

Kriki sonrió e inclinó la cabeza, tímida.

—Nada especial, soy una especie de… reparadora. Sé cómo funcionan las cosas y me gusta desarmarlas, limpiarlas y tratar de mejorarlas. Gol odiaba eso, solo quería que trabajara lo más rápido posible para que los equipos funcionaran y se vendieran. Pero me

gusta saber que algo puede funcionar de manera más eficiente o más confiable. ¿Por qué elegir la mediocridad?

—Porque Gol era un tonto.

—Sí, bueno, no es el primero. Las personas pueden usar apodos horribles para quienes no se parecen a ellos o piensan diferente.

—En general, la Primera Orden no recluta a no humanos —explicó Archex, incorporándose para sentarse—. Dicen que es porque la armadura está hecha solo para adaptarse a cierto tipo de cuerpo.

—Eso es solo porque a nadie le gusta decir la palabra *xenofobia* en voz alta —exclamó Vi con amargura—. Es fácil olvidar que los humanos construyeron las Estrellas de la Muerte y la Base Starkiller. Un humano dio la orden que destruyó el Sistema Hosnian. Esa gente no representa a todos los humanos, pero sin duda tampoco nos muestran como la mejor apuesta de la galaxia.

Kriki levantó su collar, sosteniendo la piedra gris del centro con sus largos dedos.

—Este es un fragmento. De Hosnian Prime, quiero decir, o de alguna parte del sistema. Quizás es solo una roca normal y me estafaron, pero no me importa. Siempre la llevo conmigo para recordar a mi hermana. Es difícil cuando no queda nada de las personas que amas.

Archex guardó silencio sobre este tema, ya que los nuevos reclutas no sabían nada de su pasado. Dolin alzó la manga de su camisa para mostrar un brazalete de piel cuyo pelo estaba tejido con patrones intrincados.

—Yo llevo esto por mis padres. Trataron de salvar a las gruffins antes de que llegara el huracán. Grana se quedó conmigo en la casa y nunca regresaron.

—Yo nunca conocí a mis padres —dijo Archex—. Crecí en un orfanato en Jakku, me vendieron a una operadora minera y me las arreglé para escapar.

—¿Y después qué pasó? —preguntó Dolin.

Vi sintió curiosidad de saber cómo respondería Archex a esa pregunta. No era mentiroso, pero también sospechaba que no estaba listo para contar a todos sobre el tiempo que pasó en la Primera Orden.

Archex suspiró.

—Después caí en malas compañías, hice cosas de las que me arrepiento. Ahora trato de repararlo.

Vi le sonrió.

—Estás haciendo lo correcto —intervino. Después volteó a ver a su equipo, mirando a cada uno a los ojos. Todos parecían exhaustos—. Todos ustedes. Pero ahora tienen que dormir. Yo tengo que llegar temprano al depósito de chatarra si quiero comprar ese intercomunicador de largo alcance. Y más costillas de kaadu.

—¿Crees que yo también podría trabajar ahí? —preguntó Dolin—. ¿Ayudar con algunas spiras?

Sonaba tan sincero, tan franco, que Vi tuvo ganas de abrazarlo.

—Podemos preguntarles a Ylena y a Savi. Entre más, mejor.

—Y quizá yo pueda trabajar contigo en la chatarrería durante el día y arreglar toda esta tecnología durante la noche —dijo Kriki.

—Yo puedo ayudar a organizar el arsenal y enseñarles a todos a disparar —añadió Archex.

Pook suspiró.

—Y yo me esforzaré por soportarlos a todos.

Vi se puso de pie y bostezó.

—Bien, tenemos un plan. Buenas noches, que duerman bien. No se dejen morder por los gusanos de las cavernas.

—De nuevo —agregó Archex.

Por primera vez, la cueva se llenó de risas y Vi lo consideró un éxito.



Capítulo veintidós

AL DÍA SIGUIENTE, VI TOMÓ EL Camino de Savi; Kriki y Dolin caminaban con ella. Apenas tuvo tiempo de darse un baño en la regadera recién instalada, pero al menos casi todo su cuerpo olía a flores y, gracias al vibrocepillo de Kriki, su peluca parecía nueva. Incluso empezaba a sentirse de nuevo ella misma. Dolin olía al mismo jabón, a pesar de que se había quejado de que hacía poca espuma y se ofreció a enseñarle a Vi a hacer una barra de jabón de mejor calidad con grasa de gruffin y ceniza.

Ylena tuvo que ir al pueblo en un landspeeder para presentar a Dolin y a Kriki con Savi, pero regresaron enseguida con un Dolin sonriente y una Kriki que ronroneaba de felicidad; ambos habían obtenido la aprobación del chatarrero y estaban listos para trabajar. A pesar de la falta de sueño debida a la agitación de la noche anterior, el día pasó rápido y Vi estaba satisfecha.

Cuando, unos días después, Ylena y los otros recopiladores se dirigieron a la cantina después del trabajo, Vi, Kriki y Dolin los acompañaron. La caminata fue agradable. Vi tuvo que ocultar una sonrisa al ver que Dolin seguía a Ylena como si estuviera perdidamente enamorado. La manera en que Ylena se detuvo para ajustarse la bota y dejar que él la alcanzara sugería que ella también sentía algo. Kriki le dio un codazo a Vi, los señaló y soltó una risita aguda.

El atardecer era muy bello. Mientras caminaban por el viejo sendero del bosque milenario hacia el pueblo hecho a base de exiliados y de amor, Vi se dio cuenta de que este lugar comenzaba a ser como su hogar. No había sentido ese impulso desde Chaaktil, e incluso entonces, Chaaktil estaba demasiado sumergido en dolor y ansiedad como para que ella pensara en instalarse ahí o regresar algún día. Siempre que pensaba en hacer una visita, recordaba a su padre de rodillas y los troopers blancos detrás de él, en una fila de idénticas máscaras inexpresivas y blásteres.

Pero Batuu era hermoso y extraño, viejo y nuevo, mágico y natural. Incluso amaba los graciosos pajaritos pipa de largos picos rosados que caminaban dos pasos por detrás de los chatarreros, esperando algún tipo de amabilidad en forma de migajas. Cuando la entrada del Puerto de Tierra estuvo a la vista, Vi se puso sus gafas y se acomodó su nuevo mantón verde para cubrir su rostro. Esa mañana pensó llevar la máscara ubese, pero habría causado revuelo entre los chatarreros y los clientes habituales de la cantina.

Oga le prometió que ahí estaría segura; por ahora, el manto y los lentes bastarían. Usaría la máscara la próxima vez que fuera ahí para tratar sus propios asuntos.

Como siempre, cuando llegaron la cantina no estaba muy concurrida; la mayoría de los jefes no eran tan generosos como Savi en la hora de salida. Dos biths tocaban una melodía de jazz en un rincón mientras una hermosa mujer zeltron cantaba con suavidad al micrófono. Vi saludó a la vieja Nanz en la barra y pidió un jet juice, Kriki sorbió un bespin fizz y Dolin tomó una cerveza gamorreana; estaba feliz de haber encontrado por fin algo mejor que la cerveza amarga que hacían en su casa.

En el rincón de costumbre, con sus anchos brazos extendidos sobre el respaldo del reservado, Rusko asintió hacia Vi en señal de respeto, mientras N'arrghela limpiaba un cuchillo con los dientes, o limpiaba sus dientes con el cuchillo, era difícil decirlo. El talpini, como siempre, solo la miró con fijeza, pero Vi ya estaba acostumbrada.

Ya se estaba acostumbrando a todo aquí. Lo de las ruinas iba bien, no tendría problema en comprarle a Savi piezas más grandes, y Kriki tenía atentos a sus contactos en el PABS en caso de que encontraran un intercomunicador de largo alcance. Ahora, su problema principal era la presencia de Kath y sus troopers, así que pensó dedicar el siguiente día libre a buscar su campamento. También le preocupaba que hasta el momento solo tenía dos reclutas, quizá dos y medio si tomaba en cuenta el constante y sutil apoyo de Ylena. Hubiera sido más fácil ahuyentar a la Primera Orden si tuviera a sus propios soldados.

—¡Maldito *nerd*! —gritó una voz.

Todos miraron hacia la puerta de la cantina, por donde entraba un pequeño grupo de forasteros que parecían exhaustos, salvo el que caminaba fanfarroneando delante de ellos. Los otros vestían la práctica y habitual combinación de piel, armadura y tela manchada en tonos café y negro, fácil de olvidar, pero el tipo que los guiaba era ostentoso.

El hombre en cuestión era alto y esquelético, con su largo cabello morado atado en una cola de caballo baja y manchas de khol alrededor de sus penetrantes ojos. Sus pantalones rasgados de piel le ajustaban como si los hubieran cosido con él adentro y después lo hubieran aventado a un sarlacc con conciencia de la moda, aunque el impecable blazer de seda brillante azul marino que lo cubría parecía como si lo hubiera comprado cinco minutos antes, en un antro de mala muerte en los bajos fondos de Coruscant. Su camisa blanca y holgada y la brillante bufanda estampada eran la última combinación que, personalmente, Vi hubiera querido usar durante una pelea, pero el bláster negro mate en su cadera sugería que este tipo mataba a varios metros de distancia.

—¡Cantinera! ¡Una botella de vino corelliano! —gritó.

Con los codos sobre la madera maltratada, se echó hacia atrás y desvió la mirada de la barra hacia la sala.

—Me temo que no tenemos —respondió Nanz, pero en lugar de lanzarle la mirada provocadora acostumbrada, parpadeó un poco—. ¿Cuál es su siguiente veneno favorito?

Volteó para mirarla, se inclinó hacia ella y guiñó.

—Tú dime, señorita. Si tú y yo encontráramos un buen rincón para bebernos unos tragos, ¿qué escogerías?

—El vino de Toniray es bueno —respondió, alzando las cejas de un modo casi sugerente—. Si quiere sentirse un poco mareado y sofisticado antes de olvidarlo todo.

—Toniray, entonces, y cinco vasos. —Deslizó sus créditos sobre la barra con un dedo largo y elegante, cubierto de anillos, y agregó—: Quédate con el cambio, ¿eh?

Vi nunca hubiera pensado que aquella vieja malhumorada pudiera sonreír de esa manera, pero lo hizo. Con más agilidad que la que mostraba al servir a los demás, bajó una botella polvorienta y una pila de vasos. La misteriosa figura hizo un gesto con la barbilla a sus compañeros, dio un paso desenfadado y se detuvo de manera abrupta. Todas las mesas estaban ocupadas por los clientes habituales que tenían la prudencia de llegar temprano.

Parecía que todos se habían puesto de acuerdo para que el recién llegado sonara aún más ruidoso.

—¡Maldito puerto! ¡Solo hay un bar y ni una sola mesa libre! —rezongó.

Su voz era encantadora, imponente, fuerte, clara y bastante grave. Si Vi hubiera tenido una voz así se hubiera dedicado al radio, como el héroe local del puesto de avanzada, Palob Godalhi, cuya voz melódica y regular podía escucharse en casi todos los rincones del puesto de avanzada, día y noche, si se prestaba atención. Ese nuevo contrabandista afable, que daba de gritos en una cantina apartada, se sorprendió al ver que nadie se ponía de pie de inmediato y cedía a sus jugarretas. Casi todos los nativos ya se estaban riendo de él, agradecidos por tener algo nuevo e interesante que presenciar.

—Vamos, Zade —murmuró uno de sus amigos, de pie junto a una mesa alta—. Aquí está bien. Hemos pasado todo el día sentados. Trae la bebida y deja de armar escándalo.

—¡Claro que voy a armar un escándalo! Después de un largo día de acarrear, un hombre solo desea un poco de espacio. Y quizá también un sacacorchos. —Lanzó una mirada malhumorada y resentida alrededor de la cantina, colocó la botella y los vasos sobre la mesa, jaló el tapón con los dientes y sirvió.

—¡Por el caos! —gritó y levantó el brazo para brindar.

Hasta donde Vi podía observar, todos en la cantina lo miraban, ya fuera sin disimulo alguno o de reojo. Muchos estaban boquiabiertos y otros murmuraban.

—Sí, claro —replicó uno de sus amigos, con mucho menos entusiasmo y un poco de vergüenza—. Mmm, el caos.

Todos chocaron sus vasos y bebieron; el líder, Zade, chasqueó los labios y se sirvió un segundo vaso.

Sus compañeros se concentraron en sus bebidas, Zade dejó de hablar y comenzó a beber, y el barullo de la cantina regresó a la normalidad.

—Es un chico sofisticado —comentó Dotti—. No vemos con frecuencia a tipos como él por aquí. Podría ser una holoestrella, ¿no creen? ¿O un músico? Alguna vez salí con un músico, cuando era joven. —Su rostro se tornó soñador—. Muy bonitos labios para un músico.

—En efecto, es interesante —intervino Ylena, su cabeza estaba inclinada mientras contemplaba al hombre—. Tiene algo, un cierto brillo.

El comentario llamó la atención de Vi.

—¿Un brillo?

Ylena sonrió con complicidad y asintió.

Conforme transcurría la noche, Vi observó al hombre y escuchó fragmentos de las historias que contaba. En lugar de quedarse en su mesa, se paseaba como un príncipe benevolente que se digna a visitar a sus súbditos. Era ruidoso y entusiasta, y no parecía cruel ni abusivo; eso apoyaba lo que Ylena había dicho. Sin duda, este Zade no tenía madera de héroe, pero en ocasiones la Fuerza sabía más y siempre actuaba de forma misteriosa.

Al final, el forastero llegó a su mesa, pero en lugar de quedarse de pie junto a ella y saludarlos, saltó sobre la mesa, dio varias zancadas tambaleándose un poco sobre la madera pegajosa por el licor, y se deslizó en un espacio entre Dotti y Da-zorai.

—¿Y quién es esta joven hermosura? —murmuró.

—Tu próxima novia, si sabes hacer las cosas —canturreó Dotti, moviendo un poco los hombros con coquetería.

—Es un poco exagerado —murmuró Dolin, que estaba sentado entre Dotti e Ylena, y se ruborizó al rojo vivo en cuanto Dotti comenzó a contonearse.

Vi no lo culpaba: Dotti podía ser su abuela y Zade la tenía bajo su encanto.

—No había conocido nunca a nadie con tanto carisma —susurró Vi para que solo Ylena y Kriki la pudieran oír—. Imagino que podría engañarla y robarle todo, y ella se lo agradecería.

—No soy un ladrón, amiga misteriosa —afirmó en voz alta—. Aunque podría serlo. Pero tengo buen oído. También buenas manos. La mayor parte de mí, para ser honestos, está muy bien.

Vi se inclinó sobre la mesa, sintiéndose un poco atrapada.

—No dije que fueras ladrón —replicó—. Solo que podrías serlo.

—Y yo podría agradecértelo si escogieras el bolsillo correcto —añadió Dotti.

—Por las estrellas —intervino Kriki—. Ya dice cosas sin sentido.

El hombre se inclinó, con un codo sobre la mesa, y alzó una bebida. La de Dolin, si Vi no se equivocaba.

—Tengo ese efecto —ronroneó—. Por cierto, soy Zade Kalliday. Si necesitan contrabandear algo, yo soy su hombre. Claro que primero tendrían que robarlo. Yo soy algo así como el transportista. Llevo mercancía del punto A al punto B, zigzagueando un poco entre ambos. Mi nave es el *Midnight Blade*, y vuela más rápido que cualquiera. —Su sonrisa se curvó un poco—. En general. Por el momento tengo algunos problemas locales, pero les daré un buen precio si pagan por adelantado.

—¿Tienes un intercomunicador de largo alcance? —preguntó Vi, asegurándose de no parecer muy ansiosa.

Él puso los ojos en blanco.

—Por supuesto. *Es* una nave. Pero, por desgracia, está un poco… mmm… incautada por el momento. Esta Oga Garra es todo un personaje, ¿verdad?

Vi suspiró. Claro que no iba a ser tan fácil toparse con la nave de un carismático forastero y hacer sus llamadas fuera de la jurisdicción de Oga.

—Avísame cuando vuelvas a tenerla en tus manos, y con gusto pagaré por un momento de privacidad con tu intercomunicador —propuso.

Él atrapó su mirada al otro lado de la mesa, y aunque ella no estaba prendada de él, reconoció el poder de su atractivo. Su mirada era como caer por una cascada.

—¡Ah! Te avisaré. Y te daré privacidad.

La forma en que lo dijo era como una caricia y Vi sacudió la cabeza. Él solo la había mirado los ojos y las manos; aun así, coqueteaba con ella.

—A otra con eso —respondió, usando el mismo tono que la abuela de Dolin, lo que hizo que el campesino resoplara—. Necesito un intercomunicador, eso es todo.

Después de asentir en dirección a Vi como si sugiriera que sabía que estaba mintiendo, Zade besó la mano de Dotti y la hizo reír. Sin más, volvió a saltar sobre la mesa, caminó de puntitas alrededor de los vasos vacíos, bajó al suelo con un salto teatral, lanzó un brindis y bebió el resto de su vaso.

—¡Ey, ese es mío! —gritó Dolin, pero Zade ya había desaparecido en la multitud.

—Lo escuché cuando hablaba con sus amigos —le contó Kriki a Vi mientras todos los recolectores hablaban entusiasmados del nuevo amigo—. Le debe a Oga un montón de créditos. No ha pagado la cuota de amarre en años, así que se suponía que debía hacer un trabajo para ella para compensarla, pero lo abordaron, perdió el cargamento y ahora está furiosa.

—Entonces ¿cómo paga las bebidas? —preguntó Vi.

Kriki se encogió de hombros.

—Supongo que no habla de eso. Pero yo revisaría mis bolsillos si fuera tú. Con frecuencia, las personas que dicen a gritos que no son ladrones solo están avisando que en realidad lo son.

Vi dudaba que incluso el bandido más talentoso y carismático pudiera robar de sus bolsillos, cerrados con firmeza, con tres cuerpos entre ellos, pero de todas maneras lo verificó. ¿Sería posible que alguien tuviera lo que Ylena llamaba «brillo» y, aun así, ser deshonesto? Aunque platicó con Kriki, con Ylena y los demás durante toda la noche, sus ojos seguían de vez en cuando a Zade alrededor del bar. El hombre rezumaba carisma y gracia. Todo el mundo lo adoraba. Incluso Rusko le dio unas palmadas en la espalda, lo que hizo que Zade sacara el licor azul por la nariz.

Por primera vez, Vi no se fue temprano; se quedó el mismo tiempo que los otros recolectores. Cuando Ylena se levantó, Dolin le ofreció de manera cortés acompañarla a su casa y Kriki pidió acompañarlos. Dolin casi logra disimular su decepción por tener una chaperona pequeña y peluda con un oído perfecto. Vi les dijo adiós con una seña y una sonrisa, y se quedó sentada, un poco separada de Dotti y de Roxi; ambas habían bebido mucho y estaban desplomadas sobre la mesa.

La cantina seguía en plena actividad, llena de contrabandistas y visitantes que no tenían que despertar al alba ni arriesgarse a la furia de sus empleadores. Había una diferencia en el nivel de ruido y la energía del lugar, ya que las dos nativas responsables de terminar con la cerveza estaban fuera del juego. La música subió de volumen, los gritos se hicieron más fuertes y Rusko tuvo que arrastrar a algunos tontos hasta la salida porque estaban peleando, algo que estaba prohibido expresamente en las reglas de Oga. Al menos no le arrancaron el brazo a ninguno, aunque parecía que N'arrghela solo estaba esperando la oportunidad.

—¡Son unos desgraciados! —La voz de Zade resonó y el clamor de la cantina se calmó un poco—. Créeme, camarada, no te conviene unirte a ellos. ¿La Primera Orden, dicen llamarse? ¡Ja! No tienen nada de ordenado. Son ladrones, acosadores, monstruos. Me quitaron todo mi cargamento sin ninguna razón. Tenía los códigos correctos, la documentación, y volaba por los carriles normales del espacio. Pero me abordaron, vieron el valor de la carga y la robaron. —Se había formado un círculo a su alrededor, en el centro de la cantina, y él extendió los brazos y volteó—. Y aquí estoy. Atrapado sin remedio. Todo por la Primera Orden.

—Esa es solo tu opinión —intervino alguien—. Pagan bien.

Zade giró alrededor del contrabandista en cuestión, un hombre bajo y calvo, y le puso un dedo en la cara.

—¡Ja! Pagan bien siempre y cuando tengas algo que ellos desean, y es más fácil pagarte unos cuantos créditos que tomar lo que buscan, matarte y hacer el papeleo necesario. ¿Viste lo que pasó con Hosnian? Un sistema completo que desapareció así nada más. —Tronó los dedos y la sala enmudeció; todos lo miraban, atentos.

—No se puede luchar contra algo tan grande —opinó alguien.

Zade caminó hasta quedar frente a él.

—Ah, ¿un pequeño gusano spike no puede ganarle a un ronto adulto? Te puedo asegurar que siempre hay una manera de pelear contra algo grande, en particular cuando muchas personas pequeñas se unen o trabajan por separado con un mismo motivo y muchos explosivos.

Vi sintió que el corazón le daba un vuelco al verlo moverse entre la multitud. Tenía razón en todo lo que decía y las personas estaban bajo su hechizo. Las pocas veces que Vi trató de reclutar a gente aquí, se habían resistido y enojado, pero, cuando Zade hablaba, sus rostros se iluminaban y eran amistosos. Por supuesto, Vi había tratado de llegar a los corazones de los nativos, que sentían una apasionada lealtad por el puesto de avanzada de Black Spire y solo esperaban ignorar los conflictos del resto de la galaxia en favor del equilibrio en su hogar. Zade parecía dirigirse a contrabandistas como él, que sabían muy bien lo que pasaba allá afuera y que quizás ellos mismos habían sido víctimas de la Primera Orden. Aun así, escuchar hablar a Zade… bueno, sin duda le daba ideas. Por un momento pensó que tal vez él pertenecía a la Resistencia.

—No deberías decir esas cosas —gritó la vieja Nanz sobre el barullo—. Hay un oficial en el pueblo y trajo a sus cabezas de cubeta. Si provocas mucho alboroto, ¡despertarás sin esa bonita cabeza!

Zade le sonrió y se tocó el cabello como para comprobar que su cabeza seguía pegada, pero Vi advirtió que titubeaba un poco. El hombre tenía que estar un poco borracho, pero lo ocultaba bien. Tal vez estaba acostumbrado a estar ebrio.

—¡Tienes razón, muchachita! No debería ser ilegal hablar mal de nuestro gobierno pero, de nuevo, no son exactamente nuestro gobierno, ¿o sí? Antes teníamos uno. Teníamos un Senado. No siempre era justo y era un poquito corrupto, pero lo teníamos. ¿Y qué pasó? —Alzó las manos como imitando una explosión, y Vi se estremeció—. *¡Buuum!* ¿Y ahora la Primera Orden piensa que puede gobernar solo porque quiere? Pues bien, ¡yo no voté por eso!

—¡No puedes votar! ¡Te buscan en dos sistemas! —gritó uno de los contrabandistas.

La sala estalló en carcajadas embriagadas. Como respuesta, Zade sonrió e hizo una reverencia como si admitiera su culpa.

—Todo lo que digo es esto: no confíen en ellos. No dejen que ese oficial entierre sus sucios dedos en este suelo y eche raíces. No dejen que piense que puede llegar y maltratar a su gente. No hagan que se sienta bienvenido. No acepten sus créditos.

—¡Yo acepto los créditos de cualquiera! —vociferó otra contrabandista.

—Entonces invítame un trago, buena mujer, y hablemos de algo menos nauseabundo. Hutts, ¿por ejemplo?

—¡Ey! —gritó un joven hutt desde un rincón—. ¡Eso es ofensivo!

Pero Zade ya estaba rodeado de nuevo de sus admiradores, con una bebida en cada mano. Brindaba a la salud de sus excelentes amigos. Vi dejó de beber, pero no dejó de observarlo en silencio desde las sombras. Cuando al fin salió solo de la cantina, tambaleándose, ella se escabulló y lo siguió.



Capítulo veintitrés

AUNQUE ZADE PARECÍA FUNCIONAL EN LA cantina cuando aún estaba rodeado de un mar de personas igual de ebrias, afuera, en los callejones, era un completo desastre. Muy pronto fue evidente que estaba perdido, o quizá, como habían incautado su nave, simplemente no tenía adónde ir. Caminó dando tumbos hasta la puerta cerrada de un departamento, sacó un pequeño datapad para piratear el código y maldijo cuando la puerta se negó a abrirse. Vi estaba a punto de ir a hablar con él cuando escuchó un conocido repiqueteo de armaduras.

Dos stormtroopers dieron vuelta en la esquina, bláster en mano. Vi había escuchado que Kath ordenó a sus soldados que patrullaran tarde por la noche, pero hasta ahora los había evitado con facilidad. Se ocultó en las sombras, subiendo su bufanda con cuidado para ocultar su rostro y sujetándola bajo las gafas para que no cayera.

Zade dio un tumbo hacia la derecha, con su hombro recargado contra la pared. Pasó una bota sobre la otra, cruzó los brazos y se lamentó:

—Ni siquiera puedo disfrutar de un agradable paseo sin que la tiranía llegue a arruinar una velada placentera.

En silencio, Vi se golpeó la frente. Si decía algo tan suicida, de ninguna manera era un espía, mucho menos de la Resistencia.

Los troopers, que antes habían marchado frente a él, se miraron y giraron al mismo tiempo, como si fueran uno y empuñaron sus blásteres con más fuerza.

—¿Algún problema? —preguntó uno, una mujer.

—Sí, uno. No me gusta que mi rincón de la galaxia lo ensucien asesinos y dictadores. No tienen ninguna justerficción… jurbalición… —Hizo una pausa y eructó—. No tienen jurisdicción aquí. No pueden ir por ahí violentando gente.

El otro stormtrooper se acercó y presionó su bláster contra el vientre de Zade, algo que Vi conocía muy bien.

—Sí podemos. ¿Quién nos va a detener? ¿Tu preciosa República? Malas noticias, escoria espacial, ya no existe. La Primera Orden está aquí para poner orden, lo que significa que desintegrar a alguien como tú es servicio público.

Zade arqueó las cejas y abrió la boca para decir algo inteligente o excesivamente estúpido, algo que quizás hiciera que lo mataran. Así que Vi hizo algo que no debió haber

hecho en absoluto: se aseguró de que estaban solos en el callejón, sacó su bláster y disparó a los dos stormtroopers en el estrecho espacio descubierto entre el casco y la placa del omóplato. Ambos cayeron hacia el frente, forzando a Zade a hacerse a un lado con una mueca, como si orinaran sobre sus costosas botas.

—¿Hola? ¿Mi salvador? ¿O quizá mi sueño hecho realidad? —preguntó Zade entrecerrando los ojos hacia el lugar en el que Vi estaba escondida. Rodeó los cuerpos de los troopers—. No alucino, ¿o sí?

Vi miró de nuevo a ambos extremos del callejón antes de salir corriendo y arrancar los cascos de los soldados para estar segura de que estaban fuera de servicio. Tomó uno de los cascos y los dos blásteres, se incorporó y preguntó:

—¿Necesitas un lugar donde dormir?

Zade la miró de arriba abajo.

—¿Me vas a disparar si digo que no?

—No te voy a disparar, pero sabré que estás mintiendo. Tenemos que irnos antes de que alguien se dé cuenta de que faltan estos troopers. Vamos. Hablaremos en el camino. Hasta que salgamos del pueblo, hazme un favor y cállate.

—No es así como me gusta…

—Dije que te callaras.

Vi le dio un bláster y señaló con la barbilla la ruta más rápida para salir del pueblo. Después de desactivar el rastreador del casco, lo escondió bajo su manto y comenzó a trotar, empuñando el bláster con la otra mano. Lo que hizo Zade no podía en realidad llamarse trote, ya que seguía ebrio, pero mantuvo el paso, caminando como un pato en una suerte de tambaleo agitado. Vi se mantuvo en las sombras de la vía pública, como Kriki le había enseñado, alerta ante cualquiera que armara un lío por los troopers que habían dejado atrás. Pero era muy tarde y toda la gente razonable estaba en casa, dormida. Por suerte, el tipo de gente que aún estaba despierta no se escandalizaba por un tiroteo aleatorio ni por cadáveres desvalijados.

Respiró con alivio cuando cruzaron el arco y se dirigieron hacia el bosque. Estaba extenuada y harta de cargar el pesado casco; no podía esperar a llegar al campamento. Cuando Zade se detuvo, ella dio media vuelta y murmuró:

—¿Qué crees que haces?

Zade alzó un dedo, apartó su bufanda, vomitó por lo menos un litro del alcohol, se limpió la boca con el dorso de la mano y respondió:

—Me quito de encima el exceso de equipaje. Ya me siento mejor. ¿Tienes agua en el lugar al que me llevas? Supongo que no me arrastraste hasta aquí para realizar algún extraño asesinato ritual, aunque no me impresionaría.

Ella puso los ojos en blanco.

—Si te quisiera muerto, ya lo estarías.

—En realidad, lo imaginé cuando te vi cometer el asesinato.

Vi miró hacia el puesto de avanzada, que seguía oscuro y en silencio.

—Mira, te escuché hablar en la cantina. Parecías solidario con la Resistencia.

—La Resistencia —repitió, como si se tratara de una fiesta muy elegante a la que no lo habían invitado—. Escuché que la mayor parte había sido aniquilada.

Vi se encogió de hombros y comenzó a caminar de nuevo. Ahora, la siguiera o no, no estaba en sus manos. Cuando escuchó crujir las botas de Zade detrás de ella, sonrió para sus adentros.

—Es cierto que la Primera Orden aniquiló a la mayor parte de la Resistencia, pero ese es el secreto de hacer lo correcto y pelear en una batalla justa: la gente sigue haciéndolo sin importar las consecuencias.

Él comenzó a tararear.

—A juzgar por el hecho de que mataste a estos troopers, te llevaste el casco y todavía no me das un citatorio para los tribunales, ¿tengo que asumir que eres una de ellos?

—Bueno, eso depende. —Vi miró sobre su hombro—. Tú nunca dijiste si eras o no solidario con la Resistencia. Mucha gente habla, pero es más difícil actuar.

—Odio actuar.

Ella rio. Era rápido, se lo concedía.

—Supongo que esta Resistencia tuya suena divertida —añadió por fin—; con eso quiero decir que no lo es, y que quizás en realidad es demasiado trabajo.

Vi se encogió de hombros.

—Como la mayoría de los trabajos, tiene sus altibajos. Algo que nos ayudaría mucho es reclutar a gente. Atraer a algunos nativos, quizá solo llamar la atención de la gente que pasa. Y parece que a ti te gustaría dañar a la Primera Orden.

Zade caminaba junto a ella, y su paso era más certero ahora que se había deshecho del licor. Rio en voz baja y Vi supuso que era el tipo de sonido que hacía que la mayoría de las mujeres se extasiaran. Eso no tenía ningún efecto con ella.

—Sí, me gustaría dañar a la Primera Orden, pero sé que las guerrillas no pagan bien, y me gusta que me paguen. En particular, me gustaría que me pagaran para poder recuperar mi nave y no quedarme varado en un planeta sarnoso como este.

Vi asintió, ya era algo.

—El dinero no es mucho, cierto. Pero estamos empezando a establecer un refugio aquí cerca; además, tenemos comida, agua y camaradería con personas que piensan igual. Si tenemos éxito aquí, y tú nos ayudas, la General Organa te pagará. Puesto que tu trabajo consistirá sobre todo en pasártela en la cantina y ganar adeptos a la causa, bebiendo con nuestros créditos y viviendo en nuestras barracas, no es que te desvíes mucho de tu camino, siempre y cuando tu nave siga incautada.

—¿Y a la Resistencia le importa si sus miembros apuestan y trafican para aumentar sus ingresos, hasta que la princesa pague? Porque no sé si lo sabes, pero mi nave…

—Está incautada y le debes a Oga. Lo has dicho muchas veces.

—Le debo una fortuna. —Hizo una pausa—. Suena divertido. Le debo a Oga. Le debo a Oga. ¡No, qué va! ¡Le debo a Oga en exceso!

Vi estalló en carcajadas.

—¿Sigues borracho o así eres?

—Así soy.

Caminaron en silencio por un momento y Vi se preguntó cuánto faltaría para que amaneciera. Su adrenalina seguía alta tras matar a los troopers y aún no estaba segura de si se arrepentía de haberlo hecho. Pudo tratar de convencerlos de que no mataran a Zade o incluso usar su bastón táctico para golpearlos lo bastante fuerte para dejarlos inconscientes mientras ella y Zade escapaban. Matarlos solo serviría para hacer enojar a Kath. *Hacerlo enojar más*. Y, si alguien los había visto, identificarían a Vi como la asesina.

En fin, no era probable que Kath tuviera más ganas de capturarla ahora que antes. Sería mejor que se mantuviera alejada por completo del puesto de avanzada, o al menos que pusiera más atención y llevara la máscara. Por suerte, un teniente enfurecido y la tropa que lo acompañaba solo podían buscar en un lugar a la vez.

Conforme se acercaban a las ruinas, Zade se puso nervioso. Eso era bueno; fuera de la cantina se había comportado como un tonto, pero al menos estaba alerta ante el peligro.

—Este es nuestro campamento —le anunció Vi—. El inicio de nuestro centro de mando. A los nativos les dan miedo las antiguas ruinas, así que las limpiamos y nos las apropiamos. No trates de robar o beber del cenote, está lleno de anémonas venenosas.

—Eso parece seguro.

—Es seguro para las personas que saben que no deben robar ni beber de él.

Zade se detuvo, su voz tenía una suavidad particular.

—No te pregunté, pero ¿por qué te quedaste con el casco? Objeto repugnante.

Vi también se detuvo y levantó el casco blanco con ambas manos.

—Aunque me gustaría decir que es un recuerdo, solo sé que este tipo de cosas pueden ser útiles. Aparte, tiene un intercomunicador integrado. Perdimos mucho de nuestro cargamento al llegar aquí, gracias a Oga. Así que tenemos un enemigo común. Ahora estamos tratando de armar algo con lo que tenemos y con lo que podamos rescatar, ganar o comprar barato. Ahora que lo pienso, debí haberte dicho que trajeras el otro.

Sus labios se curvaron en disgusto.

—Ugh, tal vez hubiera vomitado en él.

Vi pensó en cuál sería la reacción de Archex al verlo.

—Sí, no eres el único que se siente así.

—A propósito, ¿cómo te llamas? Tengo la certeza de que tú ya sabes mi nombre. Me di cuenta de que me observabas en el bar, solo que confundí un tipo de interés por otro.

Le parecía extraño darle su verdadero nombre, pero Vi también lo percibía: Ylena tenía razón.

—Soy Vi —respondió—. Vamos. Mi gente estará dormida, pero tenemos camas libres.

Zade volvió a adoptar su actitud fanfarrona, y la siguió como si esperara encontrar a una multitud.

—Excelente. Eso es mucho mejor que quedarse dormido debajo de la mesa de una cantina y despertar con ese talpini mirándome como una espantosa gárgola.

—Es espeluznante, ¿verdad?

—Más que eso.

Llegaron hasta las luces, que ahora estaban tenues para dormir. Vi se llevó un dedo a los labios. No estaba segura de poder callar a Zade, pero eso funcionó por lo menos un instante. Le señaló un nicho vacío en la pared, y sin pedir un colchón ni una cobija, se echó, le hizo un saludo militar y al instante comenzó a roncar, con una de sus piernas colgando hasta el suelo.

—Bienvenido a la Resistencia —murmuró Vi.

Guardó el casco entre el cargamento y se acostó en su litera, vestida por completo. Por segunda noche consecutiva estaba exhausta y adolorida de la cabeza a los pies. Necesitaba un día libre, un botiquín, un audiodrama que pudiera escuchar mientras tejía. Pero sabía que lo que le esperaba era un despertar al alba y un largo día seguido de una noche de liderazgo.

—No sé cómo lo hace Leia —murmuró para sí misma antes de quedarse dormida.

Esa paz, por supuesto, no duró.

Vi despertó asustada al escuchar el grito de Archex.

—¿Tú quién eres?

Estaba atontada y apenas despierta; aún le quedaban por lo menos otros treinta minutos más para dormir antes de que sonara la alarma de Pook, pero se puso de pie para ver a Archex erguido sobre Zade. El recién llegado solo se quedó echado en su nicho, con las manos abajo de la cabeza y los pies cruzados y aún calzados con sus botas. Aunque la resaca fuera enorme, no había duda de que no le faltaban agallas.

Zade abrió la boca, pero Vi lo interrumpió antes de que dijera algo desafortunado.

—Él es Zade. Nuestro nuevo recluta.

Archex miró a Zade de arriba abajo, cruzado de brazos y sus ojos castaño oscuro fijos en él. Dolin despertó y se acercó, su cabello y rostro estaban marcados por la almohada que había traído de casa.

—Es el tipo de la cantina —comentó Dolin—. El escandaloso.

—Ese soy yo —admitió Zade—. El escandaloso. Y tú eres el grandote.

—Bueno, es justo. Bienvenido.

Dolin regresó a su cama, se dio la vuelta y se cubrió con las cobijas. Vi pensó que era un alivio contar con alguien tan fácil de tratar, abierto y razonable como Dolin. Archex, por el contrario, era como un cable bajo tensión, siempre alerta, siempre esperando lo peor, acechando el peligro en cada esquina. ¿Cómo no? En su vida había experimentado tantos traumas y traiciones que era un milagro que siguiera siendo funcional.

—Zade, él es Archex. Me encontré a Zade anoche en la cantina; estaba convenciendo a casi todos de que la Primera Orden es terrible. Archex es el segundo al mando, está a cargo del entrenamiento, las armas, la seguridad y la comida.

Vi nunca había mencionado en voz alta las tareas de Archex; esperó que eso fuera el bálsamo que lo ayudara a no estallar de rabia contra Zade, cuya personalidad era casi el opuesto exacto. Archex tenía valores morales, era noble, trabajador, estricto y exigente consigo mismo. Al contrario, parecía que Zade carecía de valores, era apático, irrespetuoso y arrogante; por lo menos eso era lo que Vi había observado en solo unas horas de conocerlo. Existía alguna posibilidad de que los dos hombres se llevaran bien, pero… en fin, seguían midiéndose con la mirada. Entre más divertido parecía Zade, más enojado se mostraba Archex.

—¿Alguno de los dos podría parpadear para que podamos desayunar? —preguntó Vi, frotándose los ojos—. Tengo que ir al trabajo.

—Ah, trabajo —exclamó Zade estirándose de manera exagerada—. La palabra que menos me gusta. Quiero decir, no está mal cuando navego a toda velocidad en piloto automático, con la nave cargada con alguna recompensa, pero algo me dice que en este planeta nadie sabe cómo ganarse la vida con seda brillante; es decir, ¿a quién podría preguntarle?

Se quitó una mancha de polvo que, resultaba obvio, no le había importado la noche anterior.

—Pff. Seda brillante. Para empezar, ¿a quién le gustaría vestirse con ella? —Archex sacudió la cabeza, indignado, y se fue.

Zade dirigió su sonrisa traviesa a Vi.

—Muy divertido este tipo. Apuesto a que le encanta relajarse y experimentar nuevas formas de hacer las cosas.

Vi suspiró.

—Cada uno de nosotros ofrece capacidades únicas a la Resistencia. Tú no puedes hacer su trabajo y él no puede hacer el tuyo. No lo provoques mucho, ha tenido un año difícil.

Zade se sentó y puso los pies en el suelo.

—Me di cuenta de que cojea.

—El daño es más profundo. Se quedarán aquí, juntos, la mayor parte del día. Trata de no fastidiarlo.

Zade se rascó la barba incipiente que le había crecido durante la noche.

—¿Me pides compasión a esta hora? —preguntó—. Mujer, con dificultad puedo ofrecerte prudencia. —Cuando Vi le lanzó una mirada severa, suspiró—: Está bien, trataré de no hacerle cosquillas al gundark, pero si tomamos en cuenta mis horas de trabajo, espero que comprenda que dormir hasta la hora del almuerzo no es indolencia, es cuidado personal.

Vi asintió y fue al baño; esperaba que Zade durmiera hasta la tarde, así se evitarían problemas. Pook ya había abierto el contenedor donde estaba su ropa y fue maravilloso ponerse unos pantalones limpios. Cuando estuvo presentable, se encontró a Archex en la mesa improvisada que le pidió a Pook que armara, una de las puertas de su nave soportada por unos contenedores vacíos.

—¿Qué haces? —le preguntó, puesto que parecía que no estaba haciendo nada y eso era lo último que le gustaba hacer.

—Sueño con caf y trato de evitar la idea de despertar un poco de juicio en ese vagabundo espacial que trajiste a casa.

Vi comprendía ambos deseos, pero solo podía satisfacer uno.

—Si me prometes no humillarlo, después del trabajo mandaré a Kriki al pueblo para que compre caf y más carne. Después de todo, un líder no puede mandar sin alimentar.

Archex la miró de forma extraña.

—¿Quién te dijo eso?

—Yo, cuando mi líder de equipo se quedó sin comida después de Crait. La Resistencia ha tenido días de vacas flacas. Al menos ustedes siempre tenían engrudo nutritivo y agua con anfetaminas.

Archex inclinó la cabeza en reconocimiento.

—Aunque los oficiales sí tenían buen caf. Hablando de eso… —Archex le hizo una seña para que se acercara. Vi tomó una fruta de una caja sobre la mesa y se sentó junto a él, mientras masticaba—. ¿Sabes el nombre y el rango del oficial que está en Batuu? No hemos podido hablar de eso, con todos estos nuevos chicos, pero puedo ayudar con la estrategia si tengo más información.

Vi se inclinó hacia él.

—El Teniente Wulfgar Kath. Un tipo importante; de hecho, el tipo más importante de la Primera Orden.

Archex se echó hacia atrás; sus sutiles expresiones pasaron de la sorpresa a la rabia y la astucia.

—Sí, lo conozco. Colaboramos juntos. Fuimos amigos un tiempo, cuando éramos jóvenes y nuevos, pero al final sus ambiciones se salieron un poco de las manos. Siempre tuvo la mirada puesta en subir de rango. Una vez sacó de en medio a un trooper de manera particularmente sucia para obtener la aprobación de nuestro instructor. Es una de las personas más precisas y exigentes que haya conocido, casi un fastidio. —Suspiró—. No es bueno. Kath es el peor enemigo. Implacable. No le interesan ni el orgullo ni el altruismo; le interesa Kath, el poder, el control. Es por completo obsesivo.

El meiloorun en la boca de Vi perdió el sabor; se tragó el pedazo y arrojó el resto de la fruta en el contenedor de la composta.

—No es eso lo que quería escuchar. Esperaba que fuera un idiota.

—Kath está muy lejos de ser un idiota. Nadie que llega a teniente de la PO lo es.

—¡Buenos días! —canturreó Kriki al entrar a la habitación, cargando una caja que cubría su rostro.

Vi y Archex se miraron como diciendo «Esta conversación no ha terminado», y cambiaron su expresión para evitar contagiar su preocupación a la alegre chadra-fan. Kriki dejó la caja sobre la mesa y les ofreció una gran sonrisa.

—Reuní todos los intercomunicadores que encontré y abrí un canal para nosotros. Está del todo protegido, no se puede rastrear y solo se desbloquea con la frase código. —Su risita sonaba aguda y diabólica—. Adivinen cuál es la palabra clave.

—¿Trasero de Snoke? —trató de adivinar Vi.

Archex puso los ojos en blanco ante ese síntoma de inmadurez.

—¡Oh, ahora me gustaría que fuera esa! Es… —Kriki emitió un sonido agudo como un estornudo que parecía *sneeklee-pfix*, y volvió a reír—. Es perfecto, ¿no creen? —Vi trató de repetir el sonido, Kriki agitó las fosas nasales e hizo una mueca—. No, no, nada parecido. Así nunca podrás tener acceso al canal.

Vi lo intentó unas veces más y Archex se unió al esfuerzo; parecía que ambos tenían problemas de alergia. Por fin, Kriki sacudió la cabeza y dejó caer sus orejas.

—No sabía que el chadra-fan fuera imposible de pronunciar para otras especies. ¿Le ponemos entonces «trasero de Snoke»?

—¿Por qué no algo fácil, como «hippoglace»? —sugirió Vi.

Kriki se encogió de hombros.

—Si quieres, pero creo que sería desperdiciar una oportunidad para unir al grupo. —Metió la mano a la caja y sacó todos los intercomunicadores de pulsera que Vi había recogido de los cadáveres de los secuaces de Oga—. Puedo reprogramarlos esta noche después del trabajo, y así podremos comunicarnos sin importar en qué lugar de Batuu estemos.

—Gracias, Kriki. No sé qué haríamos sin ti —exclamó Vi.

La chadra-fan se esponjó y ronroneó.

—¡Eh! No sabía cuánto necesitaba escuchar eso hoy.

—Tú también estás haciendo un buen trabajo, Archex —agregó Vi, con una mirada sincera.

Pero él no ronroneó, ni siquiera sonrió.

—Significará más cuando sea cierto. No me subestimes.

Se puso de pie, gruñó y salió de la cocina.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Kriki.

Vi sacudió la cabeza y respondió:

—Todo. Y la falta de caf no ayuda.



Capítulo veinticuatro

ESA TARDE, CUBIERTA POR SU MÁSCARA ubese, Vi se dirigió a Ronto Roasters para comprar la cena para la base. Sabía que, mientras Kath la estuviera buscando, lo mejor sería quedarse en casa. Pero nadie más de su equipo estaba entrenado para recopilar información y necesitaba saber cómo estaba operando la Primera Orden en el puesto de avanzada. Se sentía reanimada: había llovido muy fuerte esa tarde y durante el aguacero los chatarreros se refugiaron en el hangar. Vi durmió dos horas mientras las otras mujeres conversaban, hilaban con husillos, tejían a gancho y bebían de una petaca que la vieja Dotti guardaba junto a su cadera. Ahora todo brillaba con las gotas de lluvia. Su paso era animado y se sentía con suerte.

Por fin las cosas iban bien, o al menos mejor. Gracias al corto ciclo de sueño de Kriki y a su genialidad con la tecnología, las cuevas comenzaban a sentirse como un verdadero cuartel general, y en este mismo momento la chadra-fan estaba estableciendo la red de intercomunicadores para poder comunicarse en todo el puesto de avanzada, una tarea mucho más valiosa que ir a buscar la cena. Dolin salió a buscar trufas con Waba; eso les daría un poco más de dinero y calmaría a la bestia inquieta, que había pasado todo el día gimiendo porque no estaba su amo, haciendo que Archex se pusiera de mal humor y que Pook alcanzara nuevas profundidades de melancolía.

Vi se cobijaba bajo las sombras; disfrutaba de una de las noticias de Palob Godalhi que emitía un radio cercano, cuando escuchó voces que se elevaban.

Eran stormtroopers; con sus blásteres, apuntaban a un par de ancianas que tejían canastos y vendían frutas y verduras que llevaban en un carrito, demasiado cerca de la cantina, para gusto de Vi. Con rapidez, se escondió detrás de una columna para observar. La máscara ubese amplificaba el sonido de su propia respiración y el sudor goteaba por su nuca. Alrededor del mercado, los vendedores miraban con precaución desde sus escaparates y los clientes se apresuraban a un lugar seguro.

—Hubo un asesinato anoche —anunció uno de los troopers—. Aquí, junto a la cantina. Mataron a dos de los nuestros. Ejecutados. ¿Qué saben de eso?

Vi conocía a esas mujeres, las había ayudado a recoger sus canastos un día de viento y recordaba que la que llevaba el amplio sombrero tejido se llamaba Jenda, y su hermana

con pecas era Oh-li. Jenda solo sacudió la cabeza con tristeza como si fuera una lástima y el trooper le apuntó con su bláster.

—No sabemos nada, ¡nada! —gritó Oh-li, poniéndose de pie. Cuando alzó sus manos ajadas, sus brazaletes de cable barato tintinearon; su boca desdentada temblaba—. ¡Nosotras nos acostamos temprano!

El otro trooper le apuntó con su bláster y ella se volvió a sentar, con su vestido largo ondulando a su alrededor. Era una demostración cruel de la intimidación de la Primera Orden, dos soldados armados que apuntaban sus armas a ancianas débiles e impotentes, y logró que a Vi le hirviera la sangre.

—¿Conocen a Vi Moradi? —preguntó el primer trooper.

—¿A quién? —preguntó a su vez Jenda.

—Una agente de la Resistencia.

Oh-li sacudió la cabeza.

—Le vendemos a la gente.

La bota del trooper salió disparada y aplastó la canasta que la mujer tejía. Todo el mercado pareció quedar en silencio al escuchar el crujido de paja y junco.

—Hay una nueva mujer en el pueblo —gritó el trooper con fuerza para que todo el mundo escuchara—. Es una espía de la Resistencia. Tiene piel morena y puede responder al nombre de Vi Moradi, Amaka Kottu, Evette Harlo o Starling. Es enemiga de la Primera Orden y hay una buena recompensa por su cabeza. Ahora, les preguntaré de nuevo. —Apuntó con su bláster directamente entre los ojos de Jenda—. *¿Conocen a esa mujer?*

Los labios de Jenda temblaron; lanzó una mirada rápida a su hermana, que meneó la cabeza de manera muy sutil. Vi sintió una profunda gratitud por esas valientes mujeres, que estaban dispuestas a defenderla a ella, o quizás a la Resistencia, frente a los troopers. ¿Sería porque las había ayudado ese día de buena gana, cuando nadie más lo hizo? ¿O porque en otra ocasión se detuvo para ofrecerles un poco de agua y elogiar su cestería? ¿Sería porque había tratado de adaptarse, a diferencia de los pilotos de carreras y los contrabandistas que llegaban, gastaban su dinero y se iban? No hacía mucho tiempo que había llegado, así que no era uno de ellos… aún. Aunque en ocasiones ella sintiera que sí lo era.

—Les preguntaré una vez más dónde puedo encontrar a la espía de la Resistencia. Sabemos que está aquí.

—Solo soy una anciana…

El trooper golpeó con el bláster el rostro de Jenda, de cuya nariz salió un chorro de sangre; la anciana se dobló, se meció y comenzó a llorar mientras su sombrero rodaba por la calle. Oh-li la abrazó y le murmuró algo al oído entre el tintineo de sus brazaletes. En todo el mercado, la gente miraba, pero nadie habló ni dio un paso al frente; por el contrario, se ocultaron en las sombras, detrás de las columnas y bajo los toldos. Nadie hizo nada por ayudar. Nadie levantó el sombrero ni le ofreció un paño a Jenda. Parecía que algunos querían hacerlo, la furia salía de sus ojos. Sin embargo, algo se los impedía.

Otro golpe como ese y mataría a la anciana.

—Dime lo que quiero saber o tendré que preguntarle a tu amiga —amenazó el trooper.

Retiró su bláster y lo dejó colgando en el aire, a punto de golpear a Oh-li; todo el mundo se quedó en silencio, a la espera. Oh-li apartó el rostro con los ojos llorosos y apretados.

Igual que en aquel momento en el callejón con Zade, la voluntad de Vi cedió. ¿Qué estaba a punto de hacer? No era la opción inteligente; todo su entrenamiento le decía que huyera y se escondiera, pero no se había aliado a la Resistencia por ser el tipo de persona que observa impasible cómo unos provocadores mataban a golpes a las ancianas en la calle. A su pesar, aparecieron imágenes de su padre en la plaza del mercado, de las ejecuciones, de armaduras blancas *como esas*, blásteres *como aquellos*. No podría irse de ahí ni aunque Leia se lo ordenara.

Se acomodó la máscara ubese con más firmeza, se puso unos guantes negros y se tapó la cabeza con el manto antes de salir corriendo hacia ellos.

—¡No! ¡Por favor, no les hagan daño! ¡Son inocentes! —gritó.

Al acercarse, se aseguró de tropezar con los cestos de las mujeres y lanzarlos de una patada, junto con los meilooruns y los tubérculos que contenían, a las piernas de los stormtroopers. Ellos miraron hacia abajo, sin saber qué hacer con ese nuevo personaje idiota y torpe. Vi hizo señas a Jenda y a Oh-li para que huyeran. Jenda se tapaba la nariz con el chal, pues seguía chorreando, y tenía los ojos bañados en lágrimas, pero asintió en señal de agradecimiento. Oh-li la rodeó por los hombros y las hermanas se fueron tambaleándose hacia las sombras y huyeron a su departamento. Vi permaneció ahí; usó su cuerpo para ocultar la fuga de las hermanas, pero los stormtroopers comprendieron la treta de inmediato.

—Otro alborotador —murmuró el segundo stormtrooper con voz entrecortada—. Este planeta está lleno de escoria.

Ahora, el bláster apuntaba al pecho de Vi. Ella agradeció llevar la chamarra debajo de su manto verde, porque le daba una capa extra de armadura. Temblaba como lo haría una persona normal, con las manos enguantadas en el aire.

—Por favor. Son inocentes. Yo también. Nadie aquí conoce a esa espía —explicó, con la voz plana y extraña que salía de la máscara.

¡Crac!

El movimiento fue tan rápido que Vi ni siquiera advirtió el bláster hasta que este golpeó su casco. Su cráneo rebotó hacia atrás y todo se volvió borroso y lento, veía estrellas. Esa máscara no estaba acolchada, no estaba pensada para…

¡Crac!

—¿Sigues sin recordar nada?

Su visión centelleaba, la máscara estaba dañada. Cuando respiró, sintió que no le quedaba oxígeno. Comenzó a entrar en pánico. ¿Se habría roto el modulador de voz? Si

hablaba, ¿escucharían su verdadera voz? ¿El filtro se habría descompuesto? ¿Se asfixiaría?

De ser así, no podría hablar. No podría llamar a nadie, aunque llevara el intercomunicador en el que estaba trabajando Kriki. Los nativos no intervendrían; si no defendieron a dos ancianas que habían vivido toda su vida en el PABS, con más razón no ayudarían a la persona cuya presencia había atraído al enemigo.

Eso significaba que Vi solo podía correr o pelear. Con la visión limitada, ambas opciones eran arriesgadas. Tendría que improvisar.

Se tambaleó y cayó de manos y rodillas entre las cestas y la fruta magullada. Un stormtrooper le apuntaba con su bláster; el otro sostenía el arma lista para el siguiente golpe. Vi no podía ver su cara, pero hubiera apostado que sonreía, que disfrutaba que su trabajo le permitiera castigar a la basura rebelde en las calles. Se hincó y comenzó a ponerse de pie; con un movimiento rápido y certero sacó su bláster y golpeó el arma que le apuntaba a la cabeza, que se escapó de la mano del trooper y salió volando por la calle. Antes de que el otro soldado pudiera reaccionar, le disparó en la hendidura negra que se asomaba entre la armadura del muslo y el torso.

Pero no fue lo bastante rápida, o quizás estaba un poco conmocionada, pues el otro stormtrooper le arrebató el arma a su amigo y golpeó su máscara con tal fuerza que le arrancó la mitad. Debía tener órdenes de no disparar a nadie que pudiera ser buscado como espía. Ahora Vi no veía nada; sus siguientes disparos fueron erráticos, rebotaron contra los edificios haciendo que la multitud contuviera el aliento y se apresurara a cubrirse. Escuchó cómo caía el stormtrooper al que le había disparado, emitía gruñidos y gemidos como un animal; pero el otro le quitó el bláster de las manos y la sometió con una fuerte patada de su enorme bota en la espalda.

—Veamos quién se esconde debajo de esto —anunció con tono cortado.

La bota le presionaba el plexo solar, le era imposible respirar. Él se inclinó, tomó la máscara y la arrojó lejos.

El casco impersonal blanco y negro la miró, enmarcado por los soles enceguecedores.

—¡Quién lo diría! Es Vi Moradi —exclamó.



Capítulo veinticinco

MIENTRAS VI CAMINABA ATADA DE MANOS por el bosque, todo lo que podía pensar era: «Al menos hay un stormtrooper más muerto». En sus años como espía había aprendido que en los momentos en los que sentía que no podía continuar, cuando se dirigía paso a paso hacia algo malo y parecía que no había escapatoria, pensar de manera positiva era de gran ayuda.

Por supuesto, podía pensar que la Primera Orden la había capturado. Podía pensar que ninguno de sus amigos o los miembros de la Resistencia sabía adónde la llevaban. Que ni siquiera Leia sabía que la PO la había seguido hasta Batuu. Podía pensar que no había manera de rastrearla y que ni siquiera sabría encontrar el camino de regreso al puesto de avanzada si averiguaba cómo escapar, ya que el astuto cabeza de cubeta que la había capturado le vendó los ojos. O podía pensar que hasta ahora había matado a cinco troopers y que, si todo salía como lo tenía pensado, también mataría a este. Y al resto. Y a Kath.

Encontraría la manera de hacerlo sin que la Primera Orden desatara su ira sobre Batuu. Pronto llegaría su oportunidad para causar daño, ya que con toda seguridad era ahí adonde la llevaban: directamente a su campamento. Tendría entonces una información invaluable, aunque ningún medio para advertir a la Resistencia. Si moría ahí, cualquier cosa que supiera moriría con ella; dejaría solos a Archex y a sus reclutas, en un territorio hostil, sin manera de comunicarse con Leia. Al menos Vi sabía que no delataría la ubicación de su centro de mando ni de la flota de la Resistencia. Antes moriría. Pero su gente no tendría ninguna oportunidad sin ella. Archex aún no había empezado a enseñarles cómo manejar un bláster. Si Kath y sus soldados encontraban las ruinas, todos morirían.

Vi supo que se acercaban cuando escuchó ruidos distintos al amable canto de los pájaros y a sus propias pisadas sobre la suave hojarasca del bosque; eran generadores, el golpeteo de armaduras y el chirrido de máquinas. La Primera Orden tenía su propio centro de mando móvil y no podía esperar para verlo. El brazo del trooper la golpeó con brusquedad en el pecho y ella se detuvo.

—Bien, bien, bien. ¿Qué tenemos aquí? —exclamó una voz de hombre, grave y familiar.

—A un montón de huérfanos a los que les lavaron el cerebro, vestidos con armaduras y a su líder sádico y servil, que tal vez está vestido con pantalones almidonados, tan negros como su corazón —respondió Vi.

Una risa satisfecha.

—Ah, esto será divertido. Llévenla a la nave. No está equipada con una silla para interrogatorio, pero estoy seguro de que podré improvisar algo.

Un bláster la empujó por la espalda y Vi trastabilló hacia delante.

—Hola de nuevo, Wulfgarra.

—¡Uf! Tan infantil. Mi nombre es Teniente Wulfgar Kath, y puedes dirigirte a mí como teniente o señor. Estaba impaciente por volver a verte después de nuestro último encuentro en esa cueva.

—Esperaba que hubieras muerto ahí —puntualizó Vi mientras tropezaba hacia delante, incapaz de ver, conforme la empujaban o la dirigían con el cañón del bláster.

Kath caminaba junto a ella; olía a una colonia cara, en la que prevalecían aromas de piel y madera de rotok.

—Lamento decepcionarte —respondió, como si bromeara—. Nos has dado mucho trabajo en este agujero olvidado y rancio. Pero sabía que, al final, te obligaríamos a salir. —Ella podía imaginar su sonrisa sarcástica y deseó borrársela del rostro—. Esperemos que hoy obtengamos lo que necesitamos; luego, podremos destruir este planeta como se lo merecen sus mentirosos habitantes. Todo este aire fresco: te juro que tendré indigestión durante muchos días.

Vi suspiró con fuerza.

—Qué buena historia. ¿Podemos empezar ya con la tortura para que después pueda irme a casa?

La risa de Kath era como el ladrido de un gruff y a Vi se le encogió el estómago. A estas alturas ya había conocido a muchos tipos malos como para saber qué le esperaba. Algunos villanos, como Oga, no soportaban las tonterías: si hacías lo que te pedían y te mantenías fuera de su camino, podían ser benevolentes o al menos ignorarte. Técnicamente, ni siquiera eran villanos, a menos que los provocaras. Otros, como lo había sido Archex cuando era el Capitán Cardinal, estaban en conflicto y Vi podía girar con cuidado la llave hasta abrir algo en su interior. Otros eran sencillamente el mal, como cualquiera que se apellidara Hux.

Pero Kath parecía ser el tipo de villano que estaba en la fina línea entre la realidad y la locura, y lo escondía con cuidado bajo sus rígidos pliegues y productos para el cabello. Casi podía imaginarlo: impecable, postura perfecta, formal, todos esos músculos ejercitados de manera obsesiva contenidos en un traje negro almidonado, hasta que la bestia al interior se asomaba por una grieta, divertida. O iracunda. Debía tener mucho cuidado; si lo presionaba demasiado, no pararía de golpearla hasta reducirla a un amasijo de carne, aunque tuviera órdenes directas de mantenerla con vida.

Ese tipo de villano era un monstruo amarrado con fuerza y apenas contenido, aunque él se considerara un caballero.

—Ah, llegamos. Siéntate, por favor.

Las manos enguantadas del stormtrooper la tomaron por los hombros, la hicieron girar y la forzaron a sentarse. Por la sensación del metal frío, se trataba del asiento habitual que se encontraba en todas las naves de la galaxia. Al menos no era otra silla de interrogación. Un arnés de seguridad pasó sobre su cabeza e hizo clic, apretándole el pecho con fuerza. Tuvo que recordar su entrenamiento y concentrarse en su respiración para evitar entrar en pánico. No importaba cuánto presionaran, se dijo; siempre había espacio suficiente para respirar una vez más.

Al final, le quitaron la venda de los ojos.

Kath estaba igual que como lo recordaba, o casi. En la cueva había sido una sombra, una burda silueta roja que vio a través de sus lentes de visión nocturna. En persona, era imponente y amenazador. Vi nunca había visto a un oficial de la Primera Orden tan grande como él; supuso que los sometían a protocolos de nutrición, a una calistenia obligatoria y a un lavado de cerebro para garantizar que estos tipos estuvieran siempre en forma para llevar la armadura o el uniforme negro reglamentario. Pero Kath tenía la complexión de un oso: alto con pecho amplio y brazos musculosos. Su barba rojiza estaba recortada a la perfección, justo como ella lo imaginó; su pulcro cabello estaba domado con gel y las patillas bien dibujadas.

Un hombre tan escrupuloso tenía que ser inestable y, de hecho, la inestabilidad brillaba en sus ojos como el petróleo negro que se desparrama de un landspeeder nuevo.

—Apuesto a que los sastres de la Primera Orden te odian —comentó Vi, inexpresiva.

Su boca se torció con disgusto.

—¿Qué? ¿Piensas que son humanos con sentimientos? Para eso tenemos máquinas. No se quejan.

Se golpeteó la barbilla con un dedo como si pensara en algo y le dio la espalda. Ella aprovechó ese momento para mirar alrededor de la nave. Era un entorno móvil, nuevo, más grande de lo que jamás había visto antes, equipado para transportar a varias docenas de tropas y con estantes para blásteres, rifles y hachas. Un elevador sugería que tenía varios niveles, lo que significaba que con toda probabilidad estaba provisto para una ocupación prolongada. Había un parapeto que le impedía ver hacia la cabina, pero pudo observar la puerta y supo que podría abrirla.

El mundo explotó cuando el puño de Kath golpeó su mejilla con fuerza, un gancho izquierdo contundente.

La cabeza de Vi rebotó hacia los lados, su visión se nubló. Dos golpes en la cabeza en un solo día, menos de una semana después de sufrir una severa conmoción; eso no era nada bueno.

—Creo que prefiero la silla de interrogación —afirmó, arrastrando un poco sus palabras—. Pero no te dieron una de esas, ¿verdad? Solo esta basura voladora. Debes estar en problemas. O quizá no eres muy importante.

Indignado, Kath frunció las cejas y la golpeó de nuevo.

Vi perdió el conocimiento antes de poder pensar cómo seguir insultándolo.

Un chorro de agua la hizo despertar. Kath estaba de pie frente a ella, con aire serio y curioso. Para ser un hombre tan grande, había mostrado un autocontrol impecable. Ningún golpe le había roto un hueso ni desgarrado la piel, y creía que no había pasado mucho tiempo desde que se había desmayado. Podían continuar durante todo el día; hasta cierto punto, ella era capaz de soportarlo. Incluso a través del zumbido en sus oídos, Vi seguía tomando nota de cada detalle. Tenía un punto débil en su ego, debió tener serios problemas con sus superiores.

Esta misión, capturar a una espía de la Resistencia, era de alguna manera personal. Por mucho que quisiera, en sentido metafórico, meter el dedo en la llaga, debía espaciar los golpes o de lo contrario volvería a perder el conocimiento, y eso significaba que, por su propio interés, no debía hacerlo enojar demasiado, por el momento. Dejó que su cabeza colgara y respiró con dificultad. Estaba actuando, pero no mucho. Que él tomara las riendas si lo deseaba.

—¿Estás lista para dejarme hablar? —preguntó Kath en el momento oportuno. Ella asintió con un movimiento ligero—. Bien. Te diré lo que necesito saber y debes estar consciente de que estoy dispuesto a llevarte hasta el límite del sufrimiento humano para obtener esa información. Quiero las ubicaciones de tres cosas: la del cuartel de la Resistencia aquí en Batuu, la de Leia Organa y lo que queda de la flota de la Resistencia, y la de la chica Rey. ¿Deseas que esta sea una tarde tranquila para ambos y responder lo que te pedí para evitar pasar juntos más tiempo del que deberíamos?

Vi alzó la cabeza y lo miró, parpadeando con inocencia.

—¿Quién es Rey?

Kath lanzó un suspiro profundo y sus dedos se agitaron como si deseara golpearla de nuevo, pero sabía que sus enormes y robustos puños provocarían mucho daño. En su lugar, se dirigió hacia un bolso negro que estaba sobre otro asiento y sacó de él un delgado cilindro de piel. Se lo mostró a Vi y lo desenrolló sobre su mano; dentro había una variedad de desagradables instrumentos metálicos que le hicieron pensar en objetos que podría encontrar en la chatarrería de Savi, aunque más limpios.

El rostro de Vi permanecía imperturbable, pero gritaba en su interior. En la silla de interrogación de Cardinal por lo menos había tenido un rayo de esperanza; había sentido que incluso en las oscuras y escondidas entrañas de un destructor estelar podría encontrar la manera de escapar. En ese momento, atada a la silla, supo que él tendría que dejarla ir para regresar a sus obligaciones, que cometería un error o que, como sucedió al final, ella se las arreglaría para hacerlo cambiar y convencerlo de que la liberara.

Pero con Kath no existía esa esperanza. No veía la forma de salir. Ese hombre no cambiaría, era un monstruo satisfecho de vivir con otros monstruos. Su compromiso con la precisión no cedía lugar al error que le permitiría escapar. Incluso si él se ausentaba durante un tiempo, había demasiados troopers interponiéndose entre ella y la libertad, y aún no sabía cuántos ni qué tan dispersos estaban. Había demasiadas variables.

Peor aún, nadie sabía dónde estaba. Su propia gente no tenía idea de que estaba en peligro. Su única opción en ese momento era la de cualquier prisionero durante un interrogatorio: aguantar el mayor tiempo posible y esperar que algo mejor sucediera.

—No perdamos tiempo con mentiras. Sé quién eres, Starling. Sé que fuiste tú quien convirtió al honorable Capitán Cardinal en un idiota infantil que se merecía lo que obtuvo. Recuerdo cuando, en el *Absolution*, empujabas frente a mí la camilla en la que iba él; advertí que la armadura no te quedaba, pero no te detuve.

Ah, entonces era eso. *Era* personal. Vi hizo un gran esfuerzo por no sonreír.

Kath sacó una de las delgadas herramientas de plata y se acercó a ella; introdujo un delgado gancho de plata en el tierno y rosado rabillo de su ojo, haciendo que el borde apenas acariciara el glóbulo ocular.

Vi no se atrevió a moverse.

—Cuando vieron las grabaciones, me llamaron la atención por eso —explicó en voz baja, casi como si lo lamentara—. Dijeron que debí haberte detenido. Dejé pasar una aberración en el sistema. Me castigaron por ese error y por ello me he vuelto más meticuloso. Cardinal nunca me cayó bien, aunque me gustaba utilizarlo; su traición y estupidez no me sorprendieron. Pero guardo un profundo resentimiento por esa mancha en mi historial. Por tu culpa.

Jaló el instrumento hacia abajo y todo el mundo de Vi se centró en ese pequeño pinchazo caliente en su piel blanda y húmeda.

Los droides médicos podían hacer muchas cosas, pero sanar globos oculares reventados no era una de ellas.

—Quiero hacerte pagar por eso —continuó Kath—, pero necesito información. Así que tú me dices dónde se esconden Leia y la flota de la Resistencia, y yo saco este instrumento antes de que te rasgue la piel.

Vi hizo un gran esfuerzo para regular su respiración.

—Soy una subalterna —murmuró—. ¿Sabes dónde está Kylo Ren en este momento? ¿En qué nave, en qué mundo? Tal vez no. Yo tampoco sé dónde está Leia.

Kath consideró un momento su respuesta y movió el instrumento un poco de un lado a otro, haciendo que la piel de Vi se agitara y se estremeciera de horror.

—Quizá sea cierto. Pero sé que tienes una buena idea del lugar en el que hasta *hace poco* se encontraba Leia Organa.

Hundió la punta de la herramienta en el frágil lugar entre el ojo y la piel, con la curiosidad imprudente de un niño que busca dulces en una bolsa. Vi luchó por mantener una quietud absoluta, mientras de su ojo escurrían lágrimas y un hilillo de sangre hasta la punta de su nariz.

—No he hablado con Leia en semanas. No tengo un intercomunicador de largo alcance. Si no me crees, pregunta a cualquiera en el pueblo y te dirán que he tratado de comprar uno. ¿Cómo podría saber en dónde está? Los líderes no les cuentan a sus espías los planes importantes. Nos envían con fragmentos de información, lo necesario para cumplir nuestras órdenes. Eso debes saberlo.

Él exhaló con tristeza y retiró el instrumento. Vi miró hacia abajo y parpadeó con rapidez, incapaz de contener las lágrimas ensangrentadas que resbalaban por el rabillo del ojo en el que la había pinchado.

—¿Y tu cuartel aquí en Batuu?

—No tengo ningún cuartel.

El rostro de Vi voló hacia un costado cuando él la abofeteó. Esta vez, sabía a sangre.

—No entiendo por qué mientes. *Sé* que tienes instalaciones aquí. Batuu es el tipo de planeta seco e inútil en el que a ustedes los rebeldes les gusta escarbar como si fueran gusanos. ¿Por qué otra razón estarías aquí?

—Necesitaba combustible, me encontré en un fuego cruzado y me estrellé —explicó con debilidad—. También puedes preguntar eso en el pueblo. No tuve más opción que quedarme. Mi nave está en ruinas y no tengo créditos. El puesto de avanzada de Black Spire es un crucero, ¿cierto? Me encantaría salir de aquí. Déjame hacer las maletas.

Kath sonrió, pero su gesto no tenía nada de amable.

—¡Oh! No saldrás viva de esta roca a menos que sea bajo mi custodia, Starling. Incluso si mueres antes de darme la información, puedes estar segura de que encontraré a tu gente y la destruiré.

Vi tosió y de sus labios escurrió sangre hasta el metal gris entre sus pies. Alguna vez escupió sangre en las brillantes botas rojas de Cardinal, pero sospechaba que escupir sobre las botas negras y bien pulidas del Teniente Wulfgar Kath lo haría enojar hasta el punto de perder el control por completo. Tenía que ser mucho más cuidadosa. Aquí no se trataba de un estira y afloja; se trataba de aflojar, aflojar y aflojar; tratar de no enfurecerlo. Al menos lo que había dicho hasta ahora era cierto: no sabía con exactitud dónde estaban Rey y Leia, y técnicamente aún no tenía un cuartel. No importaba cuánto la torturara y la golpeara, nunca obtendría la información que tanto deseaba.

Por otro lado, hacer que un tonto perdiera el control y pasara de ser hombre a ser animal, dejar que el viejo cerebro de lagarto dominara, tenía su lado bueno. Sin duda le dolería, pero si lograba hacer que la golpeara una vez más…

Decidió cambiar de estrategia.

—Apuesto a que si me regresaras con vida te darán un ascenso —trató de adivinar, sonriéndole con dientes ensangrentados—. Si me llevas a casa como un buen filete de shaak para que Hux hunda sus dientecitos afilados de comadreja. Apuesto a que tiene todo tipo de juguetes divertidos de tortura. Y ese miserable de Kylo Ren podría sondear mi cerebro con tanta facilidad como el cepillo que se desliza por tu barba aceitosa. Pero quieres hacerlo tú, ¿no es así? Supongo que no puedes esperar para presumir y anunciar a toda la PO que tienes a una espía de la Resistencia que te develará todos sus secretos. —Simuló un gesto infantil—. Si me matas, es probable que no te hagan un desfile.

Kath puso los ojos en blanco y caminó despacio alrededor de ella. La hacía sentir como un animal en un zoológico, y aunque ella no pudiera invertir sus posiciones, al menos quería que dejara de pensar y comenzara a sentir. Si tan solo pudiera hacer que se dejara llevar por sus impulsos, tendría más oportunidades de revertir la situación.

—Así que, o me llevas contigo y te dan tu ascenso, o me pierdes y solo obtienes… ¿cómo degradan en la Primera Orden? ¿Solo te avientan por una escotilla o primero se toman la molestia de decapitarte? Apuesto a que te obligan a quitarte esa elegante gorra antes de encender la vibrohacha. —Sonrió con satisfacción—. Supongo que te atormenta saber que caminé frente a ti en tu propia nave. Volveré a hacerlo, Wulfgarra, y saldré de este lugar.

—¿Sabes? No había hablado nunca en persona con alguien de la Resistencia —confesó Kath, complaciente, con las manos entrelazadas en su espalda mientras la observaba—. Siempre me pregunté por qué alguien se enlistaría en una misión suicida como esa. No pueden luchar contra la Primera Orden, eso es obvio para cualquiera que tenga ojos o para un droide de protocolo que pueda calcular las probabilidades. Pero ahora comienzo a entenderlo. —Se inclinó hacia delante; sus ojos eran tan inexpresivos como los de una víbora de pantano—. Tienen esa tonta esperanza, ese instinto infantil de rebeldía. Quieren portarse mal. Eso es justo lo que intentamos extinguir en toda la galaxia. Creen que son especiales, inteligentes, pero solo son idiotas con demasiada confianza que desean morir por una de las razones más inútiles. Como kith-lemmings que caen de los acantilados. Pero, ¿sabes?, nosotros somos el acantilado y siempre estaremos ahí. Sin importar cuántos de ustedes mueran, nosotros permanecemos. Al final, cuando lugares como Batuu se den cuenta de que no vale la pena luchar y sus filas disminuyan, no quedará nada de ustedes.

—Mejor una vida de tonta esperanza que una entregada a la opresión —respondió Vi, incapaz de guardar silencio frente a una frase tan arrogante—. Siempre habrá personas que deseen enfrentar a abusadores como tú.

Kath se incorporó y miró hacia la escotilla.

—Sí, bueno, parece que la gente de Batuu no comparte tu punto de vista. Nos dieron la bienvenida, aceptaron nuestro dinero, nos desearon soles brillantes y lunas ascendentes. Quienes no nos aman nos temen y estos últimos sabrán que *tú* eres la razón de nuestra presencia aquí. Puedo ponerlos en tu contra. Quizá llegaste antes que nosotros, pero es obvio que no te ganaste sus corazones por completo.

—Es cierto, pero al menos yo no voy por ahí golpeando ancianas ni envío a mis subalternos a que lo hagan mientras yo me quedo en mi nave, lamiéndome las heridas porque estoy en la Lista de Niños Malos de Papi Hux.

¡Crac!

Al fin llegaba el golpe que estaba buscando.

La cabeza de Vi salió volando. Fue un sentimiento extraño de alivio combinado con casi todo lo terrible que había en el mundo. Sentía el cráneo como un saco de hongos y ni siquiera intentó erguir la cabeza; solo dejó que se desplomara a un lado y cayera después hacia el frente. Quedó sin fuerzas, sostenida por las ataduras y cuando Kath trató de despertarla, incluso fue tan lejos como para levantar su cabeza sujetándola por el cabello, no opuso resistencia y dejó que sus ojos se pusieran en blanco.

—Maldición —gruñó Kath. Sus botas resonaron en la nave y golpeó la puerta de metal—. Abran.

Vi observó a través de sus pestañas y del velo de su fleco cómo se abría la puerta de la cabina. El stormtrooper que estaba sentado en el asiento del piloto volteó a ver a Kath.

—El General Hux solicita noticias, señor —anunció el trooper—. Dijo que usted no responde su intercomunicador personal.

Kath volteó a ver a Vi, quien estaba contenta de que su peluca estuviera sujeta con firmeza y le ayudara a esconder sus ojos.

—Es más débil de lo que parece. Vigílenla mientras contesto el intercomunicador.

El trooper se puso de pie y se acercó a Vi con los brazos cruzados. Kath se sentó en el asiento del piloto y dejó escapar un profundo suspiro mientras se acomodaba la gorra y enderezaba las solapas. Cuando sacó un pequeño intercomunicador personal del bolsillo interior de su saco, todo el cuerpo de Vi se puso alerta. Si tan solo pudiera ponerle las manos encima…

—Teniente Wulfgar Kath para el General Hux —dijo Kath con frialdad.

La respuesta fue casi inmediata.

—Aquí Hux.

Vi nunca se había encontrado personalmente con el General Armitage Hux; solo había oído hablar de su padre, Brendol Hux, y del hecho de que Armitage había conspirado con Phasma para asesinarlo. Armitage sonaba como alguien que no sabía sonreír, que tal vez planchaba su traje de baño antes de ir a la playa y solo bebía vino tinto seco mientras se quejaba de que la brisa del océano destruía su cabello, engominado con esmero. Con toda probabilidad, el intercomunicador incluía una pantalla, pero, desde donde estaba atada y con la cabeza colgando, Vi no podía verlo.

—Señor, me dijeron que desea noticias.

El suspiro irritado de Hux fue más melodramático que el de Kath.

—Sí, es evidente que quiero noticias. ¿Y bien?

Kath volteó a mirar a Vi, casi nervioso, y se lamió los labios.

—Estamos muy cerca de encontrar a la espía de la Resistencia.

—¿Muy cerca? ¿Aún no la tienen? No debe de ser tan difícil, Batuu es un lugar simple.

—Sí, señor —admitió Kath—. Salvo que también es amplio, caótico y en gran parte deshabitado. Tiene bosques enormes y densos, y cavernas complejas e impenetrables. La espía podría estar escondida en cualquier parte.

Hux resopló.

—Quizá confié esta tarea al hombre equivocado.

La gruesa mano de Kath formó un puño enrojecido junto a su muslo.

—Por supuesto que no, señor. Créame: capturaré a la espía y le entregaré la información que me solicitó. No regresaré hasta que sepamos la ubicación de la flota de la Resistencia y de la chica Rey.

Hux hizo una pausa lo bastante larga como para helar el ambiente.

—No, no lo harás. Wulfgar, no necesito subrayar la importancia de tu misión. No para la Primera Orden, sino para tu propio futuro. Como oficial y como organismo vivo. Encuentra el cuartel de la Resistencia en Batuu y a la espía que se esconde ahí, y todo será olvidado. Si fallas… bueno, tus troopers tienen órdenes. Hux, fuera.

La comunicación se cortó y Kath se puso de pie. Su compostura erguida no cambió, pero Vi pudo sentir que entraba en pánico. Imaginó que sus ojos miraban de un lado a otro y sus dientes rechinaban mientras consideraba su siguiente jugada. No podía lastimarla demasiado, y ni hablar de matarla, pero a toda costa necesitaba la información que él creía que poseía y quería obtenerla él mismo. Las oportunidades de escapar que tenía Vi se habían desvanecido con cada palabra del discurso del superior.

Kath caminó hasta el stormtrooper que vigilaba a Vi y miró a su prisionera.

—Sigue inconsciente. Patético. Hagámosla sufrir un poco. Ponla en el piso boca abajo. Ata sus muñecas con fuerza a la espalda y amarra sus piernas por los tobillos. Pon algo pesado sobre ella. No le des comida ni agua. Quiero que sepa lo que se siente estar oprimida e indefensa —ordenó Kath—. Quiero que pierda toda esperanza. Debemos ser su única promesa de ayuda.

Vi se obligó a no resistirse cuando el trooper desabrochó el arnés y la jaló sin cuidado hasta un rincón oscuro cerca del baño, donde la soltó boca abajo. Ella no se movió, ni siquiera se quejó cuando pasó las manos bajo su cuerpo, le desató las muñecas, echó los brazos sobre su espalda y volvió a amarrarla con tanta fuerza que los hombros le quemaban. Comenzó a entrar en verdadero pánico cuando le ató las piernas y colocó algo sobre su cuerpo; si tuviera que adivinar, diría que se trataba de una caja llena de raciones. Era lo bastante pesada como para que el trooper dejara escapar un gemido y tuvo que reunir todas sus fuerzas para no quejarse por tanto peso.

Se concentró en los puntos en los que su cuerpo quedaba oprimido entre el frío metal y el pesado cargamento. Su pómulo estaba aplastado contra el piso. Sus hombros ardían y se tensaban conforme el peso empujaba hacia abajo sobre sus muñecas. Sus costillas provocaban hematomas en su piel como si esta fuera una tela delgada. Sus piernas amarradas no tenían espacio para moverse, para voltear. Sus pulmones ardían con cada breve respiro. En verdad se sentía oprimida, pero no indefensa.

Era parte de su entrenamiento y de su personalidad. No importaba el poco radio de acción, siempre había manera de salir de ahí.

Bastaba con encontrarla.



Capítulo veintiséis

ARCHEX PENSABA EN ARROJAR UNA LLAVE inglesa a la espalda de Pook, solo por diversión, cuando escuchó un pitido suave pero insistente.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Pregúntele a Kriki —respondió Pook, aburrido mientras instalaba más cables y los sujetaba al techo—. Su manera de actuar es absurda. Y alegre. Resulta inquietante.

La cabeza de Kriki apareció en el umbral como si la hubieran llamado.

—¿Es la alarma del perímetro?

—¿Cómo podríamos saberlo? Instalas cosas mientras dormimos y luego olvidas decirnos.

No había un verdadero enojo o crueldad en sus palabras; a Archex le gustaba Kriki y admiraba tanto su trabajo como su ética. Era una genio en tecnología y en reparar los antiguos instrumentos dañados que la Resistencia les había dado. Gracias a su activo trabajo nocturno, ahora tenían electricidad y luces que se podían regular en todas las cuevas, además de una cocina funcional. En verdad comenzaba a sentirse como un hogar, si vivir en cuevas oscuras podía considerarse acogedor. Incluso los droides de energía parecían más amistosos.

Kriki se apresuró y señaló una vieja pantalla empolvada, donde parpadeaba un punto rojo.

—Esto significa que alguien entró a la zona del cenote. Así que uno de nosotros, armado, debería ir a asegurarse de que se trata de amigos. Quizá no yo. Alguien más grande y malo.

—Estás mejorando con el bláster —insistió Archex.

Kriki bajó la mirada y retorció la nariz.

—Lo hago mejor, pero no bien.

—Yo puedo hacerlo.

Ambos miraron hacia el montón de lonas en el suelo y se sorprendieron al ver que se movía. Zade apareció con el cabello desaliñado y el mentón cubierto de una barba incipiente.

—Hasta con resaca, es probable que yo sea la mejor opción aquí.

Se puso de pie, sacudió algunas telarañas y polvo de su blazer de seda brillante, y salió contoneándose hasta el vestíbulo.

Archex suspiró.

—Bueno, entonces eso ya está arreglado. En el peor de los casos, se dispararán entre ellos.

—Pero ¡lo necesitamos! —replicó Kriki.

Archex levantó una mano y la sacudió.

—¿Tú crees?

—¡Sí! Será un gran reclutador, solo necesita tiempo. Y *sí* es el mejor para disparar. Yo tengo mala puntería y solo hablo de árboles y rocas. No sé que haría si tuviera que enfrentar a un verdadero stormtrooper. Quizá solo lanzaría un grito y temblaría.

—Bueno, no puedes culparte. Cuando no te has enfrentado a la violencia no sabes cómo vas a reaccionar. Pelear, huir y paralizarse son las tres reacciones principales. Si te da miedo pelear, huir y paralizarte no son muy reconfortantes. Yo acostumbraba entrenar soldados y quedarse paralizado es más común de lo crees. Quizás en este momento mi reacción también sería esa.

Archex sufría cada vez que tenía que admitir que no podía hacer algo a lo que antes estaba acostumbrado. Los analgésicos ayudaban, pero ni Kalonia ni Pook podían hacer nada para sanar el daño que había causado el veneno de Phasma, que pudrió su pulmón y su pierna, y se propagó por su torrente sanguíneo.

—Sé que Vi e Ylena dijeron que Zade es un buen tipo, y a ti y a Dolin les cae bien, pero tienes que entender algo: los últimos diez años de mi vida traté con gente que tenía muy mala actitud y una ética laboral muy mediocre. Los entrené para ser verdaderos soldados. Pero a diferencia de ellos, no puedo someter a Zade a mi voluntad. Es como una herida que no puedo sanar, una muy molesta.

Aparte de Vi, nunca había dado tanta información sobre su pasado a otra persona; Kriki le caía bien y quería que supiera que no tenía por qué avergonzarse por la manera en que se sentía, por temer a la violencia. Quizás algún día él les diría a todos de dónde venía o quizá no. No quería que lo vieran como si fuera un monstruo.

—Sí, bueno, la vida está llena de heridas que nunca sanan, ¿cierto? —Kriki miró la pantalla, en la que otra luz roja se movía con rapidez hacia la primera—. Puedo conseguir un rastreador para cada uno de nosotros, es un pequeño botón que se puede colocar en la ropa; así la alarma del perímetro nos reconocería. —Sonrió y asintió con vigor—. ¡Sí, sí! Así Waba no la activaría y… ah.

—¿Qué?

—Los puntos se están moviendo a toda velocidad hacia nosotros. O Zade está huyendo de un oso batuuano o hay problemas.

Zade apareció en el umbral. Su rostro ya no era la máscara relajada y carismática; parecía aterrado, tenía los ojos abiertos como platos y jadeaba por haber corrido tanto.

—Tenemos problemas. Ylena acaba de llegar. Hubo un pleito en el mercado con unos stormtroopers. La Primera Orden se llevó a Vi.



Capítulo veintisiete

DESPUÉS DE PASAR UN TIEMPO APLASTADA entre la pesada caja y el suelo, Vi deseó estar de verdad inconsciente. Cada respiración, cada minúsculo movimiento, era una batalla. Pretender ser insensible era casi imposible. No podía retorcerse, no podía quejarse, ni siquiera podía soplar el flequillo de su peluca para apartarlo de sus ojos sin alertar al trooper que la vigilaba del hecho de que, en realidad, estaba observando todo lo que podía sobre la nave y la gente que había en ella.

Por lo que pudo averiguar en sus momentos de lucidez, Kath mantenía a tres troopers en el carguero, mientras que enviaba al resto a buscar la base de la Resistencia, a vigilar y reclutar en el puesto de avanzada o a buscar recursos en los bosques. La Primera Orden tendía a favorecer a los planetas que ya tenían fábricas e industrias implantadas, para hacerse de las minas y refinerías para su propio provecho. Por eso los planetas más pequeños, como Batuu, no aparecían en sus radares: representaban más trabajo del que valía la pena asumir.

Pero al mismo tiempo, incluso un planeta primitivo ofrecía ganancias fáciles que la Primera Orden podía explotar. Siempre estaban en busca de algunos minerales en particular y fuentes de combustible, y Vi sabía que Kylo Ren vería con buenos ojos a un equipo de reconocimiento que regresara con reliquias Jedi o Sith. Escuchó que Kath usó su intercomunicador para ordenar a sus hombres que visitaran la Cueva de Antigüedades de Dok-Ondar y pidieran tener acceso a la colección especial de Dok, a punta de bláster si era necesario.

Hizo una nota mental para hablar con Ylena y advertir a Savi que escondiera sus propias reliquias relacionadas con la Fuerza, en previsión del día en que Kath y sus troopers llegaran al taller del chatarrero.

Bueno, hablaría de eso con Ylena si alguna vez volvía a verla.

Lo haría. Saldría de ese aprieto.

Porque incluso si Leia la había enviado aquí a construir un refugio para la Resistencia, también estaba edificando un refugio para la gente de Batuu que lo necesitara, gente como Kriki y Dolin. Ella los necesitaba tanto como ellos a Vi. Tenía que proteger a mujeres como Jenda y Oh-li, convertir el mercado en un espacio seguro para las personas que solo vivían sus vidas. Esa pobre y débil anciana había recibido un

culatazo en el rostro por ella, y Vi estaba determinada a vivir lo suficiente para devolver esa amabilidad. Había causado este lío y lo arreglaría.

—Ya esperé suficiente —afirmó Kath—. A este paso, no se va a despertar nunca.

Cuando Vi entrecerró los ojos y miró a través del fleco, vio las punteras pulidas de sus botas a unos pocos centímetros de su rostro. Se tensó esperando una patada.

—Quítale esa caja de encima y vuelve a ponerla en la silla.

Vi no pudo evitar soltar un suspiro de alivio cuando el peso de la caja de cargamento por fin se quitó de su espalda. Unas manos enguantadas la sujetaron con brusquedad por debajo de los brazos y la pusieron de pie. De inmediato se sintió mareada en el momento en el que su cabeza se vació de sangre. Vio rojo y, al exhalar, sintió todos los moretones de su cuerpo; el dolor se concentraba en los huesos que habían estado presionados contra el suelo de metal: sus costillas, caderas y rodillas.

—Ah, bien. Estás despierta —señaló Kath.

El trooper la empujó para que su espalda quedara contra el asiento. Sus músculos y huesos gritaron por el repentino cambio de posición. Apretó los labios y respiró por la nariz, no quería mostrarles cuánto le dolía. El trooper bajó el arnés, lo apretó y lo sujetó; se enterró en el pecho de Vi, que sobresalía al tener las manos sujetas tras la espalda. Ya la habían torturado antes, pero nunca de manera tan sencilla. Una silla de interrogación consistía en juegos mentales y en soportar los choques eléctricos, pero aquí se trataba de su parte animal, su cuerpo retorcido, que gritaba pidiendo alivio mientras su parte humana, su mente, luchaba por funcionar.

—Este es el peor hotel en el que me he hospedado —ironizó Vi, odiando que la frase saliera de su boca con dificultad.

—Sí, bueno, no eres mi huésped favorita. Dime lo que quiero saber y tu vida será infinitamente más cómoda. Desataré tus muñecas y piernas, te daré agua.

Oh, por las estrellas, *agua*.

Vi hubiera peleado contra un rathtar por un poco de agua.

Cuando Cardinal la interrogó, al menos la mantuvo alimentada e hidratada. Pese a que la Primera Orden había querido transformarlo en otra cosa, ella reconoció que él aún tenía empatía y nobleza.

Kath no era así. En él lograron suprimir todo el corazón que alguna vez tuvo.

Ahora no podía dejar de pensar en agua, de sentir una sequedad ardiente en la garganta y el grueso peso de su lengua. Sabía que un ser humano moría tras un par de días sin agua. Había soportado tres días así antes, y le había dolido más al principio que al final. Era muy probable que Kath supiera esto y que muy pronto lo usara como una parte más activa de la tortura.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó.

Vi resopló.

—¿Qué? ¿Crees que de pronto, mientras estaba inconsciente, me llegaron las respuestas? Aún no sé dónde está nada ni nadie. Pero sí soñé con papá Hux, lo decepcionabas. No vas a ganar el premio del mejor lamebotas este año, ¿mmm?

¡Crac!

La bofetada fue un duro recordatorio de que él estaba a cargo y que su relación con Hux era tan dolorosa como una muela picada. Sin embargo, eso no ayudó a despertarla. Se sentía mareada y adolorida. Quizá se quedó dormida, no había manera de saberlo. El tiempo transcurre de manera extraña cuando te torturan, pero no debió transcurrir mucho. Kath se veía tan escrupuloso y severo como siempre.

Se acercó tanto a ella que podía ver los poros en su nariz y oler la canela en su aliento.

—Quizá tres preguntas son demasiadas para ti. No pareces muy inteligente. Si lo fueras, no estarías aquí. Ni siquiera estarías en la Resistencia. Así que empecemos con poco: ¿dónde está tu base en Batuu?

Vi sacudió la cabeza para quitarse el fleco de los ojos y se lamió los labios resecos, aunque no sirvió de mucho.

—No tenemos ninguna. Este planeta es inútil desde un punto de vista estratégico. Lo sabes.

De nuevo, sacó el paquete de piel con sus instrumentos, eligió un escalpelo y, con suavidad, colocó el filo sobre el párpado, en el delicado lugar en el que descansa el globo ocular en su órbita dentro del cráneo. Ya la habían torturado varias veces, pero por lo general era un proceso brusco y ruidoso, con grandes aspavientos, huesos rotos y su cuerpo rígido por la electricidad. Esta tortura era extraña e indulgente, algo a lo que nunca se había enfrentado. Luchó por no moverse: sabía que el más ligero movimiento podría perforarle el ojo o dejar un vacío enorme en su párpado.

—Dónde. Está. La. Base.

Esta vez no era una pregunta, sino una orden.

La hoja presionó y una gota de sangre escurrió por su párpado y se detuvo en sus pestañas. Vi apretó los labios.

Podía sentir la línea del filo contra el globo ocular a través del párpado, y se dio cuenta de que, de todos los dolores que había padecido, este era el más íntimo, el más invasivo, el más personal, por completo ineludible.

—Yo…

La navaja se cernía, esperando la más mínima presión para cortar su ojo.

—¡Señor!

Vi se estremeció cuando la hoja se alejó de su piel. Kath gruñó y se incorporó antes de dirigirse a la stormtrooper que acababa de aparecer, bláster en mano.

—¿Qué? —gritó

—Llegó un nativo. Dice que quiere ayudarnos.

Kath arrojó contra la pared el escalpelo, que cayó al suelo con un sonido metálico.

—¿Me interrumpiste para decirme que un nativo cretino quiere platicar? —Después de un momento de lucha interna para recuperar el control, habló con voz lenta y mortal—. ¿Crees que es importante como para interrumpir un interrogatorio? ¿Eres una soldado de la Primera Orden o una idiota total?

La stormtrooper no se movió, no mostró ninguna reacción ante tanta vehemencia.

—Dice que sabe quién le disparó a CF-3363 y 3871 en el mercado, señor. Tiene uno de sus cascos.

Tras exhalar un suspiro profundo, Kath le dio la espalda a Vi.

—Bien. Vigílala. No le quites los ojos de encima ni un segundo. Regreso enseguida. Y no le hables.

La trooper tomó su posición y se quedó quieta como una estatua.

—Tu jefe es una verdadera belleza, ¿no? —preguntó Vi.

La trooper no respondió ni se movió.

—Entre nosotras, ¿cómo te trata la Primera Orden? ¿Todos son como él?

Ni una sola contracción.

—Parece que los nuevos protocolos de programación están funcionando. Eres prácticamente un droide.

Nada.

De hecho, la stormtrooper estaba tan dedicada a vigilar a Vi y no moverse que no volteó cuando una nueva silueta apareció por la escotilla abierta de la nave. Vi estaba muy bien entrenada como para no darle a la trooper ninguna razón para girar, aunque de inmediato supo de quién se trataba, a pesar de los lentes, el sombrero y el manto batuuano anaranjado.

Lo supo por la manera de cojear.

Era Archex.

Pensar que había puesto un pie en una nave de la Primera Orden…

Para salvarla, por supuesto.

Qué tonto.

Aunque ella no iba a quejarse.



Capítulo veintiocho

EN LA PROFUNDIDAD DE UNA ZONA en la que no había estado nunca, Dolin cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro junto al tocón dentado de una aguja. Waba tensaba su correa, ansioso por oler la pequeña caja que su dueño había colocado en el suelo, a doce metros de distancia, de acuerdo con las órdenes de Archex.

—No, Waba —exclamó, jalando al jabalí trufero—. No es seguro.

Archex le ordenó que esperara la señal antes de llevar a cabo su parte del plan. El granjero nunca había estado más nervioso en su vida. Por supuesto, creía en la Resistencia y le emocionaba unirse a ella si eso servía para preservar su planeta, a su familia, su granja y su estilo de vida. Pero una cosa era trabajar para Savi y ayudar a construir las instalaciones, y otra lo que hacía ahora… ¿Sabotaje? ¿Un acto de guerra? Si la Primera Orden lo atrapaba, lo harían prisionero. O lo matarían. ¿Qué harían con Waba, con Grana, con su comunidad?

No había nada que odiara más que ver sufrir a la flora y la fauna de Batuu, así que eligió ese lugar con cuidado. No dañarían ningún árbol viviente, ningún nido sufriría, ninguna aguja alta y antigua se derrumbaría. Solo este viejo tocón y quizás algunos troncos, cosas que ya estaban muertas.

Sus oídos se llenaban con el canto de pájaros nocturnos y, por más que deseara apretar el botón y terminar con eso, no podía evitar hacer una mueca al saber lo que estaba a punto de hacer y cómo lastimaría ese pequeño rincón del planeta. Los antiguos habían dejado ahí su marca, pero el bosque estaría bien. Por supuesto, los antiguos, sus dioses o sus ecos, comprenderían que todo lo que hacía era por Batuu. La naturaleza sabía bien cómo sanar, incluso después de un gran golpe. Después de todo, crecería con más exuberancia tras un fuego. Pero no había manera de que Batuu y las comunidades más pequeñas se recobraran si la Primera Orden arrasaba al planeta, así que aceptaría este pequeño sacrificio para preservar un bien mayor. Quizás algún día, si todos salían con vida, volvería aquí y sembraría plantas; haría su parte para ayudar a que la tierra sanara.

A lo lejos escuchó una voz: Zade.

—¡Mira, solo trato de hacer un servicio público! —gimió de manera teatral.

—Ahora —murmuró Archex a través del intercomunicador en la muñeca de Dolin.

Era la señal.

—Vamos, Waba, apúrate.

Estiró la correa del cerdo y trotó hasta el lugar del que había venido. Cuando ya no pudo ver la caja en el piso ni el tocón, jaló a Waba para que se ocultara detrás de una formación rocosa, levantó a la criatura, que se defendía, y puso su gran cabeza en su hombro.

—Está bien, amigo —lo tranquilizó—. Todo acabará pronto.

Dolin respiró profundo y cerró los ojos con fuerza, luego presionó el botón y el mundo explotó.



Capítulo veintinueve

ZADE AGITABA EL CASCO BLANCO DE stormtrooper frente al rígido y demasiado conocido oficial, que arqueó una ceja depilada. Además, era un maldito casco muy pesado.

—¡Así es, servicio público! —gritó para que todos lo escucharan, según las instrucciones de Archex, esperando que la pasión de sus emociones se expresara igual que su acostumbrada ira—. ¡Soy un buen ciudadano! ¿Y qué obtengo a cambio? Dudas y una absoluta falta de créditos en la palma de mi mano. ¿Qué sentido tiene apoyar a la Primera Orden si no respetan ni premian a un hombre, eh?

Los stormtroopers que se encontraban a cado lado del oficial se movían incómodos. Zade se preguntó si eso se debía a que su armadura era incómoda, a que su líder era un perro-rana engreído y rancio o a que no les gustaba pensar en su propia mortalidad mientras contemplaban las manchas de sangre en la parte posterior del casco que si los acontecimientos hubieran sido otros, sería de betaplastoide del blanco más puro.

—Escucha, pedazo de melodramático efluvio espacial… —empezó a decir el oficial, y entonces sucedió.

¡Buuum!

Así que el campesino se amarró los pantalones y detonó los explosivos. Por supuesto, a él le tocó el trabajo divertido. Nadie le dejaba explotar cosas nunca.

Con razón.

Su trabajo consistía en hacer ruido de otra manera.

—Por todos los skrit… —comenzó a decir, pero el oficial lo interrumpió.

—Ustedes, vayan a ver qué fue eso —gritó.

—Sí, señor —respondieron los stormtroopers, que salieron trotando en fila, sosteniendo sus rifles idénticos en idéntica posición.

Zade sintió náuseas ante tanta precisión.

—Tú. —Kath señaló a Zade—. Me pareces familiar.

A Zade le dio un vuelco el corazón. Quizá vestirse tan bien tenía sus desventajas. Si este monstruo se daba cuenta de quién era, la situación se pondría fea, y ya era bastante mala.

—Tengo un hermano —mintió—. Un músico famoso. Siempre está en los holos.

Nunca se había sentido tan agradecido por haberse teñido el cabello antes de venir a Batuu, porque quizás esa era la única razón por la que el oficial no lo reconoció.

—Tu hermano no me interesa. Párate aquí. Y no más maullidos agudos. No se ofreció ninguna recompensa por esta información; ahora que ya nos la diste, no tenemos que pagarte. Es un concepto sencillo.

—Que no me paguen está muy lejos de ser un concepto sencillo —respondió. Su boca se movía a toda velocidad, mientras su cerebro y su ritmo cardiaco trataban de alcanzarla—. La gente que no trabaja para un movimiento político tirano necesita algo que se llama *dinero* para poder hacer algo que se conoce como *vivir,* y a mí me gusta demasiado comer y beber, así que…

El oficial se frotó los ojos y extendió una mano.

—Dame ese casco y vete; a cambio, no haré que te ejecuten por molestar y difamar a la Primera Orden.

Tras la explosión, en el bosque reinaba una mortal quietud. Como Zade era una persona que ansiaba un público y reconocía el momento en el que no lo tenía, se dio cuenta de que él y el oficial vestido de negro estaban solos.

—Sí, señor —respondió, haciendo un saludo con el casco en la mano.

En el momento en el que el oficial exhaló y bajó la guardia, Zade balanceó con todas sus fuerzas el pesado casco, dibujando un arco de ciento ochenta grados, y golpeó en su enorme y estúpido cráneo al oficial, que parecía un oso.

—Por lo menos el «Sí, señor» puede considerarse la parte en la que prometí irme. —Zade bajó la mirada hacia el odiado rostro del hombre, disfrutando el extraño entumecimiento que el impacto ocasionó en su brazo—. A eso puedo comprometerme. El resto puedes metértelo en tu barriga peluda. No trabajo para ti, tú no me das órdenes. Y tan seguro como que…

El oficial parpadeó. Zade lanzó un grito de sorpresa y lo embistió, balanceando de nuevo el casco para golpear al hombre justo en la frente.

Por fortuna, esta vez el oficial perdió el conocimiento, una estrategia muy inteligente de su parte, ya que el siguiente plan de Zade consistía en patearle el rostro con sus costosas botas puntiagudas. Había muy pocas cosas en su vida que deseara más que provocarle a este hombre severos daños corporales. Hasta donde sabía, el oficial ya no respiraba. Quizá…

En ese preciso momento, como verdadero aguafiestas, Archex salió cojeando de detrás de unos árboles demasiado grandes como para ser verdad, y avanzó a zancadas torpes hacia la nave. Llevaba puesto el horroroso manto anaranjado de Vi.

—¿Tienes listo el bláster? —murmuró Archex.

—Siempre —fingió que susurraba Zade, porque no sentía un aprecio particular por los verdaderos susurros—. Pero si tan solo pudiera asegurarme de que está muerto…

Desenfundó el bláster, al que de manera cariñosa había nombrado Nadia, y apuntó al rostro del oficial.

Archex volteó a verlo, frustrado.

—No. Lo necesitamos para interrogarlo o al menos como rehén. Vigila el bosque y asegúrate de que no se despierte. Protégeme, ¿entendido?

Zade hizo girar un dedo en el aire, alzó una ceja y le dio la espalda a la nave, volteando de manera dramática sobre un talón, con el manto dando vueltas a su alrededor. Odiaba tener que hacer lo que Archex le ordenaba, en particular cuando se trataba de lo opuesto a lo que deseaba hacer. Archex era justo el tipo de persona que le ponía los pelos de punta. ¡Arriba las reglas, el orden y el deber! ¿Y si ya nunca más pudiéramos reír o sonreír? ¡Voilà!

Era suficiente como para enfermar a Zade, o quizá fue el alcohol de la noche anterior o el rostro del oficial. Aún no podía notar alguna respiración en él, por lo que tuvo que concentrar su pensamiento en otra cosa y esperar que el hombre estuviera muerto.

No podía escuchar lo que sucedía en la enorme nave, pero le dio gusto ver que nadie aparecía en el claro, encañonándolo y listo para atacar. La mayoría de los troopers estarían en el pueblo regañando a niños, o en el bosque cumpliendo sus órdenes, en lugar de estar cerca de su base. Con suerte, los dos que habían ido al lugar de la explosión no habían lastimado a Dolin ni a su cerdo. A Zade le caían muy bien los dos.

De hecho, ya comenzaba a sentir afecto por esos tipos de la Resistencia.

Y, por mucho que odiara la idea, no podía olvidar que estaba en deuda con Vi. Sin lugar a dudas, Zade sabía que si ella no hubiera intervenido, en su embriaguez habría insultado a esos troopers y habría terminado muerto en el callejón esa noche. Sus heridas estaban muy frescas. Cuando estaba borracho era fácil imaginar el alivio que experimentaría al dejar de existir, sin sentimientos de dolor ni pérdida. No había comentado con sus nuevos amigos las razones particulares por las que odiaba a la Primera Orden. Pero cuando estaba sobrio, quería vivir. Bueno, la muerte era aterradora y si Zade quería algo era seguir siendo Zade.

En ocasiones, cuando estaba ahogado en las copas y escuchaba a la gente de la cantina ovacionarlo mientras él predicaba en contra de la Primera Orden, en verdad se sentía como uno de ellos. Como si perteneciera, como si tuviera una familia.

—Nunca tuve una —murmuró para sí—. Al menos, no una buena. Qué extraño. Quizá sea un futuro punto débil, preocuparse por otras personas. La última vez que lo intenté, no salió tan bien. Mejor será no pensar en eso ahora. El bastardo está muerto, o al menos eso espero.

Cuando escuchó disparos de bláster en la nave sintió una gran alegría por poder desafiar las órdenes de Archex.

Dio media vuelta y corrió a ayudar.



Capítulo treinta

A VI LA HABÍAN ENTRENADO PARA que nunca revelara ningún secreto al enemigo, ni con palabras ni con acciones. Estaba débil, hambrienta y deshidratada, y quizá tenía una conmoción cerebral; en suma, no estaba en su mejor forma. Debido a una mínima expresión que mostró su rostro, la stormtrooper que la vigilaba detectó que un intruso entraba en la nave, dio vuelta y disparó.

Los disparos del bláster pasaron junto a Archex y chamuscaron… ¿Era ese el viejo manto anaranjado de Vi? Archex devolvió los disparos, pero estos chocaban contra el blanco betaplastoide, dejando quemaduras negras que no detenían a la trooper. Al menos su defensa evitaba que ella disparara de manera efectiva. Archex corrió por el pasillo central, entre las filas de asientos, sin dejar de disparar; se abalanzó sobre la soldado y la derribó. Los blásteres de ambos salieron disparados mientras forcejeaban, sus capacidades eran similares.

Vi se dio cuenta de que era posible que, en su juventud, Archex hubiera entrenado a esta mujer, quienquiera que fuera.

Era doloroso tener que mirar la pelea, impotente, amarrada y atrapada en un arnés, tanto físico como emocional. No podía hacer nada para ayudar, salvo permanecer en silencio y evitar distraer a Archex de su enemigo. En el momento en que casi somete a la trooper, ella se retorció y trató de aplicarle la misma llave.

—Tú —gruñó la trooper al tirarle los lentes y ver su rostro—. Será un placer matarte, Cardinal.

—Mi nombre es Archex —respondió, aunque era evidente que su pulmón enfermo hacía que la batalla fuera el doble de difícil—, y no esperaría menos de ti, CF-9164. Yo te entrené, así que sé cómo estás programada.

—Piénsalo: alguna vez te admiré. Todos lo hacíamos. Y nos traicionaste.

—Solo desde cierto punto de vista.

Verlos luchar era agotador, y Vi se dio cuenta enseguida de que Archex no podría ganar. La stormtrooper tenía una armadura completa y un casco, mayor peso, y casi con seguridad no padecía un dolor constante ni una enfermedad crónica. Si tan solo tuviera un poco más de espacio podría deshacerse de sus ataduras; podría ayudar, tomar un bláster y acabar con la trooper, podría…

—¡Qué cosa! ¡Cuánto lío!

Para su sorpresa, Zade apareció en la puerta de la nave; se apresuró a cruzar el pasillo, con su bufanda revoloteando detrás de él y bláster en mano. Archex forcejeaba con la trooper, intentando apartar sus manos enguantadas, que lo estrangulaban y hacían que su rostro adquiriera un preocupante tono morado. Zade apuntó a pocos centímetros de la tela expuesta sobre la rodilla de la trooper y disparó.

De inmediato, soltó a Archex y empezó contorsionarse del dolor. Cuando recuperó el control, Archex ya estaba fuera de su alcance y Zade apuntaba al pecho de la trooper con el bláster, aunque un disparo directo a su armadura no causaría mucho daño. De una patada con una de sus elegantes botas de piel de krayt, el contrabandista empujó un bláster hacia Archex, que lo recogió sin dejar de silbar y jadear. A continuación, se recargó contra la pared de metal y apuntó el arma hacia un área más útil del traje negro de la trooper. Aún no disparaba, pero la insinuación era evidente.

—Mis héroes —murmuró Vi. Su voz sonaba baja y apagada, y salía raspando su garganta seca.

Tras un gesto de asentimiento de Archex, Zade enfundó su arma y corrió a abrir el arnés que sujetaba a Vi al asiento.

—¡Espera! ¡Mis manos! Tienes que…

No pudo terminar. Cuando el arnés dejó de sostenerla, cayó de bruces hacia delante sin poder hacer nada, con sus manos aún atadas a la espalda. Zade pudo sujetarla a tiempo y durante el inesperado momento en el que el rostro de Vi quedó apoyado en su cuello, ella olió su aroma a sudor, alcohol y colonia de flor de plom, hasta que la dejó en el suelo sobre un costado. No era cómodo, pero era la única manera de desatarla. Si trataba de ponerse de pie, se desplomaría sobre sus piernas débiles. La manera tan eficiente en la que deshizo las ataduras y la liberó sugería que tenía experiencia en estas situaciones, lo que despertó su curiosidad. Hasta ahora, por más borracho que estuviera, Zade no había hablado de su pasado.

Muy pronto, ya estaba sentada, recargada contra la pared, frotándose las manos para recuperar la sensibilidad. Los hombros le quemaban como miles de brasas y no podía extender sus piernas por completo.

—Espera —pidió Zade, poniéndose de pie.

Los demás seguían en el suelo y él se balanceó un poco, con su colorida vestimenta en aquel espacio gris y uniforme.

—¿Esperar qué? —preguntó Archex, molesto.

Como toda respuesta, Zade apuntó su bláster a la trooper y murmuró:

—Quítate el casco, cariño.

Ella obedeció. Tenía el ceño fruncido en su rostro moreno dorado, de ojos oscuro intenso y con el cabello negro azabache rasurado a los lados.

Fue un solo disparo, ella se desplomó contra la pared y el brillo desapareció de sus ojos.

Enfurecido, Archex se incorporó o trató de hacerlo. Hizo una mueca de dolor y, tras dejarse caer al suelo, empezó a masajear su muslo.

—¿Por qué hiciste eso? —vociferó.

Zade se encogió de hombros.

—¿Porque era el enemigo? ¿Porque estaba esperando la oportunidad para robar tu bláster y hacerte lo mismo? ¿No la necesitábamos? ¿No me gustan los testigos? ¿No me dejaste matar al oficial? Tú escoge. Mejor aún, levántate y busca algo de beber para nuestra mamá gallina, y quizás una de esas mágicas inyecciones estimulantes que los cabeza de cubeta usan para estar en forma cuando una persona normal está fuera de combate. Tenemos que irnos.

Archex sacudió la cabeza.

—Aún no puedo ponerme de pie. A mí también me serviría una de esas inyecciones. Pasando el elevador, en la esquina derecha del fondo, encontrarás una cocina con agua y una unidad de refrigeración. Las inyecciones están ahí, en una caja roja.

Zade asintió y se apresuró a seguir sus instrucciones.

Vi se dirigió a Archex.

—Lo que hiciste fue muy heroico, Freno de Emergencia. Me salvaste el pellejo.

Archex esbozó una sonrisa irónica, con la frente fruncida por el dolor.

—Sí, bueno, eres nuestra mamá gallina. Me molesta casi todo lo que sale de la boca de Zade, pero ahí dio en el blanco. Me alegra que por fin tengas un apodo tan malo como los que me pusiste a mí.

Ahora fue el turno de Vi para fruncir el entrecejo.

—¿Mamá gallina? No te atrevas. No soy una matrona ajetreada que cuida a sus polluelos y hace nidos. —Lanzó una carcajada y sintió todas sus costillas magulladas—. ¡Oh, no! ¡Soy por completo una mamá gallina! Empecé como una espía ingeniosa y mortal, y ahora bien podría estar cacareando en Endor, esperando convertirme en un pollo endoriano frito.

Cuando Zade regresó, ambos reían como mono-lagartos kowakianas. El contrabandista llevaba dos jeringas, una cantimplora y el ceño fruncido.

—¿Qué puede ser tan divertido como para hacer reír al Señor Labiotieso? —preguntó, molesto—. Juro que en el momento en que hago algo responsable, por fin se sale de su papel. ¿Fue una broma binaria? ¿Alguien se puso calcetines disparejos o se peinó de manera ridícula?

—Cálmate, se está burlando de mí —respondió Vi—. Pásame los productos. Mamá gallina quiere sentirse de nuevo como una persona, en lugar de como un saco de boxeo humano.

El agua era divina, aunque de sabor un poco metálico; como siempre, se preguntó qué tipo de cocteles de la Primera Orden estaría ingiriendo. Aunque no tuvo que decir nada, Archex también sabía que era posible que el agua estuviera adulterada, siempre vigilante, en espera de que algo saliera mal. Vi se pinchó el muslo y presionó el émbolo; de inmediato, conforme los estimulantes fluyeron por sus venas, su sangre subió de

temperatura y el dolor menguó. En cuestión de instantes ya estaba de pie y saltaba sobre los talones.

—Podría pelear contra un acklay —dijo, entusiasmada—. ¡Esta cosa es genial!

Archex se empujó para ponerse de pie y tiró al piso su jeringa vacía.

—Magia de la Primera Orden —explicó, por primera vez su voz no era un silbido—. Tenemos como una hora para salir de aquí, antes de regresar a la normalidad. Para mí, eso quiere decir que ya acabé aquí.

Vi levantó el bláster y el casco de la trooper que estaba en el piso. Echó una mirada alrededor de la nave; su visión volvía a enfocarse de manera agradable.

—Zade, trae todas las inyecciones estimulantes. Si encuentras alimentos ricos en nutrientes y buenos botiquines, tráelos también.

El contrabandista hizo un saludo militar y se fue trotando, mientras que ella continuó haciendo el inventario de los recursos a su disposición.

—Me llevo el casco; es más, me llevo la armadura. Espera. ¿Dónde está Kath? Tiene un intercomunicador de largo alcance como el que he estado buscando.

Archex asintió.

—Todos los oficiales tienen un holocomunicador personal. Funciona de manera local, a menos que se transmita a través de un satélite o una antena cercana, así que deben de tener una nave en órbita. Si vamos a usar el intercomunicador de Kath para ponernos en contacto con la Resistencia, Kriki tendrá que encriptar el código y asegurarse de que no puedan rastrearlo hasta nosotros o hasta la general.

—Entendido. ¿Puedes obtener todos sus códigos o lo que sea que Kriki necesite para hacerlo? Y oye, si pudieras destruir toda su tecnología para que no puedan comunicarse a nivel local, sería maravilloso. No quiero que ninguno de los troopers que quedan puedan comunicarse con sus superiores en la flota y pedir refuerzos. Me gustaría tener tiempo para desconectar todo su sistema de comunicaciones y llevarlo a casa, pero tenemos que salir de aquí antes de que regresen los exploradores. Me pondré el traje de trooper y tomaré el intercomunicador de Kath. Démonos prisa. —Después miró los maravillosos recursos que contenía la nave y sonrió—. O podríamos robarla. Tiene todo lo que necesitamos.

Archex sacudió la cabeza.

—La nave de Kath es distinta: solo responde a la voz de Kath y quizás a la de dos de sus soldados principales. Quizá Kriki podría descodificarla, pero se tomaron muchas molestias para asegurarse de que un soldado como yo no pudiera hacerlo.

Vi suspiró. Por supuesto.

—Entonces regresemos al plan original.

Archex asintió y se dirigió a la cabina.

Los pasos de Vi eran ligeros y tenía la cabeza despejada cuando desactivó el rastreador del casco, desvistió el cadáver de la trooper y se puso la armadura. No era una tarea imposible, pero tampoco fue fácil; se preguntó qué tan rápido lo haría Archex. La talla no era ideal, pues la trooper era más grande que ella en todos sentidos, pero serviría.

Cuando Archex terminó en la cabina, se cruzó con ella en su camino para recoger las provisiones. Su frente se ensombreció, como si deseara ayudarla a arreglarse la armadura como alguna vez lo hizo con sus jóvenes alumnos, pero solo asintió, reacio, como muestra de su aprobación.

Vi salió de la nave hasta la suave quietud del bosque de Batuu. Había caído la noche, pero el perímetro de la nave estaba inundado de luz artificial. El Teniente Wulfgar Kath yacía en el suelo junto a un casco de trooper; estaba inconsciente, respiraba con dificultad y tenía un enorme moretón en la frente. Vi torció la boca. No estaba muerto, y ella podía cambiar la situación con un solo disparo. Pero los interrogatorios funcionaban en ambos sentidos y esta bestia corpulenta tendría toneladas de información que le servirían a la Resistencia. Encontró el intercomunicador en el bolsillo de su saco y regresó a la nave.

—¿Hay alguna camilla ahí? ¿O un speeder? Quiero llevarme a Kath como rehén.

Zade apareció con los brazos cargados de cajas.

—¿No está muerto? —preguntó, decepcionado.

—No. Y es mejor, podremos usarlo. ¿Ese speeder?

Su rostro cambió. Vi se dio cuenta de que era más que simple tristeza por que el enemigo siguiera existiendo, pero no tenía tiempo para profundizar.

Él se pasó los dedos por el cabello y agregó:

—Llegamos en un landspeeder. Ylena y Savi nos lo prestaron, así que debemos regresarlo en buenas condiciones. A mí me dijeron con toda claridad que no tenía permiso de manejar. Déjame cargar esto y podremos llevar al desgraciado hasta el vehículo en un abrir y cerrar de ojos.

Vi abrió la boca para recordarle que *no* manejaría, cuando escuchó que alguien gritaba en el exterior.

—¡Señor!

—Chicos, tenemos compañía. ¡Debemos irnos! —les avisó en un murmullo.

Zade arqueó las cejas y se acercó a ella, apretando las cajas contra su pecho. Archex salió de la parte posterior de la nave, vestido con una pechera de armadura y cargando un bláster y un botiquín.

—Voy a salir y retrasarlos —anunció Vi—. Yo los cubro. Esperen hasta que dispare.

Vi se puso el casco y se apresuró a la escotilla de la nave. El mundo parecía diferente a través del casco, pero no había tiempo para considerar la situación.

Cuando vio a dos troopers en cuclillas alrededor de Kath, señaló lejos de la nave y ajustó la voz para que se pareciera a la de la trooper cuya armadura llevaba.

—Lo atacaron. Se fueron por allá. ¡Deprisa!

Los troopers se pusieron de pie y desenfundaron sus blásteres. No importaba cómo se dieron cuenta de que era un disfraz, la habían descubierto. Vi comenzó a disparar. Se deshizo de un trooper, pero el otro le disparó; ella sintió el impacto de un rayo en el hombro de la armadura, otro en el vientre. Archex y Zade salieron en tromba de la nave detrás de ella; corrieron en distintas direcciones en zigzag, con los brazos cargados de artículos robados. Cuando el casco y el bláster del trooper que seguía en pie apuntaron en

su dirección, Vi lanzó un disparo afortunado que lo obligó a soltar el arma y agarrarse la mano, por cuyo guante escurría la sangre.

Lanzó una última mirada nostálgica al Teniente Wulfgar Kath y le disparó en el pecho antes de seguir a Zade al interior del bosque a toda velocidad.



Capítulo treinta y uno

POR SUPUESTO, LOS ESTIMULANTES DEJARON DE hacer su efecto antes de que llegaran a las ruinas. Sucedió de pronto, como un líquido que se escurre por un agujero horadado en una cubeta. Vi se encontraba sentada en la parte posterior del speeder de Savi, haciendo el inventario de su botín; estaba exultante de energía y esperanza, y su mente se movía a un kilómetro por minuto. De improviso, se abatió y sintió cada moretón, cada abrasión, cada lugar en el que encajaba la armadura, cada pequeña cortada en la que Kath había puesto el escalpelo contra su piel delgada y suave. Había estado en su poder, por fin tenía la ventaja, y ahora lo había perdido. Tendría que conformarse con verlo muerto, aunque en este momento eso no la hiciera sentir mejor.

Nada lo hacía, nada podía. Se sintió vacía, exhausta y débil.

Vi siempre tenía que recordárselo: el trauma es traumático. Aunque sobrevivió a esa terrible experiencia y obtuvieron mucho de la misión de rescate, la verdad era que la habían torturado y que estaba hecha un despojo, en lo físico y en lo psicológico.

—Oh —exclamó Archex, triste y sorprendido; el speeder bajó la velocidad y brincó un poco.

Sus estimulantes también dejaron de calmarlo. Vi no envidiaba su dolor: la quemadura constante en su pierna y que su pulmón jamás volviera a absorber todo el aire que debía absorber. Tendría que cuidar la caja de estimulantes robados, puesto que los guerreros cuyos cuerpos habían sido dañados tenían la tendencia a convertirse en adictos y cualquier tipo de insensibilidad era un bálsamo bienvenido. No podía imaginar a Archex recargado en la barra de la cantina de Oga como Zade, bebiendo una docena de Fuzzy Tauntauns para relajarse en la embriaguez, pero podía imaginarlo con facilidad, solo en el puesto de reclutamiento, en un mal día, cuando la lluvia hacía que le dolieran los huesos, parado encima de un montón de estimulantes y prometiéndose a sí mismo solo una hora de alivio, solo una siesta rápida sin pesadillas.

Las agujas sabían que, en ese momento, ella también lo haría.

Regresaron a las ruinas y encontraron a Kriki, Ylena y Dolin, que esperaban ansiosos en un charco de luz artificial junto al cenote.

—¿Funcionó? —preguntó Dolin, con su rostro iluminado.

A su lado, Waba bufó entusiasmado.

—Funcionó —confirmó Zade—. ¡Y tenemos un botín! ¡Matamos a algunos que bien se lo merecían!

El speeder se detuvo y Archex tuvo dificultad al bajar; casi se desploma cuando sus botas tocaron el suelo. Vi lo habría ayudado, pero su estado no era mejor y él solo le hubiera apartado las manos de un golpe. Dolin se apresuró hacia él y le ofreció un brazo; Archex estaba tan mal que lo aceptó. Levantó un datapad que Vi no se había dado cuenta de que había robado.

—Kriki, esto debe tener todos los códigos, todo lo que tienen en este planeta. También puede escanear contenedores, piratear droides y puertas y traducir idiomas desconocidos. Puse rastreadores en la nave, así que si se mueve podremos encontrarla. Si llega a la atmósfera, lo sabremos.

—¿Sí? —La chadra-fan parecía un poco insegura cuando se adelantó para tomar la tableta—. Digo, no tengo ninguna experiencia con la tecnología de la Primera Orden, pero…

—Puedes hacerlo. Creemos en ti. Úsalo para desatar un verdadero caos, ¿okey? —terció Vi desde el speeder, intentando ponerse de pie—. El objetivo es impedir que envíen un mensaje fuera del planeta e informen a sus superiores que matamos a su oficial. Si puedes asegurarte de que sus intercomunicadores personales queden inservibles, también evitaremos que se comuniquen entre ellos con sus cascos. Eso sería maravilloso. Sé que Archex hizo algunas modificaciones en su nave, pero debemos tener la certeza de que no puedan encontrar manera alguna de remediarlo. Tengo un casco, si necesitas los parámetros.

Vi extendió el casco y Kriki lo tomó, haciendo un gran esfuerzo para no mostrar lo pesado que resultaba para ella. Pensándolo bien, Vi le extendió el intercomunicador que le había quitado a Kath.

—Y este holocomunicador es nuestro huevo de oro de convor. Necesito que lo arregles para comunicarme con la General Organa, pero sin que se graben los códigos y sin que nadie pueda interceptarlos, en particular cuando el aparato intente contactar a la nave de la Primera Orden que está en órbita.

—Puedo hacerlo —repuso Kriki. Tomó el intercomunicador y miró al piso—. Lamento no haber participado en el rescate. Yo… es decir… después de que perdí a mi hermana en Hosnian Prime, no puedo… solo pensarlo… Estoy tan…

—Asustada —terminó por ella Ylena, con voz suave y una mano en el hombro de Kriki—. Está bien. Cada uno tiene un papel que desempeñar. No todos somos combatientes. —Le lanzó a Vi una sonrisa muda y discreta—. Y algunos de nosotros libramos nuestras batallas en otros lugares, con nuestra mente y nuestro corazón, en lugar de con nuestras manos. Tu conocimiento es un arma, Kriki. Nadie podría pedirte más.

Vi le devolvió la sonrisa a Ylena.

—Es cierto, Kriki. Ninguno de nosotros puede hacer lo que tú haces. Ylena, gracias por el speeder, y a Savi también. Sin él, estoy segura de que Archex y yo estaríamos tendidos en el bosque, llorando. O muertos.

—Oh, yo me hubiera unido a ustedes —intervino Zade—. En la parte de estar tendidos, no la de estar muertos.

—¿Mataron a todos? —preguntó Dolin—. ¿Ya no hay Primera Orden?

Vi puso los pies en el suelo y comprobó su capacidad para mantenerse de pie, luego sacudió la cabeza.

—No. Matamos al oficial, Kath, y a dos stormtroopers, creo. Le volamos los dedos de un disparo a un tercero. A menos que sea ambidiestro, es probable que ya no vuelva a dispararnos. Si los sumamos a los que maté en el mercado y en las ruinas, son… —Su cabeza dio vueltas.

—Ocho muertos, un herido —interrumpió Kriki.

—Nueve fuera de combate. Sin embargo, aún no tenemos idea de cuántos soldados trajo Kath consigo. —Vi suspiró y volteó a ver a Archex, esperando que dijera algo sobre la cantidad que podía esperarse, pero él desvió la mirada.

Bien. Todavía no estaba listo para que los otros conocieran su pasado. Vi se reuniría con él para planear una estrategia más tarde, después de que ambos descansaran un poco. Pero antes tendría que jugar a la mamá gallina y organizar todo.

—Dudo que mañana esté en condiciones. Ylena, ¿podrías, por favor, decirle a Savi que lo siento, pero que no podré trabajar en un par de días?

Ylena soltó una risita.

—Oh, ya lo sabe. Como imaginarás, recolectar, o mejor dicho, seleccionar chatarra, no es ese tipo de trabajo. Regresa cuando estés bien en corazón y mente. Trabaja solo medio día si es necesario, disfruta de compañía en la mañana y duerme la siesta durante el calor de la tarde. Estaremos ahí siempre, cuando estés lista.

Como en todo lo que decía Ylena, había trasfondos que Vi podía advertir, pero no sabía interpretar con exactitud. Parecía que siempre decía dos cosas a la vez. Pero la idea general era que podía sanar y trabajar cuando estuviera lista sin que la corrieran del trabajo. Ese era uno de los mejores tratos que un empleador podía ofrecer.

—¿Puedes llevarte el speeder antes de que algo le suceda? Ya le debo a Savi demasiado y no quiero pagar alguna abolladura.

Echó un vistazo a Zade, quien admiraba los controles y pasaba un dedo por el botón del propulsor.

Ylena asintió.

—Sí, puedo. Dolin, ¿quieres venir conmigo y reunirte con los otros en la cantina?

Dolin jugueteó con la correa de Waba.

—Sería… mmm, sería excelente.

Ylena inclinó la cabeza hacia un lado.

—Fue Waba quien rastreó el camino de Vi hasta la nave de la Primera Orden, ¿verdad?

Dolin se acuclilló para rascar la espalda del cerdo, haciéndolo dar gruñiditos de placer.

—¡Así es! El viejo Waba puede encontrar cualquier cosa si le das una muestra que olfatear.

—Entonces, si lo dejo olfatear ciertos artefactos en la chatarrería, ¿quizá pueda encontrar objetos similares en los montones de chatarra?

—Es probable —respondió Dolin, reflexionando—. Aunque debemos tener cuidado de que no se coma algo que no sea seguro o que restriegue el hocico en metal oxidado.

El rostro de Ylena se iluminó.

—Entonces, considera llevarlo contigo mañana. Si puede hacer lo que pienso que es capaz de hacer y encuentra lo que creo que puede encontrar, las reliquias que aparezcan podrían contribuir a aumentar mucho su capacidad para comprar grandes piezas de equipo para su instalación.

—Ese es un cerdo —exclamó Vi con admiración—. Recuérdame rascarle detrás de las orejas cuando pueda moverme de nuevo. Buena suerte a todos. Buen trabajo. Gracias por salvarme la vida. Ahora, voy a entrar en coma.

No supo cómo regresó a su litera, mucho menos cómo se las arregló para quitarse la armadura y la peluca, pero disfrutó un momento de completo éxtasis cuando quedó vestida solo con ropa interior y se metió debajo de las cobijas. Después de tantos años con la Resistencia era más difícil recordar la última vez que había dormido en una cama de verdad, algo que, en efecto, este burdo nicho no era, pero yacer de forma horizontal, sin estar amarrada y en manos de la Primera Orden, era más que suficiente. En algún momento en su sueño, Pook se acercó y le inyectó una cosa o la otra, mientras se quejaba de las molestias y las múltiples debilidades de la carne y los órganos internos, pero ella volvió a quedarse dormida.

El tiempo dejó de tener sentido. Las luces se apagaban y encendían, gente iba y venía, Pook la pinchaba, la examinaba y murmuraba. Entraba y salía de sus sueños. En una ocasión, Vi despertó gritando y Kriki le acarició el cabello suavemente mientras le decía que todo estaría bien. En otro momento, sintió algo frío y húmedo en su mejilla, y despertó de una pesadilla para ver que Waba le enjugaba las lágrimas. Pero cuando por fin abrió los ojos y se incorporó, con el cuerpo casi sanado, aunque no la mente, supo algo con claridad. A pesar de todo el trabajo de Kriki por interrumpir las comunicaciones de la Primera Orden en Batuu, los troopers que quedaban lograrían regresar al espacio por fin, a su nave principal, e informarían a sus líderes con exactitud lo que había sucedido aquí. Entonces, los peores presagios de Vi se volverían realidad; estas buenas personas aprenderían la fuerza y el poder de la Primera Orden. Los harían trizas, junto con los planes de Leia de establecer una base para la Resistencia. Eso significaba que su trabajo ahora era evitar que eso sucediera.



Capítulo treinta y dos

—¿SEÑOR? ¡SEÑOR!

El Teniente Wulfgar Kath trató de abrir los ojos, pero la luz brillante hizo que le doliera más la cabeza. Era como la peor resaca de su vida, combinada con una severa deshidratación y una ronda de kickboxing en el gimnasio. Sentía la cabeza como una caja de metal llena de cenizas y toallas húmedas, e incluso el más mínimo movimiento era lo bastante doloroso como para hacerlo retorcerse de dolor y, para su gran decepción, quejarse.

—Está vivo.

Los troopers de Kath lo ayudaron a sentarse y lo llevaron hasta el ala médica de la nave. No era el tipo de hombre que permitía que sus subalternos lo desvistieran, así que permaneció acostado con el uniforme completo, incluso con las pulidas botas negras. De hecho, notó en ellas algunas manchas y rasguños, lo que le pareció intolerable. Pero no tan intolerable como la historia que le contaron los troopers sobre cómo había escapado la prisionera.

Durante días, perdió y recuperó el conocimiento hasta que al fin se despertó en una bata de hospital, con la barba crecida y de pésimo humor. Su segundo al mando le dio más malas noticias, como que la Resistencia se había llevado una buena cantidad de provisiones valiosas, un datapad lleno de los códigos y planes de la Primera Orden, y su capacidad de comunicarse, ya fuera de largo alcance o a través del puesto de avanzada. Sus cascos eran inútiles ahora.

Eso era peor que un dolor de cabeza. Era una *catástrofe*. La buena noticia era que si el General Hux llamaba de nuevo, solo obtendría silencio de radio. La mala noticia era que si eso sucedía demasiadas veces, el General Hux enviaría otra nave, y la misión de Kath y su carrera tendrían corta vida y un final violento.

—Qué bueno que llevaba ese chaleco blindado, señor —observó el droide médico mientras examinaba los signos vitales de Kath—. Su pecho está muy dañado, pero nada se rompió y no hay hemorragia.

—Entonces arréglame y déjame regresar a mis asuntos —ordenó Kath con frialdad.

—Tiene una conmoción, señor, una *muy grave*. Un traumatismo más grave le habría provocado un daño cerebral irreparable. Se sentirá confundido y mareado. Estará incapacitado al menos varios días más.

Kath respiró profundo y eso le provocó un dolor terrible.

—Entonces ve por los estimulantes y las dosis de refuerzo. No puedo creer que no los hayas usado ya.

El droide médico miró al trooper que estaba más cerca, el segundo al mando, CE-6675, quien se aclaró la garganta.

—Los robaron.

Esa fue la gota que derramó el vaso. Kath necesitaba esas provisiones.

—¿Todos? —preguntó, incrédulo—. ¿También los que estaban en refrigeración?

—Todos, señor. Así como muchos suministros médicos.

Aun con la mente confundida, Kath ató cabos.

—Si sabían dónde encontrarlos tan rápido, entonces uno de ellos era un exagente de la Primera Orden. Como Starling estaba aquí, apostaría a que se trataba de Cardinal. ¿Alguien vio a un hombre que correspondiera con su descripción?

—Sí, señor.

Con cuidado, Kath giró la cabeza y vio a un trooper que estaba sentado en otra camilla del ala médica; tenía la mano envuelta en un guante de bacta. Era joven, unos veintitantos años; su rostro era una batalla de dolor y vergüenza.

—Era el Capitán Cardinal. Huyó con la espía de la Resistencia y un hombre delgado vestido con ropa llamativa. Se separaron, no pude atraparlos.

Kath respiró profundo y con dolor; sintió que la vena de su frente palpitaba.

—¿No pudiste atraparlos? Formas parte del ejército mejor entrenado de la galaxia, y *¿no pudiste atrapar a ninguno de ellos?*

El trooper levantó la mano.

—Dispararon y me arrancaron dos dedos, señor. No pude jalar el gatillo de mi bláster. Como era el único trooper con vida en los alrededores, pensé que no era prudente dejarlo solo, por si había otros hostiles en el área.

—Su presión arterial está peligrosamente alta, señor —observó el droide médico, lo que aumentó la ira de Kath, que odiaba que le dijeran obviedades.

Sin embargo, luchó por controlar su humor; respiró por la nariz y se estremeció de rabia.

—Si la situación fuera favorable, tu castigo sería severo y a este droide lo derretirían para que fuera chatarra.

En silencio, el droide médico regresó al clóset con actitud prudente.

—Pero ya solo quedan catorce troopers…

—Doce, señor —corrigió CE-6675—. Asesinaron a dos mientras escapaban.

Kath rechinó los dientes y murmuró:

—Solo doce troopers. Caen como moscas. Quizá debería ponerlos a todos en el calabozo y pedir refuerzos, si consideramos el fracaso de este escuadrón.

No lo haría, sus troopers no tenían idea de cuánto estaba en juego para él en esta misión, pero necesitaba motivarlos de alguna manera.

—¿Preparamos la reunión con el *Penumbra*, señor? —preguntó CE-6675—. Ellos tienen un ala médica más avanzada y podrán curar mejor sus heridas. Con lo que nos resta de suministros, me temo que es muy poco lo que puede hacer un droide médico. Recomendó descanso y rehidratación.

CE-6675 retrocedió un paso con las manos tras la espalda como signo de deferencia, lo que sugería que sabía que había sobrepasado los límites.

—No. Por supuesto que no. No dejaré este planeta hasta tener a Starling en mis manos, destruir la base que construyó aquí la Resistencia y castigar a sus aliados.

—Pero, señor…

Kath levantó la cantimplora que estaba a su lado y la arrojó a CE-6675 con todas sus fuerzas. El pesado objeto rebotó sobre la armadura de betaplastoide del trooper y cayó al suelo con un sonido sordo.

—¡Dije que no! No trates de interrumpirme de nuevo a menos que quieras que te castigue por insubordinación, CE-6675. Que tenga una conmoción no significa que seas libre de opinar sobre mi estrategia o las órdenes de mis superiores. No olvides cuál es tu lugar.

El trooper dio otro paso atrás, con la cabeza inclinada en señal de entendimiento.

—Sí, señor.

—Nada ha cambiado. Nuestra misión es la misma. Los troopers que perdimos eran débiles o tontos, se acabó el problema. Los que quedan deberán estar a la altura del reto y mostrar que son soldados dignos de la Primera Orden. ¿Alguien tiene algún problema con eso?

—¡No, señor! —gritaron todos los stormtroopers.

Kath trató de asentir, pero sintió ganas de vomitar.

—Bien —continuó—. Entonces, estas son sus órdenes: vayan al puesto de avanzada y amenacen a los pueblerinos. Interróguenlos sobre la espía de la Resistencia. Lastímenlos en nombre de ella. Amenacen a sus familias, oblíguenlos a reconsiderar su lealtad a nuestro enemigo. Muestren el poder de la Primera Orden. Paguen a quienes estén dispuestos a ayudarnos a lograr la victoria. La última vez atrapamos a Starling porque intervino para defender a unos civiles. —Sonrió y se recostó, acomodándose sobre las almohadas—. Oblíguenla a que lo haga de nuevo.



Capítulo treinta y tres

VI NO TENÍA NI IDEA DE qué día era cuando entró tambaleándose en la habitación que usaban como comedor. Olía a caf, encontró la jarra junto a una pila de tazas de metal y se sirvió una buena dosis curativa. Dolin y Kriki levantaron la mirada desde sus lugares en la mesa improvisada y sonrieron; pero Archex, como era de esperarse, gruñó.

—No deberías estar fuera de cama —señaló—. Pook calculó que necesitarías al menos dos días más para sanar de la manera apropiada.

Vi puso los ojos en blanco y se dejó caer con pesadez sobre una caja.

—Primero: lo que más me molesta nunca sanará, así que no espero sentada. Segundo: me siento muy bien y tengo trabajo que hacer. Tercero. —Puso las manos sobre la mesa e inclinó la cabeza—. ¿Cuánto tiempo dijo Pook que *tú* te quedaras en cama?

Archex se aclaró la garganta y bebió un sorbo de su caf.

—Mmm… —murmuró—. ¿Y qué pasó con ese equipo local de holoajedrez?

Vi soltó una risita por la nariz, le gustaba ver de nuevo un pequeño brillo de sentido del humor.

—Eso pensé. Alguien póngame al día de lo que me perdí en el puesto de avanzada y aquí, por favor.

—Los seres conscientes estaban molestos, a mí me abruma un terror existencial y su costilla rota está casi sanada —resumió Pook desde un rincón, donde parecía perforar agujeros en la roca solo para hacer un ruido molesto.

—Perfecto, Pook. Buena información. ¿Y luego?

Kriki sacó el pecho al respirar hondo.

—Yo pude usar el datapad para encriptar todas sus comunicaciones. Cada vez que traten de usar el intercomunicador de sus cascos, escucharán el programa de radio de Palob Godalhi. —Rio y se llevó las manos a la boca—. Y encripté la señal del intercomunicador de largo alcance de su nave, así que no pueden hacer nada. También reconfiguré y encripté el intercomunicador que encontraste en el oficial para que puedas usar su nave como relé para contactar a la general, pero sus escaneos mostrarán interferencias cuando comprueben la disponibilidad de la red. ¡Oh! Y, como te habrás dado cuenta, compré caf fresco en el mercado.

Esas noticias hicieron que Vi sonriera tanto que le dolió su amoratado rostro.

—Buen trabajo. Muy, muy buen trabajo. Si pudiera pagarte, te pagaría el doble. Yo diría que tan solo estamos a unos cuantos troopers muertos para tener el mejor panorama.

—También hay malas noticias —intervino Archex.

—Claro que las hay —murmuró Vi—. Dímelo todo.

Ahora, fue Dolin el que habló.

—Desde el ataque, los troopers pasan más tiempo en el puesto de avanzada. Violentan a los comerciantes que no los ayudan o que pretenden no saber nada de ti o de la Resistencia. A los nativos que desean ayudar a la Primera Orden, esas cobardes ratas womp, los soldados les dan créditos. Eso significa que algunas personas están empezando a cambiar de opinión sobre ti, sobre nosotros. —Dejó caer la cabeza—. Uno de los soldados golpeó a Oh-li con su bláster, le rompió la mandíbula. Ella y Jenda siguen sin decir nada.

El corazón de Vi se congeló al pensar en todo el sufrimiento que las buenas personas estaban dispuestas a padecer por lo que consideraban correcto. Era típico de la Primera Orden averiguar cómo lastimarla más: amenazar a gente inocente. Por supuesto, era lo que hacían mejor.

—Bien, entonces considerémoslo. Están los stormtroopers que siguen vivos, pero ningún oficial. A esos no les pagan por pensar, ¿cierto?

Vi miró a Archex, que resopló.

—Les pagan por obedecer órdenes. Cualquier instinto relacionado con el pensamiento creativo o la rebelión contra la autoridad fue desprogramado; de lo contrario, se deshacen de ellos y los mandan a las minas o a las fábricas. Si no tienen un líder, el trooper de mayor rango estará a cargo. Si no pueden comunicarse con sus oficiales superiores para recibir nuevas órdenes, lo más probable es que salgan del planeta tan pronto como puedan.

Vi lo miró de nuevo.

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que eso suceda?

Archex se encogió de hombros.

—Depende por completo del trooper que esté a cargo. Podrían estar haciendo preparativos ahora mismo o podrían tener alguna tecnología que haga funcionar sus comunicaciones. Sin ofender, Kriki.

—Oh, no —murmuró Dolin. Todos lo miraron—. Una de las personas que estaba diciendo cosas buenas sobre la Primera Orden era ese horrible pirata informático que siempre está en la cantina de Oga, Martin Anke. Anoche invitó una ronda y les dijo a todos que podían estar agradecidos con la Primera Orden. ¿Creen que podrían usarlo para arreglar lo que sea que Kriki descompuso?

Vi se inclinó hacia delante.

—Esto cambia las cosas. Tenemos que asegurarnos de que esa nave no salga del planeta. Si Hux y sus secuaces averiguan no solo que estoy aquí, sino que asesiné a su oficial y que la población local está del lado de la Resistencia… —Su voz se apagó.

—Matarán a todos —terminó la frase Archex—. No respetan a la gente, la cultura. Ni a viejos, jóvenes, nativos, visitantes, ya sea que estén del lado de la Resistencia, de la Primera Orden o que permanezcan neutrales. Arrasarán el puesto de avanzada y olvidarán que alguna vez existió.

Un pesado silencio se esparció por la sala mientras las luces improvisadas zumbaban sobre sus cabezas. Vi miró a cada uno de ellos: Archex, Kriki, Dolin; incluso miró a Pook, aunque no tuviera ojos. Sabía que tal vez Zade estaría reposando el alcohol que se había bebido la noche anterior. Ese sitio no pretendía ser algo permanente, era una colección de tecnología hechiza donde las naves de la Resistencia pudieran aterrizar por un tiempo, donde los voluntarios pudieran reunirse para ayudar a planear una estrategia o a enseñar a los reclutas cómo disparar, volar y hackear. Aunque hubieran escogido un lugar que crearon y donde vivieron los antiguos, ahora solo era una breve parada de descanso en la amplia galaxia.

Pero Vi estaba dispuesta a morir por él, por este equipo que había reunido a su alrededor, por la gente del puesto de avanzada de Black Spire. Por Savi, Ylena y los recolectores, que hacían su mejor esfuerzo por luchar contra el mal y para ayudarla, aunque no tenían por qué hacerlo. Por Jenda y Oh-li, que dijeron no aunque sabían que saldrían lastimadas. Por Salju, que fue hasta el lugar donde se estrellaron no para saquear, sino para asegurarse de que si necesitaban ayuda, la recibirían.

Aquellas eran buenas personas y aquel era su lugar.

En cierto sentido, por ahora aquel era el lugar de Vi. Y eso significaba que salvarlo dependía de ella.

Suspiró profundo.

—Okey, pensemos cómo garantizar que esa nave no salga nunca de Batuu.

Todos asintieron.

—¿No podemos hacer explotar su nave y ya? —preguntó Dolin.

Vi le ofreció una sonrisa cálida.

—Me gustaría que fuera tan fácil. Si la nave explotara sobre el planeta, los trajeados en el espacio sabrían que alguien aquí tomó una acción decisiva en contra de la Primera Orden. En el mejor de los casos, enviarán a otro oficial con un gran escuadrón para investigar. En el peor, se saltarán ese paso e incendiarán todo, por si acaso.

La nariz de Kriki aleteó.

—Así que no podemos matar a sus soldados ni explotar su nave, pero ¿tampoco podemos dejarlos ir?

Archex asintió.

—Necesitamos encontrar la forma de enviar un mensaje desde la nave de la Primera Orden diciendo que la espía de la Resistencia estuvo aquí pero que murió en custodia, y que Batuu no es útil a nivel estratégico. Debe parecer que no vale la pena preocuparse por este lugar.

—Pero ¡sí vale! —Dolin casi grita.

Vi puso una mano en su brazo.

—Lo sabemos, y tú también, pero no queremos que la Primera Orden lo sepa.

—¿Saben lo que necesitan? —preguntó una nueva voz desde el vestíbulo.

Todos alzaron la vista hacia Zade, que entró en la habitación vestido con una bata bermellón de seda brillante.

—¿Y bien? —lo animó Vi.

—Caf. —Terminó la frase en su camino a la cafetera eléctrica, se sirvió una taza e hizo una mueca al probarlo—. Retiro lo dicho. Necesitan mejores granos. Esta cosa sabe como si hubiera salido del trasero de un dewback.

Archex suspiró.

—¿Puedes contribuir con algo útil?

Zade se recargó en un montón de contenedores a beber su caf.

—La cantina está hecha un caos. Hablan mucho de la Primera Orden. Algunos piensan que son fabulosos, que van a hacer de este un lugar decente con un verdadero gobierno, en lugar de Oga, su músculo y sus métodos turbios y gansteriles. Pff. Qué tontos. —Bebió un sorbo—. Otros, más de lo que creen, sienten cariño por Vi y piensan que la Resistencia es la única opción. Han visto el daño que pueden hacer unos cuantos miembros de la Primera Orden y saben que una fuerza más grande no dejaría más que escombros. Con Savi y los chatarreros de tu lado, dan por sentado que están haciendo un trabajo bueno y justo. Quienes vieron lo que hiciste cuando defendiste a las ancianas creen en ti. La mayoría piensa que se trata del equilibrio y que la Primera Orden y la Resistencia solo están complicando algo bueno, que deberían irse y encargarse de sus propios asuntos.

—Ojalá se pudiera —exclamó Vi mirando al cielo—. ¿Algo más?

Zade alzó un dedo y tragó el resto de su caf. Vi notó que su incipiente barba se agitaba mientras tragaba y pasó un momento pensando en quién odiaba más a Zade, si Archex o Pook.

Cuando terminó, el contrabandista dejó su taza y sonrió.

—Los estaba escuchando discutir desde el vestíbulo y creo que la única manera de resolver este pequeño *imbroglio*… Sí, conozco palabras rimbombantes. La única manera es dejar que la Primera Orden regrese al espacio.

—Pero si… —comenzó a decir Archex.

—No he terminado —lo interrumpió Zade—. Los dejamos escapar al espacio y luego los hacemos estallar. —Levantó un dedo de nuevo, eructó y Archex se avergonzó—. Pero antes de que suceda una de esas dos cosas, debemos subir a Kriki a bordo, que programe la nave para que envíe un mensaje en el momento en que salga al espacio, diciendo que la espía de la Resistencia está muerta y que Batuu, como dicen, es inútil desde un punto de vista estratégico. Dejen que se transmita y luego… *¡Buuum!* Pero ahí está la parte supercomplicada. —Se inclinó para acercarse y murmuró—: Kriki también debe hacer que la explosión parezca una falla técnica. Sin fuego enemigo, solo un mal motivador. Los constructores de naves de estos días, siempre reduciendo costos.

Por un momento, la habitación se quedó en silencio.

—¿Puedes hacerlo, Kriki? —preguntó Vi por fin.

Kriki bajó la mirada, sus garras golpeteaban la mesa, nerviosa.

—¿Que si puedo? Sí, ¡claro! Puedo hacerlo. Pero… no trabajo bien bajo presión. Me asusto y… es como si sintiera que mi cerebro se pone ligero y se agita, y soy torpe y… —Lanzó un suspiro chillón—. Incluso cuando imagino cómo me sentiría al entrar a hurtadillas a la nave de la Primera Orden, esperando que uno de los soldados me encuentre y me lastime como hicieron con Vi… —Su voz se fue apagando y sus dientes castañearon—. No sé si pueda hacerlo. Creo que no soy lo bastante fuerte. Me da mucho miedo.

Vi extendió el brazo y puso su mano sobre la de Kriki, que era mucho más grande.

—Eres fuerte —afirmó, y su voz se quebró. No era frecuente que dejara que otros vieran su lado emotivo, pero todavía se sentía un poco débil por la tortura—. No dejes que nadie te diga nunca que no eres capaz. No existe nada «suficiente». Se trata de ti, dando lo mejor que puedes aportar. Yo también tengo miedo. Tengo miedo todo el tiempo. Me despierto en la noche cubierta en sudor.

—Te he escuchado gemir en tus sueños —confesó Kriki—. Me preguntaba por qué.

—He vivido cosas malas. —Al oírla, Archex desvió la mirada y Vi bajó la cabeza. A Vi le dolía la garganta al decirlo—. Algunas personas me han lastimado. La mayor parte del tiempo puedo ignorarlo o esconderlo, pero siempre está ahí, acechando. Lo que he aprendido es que la única salida es vivirlo, que tengo que sentir el miedo, reconocerlo y de todas maneras actuar. El miedo no puede herirte.

—Pero ¡la Primera Orden por supuesto que puede! —gritó Zade.

Vi lo fulminó con la mirada y apretó la mano de Kriki.

—Pueden —admitió—. Pueden lastimarte incluso si vives tu vida, si evitas lo que te da miedo y solo te dedicas a tus asuntos. Porque eso es lo que hacen los abusadores: no les importa si estás comprometida o no. Pero lo que tratamos de hacer, esperamos, salvará este lugar, todo el planeta y a todos los que viven en él. Para mí, es un riesgo que vale la pena tomar. Cuando salté frente a Jenda y Oh-li en la plaza del mercado, tenía miedo y sabía que habría consecuencias. Pero me alegro de haberlo hecho. No creo que pudiera vivir con la persona que sería si solo hubiera observado lo que pasó y me hubiera ido.

—Entonces ¿dices que si no lo hago, me arrepentiré? —preguntó Kriki.

—Tómalo de alguien que tiene muchos remordimientos —intervino Archex. Su voz era amable y sus ojos estaban un poco húmedos—. Puedes sobrevivir al miedo y al dolor, pero cuando la Primera Orden decide que tu hogar está en su camino, no tendrás remordimientos. Serás cenizas. Primero llegan los cazas TIE y bombardean la ciudad y cada asentamiento. Después las naves aterrizan y las tropas llevan lanzallamas, blásteres y hachas láser. Escanean para buscar signos de vida, cazan a quien encuentran. No dejan nada atrás. Nada.

Se levantó de repente y se fue. Vi sintió lástima por él.

—Ese hombre… —empezó a decir Zade mientras observaba cómo Archex se iba y comía unos granos rancios inflados— ha visto cosas. Sigue sin caerme bien, pero empiezo a entender por qué no es nada divertido.

—Yo iré contigo, Kriki —se ofreció Dolin, tímido—. Quiero decir, quizá no sea el mejor combatiente o la persona más inteligente aquí, pero puedo protegerte. No tienes que ir sola, si eso es lo que te preocupa.

—No estarás sola —acordó Vi—. Nos tendrás a todos. Quizás también a algunos de los nativos, si supieran lo importante que es.

Miró a Zade y a Dolin. Este último asintió.

—Puedo preguntar en el asentamiento. Mi gente no va al puesto de avanzada, pero escuchan el radio local. Quizás ha aparecido en las noticias, la gente a la que han lastimado. Les diré lo que he visto. —Su voz se hizo más suave—. Les diré lo que te hicieron. Tal vez comprendan lo que está en juego.

—Y yo haré el gran sacrificio de pasar la noche en la cantina. —Zade se levantó y puso una mano en su corazón—. Me agobiaré con licores locales e invitaré tantas rondas como licores haya, de los baratos, por supuesto, aunque a mí me agrada el vino de Toniray. Tal vez si podemos animar suficientes corazones para este ataque, esos troopers que restan estarán tan deslumbrados o atormentados por hordas de nativos con horquillas para darse cuenta de que nuestra diminuta amiga hace su magia.

Agitó los dedos hacia Kriki y ella sacudió a su vez los suyos. Vi se había dado cuenta de que tenían una relación amistosa, como dos niños pequeños.

—Entonces, todos los demás distraerán a los troopers mientras yo voy a la nave y la reprogramo, después bajo de la nave, ¿y luego qué? —preguntó Kriki, todavía un poco nerviosa pero más confiada.

Vi sonrió.

—Luego nos retiramos y dejamos que se vayan. Cuando lleguen a la órbita…

—*¡Bum!* —exclamó Zade.

—*¡Bum!* —repitió Vi.

Kriki sacó el pecho y asintió.

—Creo que puedo hacerlo. *¡Bum!*



Capítulo treinta y cuatro

TIEMPO DESPUÉS, CUANDO YA TODOS ESTABAN dormidos, Kriki se sentó frente a la mesa improvisada, rodeada de datapads. Había ido al PABS para obtener toda la información posible sobre la tecnología de la Primera Orden. Savi le dio una antigua colección de manuales de naves y Mubo la dejó interrogar a una unidad KX-2 que estaba reconstruyendo. Pensó en detenerse en la Cueva de Antigüedades de Dok-Ondar, pero a pesar de que era vegetariano, el viejo ithoriano la hacía sentir como animal de presa, y casi con seguridad sentiría su desesperación y le cobraría en consecuencia, en caso de que tuviera algo útil. Aunque sabía que era muy probable que Gol, su antiguo empleador, tuviera tecnología de la Primera Orden entre sus mercancías, ya se había acostumbrado a que no la regañaran, así que solo asumió que él se negaría a venderle algo sin importar el precio. No importaba lo que Dolin y Zade dijeran sobre los nativos, era claro que algunas personas en el puesto de avanzada no tenían el corazón puro.

En general, nada le gustaba más a Kriki que contar con un poco de tecnología para juguetear con ella. Se divirtió mucho mejorando los viejos generadores de la Resistencia, y ahora las luces se encendían y atenuaban conforme al ritmo natural de los humanos. Pero eso era jugar, y esto… bueno, era cuestión de vida o muerte. Si se equivocaba con la tecnología, Batuu podría explotar igual que Hosnian Prime. Si se equivocaba con la elección del momento oportuno o tenía un golpe de mala suerte, terminaría muerta o en manos de la Primera Orden. La llevarían a una de esas sillas de interrogación, la electrocutarían, jugarían con su mente.

Kriki se estremeció. No era lo bastante fuerte para soportarlo y le aterraba lo que pudieran escudriñar en sus pensamientos. Vi era la persona más fuerte que conocía y apenas pudo escapar viva de la Primera Orden.

No solo eso: por más que Vi mostrara una cara alegre, cariñosa, confiada y competente, toda la noche gemía en sueños, rogando que la liberaran, que la ayudaran; murmuraba dos nombres una y otra vez. Kath, a quien Kriki conocía, y alguien más llamado Cardinal. Si Kriki estaba cerca y escuchaba que Vi se agitaba, se sentaba al lado de la humana y le daba golpecitos en la mano o acariciaba su cabello hacia atrás, desde su frente sudorosa, hasta que la boca de Vi se relajaba, dibujaba una sonrisa y volvía a quedarse dormida. Esta rutina casi cotidiana era uno de los tantos secretos de Kriki.

Dormía tres horas en la tarde, después del trabajo, pero aparte de eso estaba despierta y paseaba por los corredores a su manera, puesto que ese era el imperativo biológico de la chadra-fan.

También había visto a Archex debatirse en su sueño, aunque le daba pena tocar su rostro y solo le palmeaba la mano. En ocasiones se despertaba a medianoche y salía o iba a la habitación más pequeña de las cuevas para hacer ejercicios de estiramiento y caminar en círculos; gruñía y refunfuñaba extrañas consignas en rima para sí mismo e intentaba obligar a sanar su pierna lesionada a base de pura obstinación.

Había visto a Zade entrar dando tumbos antes del amanecer, borracho de manera insólita y discutiendo con un fantasma, alguien llamado Valoss, sobre si era hora de volver a huir o si valía la pena pelear como él lo hizo; si ya había pagado su deuda con Vi o todavía no.

Y había seguido en silencio al amable Dolin cuando se internaba en las cuevas hasta llegar a unas antiguas estatuas. Se hincaba sobre la dura piedra y suplicaba que le dieran fuerza; que su tierra, sus animales y su familia estuvieran a salvo. Waba permanecía todo ese tiempo a sus pies, por una vez tranquilo, como si el cerdo sintiera la presencia de los antiguos dioses que escuchaban.

Si el equipo tenía un eslabón débil, Kriki estaba segura de que era ella. Y lo único que podía hacer para aumentar sus probabilidades de éxito era estudiar estos datapads, y leer todos los manuales y listas de códigos de las naves de la Primera Orden que pudiera obtener. Según las descripciones de Archex, había reducido el voluminoso modelo de la nave a una suerte de Unidad Habitacional Móvil Sienar-Jaemus; confiaba en que, si contaba con tiempo suficiente, llevaría a cabo sus tareas y tendría éxito.

El problema era que quizá no tendría el tiempo suficiente y que, como había confesado, no trabajaba bien bajo presión. Sentía que sus dos corazones revoloteaban cuando la miraban todos los que estaban alrededor de la mesa, y ellos ni siquiera eran siniestros desconocidos o enemigos, ¡eran sus amigos! Desde que dejó a su hermana Reelka y, antes de eso, su nido, nunca se había sentido tan bienvenida, tan parte de un grupo. En la mayoría de los lugares la trataban como a una inferior o una adorable mascota caminante, pero Vi y los otros miembros de la Resistencia la veían como una persona real, con mucho que ofrecer. No quería decepcionarlos. Quería agradarles, quería ayudar.

Pero, sobre todo, no quería morir.



Capítulo treinta y cinco

DESDE QUE SE UNIÓ A LA Resistencia, ¡él, Dolin, un miembro de la Resistencia!, se alejó por completo de su comunidad. Bueno, sin contar la vez que fue corriendo hasta su casa para buscar la lana de gruffin del año anterior y su almohada favorita, pero eso no contaba.

Había evitado regresar no porque desconociera qué dirían de él sus amigos y familiares por utilizar tecnología y juguetear con droides y extraterrestres, o porque no quería llevar sin querer a la Primera Orden hasta su hogar. Ahora, en su crankbike, con las casas redondas y achaparradas a su alrededor, y Waba, que roncaba feliz en el asiento lateral, ni siquiera estaba seguro de que le dieran la bienvenida.

Lo que estaba haciendo, lo que había hecho, iba más allá de la acostumbrada rebelión infantil. La mayoría de los jóvenes de su comunidad devastaban los campos con sus crankbikes o participaban en carreras ilegales de pods en los alrededores de Galma. Dolin, por el contrario, se había involucrado en un conflicto intergaláctico.

Eligió un bando, cometió casi una blasfemia al dejar que unos forasteros entraran a las ruinas e hizo explotar el tocón de una aguja sagrada.

Incluso si nadie más lo entendía, él sabía en su corazón que era lo correcto. Se presentó frente a los viejos dioses, ofrendó liquen dorado y piedras negras, y las cuevas permanecieron inmóviles. Un ruido repiqueteaba en el vestíbulo. Lo interpretó como un mensaje de los antiguos. ¿Seguro que deseaban ver su mundo a salvo, que sus hijos originarios tomaran las armas y protegieran la tierra y los animales?

Quizás eso querían los dioses.

Pero ¿su abuela? Ella tal vez no.

Se estacionó fuera de la choza y se quedó de pie frente a la puerta. Era mediodía y, por lo general, Grana tomaba su siesta a esta hora. Pero debió escuchar su motocicleta, ya que era muy ruidosa.

¿Debería tocar o entrar? ¡Tonterías!

—¡Grana! —llamó a través de la pesada cortina que cubría la puerta—. ¡Soles brillantes!

Waba trató de entrar como siempre lo hacía, pero Dolin lo retuvo. Si no era bienvenido, casi con seguridad su mascota tampoco lo sería, y no tenía corazón para ver cómo Grana perseguía a Waba con una escoba.

—Quizá sean brillantes, quizá no lo sean —se escuchó como respuesta, muy lejos de ser una bienvenida.

—Son brillantes desde donde estoy.

—A veces olvidamos los soles cuando estamos en la oscuridad durante mucho tiempo.

—Pero, Grana, ¿no me dijiste alguna vez que los soles siempre brillan? Incluso cuando las nubes los cubren, los soles siguen ahí. Nunca dejan de dar vida a Batuu.

Ella no tenía respuesta para eso.

Dolin no podía aguantar más la espera fuera de su propia casa, el lugar en el que creció, donde lloró a sus padres, donde se hizo un hombre. Había reparado el techo con sus propias manos y ayudado a tejer las alfombras, a pulir los muebles hasta que le salían ampollas.

Con una mueca, empujó la gruesa tela a un lado y entró.

Grana alzó la vista de su telar, irritada; parecía exhausta y como si hubiera perdido peso.

—¿Cómo te atreves? En este asentamiento no entramos en las casas ajenas a menos que nos inviten.

Dolin se irguió.

—Este es mi hogar. Aquí crecí. Aquí enterré a mis padres. Yo tallé la silla en la que estás sentada y urdí el estambre que estás tejiendo. A menos que saques todo lo que yo hice, sigue siendo también mi casa.

Ella puso los ojos en blanco y regresó a su telar, llevando el lanzador de un lado a otro con furia. Él hizo una pausa, su frustración crecía, y continuó:

—Aunque no podrías arrastrar esa silla tú sola. Durante años trabajé aquí, te cuidé, te cargué cuando estabas enferma. Supongo que, si en realidad quisieras deshacerte de mí, solo tendrías que prenderle fuego a la casa y comenzar de nuevo.

Grana alzó la mirada con una mueca como si hubiera comido frutojit.

—Tú te fuiste. Nadie te dijo que podías regresar.

—Soy un hombre. No necesito permiso.

La anciana lo miró a los ojos, lo que, él advirtió, era escalofriante.

—Salte o empezaré a gritar.

No estaba jugando. No lo perdonaría. No quería saber nada más de él.

Dolin respiró profundo.

—Está bien. Veo que tu corazón se ha enfriado y que estás dispuesta a morir sola. Pero quizá te gustaría saber que tengo un trabajo. Soy útil. Me uní a la Resistencia y ellos están felices de tenerme en sus filas. Aunque tú me rechaces, seguiré luchando por ti. Por ustedes, por nuestro hogar y por nuestra forma de vida. Por las gruffins, los campos y los antiguos. He visto a la Primera Orden con mis propios ojos, los he visto acosar, disparar y

matar. Quiero que sepas que, aunque pienses que te estoy abandonando, lo que estoy haciendo en realidad es protegerte, aunque tú no lo quieras ni lo aprecies.

Pensó que ella respondería algo, que se abriría una pequeña grieta en su decisión y que él podría ampliarla hasta que ella extendiera sus esqueléticos brazos para abrazarlo. Pero su abuela mantuvo la boca cerrada. Él asintió y se despidió.

—Así sea, pues. Que la Fuerza te acompañe, Grana.

Dio media vuelta y se fue; confundido, Waba siguió sus pasos.

—¡No existe la Fuerza! —gritó Grana cuando la cortina se cerró tras él.

—De nuevo, ¡te equivocas! —respondió.

Quizá su propia abuela lo había rechazado, pero habría otros en la comunidad a los que podría convencer. Sus amigos y primos, niños y hombres, niñas y mujeres que, como él, cuidaban a los animales y la tierra, o de alguna manera estaban en contra de la censura, arreglaban sus vehículos y se escabullían a Galma, Surabat y Peka. Encontraría a los otros jóvenes, solos o en parejas, en los lugares por donde siempre merodeaban.

Les diría su verdad y se los ofrecería a la Resistencia, tantos como pudiera. Alguien, aquí, le creería.



Capítulo treinta y seis

POR UNA VEZ, YLENA SALIÓ TEMPRANO de la chatarrería, confiando en que Dotti mantendría a todos bajo control. Mientras caminaba por el Camino de Savi hacia el puesto de avanzada, planeaba con cuidado qué decir, qué hacer. Sabía que algo se avecinaba, algo que amenazaba a todo Batuu. Pero quizás aún no llegaba. Lo de ahora tal vez era el inicio, el factor que lo provocaría. Debían ser cuidadosos, pero también tenían un trabajo que hacer, un llamado.

Pasó frente al árbol de los deseos de Trilon y sonrió al ver sus propios pedazos de tela, desteñidos y desgastados, meciéndose con la brisa. Había tantos deseos, esperanzas, sueños, miedos, juramentos, promesas; algunos eran viejos de décadas, y otros, de unas cuantas horas. La fe de la gente de Black Spire era hermosa. Cuando llegó bajo la sombra del toldo, se dirigió al mostrador y preguntó por Savi. A estas alturas se trataba de una ceremonia, puesto que sabía cómo encontrarlo y era una de las pocas personas para quien su puerta estaba siempre abierta. Aun así, los recolectores eran gente de rituales y respeto, y ella hizo lo propio.

Kimbe asintió y le permitió entrar; tras inclinar la cabeza en señal de agradecimiento, Ylena cruzó la puerta del taller personal de Savi. Muy pocas personas en el puesto de avanzada sabían lo que en realidad sucedía ahí dentro. Conocían el depósito de chatarra y la tienda de Savi, que estaba abierta al público, donde vendía viejas mercancías y compraba chatarra, pero nunca nadie se preguntó qué se almacenaba en el resto del edificio ni qué hacía Savi cuando pasaba tanto tiempo con la chatarra que recolectaba. Esa habitación se usaba para acopio y exposición, en sus paredes se exhibía una variedad de objetos viejos. Pero un poco más adentro… Bueno, había una razón por la que el taller de Savi era privado.

No tardó mucho tiempo en aparecer el viejo, vestido con su delantal de trabajo; se sacudió el polvo de las manos antes de prestarle toda su atención a Ylena.

—Va a suceder —anunció ella—. Esta tarde. La Resistencia tiene que actuar porque la Primera Orden se irá muy pronto e informará lo que pasó aquí a sus superiores en la flota. No podemos dejar que eso suceda. Las consecuencias serían nefastas.

Savi puso una mano cálida y arrugada sobre su hombro.

—Lo sé, hija —respondió—. Escuché los rumores. El agua que se pone a calentar termina por hervir. ¿Qué necesitas?

Ylena miró al piso.

—No estoy segura. No dudo que debemos ayudar a Vi, que ella es parte de nuestro destino.

Savi asintió con complicidad.

—Y la hemos ayudado. Más de lo que ella cree.

—Pero ¿y si no es suficiente? ¿No podemos darle un…?

—No —la interrumpió con firmeza, aunque también con amabilidad—. Así como seguimos a la Fuerza aunque no tengamos acceso a ella, Vi tiene sus límites. Las únicas armas que podrá usar en esta lucha son las que descubra por sí misma.

—¿Y nuestra gente?

—No somos soldados. Nosotros servimos a un fin mayor, lo sabes.

Ylena agachó la cabeza.

—Estoy convencida de que estamos destinados a desempeñar un papel más importante en este conflicto entre la Resistencia y la Primera Orden. ¿Por qué si no recuperamos reliquias y armas ancestrales? ¿Por qué aprendemos todo lo que podemos sobre el legado Jedi y Sith, si no es para usarlo, como ellos lo harían, para proteger el equilibrio?

Savi suspiró.

—Somos recolectores, no Jedi; el rebaño, no los pastores. No tenemos poderes ni mandatos. Solo podemos esperar, observar y escuchar, no guiar. Sostenemos la vela, pero no encendemos ningún detonador. Protegemos el equilibrio, pero no cambiamos la balanza. Este conflicto está muy lejos de terminar. Estoy seguro de que algún día jugaremos nuestra parte, pero no hoy.

—Supongo que Oga también vino a hablar contigo —se aventuró a decir Ylena.

La sonrisa de Savi era traviesa.

—Así es. Me prohibió interferir de manera personal en la escalada del conflicto entre la Resistencia y la Primera Orden aquí, en el puesto de avanzada.

—De acuerdo. —Alzó la vista y levantó la barbilla; había entendido las verdades escondidas entre líneas—. Entonces ¿qué pasaría si uso mi propio dinero para comprar armas? Como si fuera una cliente habitual de la chatarrería.

Savi soltó una carcajada y los lagartos murciélago salieron de sus nidos y revolotearon por las esquinas de la habitación oscura.

—Entonces tengo que decirte que tenemos muchos viejos blásteres que están a la venta a precios muy razonables. Dile a Kimbe que cargue el speeder.

Los ojos de Ylena se llenaron de lágrimas.

—Gracias, Savi.

—De nada, Ylena. Cuídate. Que la Fuerza te acompañe.

—Siempre lo hace —respondió con una sonrisa.

Eso fue lo primero que él le había enseñado cuando se convirtió en una de sus leales recolectoras: no se puede escapar de lo inevitable. Quizás no podía usar la Fuerza, pero podía dejar que la Fuerza la usara a ella.



Capítulo treinta y siete

ARCHEX HABÍA VIVIDO TANTO TIEMPO EN los cuarteles de la Primera Orden que estar en el exterior en un planeta como Batuu hacía que le molestaran los músculos entre los omóplatos, hechos nudo de manera permanente. Un lugar así era demasiado grande, salvaje y desordenado. Algunos pensarían que el trino de los pájaros y el crujido de las hojas era tranquilizador, pero su idea de calma se había forjado entre plastoide pulido a la perfección, metal liso e impecable, y escuadrones de siluetas idénticas que se movían como un solo ser. Lo más sereno que podía imaginar era su propia cabina en el *Absolution*, justo después de pulir su armadura, rasurarse la cabeza y el rostro, y bañarse mientras los droides de limpieza hacían su labor. Y esto sucedía en un buen día en el que todo se desarrollaba según estaba planeado, sin sorpresas, donde nadie estaba fuera de lugar y no se producía ningún imprevisto mecánico o tecnológico.

Ansiaba hacer un buen trabajo, servir para alguna función, pero el caos y el ruido del puesto de avanzada de la Resistencia lo incomodaban. Por eso buscó una pequeña habitación en las ruinas, una que no le interesara a nadie más, un lugar conformado por nada más que piedra limpia y fría en donde por fin podía quitarse todas las máscaras y ser él mismo.

Ahí podía sentir su dolor, hablar consigo mismo, recuperar el aliento o sobar la zona adolorida bajo sus costillas, golpear su pierna con ambos puños o trabajar en las rutinas de combate que había enseñado a niños pequeños para que algún día pudieran graduarse de sus enseñanzas y aprender a matar con la Capitán Phasma. Le gustaba la simetría de todo ello: ahora usaba las enseñanzas de la Primera Orden para ser más fuerte y poder derrotarla… o ayudar a derrotarla. En esa época no era muy útil por sí solo.

Estaba acostumbrado a estar rodeado de miles de personas; sin embargo, cuatro seres, un droide y un cerdo estaban a punto de volverlo loco. Incluso si sus compañeros actuales eran más ruidosos y menos disciplinados que cualquiera en el destructor estelar, no quería que lo escucharan murmurar, que vieran los rituales que tenía que realizar para sentirse él mismo. Esta conexión con lo que alguna vez fue era algo privado: un hombre en la plenitud de la vida, sin lesiones, poderoso, confiado y fuerte, seguro de su lugar en el mundo. No solo eso: lo habían programado para no mostrar debilidad nunca y, sin importar cuánto se esforzaron sus guías metafísicos cereanos por romper esas conexiones

en su mente, estas seguían ahí, tan firmes e inflexibles como siempre. Así que aprendió a esconder ciertas partes de sí mismo para que las personas que estaban a su alrededor se sintieran más cómodas.

Eso era lo difícil de abandonar la Primera Orden: te convertían en un arma, pero un arma era inútil sin manos para guiarla. Archex extrañaba los murmullos de su dormitorio, las órdenes, la propaganda y las consignas filosóficas de la Primera Orden con las que martillaban su cerebro mientras dormía. Cuando alguien más te dice qué pensar, puedes liberarte de tomar decisiones y dedicarte a hacer tu trabajo. Era una vida de una simplicidad elegante, pulcra.

Esa era otra cosa que también extrañaba: tener una posición clara, deberes definidos. Cuando era el Capitán Cardinal, sabía con exactitud cuál era su lugar en el orden piramidal; el organigrama de la Primera Orden resultaba fácil de comprender. Sabía quién era su subordinado y le debía deferencia, y quién estaba por encima de él y merecía su respeto. Aquí todos eran iguales; en realidad, no había oficiales, ninguna cadena de mando. Solo estaba Vi, que hacía su mejor esfuerzo para guiarlos, pero que no contaba con órdenes recientes de sus propios superiores. Quizá tenía un rango, pero nadie se refería a ella con él. Tenía habilidades naturales de liderazgo, pero ningún entrenamiento, en particular cuando se trataba de mandar.

Eso era lo que lo afectaba más: en todos los preparativos para el asalto a la nave de la Primera Orden, Vi no le había dado ninguna instrucción. Nadie lo había mencionado a él.

Lo habían olvidado por completo.



Capítulo treinta y ocho

ZADE SIEMPRE SINTIÓ QUE LA CANTINA era como su hogar. No esta cantina en particular, sino cualquiera: la realidad absoluta de una cantina. No importaba si era el bar de Oga o cualquier otro bar en algún mundo. Casi había crecido en una cantina. En Tatooine, cuando era niño, se quedaba dormido en un asiento de piel que estaba pegajoso de cerveza mientras su madre y su padrastro bebían en exceso para olvidar las duras exigencias de la vida en las dunas; antes de cumplir doce años ya se metía a los establecimientos más sórdidos, haciéndose pasar por un jawa para comprar el alcohol más barato que se ofreciera. Funcionaba la mitad de las veces, en las que se emborrachaba y gritaba «*¡Utinni!*» toda la noche para mantener la farsa. La otra mitad, lo sacaban a patadas y caía al suelo sobre su túnica café robada, hervía de rabia y juraba que algún día crecería y les enseñaría. ¿Qué enseñaría a quién? Esa parte todavía no la tenía clara.

Y ahora tuvo la suerte de encontrar un trabajo que combinaba sus dos mayores fortalezas: beber y atraer la atención. No solo eso: ambas actividades estaban al servicio de la Resistencia. A Zade no le habían interesado nunca antes ni la política ni las etiquetas, pero ahora odiaba a la Primera Orden con la fuerza de mil soles.

La tarea era sencilla: recoger en Kashyyyk un cargamento de savia de moogyyrko que más tarde destilarían para hacer licor, festejar un par de días con los wookiees, entregarle el botín a Oga Garra en el puesto de avanzada de Black Spire en Batuu, y todas sus deudas y multas anteriores quedarían en el olvido. Nada especial, nada deslumbrante, nada que no hubiera hecho cientos de veces para cientos de gánsteres turbios; el negocio nunca le había salido mal. El honor entre ladrones y todo eso.

Todo fue bien, en particular la parte de festejar con los wookiees, hasta que la Primera Orden lo detuvo, lo interrogó sobre su cargamento, usó el rayo de tracción para vaciar la nave de Zade y llenar la suya, que era más grande y robó hasta el último barril de savia. Fue un robo muy formal, casi como el cobro de un impuesto en lugar de un robo descarado. Un oficial, vestido de negro estricto e impecable, le explicó sin arrepentimiento que lo estaban «aliviando» de su carga y que eso era todo. Ninguna explicación real, ninguna disculpa. Vaciaron su nave y lo dejaron ir.

Ah, y mataron a su socia, Valoss, por tratar de detenerlos.

Valoss fue su mejor amiga desde la infancia, su piloto, su mejor mitad, la parte tranquila y respetable del dúo. Y si bien Zade aceptaba que el pez más grande capturaba y se comía al más pequeño, Valoss siempre había tenido ese odioso sentido de lo justo y lo injusto. En pocas palabras, la peculiar devaroniana no podía con la injusticia y tampoco con la pérdida de créditos que podía enviar a su familia. Escogió justo el momento incorrecto para pasar de ser fuerte y callada a ser estúpida.

—Esto es robo ilegal de bienes privados —afirmó Valoss, de manera razonable.

¡Pum!

Respondió el oficial de forma poco razonable, hablando a través de su bláster.

Valoss cayó al piso y el oficial miró a Zade con una expresión tan plana y vacía como las limpias paredes plateadas que los rodeaban. En ese momento ni siquiera tenía un aspecto humano: era como un droide impersonal, sin emoción ni dudas.

—¿Quieres presentar una queja? —preguntó.

Zade respiró profundo.

—No, señor.

—Entonces puedes irte.

Zade ya había recorrido la mitad del camino que lo separaba del *Midnight Blade* cuando el oficial le ordenó que se llevara el cadáver de su amiga. Mientras arrastraba su cuerpo hasta la nave que habían piloteado juntos durante diez años, se dio cuenta de cuánto había crecido Valoss. En cuanto estuvo fuera del alcance del rayo de tracción, expulsó a Valoss hacia el espacio, a las estrellas que amaba, según los deseos que alguna vez expresó y comenzó a beber. Solo le quedaba suficiente combustible para llegar a Batuu, pero nada más. Se había quedado sin dinero y necesitaba con desesperación los honorarios por la entrega prometida a Oga, así como su clemencia. De este modo, cuando Zade aterrizó sin la carga, los secuaces de la furiosa gánster blutopania incautaron su nave y ahora se encontraba ahí.

Ah, pero ahora tenía la oportunidad de devolver el golpe en el corazón de la Primera Orden y de Oga Garra. Rusko lo había regañado varias veces por hablar en voz alta contra la Primera Orden en la cantina, pero esta noche… ¡Oh!, esta noche sería divertida. ¿Qué importaba si lo echaban a patadas de la cantina más grande del planeta? Era muy probable que muriera en la pelea, en lo que ganaba tiempo para que Kriki reprogramara la nave de la Primera Orden; de cualquier manera, si no funcionaba, la cantina sería reducida a escombros cuando arrasaran el planeta. El planeta en el que Zade estaba atrapado.

En los últimos tiempos no había tenido buena suerte. Como decían en aquel lugar, por molesto que fuera, él no tuvo la mejor mano de la partida.

Valoss fue la mejor mano, pero eso no la había ayudado. A Zade le gustaba pensar que ahora estaba orbitando alrededor del planeta, como una tercera luna.

Terminó de un trago su coctel Borde Exterior y lamió la sal del borde del vaso. Se enderezó el nudo de la bufanda y se abotonó los puños, aunque estaban raídos y sucios,

no como hubiera deseado. Enderezó los hombros, volteó, se recargó contra la barra, como hizo en su primera noche ahí y examinó la habitación.

Era la hora más concurrida de la noche, cuando tanto los primeros clientes como los visitantes nocturnos ya estaban borrachos. Un cuarteto sullustano tocaba jazz en vivo, un espectáculo animado que mantenía a todos de buen humor. Por fortuna, Rusko no estaba en su mesa, pero N'arrghela y el talpini sí, apoderándose del espacio y mirando a la clientela mientras la wookiee se mondaba los dientes con el hueso de su Bloody Rancor.

Zade sintió un ligero estremecimiento de pánico escénico. Claro que esos días había hablado mal de la Primera Orden, había contado su propia historia y propagado rumores de abuso en las calles del mercado. Había descrito a voz en cuello los moretones y las heridas en el rostro de Vi y cómo Oh-li había sacado de entre el empedrado un diente de Jenda lleno de sangre. Pero esa noche no solo despertaría descontento y les recordaría a todos lo cerca que estuvieron del pendenciero más grande de la galaxia. Ya no solo hablaría de que la Primera Orden podía aparecer de la nada en cualquier momento, como un monstruo con el que se asusta a los niños, y destruir la vida de alguien, su forma de vida y su estructura ósea. No, esa noche trataría de motivar a estas personas para que entraran en acción.

Estaba consciente de que, hasta hacía algunas semanas, un discurso así no hubiera tenido ningún efecto en él como persona. Se habría quedado sentado en un apartado oscuro, le habría dado un codazo a Valoss en las costillas y habría dicho: «¿Escuchas a este pobre idiota? Si te quedas donde estás, por supuesto que te encontrarán. Por eso hay que seguir moviéndose». Pero ahora se quedaría donde estaba y pelearía.

Se alejó de la barra, lo bastante borracho como para comportarse de manera carismática, intrépida, temeraria y osada. Había vigilado la puerta de la cantina durante toda la noche, pero ni un solo stormtrooper había metido su cabeza de cubeta en la vida de los hombres comunes. Cierto que contaban con aliados e informantes entre la multitud, pero los tenía vigilados y se iría antes de que alguno hablara de sus actividades de esta noche. Sí, estaba de veras burbujeante y alegre, pero por primera vez no estaba tan borracho como parecía.

—¡Amigos! —gritó tan fuerte que los pobres músicos sullustanos que tocaban en el fondo de la sala terminaron la canción haciendo un sonido extraño. El barullo de la cantina desapareció, el silencio expectante se interrumpía con murmullos curiosos—. Todos me conocen —comenzó a decir, haciendo una reverencia delicada—. Pero quizá no conocen mi historia. Me llamo Zade Kalliday y me quedé sin suerte cuando la Primera Orden interceptó mi nave en el momento en que iba a entregarle una carga de licor a nuestra amada propietaria, Oga Garra. —Lanzó un beso al aire hacia el oscuro vestíbulo donde Vi le había dicho que se encontraba una de las puertas secretas que daban a la guarida escondida de Oga—. Ahora mi nave está incautada, mi amiga y piloto está muerta y yo estoy aquí atrapado, sin una spira en la bolsa.

—Entonces ¿cómo pagas las bebidas? —exclamó algún travieso espectador.

Zade le hizo un guiño.

—Pregúntale a tu madre —bromeó.

La multitud aplaudió y rio mientras admiraba y disfrutaba el espectáculo. Él avanzó y, por primera vez, dejó que el dolor se mostrara en su mirada. Esa noche necesitaba más que energía, tenía que mostrar vulnerabilidad. Necesitaba honestidad y la tendría.

—La vida de la mayoría de nosotros es de una dignidad serena. Trabajamos duro, vemos los frutos, bebemos, morimos y quizá disfrutamos de uno que otro pasatiempo agradable entre ellos. Por instinto nos alejamos del dolor; de lo contrario, todos saltaríamos a la primera hoguera que viéramos. Nos apartamos del miedo, de la crueldad. Es fácil escuchar historias de la Primera Orden y pensar «Pero yo tengo una buena vida, así que con seguridad eso no me pasará a mí». Nos convencemos de que, si mantenemos la cabeza agachada y seguimos trabajando, el monstruo no nos verá. Tenemos un pie en el límite, y esperamos que la bestia que está a las puertas nos ignore. —Hizo una pausa, con la multitud embelesada, y bebió un trago de una bebida que estaba entera y olvidada sobre una mesa—. Pero amigos míos, la bestia ya cruzó la puerta. La bestia está en nuestro planeta, en nuestro puesto de avanzada. La bestia ha sembrado espías entre sus compañeros de bebida esta noche, tal vez entre sus amigos. Y estos espías piensan: «Si hago lo que me pide la bestia, solo yo seré inmune a su sed». Pero se equivocan. A la Primera Orden no le importan ustedes. Ninguno. —Saltó sobre la barra—. Déjenme repetirlo: «A la Primera Orden no le importan ustedes». Solo le importa el orden, su versión del orden. Lo lleva en el nombre. Solo le interesa no dejar vivo a nadie que desee enfrentarse a ella. Quiere su silencio, su complacencia, su miedo. Quiere que volteen la mirada cuando ven cómo golpean a ancianas en la calle, que se ocupen de sus propios asuntos. Quiere que ignoren a todos los ciudadanos de la galaxia a quienes les dispararon o que se llevaron a un reservado para someterlos a un interrogatorio que los dejó quebrantados y con cicatrices. La Primera Orden no les pide su voto ni su consentimiento, solo quiere su obediencia y silencio.

—¡Sí! —gritaron algunas voces y algunos puños golpearon las mesas.

Una silueta oscura se separó del fondo de la cantina y se escabulló en la noche; aunque Zade no pudo identificarla, supo que el tiempo estaba contado.

—Pueblo de las agujas, la línea entre atender sus propios asuntos y defender su libertad es tan delgada como una hoja de afeitar; no pueden caminar de puntitas por ella. Tienen que hacer el corte, pintar la línea sobre la arena y creer que pueden hacer el cambio, que pueden servir a algo mayor. En cada uno de ustedes hay un héroe que espera su momento de grandeza. —Zade se acuclilló junto a la vieja cantinera y acarició su mejilla marchita—. ¿Cuánto aman este lugar, su hogar? ¿Su planeta? ¿A sus hijos, vecinos y amigos? ¿Qué están dispuestos a hacer para preservarlo? Porque, créanme, la bestia está aquí y no hay manera de esconderse. —Saltó al suelo y miró a cada uno a los ojos—. Tómenlo de alguien que tuvo que arrastrar el cuerpo de su mejor amiga por la cubierta de una nave de la Primera Orden, alguien que no puede ver una armadura blanca sin que le tiemblen las manos y el corazón le dé un vuelco. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. De eso se trata la Resistencia. Mañana, cuando la sombra de la aguja se

alargue, pelearemos. Vengan ahora conmigo o tomen las armas mañana. Cada cabeza de cubeta muerto es un monstruo menos a nuestras puertas.

Al principio, solo hubo silencio, pero sabía que debía permanecer callado. Se quedó ahí parado, abierto, adolorido y firme en su determinación. Luego, alguien al fondo de la sala comenzó a aplaudir y otra persona empezó a golpear la barra con el puño y a continuación todos empezaron a golpear el suelo con el pie bajo las mesas; al fin, los aplausos se convirtieron en un clamor.

—¡Por la Resistencia! —gritó Zade con el puño en el aire.

—Usted, ¡deténgase!

Se hizo un silencio escalofriante en la sala.

Los intestinos de Zade se aflojaron de manera incómoda en el momento en que escuchó aquella voz, filtrada a través del casco de un stormtrooper. Ahí estaba la bestia metafórica, en el umbral de la cantina, con la armadura inmaculada y el bláster empuñado. Zade estaba lo bastante animado y borracho, después del trago de licor robado, como para sacar su arma y dispararle al trooper en el vientre, apuntando siempre a las líneas negras en donde terminaba la armadura y podía encontrar vulnerabilidad, si tenía suerte. El trooper disparó a su vez, lo que produjo un sonido metálico al rebotar en la barra. Un disparo que pasó más cerca le dio a uno de los tanques donde estaban las criaturas, dejando una marca en el vidrio.

Zade siguió jalando el gatillo y le dio a uno. Cuando el trooper se dobló, la sangre rojo brillante manchaba su armadura blanca. Zade se abalanzó sobre él. La multitud se abrió para formar un pasillo, como siempre, hambrienta de escándalo. En su camino, Zade agarró un gran vaso y lo estrelló en la cabeza de cubeta del trooper al pasar junto a él. Disparó algunas veces a corta distancia y salió por la puerta, apresurado y zigzagueando por las calles dormidas del mercado. Detrás de él, escuchó disparos de bláster y el sonido de vidrios que se rompían, pero no podía saber qué estaba pasando, y no se quedaría para enterarse.

La emoción y el ejercicio sacaron el licor de su torrente sanguíneo, lo que significaba que estaba lo bastante sobrio como para tomar una ruta intrincada hasta llegar a casa. No era buena idea guiar a los troopers hasta el cuartel general. Cuando dejó de correr, y su paso se convirtió en un trote tranquilo y al final en una caminata, Zade hubiera deseado hacer un holograma de su actuación. Era impecable, desde la introducción y el mensaje hasta el aplauso y la llegada fortuita del monstruo en armadura brillante, como un enorme signo blanco de interrogación. Lo vio en la mirada de los nativos, sintió su pasión, habían asimilado su mensaje. ¿Cierto?

O quizá solo eran una bola de borrachos en un puesto de avanzada en un planeta en medio de la nada, desesperados por tener un poco más de diversión de la que ofrecían las apuestas al holoajedrez. Quizás hubieran aplaudido cualquier cosa. Tal vez seguían creyendo que si agachaban la cabeza y fingían ignorancia, la bestia a las puertas se daría por vencida y se iría. Esperaba que tomaran la decisión correcta, que él hubiera desempeñado un pequeño papel para ayudar a la Resistencia a cambiar la situación.

Esperaba haber hecho lo suficiente como para pagar la deuda que tenía con Vi. Estaba enfermo de tristeza, de preocupación, de odiarse por seguir con vida cuando era evidente que Valoss era la mejor de los dos.

De pronto, se dio cuenta de que sangraba. Ese desgraciado le había rozado el hombro y ahora su saco de seda brillante era un asco.

Pero no importaba, tenía planeado morir al día siguiente. Eso sería más fácil. Para todos.



Capítulo treinta y nueve

EL INTERCOMUNICADOR ROBADO descansaba seguro en el bolsillo de Vi. Pensar que algo tan pequeño podía hacer la diferencia entre el éxito o el fracaso… tanto para ella como para lo que quedaba de las fuerzas de la Primera Orden en Batuu. Aunque su tiempo aquí había estado plagado de mala suerte, encontrar a Kriki fue una bendición. También a Zade, a Dolin y a Ylena. Quizá lo que Ylena le dijo era cierto: la Fuerza siempre estaba observando.

Con cuidado, despacio y sin dejar de quejarse, trepó por la parte exterior de las ruinas; buscaba privacidad y trataba de acercarse un poco más al cielo para hacer la llamada. Kriki le dijo que solo podía usar el intercomunicador una vez, puesto que una transmisión a través de la nave de la Primera Orden podría interpretarse como un fallo o interferencia, pero dos serían muy sospechosas. No tendría mucho tiempo antes de que investigaran la comunicación. Esto debía funcionar y rápido.

Tenía que funcionar.

Vi presionó el botón para activar la secuencia encriptada de Kriki y abrir el canal.

—Urraca a la General Organa.

Pronunció un código secreto con una voz ronca por la emoción y la esperanza. Un largo momento después apareció un holograma azul y borroso: Leia en ropa de noche, con el pelo suelto, sentada frente a un tosco escritorio; tenía la barbilla apoyada en una mano como si pudiera caerse en cualquier momento.

—Urraca, qué bueno tener noticias tuyas. Lo lograste.

Leia sonaba tan abatida y exhausta como se sentía Vi, quien sin embargo se vio embargada por una ola de calidez al ver a su líder; al saber que, dondequiera que estuviera, lo que fuera que pasara, Leia estaba de pie y trabajando, que ardía como una vela y mantenía viva a la Resistencia como si para ello solo necesitara su fuerza de voluntad.

—Lo logramos, pero con muchos incidentes. No tenemos mucho tiempo. Estoy usando tecnología robada a la Primera Orden. Nos estrellamos y la gánster local nos robó la mayor parte de nuestro cargamento. La Primera Orden está aquí, vino a buscarme. Un oficial, el Teniente Wulfgar Kath, con una nave llena de troopers, aunque no sabemos cuántos quedan. Tenemos un plan para deshacernos de ellos y convencer a la PO de que

este planeta no vale la pena, pero es arriesgado; si pudiera enviar más gente y provisiones…

—No disponemos de más gente ni de provisiones. Lo siento, Urraca, pero estás sola. Confío en ti.

—Estoy lesionada y no tenemos casi nada… —La voz de Vi se quebró.

—Casi, eso es algo. Eres una líder, Vi. Eres valiente, inteligente y fuerte, comprendes a las personas. Cualesquiera que sean los recursos de que dispones, sé que encontrarás la manera. Tu dedicación y tu compromiso son las razones por las que la Resistencia sigue aquí. Cuentas con mi entera confianza.

La comunicación se debilitó y Vi supo que su ventana se estaba cerrando.

—No tenemos más tiempo. Espero no defraudar su confianza, general, pero las previsiones no son buenas.

Leia sonrió, una pequeña sonrisa triste.

—No me hables de las previsiones; aunque lo hagas, seguiré apostando por ti. Buena suerte y que la Fuerza te acompañe.

Cuando desapareció el holograma de la general, Vi sintió frío y soledad, como si pudiera notar cada espacio vacío entre ella y la Resistencia, las personas que respiraban al otro extremo de la transmisión. De alguna manera siempre se sentía más segura allá donde estuviera Leia, aunque también parecía que ella siempre estaba en peligro. En contraste, Batuu se sentía tan desolado y lejano. Como si Leia fuera el corazón cálido de todo.

En ese momento, Vi se hizo consciente de algo: eso era en lo que ella se había convertido para su propio y pequeño contingente de rebeldes, por eso la llamaban de broma mamá gallina. Ella era el sol cálido y fértil alrededor del cual orbitaban. Ella los mantenía unidos, los motivaba, los hacía sentirse útiles, les daba un objetivo. Respiró profundo y alzó la barbilla. Cuando se levantó de la piedra en la que se había acomodado, sintió cada lesión, la tensión en sus hombros, los moretones en el rostro y el dolor en las costillas.

Podía parecer imposible, pero, al igual que Leia, continuaría.

Por su gente.

Por su general.

Por la Resistencia.

Por la galaxia.

Después de todo, un refugio burdo, mal financiado, con poco personal y en un planeta lejano podía ser algún día lo que volviera la suerte en contra de la Primera Orden.

Dependía de ella encender la llama.



Capítulo cuarenta

POR MUCHO QUE LE DESAGRADARA EL puesto de avanzada, el Teniente Wulfgar Kath quería ver por sí mismo el progreso de sus tropas. Aún no habían encontrado a Vi Moradi y uno de sus soldados había salido lesionado al seguir una denuncia anoche en la cantina de Oga, donde un conocido insatisfecho fomentaba sin disimulo la rebelión entre la población local. Eso lo dejaba con solo once stormtroopers funcionales, aunque uno tenía dañado el dedo para disparar. Todavía tenía droides sonda que exploraban el bosque, pero hasta ahora solo habían encontrado una nave destartalada con un par de lahiroos que habían hecho un nido al interior.

Según los cálculos de Kath, solo le quedaban algunos días antes de que el General Hux decidiera no tratar de comunicarse más y mandara a un nuevo oficial con instrucciones explícitas sobre cómo separarlo de sus deberes y quizá de su cabeza. Por lo tanto, necesitaba completar su misión de inmediato. No importaba que hasta ahora todo hubiera salido mal en este viaje a Batuu: encontraría a Vi Moradi y destruiría la base de la Resistencia, después regresaría al *Penumbra* para darle las buenas noticias al general en persona. El éxito era su única opción, esa estrategia siempre le había servido.

Se sentó en el speeder, erguido por completo, y desde el momento en que entraron a la plaza del mercado notó una diferencia evidente. Los ciudadanos que llevaban a cabo sus labores vitales y útiles las seguían haciendo de manera callada, con la mirada baja y respeto; en tanto que la población más desagradable se mezclaba en silencio con las sombras o se escabullía por las puertas evitando llamar la atención. Las ancianas ya no ensuciaban las avenidas con sus apestosas mercancías y los niños pequeños no se correteaban alrededor de los árboles, ni gritaban ni interrumpían el paso de la gente. Las calles estaban más limpias y ordenadas. Era un buen comienzo.

Bajó del speeder y caminó por el pueblo, mirando a los ojos a cada persona y echando un vistazo al interior de cada tienda. Algunas personas le ofrecieron comida o bebidas, las cuales por supuesto rechazó. Incluso si el envenenamiento intencionado o accidental no era un peligro constante en lugares tan primitivos como este, sería vulgar que un hombre de su posición comiera en público y, por supuesto, sus troopers nunca debían quitarse el casco. Además, toda la comida local parecía estar saturada de azúcar, sal o especias. Prefería por mucho las raciones insípidas de la Primera Orden.

Como último recurso, sus soldados encontraron estimulantes y aceleradores en el pueblo, y el moretón del pecho ya estaba desapareciendo. Ya casi no padecía dolores de cabeza, pero sin duda la caminata bajo los soles calientes y brillantes le costaba trabajo. En el *Penumbra*, esas lesiones insignificantes habrían sanado sin ninguna dificultad en el ala médica, pero aquí, en los confines de la galaxia, sus frustraciones físicas persistían con tenacidad. El aire fresco saturado de polen no ayudaba.

—¡Soles brillantes, señor! —exclamó un joven con una especie de saludo militar, en medio de unos montones de basura.

Kath frunció el ceño mientras sus soldados se paraban frente a él con sus blásteres listos.

—Muévete —ordenó uno.

—Pero tengo… mmm, información —replicó el hombre, balbuceando mientras intentaba encontrar la palabra correcta—. Sobre la Resistencia.

Con un gesto, Kath les indicó que los dos stormtroopers se alejaran y dio un paso al frente, esperando que el descuidado joven no tratara de tocarlo. Entrelazó las manos detrás de la espalda.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Mi nombre es Gol, señor. Dirijo la Plataforma Técnica de Gol aquí, si necesita algo de tecnología mientras está en el planeta.

Lanzó una risita nerviosa y señaló su basura.

Kath suspiró y le hizo una señal para que continuara.

—Creo que mi antigua empleada se unió a la Resistencia.

—¿Adónde quieres llegar, Gol?

—Bueno, mmm, quiero decir… escuché que pagaban a cambio de información valiosa.

Kath se acercó, forzando a Gol a que retrocediera.

—Pagamos a cambio de información *valiosa*, sí. Busco a la espía de la Resistencia Vi Moradi o cualquier evidencia de una base de la Resistencia aquí en Batuu. Denunciar a tu exempleada no me resulta útil.

—Pero ¡ella podría llevarlos directo a ellos! A la Resistencia, quiero decir. Y a Vi.

Kath rechinó los dientes. Por eso se necesitaba a la Primera Orden: la gente era estúpida, codiciosa y débil, de una manera inconcebible. No era sorprendente que no pudieran gobernarse por sí mismos.

—CD-5502, toma la descripción y busca en el puesto de avanzada a esta supuesta simpatizante de la Resistencia. —Miró a Gol, confiando en que su verdadera repugnancia se mostrara en su mirada—. *Si* encontramos a su exempleada y *si* nos lleva a Vi Moradi o a la base de la Resistencia, se le recompensará.

Gol dio un paso al frente.

—¿De cuánto estamos hablando?

Kath hubiera querido responder «Te dejaré vivir», pero en cambio dijo:

—Lo suficiente.



Capítulo cuarenta y uno

A LA MAÑANA SIGUIENTE, VI SE sentó a la mesa y envolvió su taza con las manos. Su caf se había enfriado. Los corredores estaban cargados con una sensación sombría y opresiva de expectativa que siempre los invadía justo antes de pelear contra un enemigo invencible. Vi había dormido mal y no era la única. Kriki no durmió en toda la noche, sino que estuvo estudiando un conjunto de datapads y manuales. Vi sabía que la chadra-fan pasaba despierta toda la noche, *todas* las noches; sin embargo, esa mañana Kriki parecía exhausta y débil, parpadeaba con exageración, jadeaba y su nariz aleteaba.

Archex tenía unas profundas ojeras violáceas bajo los ojos y se frotaba la pierna más de lo acostumbrado. Vi no se había dado cuenta, pero Kriki le contó en privado que una noche lo siguió hasta una habitación tranquila y lo vio entrenando para luchar y hacer estiramientos en secreto, como si con suficiente voluntad y esfuerzo pudiera recuperar su salud por completo. A pesar de la frecuencia con la que Pook le advertía que no era posible una curación milagrosa debido a la espada envenenada de Phasma, Archex no perdía la esperanza, y esa era una de las cosas que más le gustaban de él. Pero ahora, preocupada por la batalla que estaba por venir, se sentiría mejor si Archex hubiera descansado bien y fuera capaz de continuar con el refugio de la Resistencia en caso de que algo trágico les sucediera a los demás.

Dolin estaba triste desde que el día anterior regresó de su inútil visita a casa. El campesino batuuano se resistió a todos los esfuerzos por sostener una conversación sobre lo que había encontrado ahí. Vi no tuvo más opción que asumir que no podrían contar con el apoyo de las comunidades agrícolas que vivían más allá del puesto de avanzada. Sentía pena por él; su abuela debió rechazarlo o por lo menos darle un sermón. Si Baako, el hermano de Vi, se enteraba alguna vez de lo que hacía con su tiempo, también ella recibiría un buen regaño. Era difícil hacer que una familia tradicional comprendiera que las pasiones de algunas personas se dirigían hacia otra parte, que no todas las vidas debían vivirse en la seguridad y la comodidad, y que algunos caminos se desviaban de la granja. Al menos Dolin tenía a Waba, el cerdo, que olfateaba satisfecho los restos del desayuno en un plato a los pies de su amo.

También estaba Zade. Por lo general, era el último en irse a dormir, y la mayoría de las mañanas Vi no lo veía antes de salir hacia la chatarrería. Pero esa mañana ella no iba a

seleccionar entre montones de basura desechada en busca de tesoros ni a bromear de manera amistosa con sus amigos. Zade no dormía en su cama, contorsionado en posiciones extrañas, roncando y hablando en sus sueños con alguien llamado Valoss. Nadie le había preguntado nada sobre este misterioso personaje, pero a juzgar por el hecho de que con frecuencia tenía marcas de lágrimas en sus mejillas cuando llegaba al desayuno, Vi tuvo que asumir que Valoss estaba muerta o al menos fuera del panorama de manera permanente.

No, esa mañana Zade estaba sentado con ellos… abatido, en realidad. Era llamativa la ausencia de su acostumbrada ironía, su humor desenfadado. Se encorvó sobre su caf mientras movía su rodilla con furia bajo la mesa. Sobre su saco de seda brillante había una mancha negra de bláster que dejaba ver una venda blanca debajo, pero él la ignoraba, así que los otros también lo hicieron. Aún no había hablado, lo que era inusual. Ni siquiera se había burlado de Archex, y a Vi eso le hacía pensar que Zade también estaba preocupado por lo que iba a suceder.

Al final, ya no pudo soportar ese silencio tenso por más tiempo.

—¿Alguien tiene algo que reportar? —preguntó, tratando de promover una confianza amistosa, aunque lo que logró fue crear cierta ansiedad animada.

—Como no tengo tareas reales, no tengo nada que reportar —contestó Archex con expresión tensa—. Pero si me dieras la oportunidad de ser útil…

—Eres útil —repitió Vi por millonésima vez—. Estás aquí, te encargas de cosas, entrenas a la gente, cocinas, esculpes, sabes qué está pasando. Todo eso es invaluable. Y salvarme de una muerte segura al ser torturada a manos de la Primera Orden también fue buen trabajo. La calificación más alta, ahora y siempre.

Él suspiró y se llevó las manos a la cabeza.

—Pero no me has dado instrucciones para ayudar en esta misión. ¡Me vuelve loco!

—Sabes muy bien por qué no puedes estar ahí. Es más que algo personal, sabes que no puedes… que estás…

—Sí. Estoy débil. Muchas gracias por el recordatorio.

—¡No estás más débil de lo que yo lo estoy! —gritó Vi, desesperada—. Pero te necesitamos aquí. —«En caso de que no lo logremos», quería agregar, aunque no lo hizo. «Alguien tiene que seguir tratando de construir aquí un refugio si yo muero»—. Ahora, ¿alguien tiene algo positivo que reportar?

—Estuve estudiando toda la noche —explicó Kriki—. Creo que… creo que puedo hacerlo. Descargué en mi datapad todos los códigos y los manuales de la Primera Orden que encontré, no deberá llevarme más de quince minutos. He estado practicando las pulsaciones de las teclas para tratar de eliminar errores.

Vi sonrió de modo alentador.

—Bien hecho. Sé que puedes hacerlo.

—Puedo intentarlo —añadió Kriki con voz débil—. Pero todavía necesito verificar algo.

Se puso de pie con rapidez y salió de la habitación con su datapad pegado al pecho.

Durante un momento, solo se escuchó cómo masticaba, sorbía y olfateaba el jabalí trufero, que buscaba sobras bajo la mesa.

—Anoche me dispararon por primera vez —anunció Zade para romper el silencio—. No me gustó.

Vi inclinó la cabeza hacia un lado.

—Bienvenido al club. Te acostumbrarás.

—Solo fue un rasguño menor —observó Pook—. Siempre y cuando lo mantenga limpio, es poco probable que muera de sepsis.

Zade le arrojó su cuchara al droide y murmuró:

—¡Qué alegría!

Junto con la cuchara, lanzó un poco de comida a la pantalla de Pook, que se quejó.

—Es usted un caso de estudio de lo grotesco.

Todos lanzaron una carcajada. Fue un momento agradable que relajó la tensión, aunque no duró mucho.

—La buena noticia es que me dispararon mientras yo le disparaba a un trooper —continuó Zade—. No me quedé a esperar a ver si estaba muerto porque tuve que correr. Supongo que, como mínimo, hoy estará en el ala médica. Creo que le di en el área de la ingle y hubo sangre. Tienen un pequeño problema en el plan de construcción en esa parte de la armadura.

—Si los troopers desean caminar o correr, necesitan que haya una articulación en ese lugar —explicó Archex, con aspecto exhausto—. Créanme, los científicos de la Primera Orden han intentado todo. Si sellan esas grietas vulnerables, bien podrían congelarse en carbonita. Ya es muy difícil moverse así.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Zade—. Mira, amigo, sé que estás desesperado por hacer algo, pero actuar como un maldito experto en todo no es un pasatiempo.

Archex resopló.

—No me digas qué hacer. No me conoces.

Zade se recargó y lo miró con desdén.

—¿Y por qué querría hacerlo? Tienes un palo atorado en el trasero, ¿verdad? Pones reglas aquí, haces advertencias allá. Pensar así no hace que las cosas se lleven a cabo. Te quedas sentado en casa mientras el resto de nosotros sale y trabaja, y luego me llamas flojo. ¿Cómo podrías saber nada? Seguro que finges cojear para no tener que arriesgarte.

Archex se puso de pie y la caja en la que estaba sentado crujió sobre el piso de piedra.

—Bien. ¿Quieres saber la verdad? Pues voy a decírtela, porque ya estoy cansado de tu falta de respeto y tu reprobación, y estoy harto de avergonzarme de mi pasado.

Vi abrió los ojos, alarmada, y sacudió la cabeza con un movimiento muy leve en dirección a él. No era el momento de sembrar desconfianza en su pequeño grupo. La verdad podía esperar. Seguro que él lo sabía.

Pero continuó.

—Sé cómo funciona su armadura porque antes era uno de ellos. Un stormtrooper de la Primera Orden. Luego capitán. La Resistencia me secuestró y deserté de manera no oficial.

—¿Eras uno de ellos? —preguntó Dolin con una voz que mostraba asombro y horror.

Archex enderezó los hombros y miró a cada uno a los ojos. Vi podía ver su lucha interna, la programación que se batía contra la integridad, el desprecio por sí mismo que peleaba contra su orgullo.

—Desde el momento en que la Primera Orden me rescató… no, me *raptó* cuando era niño, sí. Era uno de ellos. *Era*. Ahora estoy con la Resistencia.

Zade miró a Vi.

—¿Tú sabías esto?

Vi se irguió, imitando la confianza y la actitud desafiante de Archex.

—Por supuesto que lo sabía. Fui yo quien lo secuestró en ese destructor estelar. Yo lo traje a Batuu. Soy su compañera.

—¿Y confías en él?

Vi asintió, despacio.

—Le confío mi vida.

—Él es Cardinal, ¿cierto?

Cuando Vi alzó la mirada, Kriki estaba en el umbral, escondiéndose un poco detrás de la piedra como si Archex pudiera levantarse de pronto y golpearla.

—Cuando hablas dormida, le suplicas al Capitán Cardinal que se detenga. Es él, ¿verdad?

Vi dejó escapar un suspiro profundo.

—Es él. Me torturó en el *Absolution*. Después me dejó escapar. Y luego, cuando la Capitán Phasma casi lo mata, yo lo rescaté. Así que ahora ya conocen nuestra historia. Pero también deben saber que Archex le ha dado a la Resistencia información invaluable sobre todos los niveles de entrenamiento, propaganda, programación, armamento y filosofía de la Primera Orden, incluso sobre los interiores de sus naves y sus estrategias. Sin duda, la balanza está equilibrada. La General Leia Organa en persona lo eligió para esta misión. Si yo puedo perdonar su pasado y seguir adelante, ustedes también pueden hacerlo.

—¿Estabas con ellos cuando construyeron la Base Starkiller? ¿Y durante el ataque a Hosnian? —preguntó Kriki en voz muy baja.

Archex volvió a sentarse, se derrumbó y se llevó las manos a la cabeza.

—Estaba en la Primera Orden cuando construyeron el arma, pero no tenía idea. La información de la Primera Orden se divulga según lo que cada quien necesita saber. No hablan con los troopers hasta que el plan ya es una victoria, e incluso en ese momento los informes son muy parciales. En ese entonces, me lavaron el cerebro para creer que la Nueva República era mala y peligrosa. —Golpeó la mesa con el puño una vez, para marcar su punto—. Te prometo, Kriki, que no tuve nada que ver con la Base Starkiller.

Durante más de una década estuve en el *Absolution* y nunca vi nada fuera de sus paredes. Yo no construí el arma, no la apunté, no presioné el botón. Ni siquiera sabía que existía.

—Pero aplaudiste cuando sucedió, ¿no?

Archex dejó caer la cabeza.

—No. Para entonces ya era prisionero de la Resistencia. Ver esa grabación es parte de lo que me trajo aquí. Era incomprensible. Era el mal. —Alzó la vista para mirarla a los ojos—. Si no hubiera sido por Vi, habría aplaudido como el resto de ellos. Porque estaba programado para hacerlo, porque me lavaron el cerebro y me controlaban con químicos.

Dolin señaló el casco y la armadura robados al stormtrooper, que estaban acomodados con cuidado entre el resto de los contenedores.

—Entonces ¿usaste una de esas?

—Me pusieron la primera armadura cuando era niño. Usarla era más cómodo que no usarla. Era mi vida.

—¿Cómo era usarla todos los días?

El tono en el que Dolin hizo la pregunta no era de admiración; era más bien como un niño que pregunta sobre el esqueleto de un animal que encuentra en el camino, con un morbo horrorizado y fascinado.

—Sentía como si perteneciera —respondió Archex, con su voz cargada de emoción—. Con esa armadura, sabes quién eres.

Archex miró alrededor de la habitación con tristeza. Parecía más abatido que nunca, sin su confianza, sin su amistad. Era como perder su armadura de nuevo. Ahora todos guardaban silencio, con los brazos cruzados, la mirada dura. Kriki resoplaba, tratando de no llorar frente a ellos, pero incapaz de irse.

—Era más fácil —susurró Archex—. Cuando usaba la armadura, la gente confiaba en mí, me admiraba. Recibía órdenes claras, sabía quién era y cómo servir a un propósito. ¿Esto? —Señaló el desorden caótico en la antigua cueva, los rostros recelosos alrededor de la mesa—. Esto es mucho más difícil.

Nadie dijo nada y Archex se levantó y salió.

—¿Por qué no nos dijiste? —preguntó Zade, mirando a Vi con enojo; sus ojos húmedos traicionaban la dureza de su voz.

Ella se encogió de hombros.

—No era mi secreto.

—¡Confiábamos en ti!

—Confiaban en nosotros dos —respondió Vi—. Nos consideraron dignos de su confianza. Eso no tiene por qué cambiar. Archex es el mismo hombre que era ayer. Es el mismo hombre que me rescató del interrogatorio de Kath. Es el mismo hombre que trató de matar a la Capitán Phasma. Si llegara el momento, se interpondría entre cualquiera de ustedes y el enemigo, y con gusto recibiría el disparo.

—No puedes saberlo —contestó Zade—. La programación es la programación.

Vi ladeó la cabeza.

—Entonces ¿no crees que la gente puede cambiar?

Zade suspiró, se encogió de hombros y se reclinó como si tratara de recuperar su indiferencia.

—No lo suficiente como para dormir junto al que alguna vez fue el enemigo, con blásteres y navajas regados a nuestro alrededor.

Vi miró a Dolin.

—¿Te sientes igual?

Dolin se agachó un poco.

—Ylena me dijo que podía confiar en Archex, y yo confío en Ylena, confío en ti, así que… quiero confiar en él. Pero es difícil.

Vi asintió. Se sentía veinte años más vieja.

—*Es* difícil. Pero en ocasiones vale la pena.

—Calculé las probabilidades de que Archex traicione a la Resistencia —intervino Pook en tono casual—. Si alguien las desea saber.

Vi se puso de pie.

—Guarda esas probabilidades en tu lata, Pook. Tenemos trabajo. Esto sucede hoy. Todos tenemos un papel que desempeñar. Solo deseo que confíen en Archex como yo lo hago, o que al menos confíen en mí y en el plan que hicimos juntos, porque si fallamos hoy…

—Todos perdemos —terminó la frase Dolin.

—No —refutó Kriki en voz baja—. Todos morimos.



Capítulo cuarenta y dos

LA MAÑANA NO HABÍA SALIDO BIEN y Vi no sabía cómo arreglar las cosas. Cualquier camaradería o unión había desaparecido. Se movían por las ruinas, vagando sin rumbo de una habitación a otra en la semioscuridad. Kriki estudiaba datapads y murmuraba para sí misma. Zade buscó algo con alcohol para beber, luego trató de descubrir dónde había escondido Vi los estimulantes, y terminó evidentemente malhumorado. Dolin trabajaba en su crankbike, a la que le hizo algunos arreglos menores; hablaba con Waba como si el cerdo le respondiera y discutiera mucho. Archex desapareció sin más. Vi lo buscó, pero sin esforzarse mucho.

Tenía razón, no había ninguna verdadera función para él en la intervención en la nave de la Primera Orden que llevarían a cabo esa tarde. Su trabajo consistía en quedarse al margen y continuar con el trabajo para la Resistencia en caso de que todo saliera mal. Su tarea era quitarse del camino y permanecer con vida. Si pasaba lo peor y los stormtroopers capturaban o mataban a Vi, al menos ellos escaparían y, con suerte, saldrían de Batuu sin incidentes.

Entonces ¿qué pasaría si se entregaba?, se preguntó Vi. ¿Qué pasaría si ignoraba su riesgoso plan y se daba por vencida? ¿Los troopers y los líderes de la Primera Orden asumirían que la base de la Resistencia se debilitaría sin ella? ¿Dejarían de buscar? ¿Archex podría continuar, quizá con la ayuda de Ylena y la posible confianza de Kriki y Dolin, si sobrevivían a eso? Sabía que Zade se iría en el momento en el que Archex estuviera a cargo y el presupuesto para alcohol se acabara. Si tomaba en cuenta el disparo abierto de la noche anterior al stormtrooper, era casi seguro que parte del malhumor de Zade se debía a que, siempre y cuando la Primera Orden mantuviera su presencia en el planeta, no podría regresar a la única fuente de líquido bien abastecida en Batuu. Ahora los troopers lo buscarían ahí… o contarían con un informante que solo estaría esperando a salir corriendo para denunciarlo. Eso significaba un recluta menos, y era muy probable que Kriki y Dolin perdieran la fe y volvieran a sus vidas, más seguras y predecibles.

Vi era el elemento que los mantenía unidos y, sin su mamá gallina, este refugio de la Resistencia estaba condenado al fracaso.

Después consideró qué pasaría si se daba por vencida por completo, si vendía todo lo que tenía y usaba los créditos para comprar pasajes que permitieran salir del planeta a

todo su equipo. Regresaría ante la general con un fracaso total, pero todavía podría hacer algo por la Resistencia; sus reclutas tendrían una esperanza. Podrían encontrar un trabajo significativo y ayudar a cambiar la situación junto con la flota.

Pero ¿qué pasaría con Batuu? ¿Con Savi e Ylena, Jenda y Oh-li, con Salju?

Conocía la respuesta. En algún momento, el General Hux descubriría que ella había matado a su oficial y escapado de sus garras, tomaría represalias y reduciría a escombros el puesto de avanzada de Black Spire.

Eso respondía a la pregunta.

El sacrificio no funcionaría, huir tampoco. El único camino era un total compromiso con el éxito. Este equipo la necesitaba. La Resistencia la necesitaba. Batuu la necesitaba.

Seguirían el plan, juntos.

Aquel día moriría o tendría éxito.

Tenían todo lo necesario para triunfar. Como le dijo la General Organa cuando hablaron sobre construir un refugio ahí a partir de la nada: tenía que lograrlo.



Capítulo cuarenta y tres

A LA HORA DEL ALMUERZO, DOLIN estaba sentado con Waba junto al cenote cuando apareció Ylena. Traía cajas de comida para llevar de Ronto Roasters y tanto Dolin como su cerdo levantaron la mirada con satisfacción.

—Pensé que hoy necesitarías un poco de fuerza —explicó, dándole una de las cajas y sentándose con gracia junto a él sobre el pasto para abrir la suya.

Cuando Waba se acercó a olisquear, ella rio, le rascó la cabeza rasposa y le ofreció un puño de granos de la tienda de Kat Saka, el premio favorito del cerdo en ese momento.

La comida se desarrolló de manera agradable durante un momento, y disfrutaron el rumor de la cascada, que caía en un remanso y fluía hasta el cenote. Dolin venía aquí con frecuencia, se sentaba, se relajaba y reflexionaba. En su casa, o en casa de Grana, como debía decir ahora, puesto que ya no era su hogar si no era bienvenido en él, tenía mucho tiempo para disfrutar de la naturaleza cuando se quedaba dormido recargado en un montón de paja mientras las gruffins pastaban o cuando manejaba su crankbike hasta una nueva zona del bosque que no había visto nunca, mientras Waba buscaba tesoros. Le sorprendía que ninguno de los otros miembros de la Resistencia disfrutara estar en el exterior, pero le agradaba saber que a Ylena sí.

—¿Me disculpaste con Savi? —preguntó después de limpiarse la boca con una servilleta—. Por no ir hoy al trabajo.

—Claro. Sabe la importancia de lo que está pasando. No tiene más opción que permanecer al margen del conflicto, si desea quedarse en el puesto de avanzada sin terminar en la lista negra de Oga, pero digamos que está consciente del valor de la Resistencia. También cree que eres un buen trabajador y estará encantado de que regreses a la chatarrería.

Dolin no se consideraba un hombre inteligente pero comprendía muy bien lo que ella quería decir: si la táctica de Vi fallaba y perdían el objetivo por el que luchaban, y si él salía vivo, seguiría teniendo un trabajo, una manera de sobrevivir en el puesto de avanzada.

—Lo agradezco. Supongo que también hay departamentos disponibles en su edificio.

Ylena dio un sorbo a su té de batuubucha y asintió.

—Sí. Savi siempre cuida a sus recolectores.

—Me alegra que no vengas con nosotros —confesó—, no me gustaría que salieras lastimada.

Ella le dio unas palmaditas en el antebrazo y a él se le puso la piel de gallina.

—No te preocupes. Sucederá lo que tenga que suceder.

—Eso no es muy reconfortante.

—La Fuerza te guiará.

—¿Cómo lo sabes?

Ylena se encogió de hombros con actitud misteriosa.

—Tengo fe.

—Fe —resopló Dolin.

Antes, él tenía fe. Fe en que sus padres vivirían para siempre y, después, en que su abuela lo cuidaría. ¿Y adónde lo había llevado la fe?

Ylena dejó sobre el pasto el resto de su pan ácimo, se acercó a él y recargó la cabeza en su hombro. Él se quedó muy quieto, con miedo de moverse. Era como observar a un dugar dugar en el bosque, acercarse a él agachado y conteniendo la respiración, y desear algunos valiosos segundos más para descubrir lo desconocido.

—Puedo sentir que estás lastimado. Sé que regresaste al asentamiento para visitar a tu abuela y tratar de reclutar para la Resistencia. Imagino que tu viaje no fue muy bueno. Pero debes recordar que a la gente le da miedo el cambio. Provienes de un lugar en el que no solo se temen las cosas nuevas, sino que se ignoran y rechazan con fuerza. Donde se expulsa a los forasteros, se niegan los avances tecnológicos y se desprecia la educación. Es fácil vivir en una burbuja sin examinar otras opciones. Es difícil cambiar las mentalidades y los corazones cuando las personas están tan decididas a permanecer en la oscuridad. —Le apretó el brazo—. Pero hay esperanza. Estás *tú*. Viste algo que te hizo abrirte a la experiencia y ahora tienes un destino. Estás haciendo algo maravilloso por la galaxia. Desempeñas tu papel dentro de una historia más amplia. Quizá tu abuela no pueda verlo, pero yo sí y estoy orgullosa de ti.

Embargado por una osadía que nunca había sentido (a pesar de la fe de Ylena en la Fuerza, de su fe en él, quizá todo terminaría pronto), la rodeó con un brazo. Cuando ella se relajó a su lado, fue como si los starmarks cantaran en la noche y una ola de escalofrío inundó su corazón. Puso sus labios junto a la sien de Ylena y murmuró:

—La galaxia es mucho más grande de lo que imaginaba. No quiero perderla ahora. —Y, con más suavidad, añadió—: No quiero perderte.

Ella levantó el rostro; sus ojos estaban llenos de sonrisas, brillo y confianza. Y sí, de mucha fe.

—No lo harás —respondió, firme y sincera. Luego lo besó.



Capítulo cuarenta y cuatro

LA CAMINATA HASTA LA UNIDAD MÓVIL de la Primera Orden parecía una marcha hacia el patíbulo… y, sin embargo, también era como entrar a la cabina de un podracer. Vi sabía que su gente estaba cerca, lista para desempeñar su papel, pero caminaba sola, adelantándose a ellos; era la carnada en una intrincada trampa compuesta por varias piezas móviles y con muchos puntos débiles en potencia. No tomó un estimulante antes porque se suponía que sus adversarios no esperaban una batalla. Solo mantuvo los ojos en un viejo detector de metales que Ylena tomó prestado de Savi, una pieza de equipo que sus chatarreros usaban con frecuencia cuando estaban en el bosque buscando antiguas reliquias o naves estrelladas.

Ya casi era el momento.

Tenía la garganta seca mientras movía el escáner sobre el suelo mullido; estaba tan cerca del nuevo sitio en el que se encontraba la nave que, si caminaba sobre una ramita y un trooper estaba parado afuera, con seguridad la escucharía. Entre los árboles, podía ver pequeños destellos de aquella monstruosidad de dos pisos, cuyo camuflaje exterior era gris opaco. Gracias al rastreador de Archex, no fue difícil de encontrar.

—Mamá Gallina en posición —anunció en su intercomunicador.

El corazón le palpitaba con fuerza; se acercaba cada vez más al claro que se había formado cuando la enorme nave aterrizó sobre las copas de los árboles, creando su propia área de aterrizaje en el bosque. Aún no había visto ninguna señal de troopers patrullando en las inmediaciones, pero sabía que la mayoría la buscaba en el puesto de avanzada o tenía escáneres similares con los que registraban los bosques de Batuu en busca del cuartel general de la Resistencia. Sin Kath, quizá solo habría uno o dos soldados para vigilar la base móvil. Esperaba que, sin el oficial al mando, serían descuidados.

—Vagabundo Espacial Increíblemente Atractivo, en posición —escuchó que decía la voz de Zade por su intercomunicador. Vi pudo respirar de nuevo.

Eso significaba que Zade y sus blásteres se acercaban con sigilo por detrás de la nave, junto con Kriki y su datapad. Dolin estaba en algún lugar de los alrededores, con su arco, sus flechas y todos los blásteres que habían robado a los stormtroopers muertos.

Y eso era todo.

Archex y Pook se quedaron en las ruinas. Si esta táctica fallaba y Vi moría ese día, solo podían esperar que la Primera Orden creyera que la Resistencia en Batuu había muerto con ella. En un planeta inútil sin sistema de comunicación ni oficial, lo más probable era que regresaran a su flota. Cuando esa nave y sus troopers se fueran, Archex podría continuar construyendo las instalaciones de la Resistencia con la ayuda de Pook. Aun si ninguno de los nativos del puesto de avanzada quería unirse a la causa, y aunque Zade, Kriki y Dolin se fueran, al menos habría un refugio en el que las naves de la Resistencia podrían aterrizar, cargar combustible y esperar órdenes. Era un agujero escondido en el universo, que se sentía cada vez más pequeño gracias a la agresiva presencia de la Primera Orden.

Para Vi era reconfortante saber que su trabajo continuaría sin ella; aunque fallara, no fracasaría del todo.

No lo comentó con nadie, pero tenía otra carta bajo la manga: esa misma muela con el veneno que la había consolado mientras Cardinal la torturaba en las entrañas del *Absolution*. Se tranquilizaba cuando pasaba la lengua sobre ella, el asiento eyectable de último recurso. Si Kath hubiera llegado un poco más lejos con sus herramientas, quizá lo habría considerado, pero no llegó hasta ese punto. Decidió que nunca daría información a la Primera Orden sobre la Resistencia, sin importar qué pasara. Incluso si los troopers de Kath se las arreglaban para arrastrarla hasta la silla de interrogación de Kylo Ren, aún tenía una salida.

Esa pequeña rebelión seguiría siendo el último «que te jodan» para quien quisiera controlarla.

Al estirarse, su espalda tronó y sintió cada moretón, cada cortada, cada tierna herida de su última visita a esta nave. Pook hubiera podido continuar acelerando su curación en su ala médica provisional, pero en lugar de eso, todavía tenía las marcas de los puños de Kath en el rostro. Todo era parte del plan: esos stormtroopers tenían que verla débil, dañada e ingenua; sin recursos, sin amigos.

—Yo también estoy en posición —murmuró Dolin en su intercomunicador—. Mmm, Campesino, quiero decir.

Eso significaba que ya era tiempo de actuar.

—¡Ay! —gritó Vi al tropezarse con una rama mientras dejaba que el escáner se estrellara contra el suelo.

No era el mejor grito de guerra que había escuchado, pero conforme se ponía de pie despacio, quejándose y agarrando su costilla adolorida, escuchó el sonido que tanto esperaba y temía: el repiqueteo de armaduras mientras las botas corrían en su dirección.

—¡Tú! —Los tonos agudos la llamaban con esa conocida lisura robótica de los altavoces del casco de los stormtroopers.

Vi alzó la mirada y fingió pánico al girar como si quisiera echarse a correr.

—¡Alto! ¡Manos arriba!

Dejó que sus manos temblaran mientras las alzaba en el aire.

—¿Qué pasa? ¿Qué hice? —preguntó.

Unas manos enguantadas jalaron sus brazos hacia su espalda y esposaron sus muñecas.

—¿Hice algo malo? Solo estoy buscando chata…

—Sabemos quién eres, escoria de la Resistencia. —La voz de la mujer destilaba desprecio.

Un segundo trooper se puso frente a Vi, con el bláster apuntando hacia ella.

—Ahora, voltéate y camina —ordenó la mujer.

Vi dejó escapar un suspiro profundo y dio una media vuelta.

—Mire, no soy quien usted cree…

¡Crac!

El bláster le partió el labio y pudo haberle tirado un diente. Al parecer, su nuevo manto gris y su cabello natural eran un disfraz tan torpe como ella esperaba. Ellos no estaban bromeando.

—No abras la boca. No hables. Camina.

Un bláster la empujó por la espalda y por un segundo revivió el momento en que Cardinal la hizo caminar por los corredores del *Absolution*. Se preguntó si Archex alguna vez pensaba en cuando la tuvo en la silla de interrogación, bajo el ojo vigilante de su droide flotante, Iris; si se sentía culpable por ello o si se consideraba una persona nueva por completo, libre de los grilletes del pasado. Gracias a Kriki, ahora sabía que Vi seguía teniendo pesadillas con él, que no lo había superado. Esos momentos estaban enterrados en su alma, tal vez de manera permanente y ella no sabía cuándo saldrían, sin previo aviso, de la oscuridad.

Ahora regresaba a ese mismo lugar, una vez más; se ponía en manos del enemigo de manera voluntaria. Porque ese era su trabajo.

El bláster la empujó con más fuerza, le dejaría un moretón.

—¡Camina! —rugió el trooper hombre mientras la mujer los dirigía en el camino—. El Teniente Kath estará muy contento de verte —agregó, engreído.

A Vi se le heló la sangre.

«¿Kath no está muerto?».

Era demasiado tarde para informar a su gente. Todo lo que podía hacer era seguir con vida y tratar de no perder la esperanza.



Capítulo cuarenta y cinco

KRIKI SE ENCORVÓ DEBAJO DE SU túnica, con el datapad sujeto con fuerza contra su pecho. Odiaba estar cerca de la nave de la Primera Orden; las inmediaciones se sentían… mal. Incluso los pájaros parecían percibirlo y habían dejado de trinar. Un olor a metal quemado flotaba en el aire y, sobre sus cabezas, las ramas y las hojas de las copas de los árboles habían sido quebradas con crueldad, dejando un agujero vacío allá donde debía prosperar la vida.

Zade estaba de pie junto a ella, con su energía tan tensa como un resorte. Trató de golpear el suelo con un pie, pero ella le dio un leve codazo; sería la peor tragedia posible para la misión que los atraparan debido a la nerviosa incapacidad humana de controlar sus extremidades. Reprimió su propio pánico parpadeando y haciendo que sus cuatro orificios nasales aletearan. Sus dos corazones martillaban contra su pecho y era probable que toda esta experiencia le quitara un año de vida, si lograba sobrevivir.

Aun así, se decía, el riesgo valía la pena.

No podía dejar que Batuu muriera como lo había hecho Hosnian Prime. Ese lugar era el hogar que ella eligió y aquellos eran los amigos que había escogido. La Resistencia necesitaba todos los fragmentos de esperanza que pudiera obtener. Le alegraba jugar su parte. Era un honor ser capaz de contribuir en algo tan importante. Durante meses, Gol le dijo que era una inútil, un estorbo, débil, y casi había comenzado a creerlo. Pero ese tiempo con Vi y los demás había sido como una lluvia que regaba plantas marchitas. Kriki había florecido, su pelaje se había esponjado, despertaba de cada ciclo de sueño con ganas de ponerse a trabajar. Era una bendición saber para qué servía el cuerpo y usar sus habilidades para ayudar a la galaxia.

Todo lo que tenía que hacer era reprogramar la nave.

No era gran cosa.

Tenía la capacidad, el conocimiento y los planos. Era más difícil arreglar un generador quejumbroso que programar una tonta y vieja nave. ¡Sobre todo una nave de la Primera Orden! ¡Una de las máquinas más avanzadas y con la tecnología más moderna de la galaxia! Casi se programaría sola.

—¿Tienes que hacer pipí? —murmuró Zade—. Siempre tengo ganas de hacer pipí cuando estoy nervioso.

—Bebes mucho más que yo —murmuró a su vez Kriki. —Ahora, cállate.

—Sí, claro. Me callo. Debemos esperar a que Mamá Gallina termine con todos esos horribles soldados en su encantadora nave.

Cuando su bota comenzó a agitarse de nuevo, Kriki se paró sobre ella, suave, amable y firme, y la mantuvo inmóvil.

Muy pronto escucharon que Vi mascullaba algo en el bosque y dos troopers corrían en esa dirección. ¡Era el momento! ¡Era hora de hacer su trabajo! Kriki tragó saliva y trató de controlar su respiración para no aturdirse.

Era fácil. Máquinas nada más. Era buena con las máquinas.

Pero era muy, muy mala con… bueno, con la presión, con el miedo, con el terror.

Cuando Gol la golpeaba, se paralizaba, se agachaba, se acobardaba y nunca se defendió. En pocas palabras, no sabía cómo hacerlo. Y a pesar de las pacientes enseñanzas de Archex, seguía sin saberlo.

Eso significaba que lo único que se interponía entre ella y la muerte era Zade, y Zade era… en fin, no era la persona más confiable que había conocido. Por supuesto que le caía bien y parecía comprometido, pero en este momento no se veía tan confiado como siempre, lo que solo la ponía más nerviosa.

—Señor, la encontramos —anunció la voz entrecortada de una mujer al otro lado de la nave.

—Excelente —respondió un hombre cuya voz no estaba distorsionada por un casco de stormtrooper—. El General Hux estará complacido.

Junto a ella, Zade se había paralizado por completo y cuando lo miró a la cara para reforzar su confianza, vio que también estaba muy pálido. Según Kriki, esa era una mala señal en un humanoide sin pelaje. No se suponía que cambiaran de color.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Es Kath —respondió él en voz baja—. El teniente al que Vi disparó sigue vivo.

—¿Y?

—Que esto no será tan sencillo como habíamos planeado —murmuró con voz temblorosa.

Kriki dejó caer las orejas. Empezaba a pensar que esta vez no tenían la mejor mano de la partida.



Capítulo cuarenta y seis

VI PARPADEÓ UNA VEZ Y DEJÓ que la realidad la bañara como si fuera una ola, porque resultaba que la realidad había cambiado.

Había matado al Teniente Wulfgar Kath. Estaba segura. Le había disparado en el pecho a quemarropa. Pero ahí estaba, muy vivo, aunque su postura mostraba que estar cerca de la muerte le había dolido un poco.

—Starling —exclamó con asombro satisfecho, como alguien que descubre una nueva especie de pájaro por primera vez—. También conocida como Vi Moradi, la espía de la Resistencia. Estamos aquí de nuevo.

—Bueno, para ser precisos, moviste tu casa de tortura, así que estamos unos cuantos kilómetros al oeste —puntualizó entre dientes—. Pero aparte de eso, sí, claro.

—Voy a disfrutar continuar con el interrogatorio.

Por primera vez, Vi observó la sonrisa de Kath y se dio cuenta de que tal vez era un psicópata; eso cambiaba las cosas. Además de los dos troopers que la habían llevado hasta ahí, cuatro más salieron de la nave, así como su viejo amigo Gol y dos repugnantes seres más del puesto de avanzada, incluido, para su sorpresa, Rusko.

Fantástico. Un público que en verdad la odiaba. Pero quizás eso era algo que podía utilizar.

—Por supuesto, podemos volver a hacer eso del interrogatorio. —Se aclaró la garganta al sentir que la sangre ya se acumulaba en la parte posterior de la lengua—. O puedes demostrarles a tus amigos cabeza de cubeta y a tus esclavos locales que puedes golpear a una mujer que no está esposada. ¿Qué dices, Wulfgarra? ¿Una pelea a puños, uno a uno? Apuesto a que quedaste mal cuando te disparé y escapé. Apuesto a que tus soldados cuestionaron tu liderazgo, o al menos murmuraron sobre ti mientras estabas dormido. —Sonrió con dulzura—. A menos que te dé miedo pelear de frente con una poquita cosa como yo.

Cuando Kath la miró con desdén y comenzó a hablar, Vi escupió una gran cantidad de sangre sobre su uniforme bien planchado.

Como respuesta, él la golpeó en el vientre, haciendo que ella se doblara. Apenas pudo permanecer de pie, todo el aire salió de sus pulmones. Sin duda, era fuerte, pero eso ya lo sabía. Solo tenía que hacer lo mismo que había hecho con Cardinal: que la tortura durara

el mayor tiempo posible. En algún lugar del bosque, Kriki estaría esperando para escabullirse en la nave y hacer su magia. Pero antes Vi tenía que lograr que todos los troopers salieran y se concentraran en ver cómo moría.

—No tengo que demostrarte nada —replicó Kath, levantando la nariz al aire.

—A mí no. Pero Gol, Rusko y sus amigos regresarán al puesto de avanzada y le dirán a la gente que tuviste demasiado miedo como para pelear frente a frente conmigo. Que hiciste que me esposaran. ¿Dónde está el poder de la Primera Orden? ¿Saben que te enviaron aquí como castigo? ¿Que todos los buenos tenientes se quedan en sus lujosas casas o en sus destructores estelares sin ensuciarse las manos? ¿Quieres que les diga por qué te enviaron aquí?

¡Pum!

Otro golpe al vientre. Al menos era previsible, así que Vi pudo apretar los músculos antes de que el puño de Kath la golpeara. Por suerte, esta vez no le pegó en el rostro. Las contusiones eran graves, pero dos en la misma semana serían muy, muy graves. ¿O eran tres? Ya no lo recordaba.

—Este Wulfgarra me vio en el destructor estelar y me dejó ir —se burló Vi—. ¿Oíste, Rusko? Caminé justo frente a este cobarde lamebotas y secuestré a uno de sus hombres, y ni cuenta se dio. Me dejó seguir mi camino.

¡Zas!

Recibió el puñetazo en el pecho y Vi juró que su corazón dejó de latir un instante mientras ella tropezaba hacia atrás.

Le saldría un moretón.

—¡Oh! ¡Qué niña tan temible! ¡Con las manos atadas a la espalda! —Vi sonrió mirando a Gol y con los dientes manchados de sangre—. Este oficial solo puede golpearme cuando estoy esposada. Apuesto a que tú no tendrías demasiado miedo como para desatarme y pelear limpio conmigo, ¿eh? Apuesto a que sigues enojado porque me robé a tu sirvienta mal pagada, la que hacía todo tu trabajo.

—No te tengo miedo —gritó Gol, y Vi pudo escuchar en su voz que sí lo tenía, aunque también estaba furioso.

Los otros también podían sentirlo. Los habitantes del puesto de avanzada se cruzaron de brazos y pasaron su vista de Gol a Kath. Rusko y el otro tipo eran grandes y fornidos, y en este momento se estaban haciendo una idea de lo que representaban la Primera Orden y la Resistencia en términos de actitud. Si el duro y pequeño Gol estaba dispuesto a pelear con ella, pero el grande y corpulento Kath no… bueno, era significativo.

—Bien —intervino Kath con frialdad—. Troopers, reclutas, formen un círculo. Blásteres listos. Desátenla. Quizás eso la aflojará para el interrogatorio.

Después hizo algo que Vi no pudo haber anticipado: se quitó el saco de la Primera Orden y dejó al descubierto su camiseta blanca; tras doblarlo con cuidado, caminó hacia la nave y regresó con las manos vacías, sin gorro ni bláster. Otro trooper lo seguía, con la mano vendada. Vi casi sonrió, esperando que eso significara que la nave ya estaba vacía.

—Esto —agregó Kath con prudencia— es extraoficial.

Un trooper se puso detrás de Vi y desató sus muñecas. Ella separó los brazos y los llevó hacia delante, débiles. Pasarían varios minutos antes de que pudiera dar el puñetazo más patético.

—Extraoficial —repitió Vi, saltando de un lado a otro y sacudiendo la cabeza y los brazos—. Okey, qué divertido. Me gusta lo extraoficial.

Miró a su alrededor, a los cabezas de cubeta y los monstruos cotidianos, que formaban un círculo depredador alrededor de ambos luchadores. No miró hacia la nave; confiaba en advertir alguna señal de que Zade y Kriki habían encontrado la manera de entrar. Si había una escotilla del otro lado, quizá ya estaban trabajando. Sin embargo, si la escotilla que estaba abierta era la única entrada, estaban perdidos. La mitad del círculo vería a cualquiera que tratara de entrar. Once enemigos observaban la pelea y, dentro del círculo, Kath hacía movimientos de boxeo, con una rapidez y una ligereza alarmantes para un hombre de su tamaño. Vi hubiera esperado que fuera lento, pesado y cuidadoso, pero resultó que debajo de esa meticulosa fachada acechaba un peleador de puño limpio.

A pesar de lo que le dijo Ylena, parecía que hoy la Fuerza no estaba con ella.

—Entiendes que te voy a golpear hasta convertirte en carne molida y, de todas formas, después te interrogaré —advirtió Kath mientras avanzaba hacia ella, con las manos en posición de boxeo.

Vi consideró sus opciones y se decidió por utilizar las artes marciales echani, que quizá le darían una pequeña ventaja al luchar contra un adversario mucho más grande. Los ataques a la cabeza serían un recurso inteligente, gracias a la golpiza que Zade le había dado a Kath en el cráneo. Hacía poco, ella le había disparado en el pecho y, aun tomando en cuenta la armadura que le salvó la vida, casi con seguridad todavía estaría adolorido en esa área.

Danzaron en círculos y Vi deseó dar vueltas para siempre, que hubiera alguna manera de mantener ocupada la atención de todos al tiempo que evitaba que la golpearan. El accidente, su incursión en las ruinas y, además, la última sesión de tortura… En fin, ya se encontraba en un estado bastante delicado y los suministros médicos eran limitados, contando incluso con lo que había recuperado de Oga y robado de la nave de la Primera Orden. Pasara lo que pasara, le dolería.

Kath se adelantó y lanzó un gancho cruzado; Vi se agachó y respondió con una patada directa a su espinilla. Sintió que el golpe resonaba en sus huesos, ¡tenía la corpulencia de un bantha! Tendría que buscar los puntos de pulso y, en particular, tratar de burlar su guardia para golpearle el esternón o la cabeza. Lanzó un *jab*, pero él le apartó el brazo y le acomodó un poderoso gancho izquierdo en las costillas.

Sintió como si la electrocutaran. En general, Vi era rápida, pero no estaba en su mejor forma. Retrocedió tambaleándose al ritmo de las risas robotizadas y las horribles y chillonas carcajadas de Rusko. Esa costilla estaba adolorida, quizá se había vuelto a romper. Tomó una bocanada de aire y advirtió la sonrisa complacida del teniente antes de sorprenderlo al abalanzarse sobre él corriendo y derribarlo. Recuperándose del inoportuno golpe de Kath, Vi se incorporó sobre su pecho y le clavó dos dedos en el

punto de pulso más cercano al lugar en el que le había disparado. Pero eso era justo en la armadura, la misma que había evitado que su disparo lo matara la primera vez.

Debió atacarlo a la cabeza.

Kath la empujó con fuerza; ella se retorció y cayó al piso sobre rodillas y manos. Cuando la bota de Kath se acercó para patearla, se alejó rodando hasta golpear el borde del círculo, donde un stormtrooper volvió a lanzarla hacia el centro de una patada justo en el estómago. Ella se incorporó, pero permaneció agachada.

—¿Todo está saliendo como lo planeaste, Starling? —se burló Kath, meciéndose con suavidad sobre los talones; sacudió la cabeza y se revolvió el cabello, que estaba peinado con gel de manera esmerada—. ¿Crees que no conozco el echani? ¿Crees que andaría en un planeta enemigo sin armadura? ¿Crees que soy tan tonto que no me doy cuenta de que esta pelea es solo una distracción?

Justo en ese momento, un stormtrooper apareció en la escotilla de la nave, empujando a Zade con la punta de su bláster.

—Lo siento, querida —susurró Zade con tristeza—. Parece que no les gusta que les roben sus naves. Y yo que pensaba que era un gobierno que servía a su gente.

Vi dejó que la angustia se dibujara en su rostro… lo que no fue difícil. Si atraparon a Zade, eso quería decir que Kriki estaba sola, pero no tenía manera de saber si había subido a la nave ni si había más soldados esperándola.

—¿Quieres seguir peleando o podemos ir directo a la tortura? —preguntó Kath. Había dejado de balancearse y se limpiaba las manos sobre el material blanco que cubría su vientre, como si al golpear a Vi pudiera contraer alguna enfermedad—. Yo disfrutaría cualquiera de las dos opciones, pero es muy divertido ver cómo se derrumban todas tus esperanzas.

Si Vi se daba por vencida ahora, Kriki tendría menos tiempo para subir a la nave y hacer su trabajo; pero si continuaba peleando, Kath pensaría con razón que su treta aún no había terminado. Solo le quedaba una carta más que jugar.

—¿Tu mamá era una worrt? —le preguntó a Kath con voz clara para que todos oyeran—. Porque veo el parecido.

En el silencio que siguió, Vi debió haber escuchado que una flecha de Dolin se clavaba en alguna de las áreas vulnerables del oficial de la Primera Orden, o por lo menos en un árbol, o que rebotaba en la nave si estaba nervioso. Ese era su último plan: ella pronunciaba la frase en código y Dolin, que estaba esperando en el bosque, usaría sus armas para desatar el caos, matar a quien pudiera y entrar a la carga.

Pero no sucedió nada.

Vi se balanceó hacia delante, ignorando el dolor de las costillas y el vientre, mientras se preparaba para una serie de golpes y puñetazos. Por desgracia, estaba herida y era lenta, y Kath sabía los mismos movimientos que ella, pero era dos veces más grande. Él bloqueó cada golpe y al final le dobló el brazo por la espalda hasta que cayó al piso.

—Nunca conocí a mi madre —respondió Kath con voz fría y entrecortada—. Pero creo que ya terminamos aquí. No puedes mantenerte en pie. Estás destruida, Vi Moradi.

Quizá cuando obtenga lo que necesito de ti le envíe tus dedos a la General Organa en una bella envoltura; le diré que por fin le corté las alas a su estornino.

Desde el suelo en el bosque de Batuu, Vi alzó la cabeza para mirarlo; sentía cada latido pulsando contra zonas adoloridas. Los troopers y los enemigos batuuanos se acercaron a ella, reduciendo el círculo. Ninguna flecha, ningún disparo de bláster. Debieron capturar a Dolin o él se acobardó. Quizá lo que sea que le dijo su abuela al fin hizo efecto y había regresado a casa para aparentar que no existía la vida fuera de su aldea. En la escotilla abierta de la nave, parecía que Zade daría media vuelta y lucharía contra el trooper que lo vigilaba, pero con eso solo conseguiría que le dispararan por la espalda. Vi se puso boca abajo para levantarse.

Kath se puso en cuclillas y levantó la cabeza de Vi tomándola por el cabello y forzándola a mirarlo a la cara. Vi tocó con la lengua la muela donde tenía el veneno y consideró su siguiente jugada. Si moría, tal vez todo terminara ahí. Se irían. No habría nada más que desearan de ese planeta.

De cualquier forma moriría, así que mejor hacerlo en sus propios términos. Estaba a punto de morder la píldora cuando escuchó un motor.



Capítulo cuarenta y siete

—¿QUÉ DEMONIOS ES ESO? —rugió Kath. Soltó a Vi y se puso de pie.

Vi dejó caer la cabeza para esconder su sonrisa.

Conocía ese ruido. Era el sonido que solo un nativo de Batuu podría reconocer: el motor áspero y estruendoso de una crankbike.

¡Dolin había llegado!

Conforme el sonido se acercaba y se hacía más fuerte, Vi se dio cuenta de que no solo era una crankbike, no podía serlo. Tenían que ser varias, todo un ejército; algunas aceleraban con un sonido agudo, otras chirriaban y otras más emitían un sonido intenso y ronco; cada vehículo cantaba su propia y única canción.

—En formación —ordenó Kath a sus troopers—. Amárrenla y métanla a la nave. No podemos perderla de nuevo. Traigan mi gorra y mi saco.

Vi volteó para ver qué estaba pasando mientras un trooper la tomaba por los brazos, los ponía detrás de su espalda y la sujetaba con las habituales esposas. A pesar de este nuevo aliento de esperanza, Vi seguía sintiendo que su cuerpo era como un costal de huesos cuando el trooper la arrastró para ponerla de pie. Se tambaleó hacia la unidad habitacional móvil mientras el trooper la apresuraba a empujones, pues no quería perderse la verdadera acción. Con un brusco empellón la metió a la nave, donde ella cayó al suelo junto a Zade. El trooper recuperó las pertenencias de Kath y trotó hacia su líder, que estaba afuera.

—¿Qué hace una espía asesina como tú en un hotel para cubetas como este? —murmuró Zade.

Ella se esforzó por sentarse y miró alrededor.

—Me estoy dando cuenta de que nos dejaron aquí sin vigilancia —murmuró—. ¿Kriki pudo subir a bordo?

—Me sacrifiqué con nobleza para llamar la atención del último trooper que quedaba en la cabina —confirmó—. Pero nunca me imaginé que un acto heroico sería tan incómodo. Mis brazos ya perdieron sensibilidad, ¿sabes?

Vi se recargó contra la pared hasta que pudo ponerse de pie.

—Ya te acostumbrarás —replicó—. Ahora, párate y cállate hasta que me deshaga de estas esposas.

—¿Puedes quitarte las esposas magnéticas? ¿Con las manos en la espalda? ¿Sin… ver las esposas? —Abrió la boca y Vi esperó dos segundos exactos para disfrutarlo.

—La escuela de espías es divertida. Vamos.

Mientras él se incorporaba, Vi echó un vistazo por la escotilla principal. Los troopers estaban en formación, Kath se puso el saco y la funda del bláster. El rugido de las crankbikes había extinguido todos los otros ruidos del mundo y el suelo temblaba.

Kath gritó algo, pero Vi no pudo oírlo. Entonces llegó la caballería a toda velocidad y desde todas las direcciones. Las flechas y los disparos de bláster llenaron el aire. Aunque Vi sabía que tenía que quitarse las esposas, no podía apartar los ojos de la escena. Al menos dos docenas de motociclistas gritaban y aullaban. Hombres y mujeres jóvenes disparaban sus blásteres y se deslizaban alrededor del claro en sus vehículos, que eran toscos, pero mezclaban con elegancia lo tradicional y lo nuevo, la tecnología y la chatarra, Batuu y todo lo demás.

—Ese gran bobo lo hizo —exclamó Zade a su lado—. ¡Míralos! Los granjeros de por aquí crían hijos fuertes. ¿Crees que sea por la leche azul? ¿O por las costillas de ronto? Si sobrevivimos a esto, te juro que voy a comer…

—¿En serio estás hablando de comida ahora?

—¿Qué puedo decir? Me da hambre cuando me capturan.

Vi manipuló con una aguja fina lo que parecían ser unas esposas sencillas hasta encontrar el punto correcto. En ese momento, vio a Dolin afuera, entre la multitud, con un viejo casco rebelde y manejando su crankbike de un lado a otro del claro mientras blandía su hacha. Como correspondía a su carácter, esta vez Waba no estaba en el asiento lateral. Dos de las crankbikes estaban boca abajo; sus enormes llantas giraban y sus conductores yacían no muy lejos, inmóviles. Uno de los troopers también había caído, pero era claro que las sencillas armas batuuanas no eran rival para las armaduras y la tecnología de la Primera Orden. La mayoría de las flechas caían inútiles sobre el pasto, y los batuuanos que llevaban viejos blásteres no sabían usarlos bien. Por lo menos había muchas más crankbikes que soldados, por ahora.

Clic.

Sus esposas cayeron al suelo y se puso a trabajar en las de Zade, que tras unos momentos también se abrieron. Guardó la aguja en su brazalete y corrió hacia la puerta cerrada de la cabina.

—¿Kriki? —preguntó.

—¡Ay! ¿Sí? —Fue la respuesta.

—¿Cómo vas?

—Más despacio de lo que me gustaría. Necesito más tiempo.

—¿Y si te dijera que no disponemos de mucho?

Kriki suspiró.

—Cada vez que me haces entrar en pánico, la probabilidad de cometer un error vital aumenta.

—Entendido. Sigue con tu trabajo. Creo en ti.

—¡Dije que no me hicieras entrar en pánico!

Vi sonrió para sí misma. La chadra-fan tenía más agallas de lo que creía. Ahora, la tarea de Vi consistía en conseguir más tiempo y mantener a los troopers fuera de la nave.

Mientras pensaba en su siguiente jugada, Zade apareció con dos blásteres de stormtroopers.

—Mamá, mira lo que encontré. ¿Puedo quedármelos?

Vi tomó uno.

—Puedes quedarte con ese.

—Lo llamaré Waba Segundo.

Corrieron hasta la escotilla y, cuando miraron afuera, Vi quedó confundida con lo que vio. Solo quedaban de pie y luchando tres troopers, mientras que Kath apuntaba con su bláster desde detrás de las armaduras de sus soldados. Rusko seguía de pie, con un bláster en cada una de sus enormes manos; Gol se escondía detrás de él y disparaba cuando le parecía seguro hacerlo. Varias crank-bikes se habían estrellado o estaban paradas, con sus conductores muertos o lesionados, pero la mayoría de los otros había desaparecido. Incluso Dolin se había ido.

Vi vio con horror que la última de las crankbikes daba un salto y se escabullía en el bosque.

Kath dio la orden de dar media vuelta… y regresar a la nave.



Capítulo cuarenta y ocho

A REGAÑADIENTES, DOLIN HIZO GIRAR SU crankbike y siguió a sus amigos mientras se alejaban del claro… bueno, lo que quedaba de sus amigos. No podía creer que todos acudieron, no después de su reacción cuando habló con ellos, una y otra vez, en el asentamiento.

—No es nuestro problema —había dicho Sylvai mientras miraba cómo pastaban sus gruffins.

—La Primera Orden no existe —gruñó Houz junto a su motocicleta.

—No pienso morir por una Resistencia improvisada —intervino Madeli, que ni siquiera soltó su guadaña para dejar de cortar el heno.

Sin embargo, esa tarde, cuando se dirigía a cumplir con su tarea, escuchó a lo lejos el rugido de las motocicletas y encontró a veinte de sus camaradas armados y listos para pelear. Dos stormtroopers habían encontrado su asentamiento mientras patrullaban y mataron a su primo segundo, Tophin, al parecer sin ningún motivo; ahora ya le creían, aunque sus padres y abuelos gritaron, amenazaron y lloraron para evitar que participaran en el conflicto.

En su camino al claro se encontró con una segunda sorpresa: Ylena en el speeder de Savi, con el asiento trasero lleno de blásteres.

La mayoría de la gente del asentamiento nunca había tenido un bláster en sus manos. Empuñarlos fue como dar un salto tecnológico, como lanzar a la comunidad a través del tiempo, darles una ventaja que antes no tenían. Les dio una lección rápida sobre la seguridad y el manejo del bláster, el mismo discurso que Archex le había dado a él y supo que tendrían buena puntería, puesto que sabían usar el arco y la flecha.

—Por favor, dime que ahora te vas a ir muy lejos —le dijo a Ylena cuando se subieron a sus motocicletas con los blásteres sujetos a la espalda o el muslo.

Su sonrisa cariñosa casi lo hace flaquear.

—Lo haré —respondió—. Ya hice mi parte. Esto es todo lo que Savi puede hacer, pero envía sus mejores deseos. La Fuerza los acompaña hoy a todos. —Se acercó a él, el escape de la crankbike hacía que el chaleco de Ylena se inflara—. Prométeme que tendrás cuidado.

Dolin sintió que la siguiente hora determinaría el resto de su vida. Estaba convencido de su objetivo y era justo, seguro de sí mismo y fuerte. Podía morir ese mismo día, eso era todo lo que sabía.

Pasó un brazo alrededor de los hombros de Ylena y, suavemente, tomó su mentón en la palma de su mano; la atrajo hacia sí y puso todos sus sentimientos en ese beso, que era como una promesa.

—Me cuidaré —le aseguró.

Ella asintió y se alejó con los ojos llenos de lágrimas. Dolin guio a sus amigos y primos rumbo a las coordenadas que le habían dado.

Después pelearon. No fue la apabullante ola de triunfo que había imaginado, con las crankbikes abalanzándose y los soldados corriendo y lanzando gritos de terror. No, los troopers estaban listos para recibirlos; esperaban en formación, con las armas empuñadas y eran más numerosos de lo que había anticipado. Su primera ráfaga de disparos hizo que algunos cuerpos salieran volando y las crankbikes giraran. Alguien, ni siquiera supo quién, dio media vuelta de inmediato y desapareció en el bosque. Aunque su propósito era bueno, los chicos de la aldea no podían apuntar a esas finas franjas negras en las que el disparo sería más efectivo, no mientras manejaban sus vehículos. Era un caos y se le encogió el estómago cuando empezó a pensar que Grana tenía razón. Era un tremendo error.

Las personas que conocía desde siempre morían. Y no podía ayudarlos, no podía detenerse para tomarlos de la mano y murmurar palabras cálidas, decirles que todo estaría bien. Tenía que continuar, seguir conduciendo, seguir disparando. El suelo del bosque estaba resbaloso por la sangre y el aceite, pero los stormtroopers seguían formando una línea idéntica y tranquila de muerte abominable.

Entonces el resto de las crankbikes dio media vuelta.

Dolin tenía que reunirse con ellos en su retirada y encontrar otra manera de desempeñar su papel, porque ser el único objetivo en ese claro no salvaría a nadie. El arrepentimiento, la vergüenza y el dolor lo agobiaban. Por su culpa había muerto gente, y sus muertes no significaban nada. Ni siquiera habían acabado con todos los troopers, no habían herido al oficial.

Un momento. ¿El oficial? ¡Vi le había disparado! ¿O no?

Todo ese ataque no tenía sentido. Pensar que alguna vez creyó que podía esconderse en un árbol y matar uno a uno a los soldados con sus flechas.

Pensar que alguna vez creyó que podía ser un héroe.

Solo era otro campesino tonto que creyó que podía pelear contra algo mucho más grande, un niño al que perseguía un snarlok por el jardín, cuando le advirtieron con claridad que no se dejara atrapar. Aceleró y se dirigió a casa, su verdadera casa, donde le rogaría a Grana que lo perdonara y terminaría con su tonto sueño de aventura. Cuidaría a las gruffins, puesto que para eso había nacido.

Pero algo extraño sucedió. Alguien se interpuso en su camino.

Era un stormtrooper, muy diferente a los que había visto hasta entonces.

Su armadura no era blanca. Era roja.



Capítulo cuarenta y nueve

EL ÚNICO PROBLEMA DE QUE KATH corriera hacia ella era que Vi no podía matarlo. Si lo hacía, no podría irse en su nave y su plan no funcionaría. Pero si entraba a la nave, quizá Kriki no tendría tiempo de terminar. Y no podría burlarse de él y retarlo a un combate frente a frente por segunda vez; apenas podía mantenerse de pie.

Si pudiera lastimarlo sin matarlo, hacer que todo eso fuera creíble…

—Prepárate —le murmuró a Zade—. Regresan y nos superan en número.

—Y nosotros ya no tenemos campesinos —terminó la frase Zade—. Nos quedamos como el último baluarte entre nuestra querida Kriki y estos monstruos. En un cuadro más completo, somos la única esperanza de la misión de la Resistencia en Batuu. ¡Ah!, y nos interrogarán y nos matarán si fallamos.

—Mira el lado positivo, al menos podremos lastimarlos un poco primero. Recuerda: los necesitamos vivos.

—¡A Rusko y a Gol no!

—No, a ellos sí podemos matarlos. Pero no a Kath.

—Pero ¡puede quedar herido de gravedad!

—Exacto.

Cada uno estaba en un extremo de la escotilla abierta de la nave, haciendo su mejor esfuerzo para permanecer escondidos y seguir disparando. Vi apuntó a la pierna de un trooper y jaló el gatillo. Era muy agradable ver cómo la descarga dejaba una quemadura negra sobre el blanco betaplastoide, aunque eso no lo detuvo. No se atrevía a apuntar a Kath. Aunque le pesara, todo el plan dependía de que permaneciera con vida. Él se movía con demasiada rapidez, esquivaba las crankbikes volcadas y los cuerpos en el suelo, zigzagueaba de tal manera que era imposible acertar.

Se concentró en Rusko, pero su piel parecía de un grosor increíble, casi como una armadura, porque los disparos del bláster resbalaban. Le disparó al brazo, pero ni siquiera reaccionó. Cuando Zade disparó a Gol, este se tambaleó y cayó al suelo.

—Eso es por Kriki —murmuró Zade.

Vi asintió en señal de aprobación.

Se turnaron para apuntar a Rusko y los tres troopers restantes, pero parecía que ninguno de sus disparos tenía efecto. Seguían corriendo, con Kath detrás de ellos, y se acercaban cada vez más.

Vi se descorazonó. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. Kriki no había terminado. Habían estado tan cerca y Vi podía sentir el peso de cada uno de sus fracasos.

Si tan solo hubiera podido evitar que el pesado carguero de la Resistencia recibiera los disparos que hicieron que se estrellara. Si no se hubiera desmayado en el accidente y hubiera evitado que Rusko y el resto de los matones de Oga robaran su cargamento. Si hubiera podido ganar más corazones batuuanos para la Resistencia. Si hubiera matado a Kath cuando tuvo la oportunidad.

Cada error de cálculo o golpe de mala suerte, por pequeño que fuera, la había llevado hasta este momento, en el que estaba tan cerca de salvar a su gente y a todo el puesto de avanzada de Black Spire. No solo para los futuros combatientes de la Resistencia, sino también para los nativos, por quienes ya sentía cariño.

Savi, Ylena y los recolectores, con su amabilidad y la creencia de que todo servía a la Fuerza. Kriki, Zade y Dolin, que se habían unido a ella sin sueldo y sin promesas de una vida mejor y más segura. Mubo, Zabaka, Salju y Arta, que le habían brindado su amabilidad y ayuda, incluso cuando podrían haber abusado de ella. Jenda y Oh-li, quienes solo vivían de manera sencilla y se negaron a ceder ante aquellos matones.

Había tratado de salvarlos, a todos. Se había puesto en las garras de la Primera Orden, en las de Kath, en cuerpo y alma para darle a Kriki el tiempo que necesitaba para realizar su imprescindible tarea. Aun así, no había sido suficiente. En ocasiones, no bastaba el mejor esfuerzo.

Vi y Zade seguían disparando y derribaron a dos troopers más, pero Kath y Rusko se acercaban; se escondían detrás de los árboles en su camino hacia la nave y también disparaban. Zade lanzó un grito, se cubrió y se agarró el antebrazo.

—¿Por qué todo el mundo aquí odia los blazers de seda brillante? —se quejó.

—¿Estás bien? —gritó Vi sin dejar de disparar.

—Viviré. Todos aman a los tipos duros —respondió al tiempo que regresaba a su puesto, con su brazo humeando y sangrando.

Vi estaba tan concentrada en Kath y en sus guardias que se sorprendió cuando una mano enguantada cayó sobre su hombro.

—Déjame hacer esto —dijo una voz familiar, aunque robótica.

Alejó la mirada de Kath y vio a un stormtrooper rojo de pie junto a ella.

Era Cardinal.



Capítulo cincuenta

ARCHEX SABÍA QUE EL ENGAÑO NUNCA superaría un examen riguroso. Sentado en su habitación escondida en las ruinas, pintó de rojo con cuidado la armadura robada al stormtrooper, con un esmalte barato (y un poco tóxico, para ser honestos) que compró durante una visita que realizó en secreto al puesto de avanzada. Sabía que estaba ahí para ganar tiempo, no para engañar a nadie durante un periodo largo.

También sabía que Vi se enojaría al principio, a pesar de que, de manera innata o quizá programada, le molestaba hacer enojar a su oficial superior. Aunque ahora se consideraba parte de la Resistencia, nunca había hecho ningún juramento, ni siquiera le habían quitado el monitor del tobillo. En sentido estricto, era un agente libre, y no se podían infringir las reglas si no había reglas que infringir.

Por otro lado, era más que agradable hacer enojar a Vi. Se hubiera reído de ello, si no le doliera tanto hacerlo en ese momento.

Mientras se equipaba, sintió un profundo sentido de justicia, aunque esta armadura no se ajustara como la anterior. El betaplastoide no era perfecto. El rojo estaba un poco descolorido y chorreado, y no tenía su capa.

Pero para cualquiera en la Primera Orden que conociera el pasado de Cardinal, su deslumbrante silueta roja solo significaría una cosa ahora: traición.

Contaba con ello.

Cuando tocó el hombro de Vi, su rostro pasó de la rabia a la sorpresa, de la comprensión a la preocupación. Él le dio unas palmaditas.

—Todo está bien —aseguró—. Los voy a retrasar. Ustedes dos saquen a Kriki de aquí por la escotilla posterior.

—Pero…

—Sin peros.

—Pero Archex, te van a matar.

Lanzó una carcajada.

—Es probable.

—No quiero preocuparlos, pero ¿estoy alucinando un cabeza de cubeta rojo? —preguntó Zade.

—Yo he estado alucinando a un borracho idiota desde hace días —resopló Archex.

—Ah, Archex, eres tú. Bienvenido al combate.

Cuando Kath, Rusko y el último trooper paticojo hicieron un último esfuerzo para llegar a la nave, Archex salió de detrás de Vi y se colocó en el umbral de la escotilla. Kath se detuvo; se quedó boquiabierto de manera muy gratificante.

—Hola, Wulfgar —saludó Archex con desdén.

—Capitán Cardinal —respondió Kath con frialdad—. Bueno, no. Capitán no. Te sacaron de los registros, borraron por completo tu existencia. Eres nadie. Eres nada.

—Obvio. —Archex salió de la nave. Con todos esos estimulantes en su sistema ni siquiera sentía la pierna—. Dime, ¿no tenías a todo un escuadrón de troopers cuando aterrizaste? ¿Y ahora te escondes detrás de un nativo? Yo que pensaba que la organización era tu mayor orgullo.

Kath le hizo una seña con la mano a su último soldado y empujó a Rusko a un lado para poder enfrentar a su viejo… bueno, *amigo* no era la palabra correcta. Nadie en la Primera Orden tenía verdaderos amigos. Compañero de armas quizás, aunque eligieron caminos diferentes. Archex había creído con firmeza en la Primera Orden, y había deseado dar todo para servirla y ayudar a la galaxia. Kath, por su parte, deseaba poder y autoridad; había dado todo por ascender en su carrera. Existían rumores de que había saboteado el ascenso de otros oficiales, pero tal vez eso era un acierto y no un error. La Primera Orden era buena para ascender o degradar a su gente con el fin de aprovechar sus fortalezas.

—Y la última vez que te vi, Cardinal, ¿no tenías integridad? Eso creía. Bueno, si trabajas para la Resistencia es claro que no tienes orgullo —afirmó Kath. Su rostro estaba enrojecido; su cabello, que alguna vez estuvo impecable, caía en mechones; tenía los ojos inyectados de sangre.

Archex esbozó una sonrisa dentro del casco. Hacer enojar a Kath le hacía sentir más placer que cualquier otra cosa en meses. Los estimulantes también ayudaban. Apenas sentía sus lesiones, su sangre bullía y los pulmones se llenaban de un aire delicioso. ¿La armadura? Era como volver a casa.

Aunque nadie más podía verlo, sentía verdadera felicidad.

Entonces golpeó al Teniente Wulfgar Kath justo en los dientes.



Capítulo cincuenta y uno

VI OBSERVÓ CON HORROR LO QUE Archex estaba haciendo, que era justo lo que ella acababa de hacer. Se sacrificaba para darles el tiempo que necesitaban con tanta desesperación.

—Quédate aquí —le murmuró a Zade; sus oídos zumbaban después de tantos disparos—. Pase lo que pase, no dispares.

Él la miró con pánico y sorpresa.

—¿Pase lo que pase? ¿Incluso si se toman turnos para golpearlo en el estómago? ¿Incluso si tratan de matarlo?

—Nos está ayudando a ganar tiempo. Kriki necesita cada segundo que podamos darle. No deshonres su sacrificio jugando al tipo duro. Deja que haga su trabajo.

—No sabía que tenía un trabajo —replicó Zade encogiéndose de hombros—, pero sí, señor.

—Él mismo eligió esta tarea —agregó con suavidad.

Vi corrió hasta la cabina, donde Kriki escribía tan rápido que parecía un caos.

—¿Cómo vamos? —preguntó Vi, con cuidado de que su tono fuera amable y tranquilo.

—Bueno, al principio me dio mucho miedo tanto disparo, pero ahora me aterra la ausencia de disparos. Temía que te hubieran matado.

—Pfff, no. Aunque sí le dieron a Zade, lo que parece divertido.

—¿Le dispararon? No es cierto, se quejaría demasiado. Quizá no fue nada, mancharon su bufanda o algo así.

Vi rio, aunque le dolía hacerlo. Kriki era divertida bajo presión, quizá porque trabajaba demasiado como para autocensurarse.

—¿Cuánto te falta?

—Unos minutos más. Ya casi. Estoy programando el último mensaje. —Kriki alzó la vista y quedó boquiabierta—. Espera. Si tú estás aquí, ¿qué está pasando allá afuera? ¿Están todos muertos? Si están muertos, ¿quién hará despegar la nave? Esto no tiene un piloto automático que pueda hacerlo…

Vi sacudió la cabeza.

—Archex los está deteniendo.

El horror de Kriki aumentó, sus fosas nasales se agitaron de preocupación.

—¿Archex? Pero él… quiero decir, ¿no es uno de ellos?

—Ya no. Y eso solo les da más ganas de lastimarlo.

—Entonces ¡tienes que ir a ayudarlo!

Vi respiró profundo. Kriki no tenía idea de las ganas que tenía de hacer justo eso.

—Cada uno tiene su tarea. Archex está haciendo la suya para darte tiempo y que tú realices la tuya. Haz que se sienta orgulloso. Haz que valga la pena.

Kriki asintió varias veces y, cuando regresó a su labor, sus dedos empezaron a volar.

—Sí, sí. Puedo hacerlo. Puedo hacerlo rápido y bien. —Tomó la cuenta gris de su collar, la besó y volvió a dejarla sobre su corazón—. Ahora vete. Me pones nerviosa.

Vi asintió y regresó a la escotilla. Cuando miró al exterior, Archex estaba en el suelo, tirado sobre su espalda, desprotegido.



Capítulo cincuenta y dos

LO BUENO DE LOS ESTIMULANTES DE la Primera Orden era que proporcionaban todo lo que podía hacerle falta a un individuo en el momento de mayor estrés: fuerza, confianza, energía, determinación. Lo malo era que ocultaban el dolor, y eso significaba que Archex no sabía que su pierna había fallado hasta que ya estaba cayendo.

Hasta ese momento, había dado todo lo que tenía; intercambió golpes con Kath y con el tipo que parecía un tiburón gigante; aprovechó todas las oportunidades para golpear o patear a sus enemigos. Por lo menos, era un asunto tan personal que nadie usó su bláster. Y Zade no se había involucrado; estaba sentado en la escotilla de la nave, como Vi le había ordenado. El rostro del hombre no mostraba la burla y desconfianza que solía mostrar. Parecía por completo aterrado por Archex; eso era agradable, aunque llegara un poco tarde.

—¿Esto es todo? —gritó Kath, irguiéndose sobre él.

Archex rechinó los dientes y, cuando le dio una patada en la rodilla, escuchó un satisfactorio *pop*. Kath lanzó un quejido, sus labios exangües se apretaron para evitar gritar y perdió el equilibrio. Rusko avanzó para ayudarlo.

—Mátalo —ordenó Kath a su último trooper—. Y tú, ayúdame a subir a la nave. Ya me cansé de estos juegos.

Rusko lo ayudó a arrastrarse hasta la nave mientras el último trooper se abalanzaba sobre Archex; su cubeta sin rostro miraba hacia abajo. Archex se dio cuenta por primera vez de lo que se sentía enfrentar a una máscara blanca e inexpresiva, morir de forma tan impersonal, sin saber quién estaba al otro lado. Con Phasma fue algo similar, salvo que él sabía con exactitud quién estaba detrás de la máscara. La había convencido de que se quitara el casco, pero la treta no funcionaría con este soldado raso.

—¿Y si no lo matas?

Todos miraron a Vi cuando habló. Estaba parada frente a la escotilla de la nave, bláster en mano; apuntaba directo al teniente.

—Starling —gruñó Kath—. Yo que pensaba que solo estaba haciendo tiempo para escapar. Por eso te dejé ir: la Primera Orden ofrece una recompensa mucho mayor por su cabeza que por la tuya. Piénsalo. Podrías irte en este momento.

—Puede ser —admitió.

Por supuesto, Archex sabía que jamás escaparía cuando uno de sus subordinados estaba en peligro. Sencillamente, Vi Moradi no era así. Ambos sabían también que en realidad Kath no la dejaría ir.

Archex apenas podía respirar, el dolor comenzaba a subir por su pierna. Cuando levantó la vista, vio que el trooper le apuntaba con su bláster, pero estaba centrado en Vi. El dolor se apoderó de él; se sintió pequeño y quebrantado, como el niño problemático a quien todos ignoran. Tenía que hacer algo, pero no sabía qué. Si Vi no había disparado a Kath, eso quería decir que seguía haciendo tiempo para Kriki y, hasta que alguien más comenzara la pelea, Archex se quedaría ahí, en el suelo, tratando de no moverse. La armadura repelía bien los disparos del bláster, pero cada patada, cada golpe había hecho que el betaplastoide presionara su piel y sus huesos. Estaba seguro de que tenía varias costillas rotas y al menos una contusión menor. Cuando los estimulantes empezaron a perder efecto, sintió cada herida vieja y nueva.

Sin embargo, este extraño empate continuaba como en cámara lenta, y Archex solo podía observar desde el suelo, indefenso. No tenía manera de saber si Kriki ya había terminado su trabajo, si habían tenido éxito. Con el rostro cubierto, no podía comunicarle nada a Vi sin hablar.

—¿Qué quieres, Starling? —preguntó Kath con cansancio—. No nos disparas, debe haber una razón.

Vi se encogió de hombros como si solo fuera una tarde normal en el mercado.

—Tienes razón, Kath. Estoy cansada. Solo quiero que me dejen en paz. Vine hasta acá, en medio de la nada, y aun así tus tiranos megalómanos me siguieron hasta aquí. Di que estoy muerta y deja que me encargue de mis asuntos. Ya tienes tu recompensa, ahí. Acepto tu oferta: llévate a Cardinal y vete.

—Es curioso que valores tan poco a alguien que eligió a la Resistencia.

—Sí, bueno, ya tenemos lo que necesitábamos de él, ¿cierto? Estoy segura de que su información ya no está actualizada, así que ahora es inútil. Phasma lo dejó muy mal.

Archex sabía que no hablaba en serio, que estaba tratando de ganar más tiempo. Tenía que ser así, aunque le dolía que pudiera hablar de él de forma tan insensible. Aunque supiera que no era cierto. Era con exactitud lo que la Primera Orden había dicho de la Resistencia, que eran parásitos despreciables, ratas espaciales que se traicionarían en tiempos difíciles, que olvidaban toda su nobleza frente a una verdadera amenaza.

—Entonces, baja de mi nave —ordenó Kath—. Estoy seguro de que sabes que hay otra escotilla. Lo llevaremos de inmediato con la Primera Orden y olvidaremos que existes. ¿Trato hecho?

Vi volteó, miró el interior de la nave y sonrió.

—Trato hecho.

Inmediatamente después, con un disparo, Vi le voló a Kath la oreja izquierda.



Capítulo cincuenta y tres

EL CAOS SE DESATÓ.

Archex permanecía en el suelo; lo habían olvidado por completo. Kath, Rusko y el último trooper sacaron enseguida sus blásteres y empezaron a disparar, pero con cuidado; después de todo era su nave y, aunque pudiera aguantar mucho, no querían saber cuánto con exactitud. Archex trató de ponerse de pie, pero no pudo; entre su pierna mala y las nuevas heridas que le habían provocado, no fue capaz más que de retirarse a gatas, apoyado en la pierna buena. Le dolía más que todo lo que había sentido en su vida. Cuando Phasma lo apuñaló la primera vez, esas heridas habían quedado insensibles por el veneno y morir parecía una opción agradable. Pero nunca sanaron por completo; ahora las sentía junto con todos los otros golpes y contusiones, toda una vida de daños, una cacofonía de abuso de la que no podía escapar.

Lo que en realidad dolía era vivir.

Archex parpadeó.

Todavía pasaban muchas cosas sobre su cabeza, más allá de donde se encontraba. La oreja de Kath había desaparecido. Vi se desvaneció en el interior de la nave y Kath, con el hombro de su impecable uniforme negro chorreado de sangre, salió tras ella.

—¡Tráelo! —le gritó al último trooper, señalando a Archex—. Vámonos de aquí con algo valioso antes de que las cosas empeoren.

Archex retrocedió, debido al dolor, escabulléndose como un cangrejo del stormtrooper, que se esforzaba por alcanzarlo a pesar de la sangre que se escurría de la cintura de su traje negro. El casco blanco ya no le hacía sentir camaradería, seguridad y orden; el trooper era un monstruo anónimo que lo atacaba como en una pesadilla. Archex jadeaba, su respiración resonaba en el interior del casco, su cuerpo se desplomaba sudoroso por el peso de la armadura.

Una ráfaga estalló con furia desde el bosque, al otro lado de la nave. El trooper se abalanzó sobre Archex, lo tomó por debajo de los brazos y comenzó a arrastrarlo hacia la nave. Archex no podía ver, no podía respirar; se arrancó el casco pintado de rojo y lo arrojó lejos. Una vez liberado, peleó contra su captor; trató de alejarlo a patadas, pero su pierna estaba muerta, como si al fin el veneno hubiera infectado cada célula. No tenía más que una pierna, su pulmón lastimado estaba por completo inútil y su resistencia de

ningún modo era suficiente como para combatir al soldado, que lo arrastraba hacia el único lugar que él trataba de proteger. La nave estaba a unos cuantos metros.

No podía permitir que eso sucediera. Kriki necesitaba más tiempo. Debía pelear.

Con todas sus fuerzas, zafó los brazos, puso la pierna debajo de su cuerpo y se incorporó. En el bosque, con el bláster empuñado, Vi Moradi lo miraba.

Sintió que el tiempo se detenía mientras observaba con fijeza a quien alguna vez fue su enemiga; advirtió los moretones y golpes en su rostro, la rasgadura en su túnica gris batuuana, el roce del bláster en sus pantalones manchados de sangre. Su expresión era salvaje mientras intentaba dispararle al trooper sin darle a Archex, una tarea casi imposible desde el lugar en el que se encontraba.

Detrás de Archex, la nave se encendió.

—¡Vamos! —gritó Kath—. ¡Tráelo!

Con la peculiar claridad que solo experimentaba en las batallas, Archex comprendió al fin.

Vi no pensaba lo que dijo. Le mintió a Kath para ganar tiempo, más tiempo para Kriki y más tiempo para salvar a Archex. Si estaba aquí, ahora, eso significaba que Kriki había terminado su trabajo.

Lo habían logrado.

Pero Archex conocía a Kath y sabía que no se iría del planeta sin él o sin Vi. Hasta que tuviera a alguno de los dos en su poder, Kath estaría condenado por la Primera Orden. Quizá movería la nave hacia otro claro, pero permanecería en Batuu; buscaría la base de la Resistencia, perseguiría a los reclutas, maltrataría a los habitantes y pondría a los cobardes de su lado hasta tener a su presa en las manos.

Su única esperanza era darle lo que deseaba.

Cuando el trooper volvió a sujetar a Archex y le apuntó con su bláster, justo en la axila, Archex dejó de pelear.

Miró a Vi y articuló unas palabras que esperaba que ella pudiera descifrar desde el otro lado del claro.

«Que la Fuerza te acompañe».

Después volteó la cabeza y dejó que el trooper lo empujara hasta la nave.



Capítulo cincuenta y cuatro

VI HABÍA ESTADO ESPOSADA, en una silla de interrogación y bajo un rayo de tracción, pero nunca se había sentido tan inútil como cuando vio a Archex dar vuelta y cojear hacia la nave de la Primera Orden. Apuntó y disparó hacia el trooper que obligaba a su amigo a caminar hasta su perdición, pero sus ráfagas rebotaron contra la armadura de betaplastoide. Segundos después, Archex entraba a gatas al interior de la nave. Era como si el tiempo pasara en cámara lenta. Vi corrió a toda velocidad hacia ella, con la mandíbula apretada, esperando encontrar la manera de salvarlo.

Pero la escotilla se cerró de golpe; la enorme nave se despegó del piso y flotó en el aire, lanzando una lluvia de ramas y hojas mientras se abría paso entre las copas de los árboles.

—¡Debí matarte diez veces! —vociferó Vi, aunque Kath no estuviera ahí para escucharla.

Un disparo de bláster resonó a sus espaldas; ella giró y también disparó, tantas veces que no tenía sentido, hasta que el stormtrooper lastimado, que se había levantado para una última batalla, se desplomó por un disparo afortunado en la ingle.

—¿Vi?

Alzó la vista desde el suelo, donde, de manera inexplicable, estaba acurrucada. De pie a su lado, Kriki y Zade la observaban.

—¿Estás bien? —preguntó Kriki—. ¿Dónde está Archex?

Vi sintió que había envejecido un siglo; se puso de pie y retiró de un manotazo la mano que Zade le extendió para ayudarla.

—Se fue —respondió con voz ronca—. Se lo llevaron. Pero… él lo sabía. Lo permitió. Se sacrificó. Sabía que Kath nunca se iría sin uno de nosotros, sin su presa. Jamás regresaría con las manos vacías y, si no lo hacía, su nave…

—No explotaría —terminó la frase Zade—. ¡Ese glorioso imbécil, valiente tonto idiota! ¡Cómo quisiera que estuviera aquí para golpearlo en su estúpido cuello!

Zade lloraba y, cuando se tocó el rostro, se dio cuenta de que ella también. Kriki gimoteaba suavemente, Vi puso un brazo alrededor de sus hombros y acercó a la chadra-fan hacia ella. Un landspeeder salió disparado del bosque, eran Ylena y Dolin; él llevaba un torpe vendaje de gasa en la cabeza.

—¿Funcionó? —preguntó Dolin—. ¿Tuviste suficiente tiempo?

—Eso creo —gimió Kriki—. Si no es así, entonces… él… no sirvió de nada…

—Shh —murmuró Vi, acercándola aún más—. No dejes que el fracaso invada tu mente.

—Ten fe —intervino Ylena, que se acercó a Vi y la rodeó con su brazo—. La Fuerza trabaja de forma misteriosa.

Dolin abrazó a Ylena por el otro lado y Zade cayó de rodillas. Todos alzaron la mirada hacia la nave, que se hacía más pequeña con rapidez, hasta que desapareció en el azul profundo del atardecer.

—¿Cómo lo sabremos? —preguntó Dolin de nuevo—. ¿Cómo sabremos si funcionó?

—Apenas podremos verlo —respondió Kriki—. Observen… observen…

La nave era un punto, después una partícula.

El datapad de Kriki hizo bip; ansiosa, se desplazó por la pantalla.

—¡Ya se envió el mensaje! —anunció—. «La espía de la Resistencia, Vi Moradi, murió durante el interrogatorio. No hay señales de la base de la Resistencia. Batuu es inútil desde un punto de vista estratégico. No hay recursos naturales ni manufactura. Lugar miserable. Regreso a la flota». —Hizo una pausa—. Eso decía.

Siguieron observando, pero la partícula no explotó.



Capítulo cincuenta y cinco

—SEÑOR, SE ACABA DE TRANSMITIR UN mensaje al *Penumbra* —informó CE-6675.

Kath desvió la mirada del maravilloso panorama que estaba creando con los puños en el rostro de Cardinal.

—¿Y bien? —preguntó, enojado—. ¿Qué decía? ¿Era uno de nuestros antiguos mensajes que por fin se transmitió?

El trooper que estaba en los controles hizo una pausa, lo que no era buena señal.

—No lo sé. Está encriptado. Esa no es mi especialidad. La tecnología de la flota lo descifrará cuando regresemos.

Kath soltó un profundo suspiro, se alejó de Cardinal y arqueó las cejas.

Ese hombre, o lo que quedaba de él debajo de ese amasijo sanguinolento, era la clave para recuperar la confianza de Hux. El Capitán Cardinal: el traidor que ahora conocía los secretos de la Resistencia. La idea de entregar a Cardinal en el *Finalizer*, vestido con su lamentable armadura pintada, esta patética réplica del poder que alguna vez conoció, era deliciosa.

Cardinal estaba sentado en el mismo asiento en el que antes detuvieron a Vi Moradi; el arnés seguía manchado con su sangre, cubierta por una nueva capa de la suya. Kath extendió el brazo, tomó un mechón del cabello negro de Cardinal, largo y empapado en sudor, y jaló con violencia hacia atrás.

—Te lo preguntaré de nuevo: ¿dónde está el escondite de la Resistencia? —insistió.

Cardinal sonrió, mostrando unos agujeros ensangrentados en donde antes había dientes.

—¿Qué Resistencia? —balbuceó antes de lanzar una carcajada—. ¿A qué habría que resistirse?

Rio, rio y rio.

Parecía que había perdido la cordura y hacía que Kath se sintiera incómodo. Nadie tan desamparado, tan patético podía reír de esa manera.

Volvió a golpear a Cardinal, esta vez en el ojo hinchado. Cuando ni siquiera eso fue suficiente para obtener una respuesta, puesto que Cardinal, obstinado, seguía riendo como loco, Kath se alejó y se llevó los nudillos ensangrentados al mentón. Podía escuchar los

latidos de su corazón contra sus tímpanos, pero ya no le importaba. Toda su atención giraba en torno a hacer hablar a este idiota.

—Entonces ¿prefieres promesas? —preguntó, inclinándose sobre él—. Dime lo que quiero saber y te dejo ir. Si me dices dónde puedo encontrar a Leia Organa, no regresaré a Batuu a arrasar el planeta.

Cardinal lo miró; uno de sus ojos permanecía cerrado de lo hinchado que estaba y el otro estaba inyectado de sangre debajo de las pestañas pegajosas. Incluso sin el casco, el hombre era un concierto de rojos.

—No importa —agregó Cardinal en tono áspero.

Cuando acercó su rostro al de Cardinal, pudo oler el cálido aroma a cobre, sal y caf barato que emanaba de su prisionero.

—¿Qué no importa? —le preguntó Kath. Cardinal echó la cabeza hacia atrás como si mirara las estrellas del exterior. Su sonrisa era brutal, voraz.

—Nada —respondió—. Tú pierdes.

La nave explotó.



Capítulo cincuenta y seis

FUE DIMINUTO, EL SIMPLE RASTRO de un destello. Pero era todo lo que necesitaban.

Vi gritó sin dejar de abrazar a Kriki mientras daban saltos. Zade rodó por el suelo, riendo como loco. Dolin e Ylena unieron sus labios en un beso que fue una explosión en sí mismo.

Había funcionado. Contra toda probabilidad, su plan tuvo éxito.

—¿Lo logré? —chilló Kriki. Después, con más confianza, agregó—: ¡Lo logré!

—Lo logramos —repuso Zade desde el suelo—. ¡La célula más pequeña de la Resistencia ganó la mayor victoria que la galaxia jamás haya visto! Digo, es probable. En realidad, nunca me ha interesado mucho la historia. —Se puso de espaldas y sonrió—. ¡Ah! La venganza es un sentimiento maravilloso.

Observaron el destello blanco hasta que desapareció; cuando Vi bajó la mirada, la realidad la sacudió.

Archex se había ido, perdido en un resplandor lejano.

Aquí abajo, en el suelo, estaban rodeados de cadáveres y escombros: stormtroopers, campesinos, nativos del puesto de avanzada, crankbikes, armas. El hermoso bosque olía al tiroteo, a aceite y sangre, no a cultivos, y los árboles mostraban sus heridas, de las que manaba savia. Habían lastimado ese lugar. Vi también estaba lastimada. Sus piernas temblaban mientras trataba de mantenerse en pie, pero Dolin lo advirtió y la tomó del brazo para que se apoyara.

—Vi, ¿estás bien?

Ella sacudió la cabeza.

—No. No. Estoy muy mal. Vamos a casa.

Dolin miró alrededor y su rostro se ensombreció.

—Estaba tan ocupado viendo el cielo que olvidé… ellos… mis amigos… Ese es mi primo Sylvai…

Comenzó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas. Ylena lo abrazó y jaló su cabeza hacia su cuello como para protegerlo de la carnicería.

—A veces es mejor mirar hacia arriba —intervino Zade, con un extraño atisbo poético—. Regresaremos mañana para mirar de nuevo abajo.

Todos se acomodaron en el speeder de Savi, e Ylena los condujo de regreso a las ruinas. Cuando se estacionaron junto al cenote, Vi esperaba ver a Archex salir corriendo y detenerse bajo el toldo, bláster en mano, asegurándose con su acostumbrada mirada severa de que no había intrusos en el claro. Solo salió Pook, corriendo con torpeza, escrutando con su redonda pantalla negra.

—Archex no lo logró, ¿cierto? —preguntó.

—No —respondió Vi.

—Mis algoritmos hubieran podido pronosticarlo. —Lanzó un suspiro mecánico—. Casi empezaba a dejar de odiarlo.

Zade fue el primero en bajar del speeder de un salto.

—Yo también, droide. Yo también. Ahora atiende a nuestra mamá gallina. Está herida.

—Tú también, y Dolin —protestó Vi.

Y, de pronto, Dolin la cargaba como a un bebé, aunque ella no tenía idea de cómo había llegado a sus brazos.

—Pero…

—Deja que Pook te atienda primero —la interrumpió Dolin—. Por favor.

—Pero tus amigos, los de las motocicletas, algunos están heridos.

Él dudó y se detuvo.

—¿Está bien? ¿Puedo traerlos aquí?

Vi lanzó una risita triste.

—Para mí, cualquiera que salga herido en una lucha contra la Primera Orden es parte de la Resistencia. De eso se trata la Resistencia, de ayudar a la gente que más lo necesita. No se requiere un emblema del ave estelar ni ningún rango para hacerlo.

La colocó con cuidado en un catre de la improvisada ala médica. Cuando miró al techo, Vi recordó que Archex había ayudado a Pook a poner las luces. Las ruinas eran un buen lugar para su centro de mando, ahora estaban a salvo. Incluso si Archex había muerto en el espacio, siempre recorrería estas cuevas. Mientras ella daba vueltas y se metía en problemas, él había estado ahí, abandonado, haciendo las labores básicas, trabajando sin descanso para hacer de este un lugar habitable, acondicionarlo para la Resistencia, para convertirlo en un refugio, en un hogar.

Todos los días, adolorido y tratando de descubrir quién era en verdad sin su armadura y su capa, Archex caminó por esos corredores e hizo lo que se necesitaba, le gustara o no. Aun cuando sentía que no era suficiente, que no valía la pena. Cada mañana preparaba el caf para todos, y cocinaba las verduras y los tubérculos por las noches. No se quejaba mucho, obedecía las órdenes y…

Magnífico, estaba llorando de nuevo.

—Vamos a ponerla más cómoda —anunció Pook, que apareció por encima de ella.

—¿Eso qué quiere decir?

Sintió la inyección antes de verla.

—Pook, ¿qué fue eso?

—Un ligero sedante. Mi escáner indica que tiene una conmoción de nuevo, además de una hemorragia interna y otra costilla rota. Como se niega a descansar, tomé la decisión de forzarla a hacerlo.

—Pero tengo que…

—No tiene.

—¡No puedes hacer eso! Eres…

Pook suspiró.

—Un droide y un miembro de su tripulación. Así que, hasta que encuentre un médico humanoide con mejores modales de enfermería, solo me tiene a mí. Quizá le sea más fácil descansar si sabe que mi intelecto es muy superior al suyo, que está abrumado por una conmoción cerebral y emociones problemáticas.

El mundo se nubló y oscureció. Vi se calmó con una sonrisa en los labios.

—Tú también lo extrañas —murmuró.

—Nada será igual sin él —respondió Pook—. Ahora, háganos un favor a todos y pierda la consciencia.

Así lo hizo.



Capítulo cincuenta y siete

A PESAR DE SUS PROPIAS PROVISIONES y de los excelentes botiquines que habían robado a la Primera Orden, Vi tardó en sanar. Durante mucho tiempo durmió en la litera del ala médica y después descansó en su cama, de vuelta en la cueva. Más tarde fue capaz de sentarse en distintos lugares de la base, aunque sentía dolor y comenzaba a hacerse a la idea de que Archex ya no estaba.

Dolin y Kriki continuaron su trabajo con Savi. La nariz de Waba demostró ser muy útil para encontrar reliquias y muy pronto pudieron comprar grandes pedazos de chatarra para sus instalaciones, incluido un viejo landspeeder que Kriki arregló. Varios de los amigos de Dolin que pelearon contra las fuerzas de Kath y sobrevivieron empezaron a frecuentar las ruinas, algunos incluso se mudaron ahí de manera definitiva. Vi les enseñó a disparar; Zade, a maldecir. Kriki compuso el simulador de vuelo para que practicaran pilotaje y quizás algún día pudieran unirse a la flota de la Resistencia. El rugido de las crankbikes que llegaban se convirtió enseguida en un sonido bienvenido, en particular porque casi todos aportaban siempre una pierna de gruffin o un barril de cerveza amarga para compartir. Sin darse cuenta, Vi ya contaba con diez reclutas de medio tiempo.

De alguna manera, Zade recuperó la confianza de Oga y, aunque no le devolvió su nave, pudo regresar a la cantina, donde descubrió que era un cantinero excelente y divertido. Quedaba sobrentendido que, si trataba de reclutar o dispararle a alguien de nuevo, quedaría expulsado de por vida. Al parecer, un poco de descrédito y peligro fueron suficientes, así que se calmó y se convirtió en fuente de información para Vi. Escuchaba a los viajeros y nativos cuando olvidaban que había alguien sobrio en los alrededores.

Una noche, le comentó a Vi:

—¿Alguna vez hubieras pensado que viviría más allá de los treinta? ¡Mucho menos comenzar una carrera como espía para la Resistencia! Soy un ególatra y ser *espía* no encaja con llamar la atención.

—Claro que sí —respondió Vi—. Solo hay que encontrar el momento adecuado.

Él lanzó una carcajada y Vi sonrió con bondad, pero no le dijo que el trabajo de un espía consistía en mucho más que escuchar a los borrachos y traer a casa noticias sobre la Primera Orden. Quizá Zade no estaba entrenado o quizás exageraba, pero se había

enfrentado a Kath y a sus troopers no una vez, sino dos, y seguía vivo para contarlo. Más aún, se había quedado con ellos cuando pudo haberse marchado. La Resistencia necesitaba más reclutas como él. No tenía caso frustrar sus ilusiones.

Salju los visitó algunas veces; le llevó a Vi regalos del puesto de avanzada y un hermoso collar de Las Joyas de Bith, un regalo de algunos comerciantes del mercado para agradecerle por defender a Jenda y a Oh-li, así como por ahuyentar a la Primera Orden. Salju también le contó que su vieja nave se estaba convirtiendo en parte del hábitat local y que la pareja de lahiroo que hizo ahí su nido tenía ahora un nutrido grupo de bebés que no dejaba de graznar.

Pero la mayor parte del tiempo, durante las horas de trabajo, estaba sola; solo Pook andaba por ahí hasta la hora de la cena, mientras que los corredores estaban muy tranquilos, con demasiado eco. Llegó el día en que Vi no aguantó más. Aunque era evidente que aún no estaba lo bastante sana como para trabajar, tomó el viejo speeder y siguió el Camino de Savi hasta el depósito de chatarra, donde la recibieron con los brazos abiertos. Ylena, Dotti y los otros recolectores la abrazaron con fuerza. Dolin, preocupado por ella, insistió en jalar su carrito y descargar su canasta. Vi toleró tanto mimo y muy pronto comenzó a seleccionar, bromear y charlar como de costumbre; por suerte, las voces en su cabeza se callaron. Encontró un viejo baúl lleno de polvorientas túnicas café y algunas estatuas con costras de lodo; Ylena se emocionó y la tomó de las manos.

—Savi estará encantado —le aseguró Ylena—. Esta es una señal. Has hecho maravillas para ayudar a este planeta y a su gente, y la Fuerza siempre te va a sonreír mientras continúes luchando por lo correcto.

Vi bajó la mirada, se sentía incómoda.

—Son solo unos trapos y piedras sucias, pero me da gusto que estés contenta.

Ylena sacudió la cabeza.

—Hay tanto que no sabes, tanto que no puedes ver. Pero los efectos de tus acciones tendrán consecuencias en toda la galaxia. Algún día, estos objetos que encontramos serán valiosos para alguien y para la Resistencia. —Se encogió de hombros—. Supongo que por ahora te ayudarán a comprar más provisiones para la Resistencia. Escuché que hay un intercomunicador de largo alcance en el pueblo, no está muy dañado.

—Ahora hablas mi idioma.

Vi tuvo que descansar con frecuencia; para la hora del almuerzo, ya estaba cansada. De manera misteriosa, había un pan ácimo para ella, como si Savi hubiera sabido que vendría. O quizá todos los días enviaba uno, pensando que regresaría en algún momento. No importaba. Era agradable saber que alguien pensaba en ella, que la cuidaba.

Esa tarde fue al pueblo en el speeder, avanzando despacio junto con los demás. Ya no tenía que ponerse una máscara o una peluca. Disfrutó los aromas familiares de carne rostizada y sazonada, de los granos asados. La gente la saludaba con la mano o inclinando la cabeza, y Vi devolvía esos saludos con una sonrisa, contenta de ya no tener que esconder su identidad. Vestida con la túnica verde sujeta con un cinturón y el collar que le regaló Salju, por fin se adaptaba, se sentía bien.

Cuando se levantó para pedir una ronda de bebidas para sus amigos, Zade se reunió con ella en la barra; se inclinó con esa manera tan suya que parecía que todo lo que decía era un delicioso secreto.

—Oga quiere verte —le informó—. N'arrghela quería esperar para llevarte a rastras por el baño, por los viejos tiempos, pero le dije que merecías más respeto.

—Eso es mentira. Apuesto a que te ofreciste para llevarme arrastrando tú mismo —respondió con su antigua sonrisa.

Él encogió los hombros con inocencia.

—¿Quién sabe? Soy un enigma. Carl el Duro te espera en el vestíbulo.

Vi ladeó la cabeza.

—¿Quién?

—El talpini. No conozco su verdadero nombre, así que le puse uno. Parece que no le importa. —Limpió un vaso o trató de hacerlo. Los trapos de la barra estaban muy viejos y grasosos como para ser eficaces—. No es un mal tipo, cuando te acostumbras a su mirada.

Vi pagó la ronda y fue a reunirse con Oga. Encontró al talpini agachado en el vestíbulo, masticando algo que parecía un hueso. Él levantó la vista.

—Me dijeron que Oga quiere verme.

Se incorporó en silencio y abrió una puerta casi invisible en la piedra. Vi entró y, mientras sus ojos se ajustaban a la oscuridad, se dio cuenta de que la cantina estaba tallada de la misma manera que las antiguas ruinas. Después de las áreas abiertas, la sensación era similar. Quienesquiera que hubieran sido los antiguos, eran poderosos; había mucho que aprender sobre este lugar.

—*Chowbaso*. —Oga hizo un gesto para indicarle que entrara. Ella obedeció.

La jefa blutopiana de la mafia estaba sentada detrás de su escritorio; aparte del gato tooka, que dormía hecho un ovillo junto a su codo, estaban solas. Rusko había muerto, los otros secuaces de Oga brillaban por su ausencia y el talpini había desaparecido. Solo estaban ellas, aunque Vi sabía que eso no significaba que Oga estuviera indefensa.

Cuando Vi se acercó lo suficiente, Oga se echó hacia atrás y se cruzó de brazos.

—Nunca lo diré en público, pero estoy contenta contigo. Sé bien lo que ese hombre, Kath, pensaba hacer contra el puesto de avanzada y, por lo que me cuentan, tú lo ahuyentaste.

Vi inclinó la cabeza.

—La Resistencia existe para proteger a la gente.

—No me importa *la gente*, quienquiera que sea. Me importa *mi* gente, mi negocio. Y tú los protegiste. —Extendió una mano hasta el tazón de frutoalmejas y se comió uno con mucho ruido, antes de continuar en su huttés gutural—: Aunque no estoy contenta de que hayas matado a Rusko.

—Yo no lo maté. Él eligió el bando incorrecto y explotó.

Oga alzó un hombro como si Vi hubiera marcado un punto.

—¿Ves? Por eso no me gusta elegir bandos. Sigo sin estar en el tuyo.

—¿Eh?

Oga la señaló con su dedo húmedo.

—No te equivoques, no pretendas que sabes lo que pienso o que cuentas con mi amistad incondicional. Nadie la tiene. Si la gente de la Primera Orden vuelve a aparecer con el dinero y la actitud correcta, y un oficial me muestra respeto, serán bienvenidos hasta que causen problemas. El puesto de avanzada de Black Spire es lo único a lo que soy leal, y lo mejor que obtendrás de mí es tolerancia.

Vi sonrió.

—¿Tolerancia y bebidas gratis?

Oga soltó una risita y le arrojó la cáscara del frutoalmeja, que Vi esquivó con habilidad.

—Tú y tu gente son bienvenidos en la cantina siempre y cuando paguen. El bocón es un buen cantinero, y no me importa que escuche todo, como sé que lo hace, siempre que no dé más discursos. Así que trata de no hacerme enojar o de inmiscuirte en los asuntos de mi negocio y yo te dejaré tranquila. Sé que hay una recompensa por tu cabeza, pero eso pasa con muchas personas que vienen aquí y no quiero que digan que no se puede confiar en Oga Garra. Pero respeta mis reglas.

Vi asintió.

—Lo haré.

—Y dile a tu chadra-fan que hay un trabajo disponible en la Plataforma Técnica, si le interesa. Ahora que Gol ya no está, ella es la más indicada. Tendrá que darme mi parte, pero aparte de eso, el puesto está vacante y alguien tiene que encargarse de él. No puedo dejar que un montón de basura inunde las calles.

Al escuchar la propuesta, Vi sonrió de verdad.

—Kriki estará encantada.

Por un momento, los ojos de botón de Oga brillaron.

—Y encontrarás algo para tu cuartel general.

—¿Algo?

—No repitas mis palabras. ¡Qué molestos son los trucos de los espías! Supongo que lo único que te falta es un intercomunicador de largo alcance y códigos de satélite, y acabo de encontrar uno.

Vi resopló.

—¿En serio?

Oga agitó su mano flácida.

—Ahí, solo en medio del bosque. Está un poco abollado, pero estoy segura de que Kriki puede arreglarlo.

Vi se cruzó de brazos y examinó a la blutopiana. Oga sostuvo su mirada mientras acariciaba al gato tooka con una mano húmeda por los frutoalmejas.

—¿Cuál es el precio? —preguntó Vi.

—¿Qué quieres decir?

—He hablado con muchas personas como para saber que Oga Garra nunca hace nada sin esperar un pago, y no me salen las cuentas.

Oga echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada ronca que hizo que el gato maullara y saliera corriendo. Cuando se enderezó, su expresión era seria; juntó sus largos dedos grises.

—Quiero que estés en deuda conmigo, Vi Moradi. Quiero que sepas que tengo la llave de todo lo que necesitas para sobrevivir aquí y que puedo quitártelo en un instante si te pones en mi contra. Si alteras el equilibrio en mi puesto de avanzada, el juego cambia. Espero que esta Resistencia tuya necesite mucho combustible.

—Así es.

—Muy bien.

Vi inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Buen comercio.

—Para ti también. —Oga agitó la mano—. Ahora largo de aquí.

En efecto, cuando regresó al campamento, ahí estaba el familiar contenedor con su intercomunicador de largo alcance. Kriki lo compuso de inmediato e incluyó los códigos. Vi y sus reclutas se reunieron a su alrededor.

—Urraca a la General Organa —llamó Vi, luego tecleó un código.

Hubo una larga pausa de crujidos antes de que Vi escuchara la voz conocida; ese intercomunicador, como muchos equipos de la Resistencia, era viejo y no tenía la opción de visualización.

—¡Urraca! Sigues viva. Sabía que lo lograrías. ¿Cómo va la lucha?

A Vi se le cerró la garganta.

—La lucha vino y se fue. Gracias a una nueva recluta llamada Kriki pudimos programar la nave de la Primera Orden para enviar un mensaje a su flota que decía que yo estaba muerta, que no había base de la Resistencia aquí y que el planeta no tenía ningún valor. Después, la nave estalló por un error técnico, también cortesía de Kriki.

Junto a ella, la chadra-fan se agitaba de orgullo.

—¡Esas son excelentes noticias! —exclamó Leia—. Las primeras buenas noticias que he tenido en mucho tiempo. Por favor, agradece a Kriki de mi parte, y a todo tu equipo.

—Aquí están todos. Están escuchando.

—¡No puedo creer que sea la General Organa! —chilló Kriki—. ¡No puedo creer que sea real! Quiero decir, claro que es real. Perdón. Soy Kriki. Hola.

La voz de Leia era cálida, y la chadra-fan se esponjó de placer cuando ella respondió:

—Qué gusto conocerte, Kriki. En nombre de la Resistencia, agradezco tu trabajo. Gracias a todos ustedes. —Por un momento, todos se sintieron muy orgullosos. La voz de Leia volvió a tomar un tono serio; después de todo, la guerra no había terminado—. Urraca, ¿cuánto te falta para tener un centro de mando funcional?

Vi miró la cueva, con sus contenedores y la mesa improvisada.

—Tenemos una instalación básica y cada día la mejoramos. Hay unas barracas sencillas, un ala médica provisional, campos de entrenamiento, baños y una cocina. Pook está haciendo muy buen trabajo con la construcción.

—Y con la atención médica y la seguridad —agregó Pook—. En resumen, con todas las tareas básicas en las que los humanos fallan.

—Eso suena a Pook. ¿Y cómo está Archex? Perdimos la conexión con su monitor.

La habitación quedó en silencio y todos dejaron caer la cabeza.

—General, está muerto. Lo perdimos en la batalla. Se… se sacrificó para salvarme a mí y a nuestro cuartel general.

Vi imaginó que Leia, en algún lugar al otro lado del universo, también agachaba la cabeza.

—No es lo que se merece, pero lo condecoraré con una medalla póstuma en nuestra siguiente ceremonia. Al principio no estaba segura, pero parece que tenías razón.

—Era un buen hombre —asintió Vi—. Dio todo por la Resistencia.

—Que la Fuerza lo acompañe.

—Creo que así es.

Después de un momento de silencio, Leia suspiró.

—Me alegra que tu misión fuera un éxito. Quizás enviemos naves antes de lo previsto, si puedes atenderlas. ¿Tienes reclutas?

—Sí. Varios tienen grandes aptitudes de pilotaje.

—Más buenas noticias. Parece que Batuu fue una buena elección.

Vi miró a su alrededor. Kriki, Dolin, Zade, Ylena y los nuevos reclutas estaban alertas y listos, aunque formaban un grupo tímido al escuchar la voz de la famosa Princesa Leia por primera vez.

—Esta gente me da esperanzas —afirmó Vi—. Me hacen recordar que hay algo por lo que luchar.

—Entonces, sigamos luchando por ellos —respondió Leia—. Como lo hizo Archex.



Epílogo

VARIAS SEMANAS DESPUÉS

CUANDO SONÓ EL INTERCOMUNICADOR, VI examinaba a un nuevo grupo de reclutas durante la práctica de tiro. Levantó la mano, los disparos cesaron de inmediato y todas las miradas la siguieron.

Bien. Estaban aprendiendo.

—Capitán Moradi, un mensaje urgente para usted —informó Pook—. Ultrasecreto.

Por primera vez, el droide parecía alerta y ansioso, en lugar de aburrido, lo que despertó la curiosidad de Vi.

—Sigan practicando —pidió Vi a sus reclutas, que murmuraban—. Ahora regreso.

Ya había mucho movimiento en las ruinas. Vi estaba agradecida por la actividad y el trabajo. Tenía más de una docena de nuevos reclutas y pasaba la mayor parte de su tiempo entrenándolos. Kriki dirigía la Plataforma Técnica y hacía muy buenos tratos a cambio de las máquinas que reparaba, mientras que Dolin seguía con su trabajo en la chatarrería con Waba. Como Vi había imaginado, su campamento se había ampliado más allá de las ruinas, hasta el claro, donde estacionaban un viejo X-Wing cuando no lo usaban para el entrenamiento de vuelo. Estaba orgullosa de su trabajo y sabía que Leia también lo estaba. Por eso la habían ascendido.

Cuando llegó a la habitación reservada para comunicaciones y estrategia, se aseguró de estar sola, presionó un botón del intercomunicador de largo alcance y dijo:

—Aquí Urraca.

—Urraca, aquí Líder Verde —contestó una voz familiar de hombre. Jadeaba y parecía desesperado—. Malas noticias: alguien informó a la Primera Orden que el centro de mando de la Resistencia es funcional y que no estás muerta. Van por ti.

—¿Quién? —preguntó Vi, que notó cómo se le erizó la piel.

—No sabemos, pero Kylo Ren va en camino, junto con la Legión 709. Son sus stormtroopers de élite, elegidos por Kylo en persona. Enviamos ayuda, pero…

La comunicación se cortó de manera repentina. Vi conocía bien este sentimiento: el momento claro en el que todo empezaba a ir mal, cuando la calma y el silencio se convertían en ansiedad y esfuerzo. Se permitió un segundo de pánico: ¿Kylo Ren en

persona? ¿Con la 709? Había escuchado hablar de ellos. Sería mucho más difícil enfrentarlos a ellos que al escuadrón de Kath. Tenía que informar de inmediato a sus reclutas y avisar a Savi y a Kriki en el pueblo. Incluso Oga desearía saber que Kylo Ren pronto llegaría al puesto de avanzada.

Empezó a caminar, luego a trotar y al final a correr. ¿Quién sabía de cuánto tiempo disponían? El Líder Verde no terminó el mensaje. ¿Qué tipo de ayuda estaba en camino?

Cuando salió de debajo del toldo y llegó al claro, todos sus reclutas señalaban al cielo.

—¿Qué es eso? —preguntó Houz.

Vi respiró profundo.

—Eso —respondió— es un destructor estelar de la Primera Orden.

—¿Qué significa?

Miró a los ojos a cada uno de los que estaban en el claro.

—Significa que es tiempo de pelear.

AGRADECIMIENTOS

Entre más libros escribo, más difícil me resulta redactar los agradecimientos. No porque haya menos personas que agradecer, sino porque hay más, y tengo tantas historias en la cabeza que no hay lugar para nada más. Así que quiero agradecer a todos los que me ayudaron a que este libro cobrara vida, a todos los que lo han leído, a quienes han escrito una crítica sobre él o lo han recomendado a un amigo.

Un agradecimiento amoroso y unos burritos de ronto a mi amado marido, que lo ha sido durante diecisiete años: Craig, sin cuya ayuda yo no sería escritora ni sabría tanto sobre los noghri. Gracias a mis dulces padawanes por los abrazos que me impulsaron a continuar durante esos largos días de edición y a mi mamá por cuidar a esos padawanes mientras mi esposo me llevaba a comer comida de verdad, entre los tazones de cereal sin gluten de los que me alimentaba cuando tenía fecha de entrega.

Gracias infinitas a mi admirada editora, Elizabeth Schaefer, que es una alegría y una inspiración, y que con pura fuerza de voluntad hizo que este libro fuera realidad. Así como a Tom Hoeler, quien me apoyó durante algunas ediciones difíciles e incluso leyó mis exaltados mensajes durante *Juego de Tronos*. Muchas gracias al extraordinario publicista David Moench y a todo el equipo de Del Rey. Keith, Scott, Julie, Erich, Melissa, Anne: gracias por dejarme pasar un tiempo tras bambalinas en casi todos los eventos. Gracias a Matt, Pablo y Leland por asegurarse de que no cometiera graves errores. Y gracias a Michael Siglain por ofrecerme tantas oportunidades para contar historias en una galaxia que tanto ha significado en mi vida.

¡Y esto es nuevo! Gracias a las *imagineers* de Walt Disney, Margaret y Stacey, y a todos a quienes casi hice hiperventilar durante mis llamadas telefónicas. Gracias por brindarnos el maravilloso regalo de los confines de la galaxia y por permitirme ser parte de ella.

Gracias a mi agente, Stacia Decker, por conducir esta nave de locos.

Y a la tropa de escritores de *Star Wars*, gracias por dispararle al pudu en el bar y estar ahí con risas, lágrimas y mensajes directos sobre cosas secretas: Chuck Wendig, Kevin Hearne, Ty y Daniel, EK Johnston, Zoraida Cordova, Daniel José Older, Jason Fry, Rebecca Roanhorse, Claudia Gray, Tim Zahn (y su séquito), Cavan Scottt, Christie Golden, Beth Revis, Charles Soule, Jody Houser. Y, como estamos en esto, ¡gracias a Denton Tipton y a la IDW por la oportunidad de contar historias en los cómics de aventuras de Star Wars!

Y gracias a ti.

Gracias por escoger este libro. Gracias a todos los que vienen a verme a una presentación, una firma de libros o a la Celebración *Star Wars*. Gracias a mi amiga Cathy por saludarme en Target y comprender que mi cerebro de escritora me dificulta discutir como una amiga en la vida real. Gracias a Hal por mi querido casco de Cardinal. Gracias a las Phasmas que me dejaron tomar fotografías, y a Sebastian y Calvin por siempre decir hola. Gracias a la Legión 501 por hacerme miembro honorífico, algo que me llena de

tanta honra y orgullo que me hace sentir mareada. Los seguidores de Star Wars son los más amables, entusiastas y bondadosos que conozco, espero que les guste el libro.

¡Que las agujas los protejan!

SOBRE LA AUTORA

DELILAH S. DAWSON es la autora de las sagas *Blud y Shadow* (bajo el seudónimo de Lila Bowen), de *Servants of the Storm*, *Hit*, *Strike* y *Star Wars*. *Phasma*, además de varios cuentos y cómics. También escribió para la serie animada *Adventure Time*. Vive en Florida con su familia.

whimsydark.com
Twitter: @DelilahSDawson
Instagram: @DelilahSDawson